

ESTUDIOS
BIOGRAFICOS Y CRITICOS

SOBRE

ALGUNOS POETAS SUD-AMERICANOS

ANTERIORES AL SIGLO XIX.

POR JUAN MARIA GUTIERREZ.

T. I.

(EDICION TIRADA A UN CORTO NUMERO DE EJEMPLARES)

Buenos Aires
· IMPRENTA DEL SIGLO, VICTORIA 151
· 1865.

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

He deseado desde muchos años atrás, concurrir con algun caudal de hechos y de ideas á la formacion de una historia de la literatura antigua de la América poblada por los españoles, en la persuasion de que un trabajo semejante seria de honra para los nacidos en el nuevo mundo é indispensable para colocar á luz adecuada ciertos grupos oscurecidos en el cuadro de la vida colonial que tanto nos interesa conocer bien y por entero.

Reflexionando acerca de la manera cómo me seria posible satisfacer aquel deseo, vista la falta casi absoluta de indagaciones especiales sobre la materia, creí que lo que me era dado hacer estaba reducido á descubrir y revelar la existencia y los trabajos intelectuales de aquellos americanos que se entrevén á la vislumbre de la fama, dentro de esa especie de limbo en que vivieron nuestros antecesores bajo el cetro de los reyes católicos.

Entrando en esta vía, pronto se apercibe una

distribucion natural de la tarea. Los hombres á que nos referimos se aplicaron á narrar los hechos históricos ya pasados ó de que fueron testigos, á dilucidar puntos de derecho ó de teología, y á escribir en verso cuando la inclinacion les llevaba al cultivo esclusivo de las humanidades.

Una série de biografías críticas de historiadores, de lejistas y de poetas, hechas con miras serias y con el objeto fundamental de poner en transparencia el estado de la sociedad de las colonias, podria considerarse, si no, como la historia misma de nuestras letras durante el viejo réjimen, al menos como un precioso elemento para componerla con estension, verdad y armonia.

En la edad de los proyectos superiores á nuestras fuerzas, cuando el porvenir nos sonrie con su azulada inmensidad, comencé á allegar materiales, bajo el plan indicado, para que algun escritor de talento y dueño de su tiempo, pudiera levantar con ellos el edificio de la gloria intelectual de nuestros mayores, edificio en el cual cada piedra, por brillante que fuese, protestaria contra los errores del pebr y mas feo de los sistemas de gobierno.

Ciertas circunstancias bien conocidas, vinieron á favorecer mis halagüeños propósitos, acercándome á fuentes de que solo el que viaja puede aprovechar, y en las cuales, realmente, enriquecí la galeria de mis viejos y hoy queridos retratos.

Asi como mi amigo D. Félix San-Martin mitigó las penas de su largo destierro engolfándose en los bosques de la rejion oriental de Bolivia, para traer á la patria, con su último suspiro, las ricas vestiduras de las aves del Trópico, —yo, colector mas

sedentario de aves también raras, debo á mi afición á los ilustres muertos desconocidos, la dicha de no haber experimentado jamás el tédio ni el desaliento durante esa prision al aire libre y en medio de la independencia, que se llama el desierto.

Ha procedido en mis indagaciones, como los viajeros paisajistas, obligados á delinear de carrera la fisonomía de los lugares visitados por un instante. Así que bajo una capa de polvo ó entre las mallas de una araña, descubria uno de mis héroes, arrugado como un pergamino y mal parado por las injurias del tiempo, dábame prisa á medirle la talla, á restaurarle las facciones, á clasificárle entre los seres que fueron sus contemporáneos, y á extraer por último, de su tumba la esencia de sus pensamientos en vida, pareciéndome que se evaporaban ya de entre mis manos los vestigios de aquélla mónia espuesta al ambiente de nuestros días. Era indispensable en seguida convertir esa especie de primer estudio en un retrato de tamaño natural, transformar en hombre el espectro, y ataviar la sombra del ilustre aparecido de manera que pudiera ser presentado, sin mengua de su amor propio, y apesar de "lo viejo de la vestimenta" en la República literaria. El sastre de mas diestra tijera se hallaria espuesto á desacreditar su buen gusto en propósito tan árduo, puesto que le sería necesario, para nuestro caso, preparar por sí solo la tela desde la ardiembre hasta el tinte, buscando las materias primeras en desiertos en donde la industria literaria apenas ha estampado una que otra huella de sus indagaciones. Nuestra biogra-

fia colonial es una nueva paleontología cuyos elementos yacen escondidos en las profundidades de un mundo no explorado. Sus seres permanecen sin estudio y sin clasificación, y sólo se les halla en fragmentos bajo densas capas de indiferencia y de olvido,—á tal punto,—que por mas esmero que se ponga en restaurarles, se corre el peligro de sacar á la superficie esqueletos faltos de musculatura y de vida.

He hecho algun esfuerzo para evitar este inconveniente, poniendo, en lo posible, á los personajes de que me ocupo en relacion con sus épocas, con sus contemporaneos y con el estado social de la Metrópoli, porque para mí el retrato es menos principal que el fondo, en el cuadro del antiguo réjimen que me he propuesto aclarar en sus aspectos morales é intelectuales.

Las pájinas que siguen no habrian visto jamas la luz, ni habrian sido escritas, si ellas, segun lo entiendo, no fueran una demostracion palpable de que la instruccion literaria antigua era una rémora al desarrollo de la privilegiada intelijencia de los Sud-americanos, y de que estos fueron comprimidos entre las fajas de una escuela perversa para que nunca dejaran de ser niños.

Presento hoy unos cuantos ensayos que se resienten de la forma de artículos de periódico que me he visto forzado á darles; y que no cambiaria en adelante si me fuera posible continuar dando á luz la numerosa galeria que de estos personajes de mi predileccion he logrado formar. Tal vez no les desaire el público, siquiera sea por la circunstancia

del paisanaje y por el testimonio que vienen á dar, al través de los tiempos, en favor de la justicia de la revolucion que nos introdujo en 1810 en el verdadero mundo nuevo de las ideas y de las creencias.

FRAI JUAN DE AYLLON

Y EL GONGORISMO.

(RECUERDOS DE VIAJE POR EL PERU.)

Este poeta, natural de Lima, nació por los años de 1605 y tomó el sayal de franciscano en la famosa Provincia seráfica de los Doce Apóstoles del Perú, cuya crónica compuso el P. Fray Diego de Córdoba Salinas, y se imprimió en la capital del Perú el año 1651 (1). El P. Ayllon pertenecía al convento de su orden en Lima, que se distinguía entre los demás del Perú con el título de Convento de San Francisco de Jesus, y cuya fábrica era una de las maravillas del antiguo régimen entre los monumentos religiosos que pululan en la ciudad de los Reyes.

Hallábase el P. Ayllon “á las puertas de los veinti-

(1) Crónica de la religiosísima provincia de los Doce Apóstoles, del Perú, de la Orden de N. P. S. Francisco de la regular observancia. Dispuesta en seis libros con relacion á las Provincias que de ella han salido y son sus hijas. . . . Hácese una breve descripcion de todas las tierras del Perú, la entrada en ellas de nuestros españoles. La riqueza, poder, culto y política de los Reyes ingas, &c. (Lima, por Jorge Lopez Herrera—1651—1 t. fol. en dos column. 909 pág.)

cinco años de su edad," segun él mismo lo dice, cuando llegó al Perú la importante nueva de que la Córte de Roma habia colocado entre los bienaventurados, por medio de la correspondiente canonizacion, á veintitres varones caritativos que cayeron bajo la cuchilla de los bárbaros del Japon, á quienes predicaban la doctrina del evangelio. La órden seráfica se enriquecia con estos nuevos héroes, y era preciso que el Perú, tan fastuoso por aquellos tiempos en las solemnidades del culto divino, celebrase este acontecimiento de la manera más digna. La descripcion de estas fiestas es el asunto de un poema que escribió el P. Ayllon, única obra suya que conocemos, y de la cual vamos á dar algunas noticias, movidos mas que por su mérito por "la novedad que enjendra el nuevo estilo" en que está escrita, segun las propias palabras del autor (2).

El nuevo estilo de que se muestra satisfecho el jóven franciscano, no es otra cosa sino la imitacion desgraciada de los estravíos de la escuela de Góngora y de sus cómplices, que comenzaba á penetrar en América, en donde hizo mas tarde estragos lamentables. Tres años hacia que Gongora habia muerto cuando Ayllon escribe su poema descriptivo. Quince de vida le quedaban por entónces todavia á D. Francisco de Quevedo y hallábase éste en la plenitud de su favor en la córte de Fe-

(2) Poema de las fiestas que hizo el Convento de San Francisco de Jesus de Lima, á la canonizacion de los veintitres mártires del Japon, seis religiosos y los demás japones familiares que les ayudaban: declarados de Su Santidad por religiosos de la Tercera Orden de Nuestro Seráfico P. S. Francisco. Lima 1630.

El Señor Rosell en el "catálogo de poemas castellanos &c." que ha colocado al frente del t. 2.º de los "Poemas Épicas" de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, al registrar el poema del P. Ayllon, dá sobradas muestras de que ni siquiera le conocia por el título.

lipe IV, y por consiguiente el gongorismo y el abuso del *concepto* estaba en su mayor auge y debian ser tan irresistibles para los injénios americanos como lo era para los peninsulares. Jauregui, Lope de Vega y otros varios que por inclinacion y por gusto natural, fueron devotos de la sencillez y de la claridad, cayeron por fin en el cauce del torrente de la hinchazon y de las metáforas disparatadas, sin poderlo evitar. El segundo de aquellos dos grandes poetas se lamenta de esta desgracia y asegura que la escuela de Góngora “ha destruido gran parte de los injénios de España, con tan lastimoso ejemplo, que poeta insigne, que escribiendo en sus fuerzas naturales y lengua propia, fué leído con jeneral aplauso, despues que se pasó al *culteranismo* lo perdió todo.”

Por fortuna poco era lo que habia que perder en el asunto escojido por el fraile limeño. La materia de su poema es trivial. La pompa vanísima de una *compostura de iglesia* dirigida por beatas piadosas, por mas que fuese una hacinacion de muebles y útiles preciosos, de telas de damasco, de vasos de porcelana chinesca, de filigranas de oro, y de cuadros y de espejos encerrados en anchos y bien labrados marcos dorados, al fin no se reducía á otra cosa que á una decoracion profanamente teatral.

El primer dia de la fiesta concurre el Exmo. Señor Virrey, conde de Chinchon, á la misa solemne y al pajejirico celebrado en la iglesia de San Francisco en honor de los recién beatificados. Despues de este acto de devocion, pasa el mismo majistrado al convento, rodeado de su comitiva de empleados públicos y de su casa particular, y seguido de un inmenso pueblo que con el ánsia de Tántalo “se agolpaba á las puertas. Ábrense és-

tas al fin y el torrente animado” de la curiosa concurrencia, se esplaya por los cláustros, que, realmente, son espaciosos y hermosos, aun hoy mismo, y desde los cuales hemos oído muchas veces el rumor de los plátanos y de las aguas vivas de los jardines inmediatos.

El poeta comienza entónces la descripción de las maravillas reunidas allí, haciendo los mayores esfuerzos para que nadie le entienda:

Cual en el lienzo del oblicuo cielo,
El padre de Faeton las turquesadas
Alfombras saca de su luz pintadas
En bóvedas pendientes en su vuelo:
O cual alegre abril en verde suelo
Con manos de clavel purpureadas
Florido toca, y exhalando olores
Recuesta en verde cama varias flores.

Así del cláustro en cada abierto polo
Riqueza de Ceilan pende, esquisita
Labor á trechos de lo que vomita
A su arjentado pié rubio Pactolo:
Imitador de Abril, si Mausolo
En el valor, que Lima deposita
En su cuerpo capaz de tanto adorno,
Como dá vueltas al celeste torno.

Seria necesario poseer la sagacidad de D. Garcia de Salcedo Coronel el comentador de las obras de Gongora, para acertar con la intencion que tuvo el poeta de Lima al escribir las dos octavas que anteceden. Parécenos, ha querido comparar la abundancia y variedad de los objetos, la riqueza de su materia y la diversidad de sus colores, con las nubes que ilumina el sol y con las flores con que en la buena estacion se cubren los campos.

Mas adelante, para decir que colgaban de las paredes

unos vasos de vidrio llenos de agua, sostenidos por aros de marfil, dentro de los cuales se veían jugar algunos peces pequeños, emplea los ocho versos que copiamos á continuación:

Orbes descubren de cristal lucido
De labrado marfil los corredores,
En que del reino están habitadores,
Que el rey sujeta al caracol torcido:
Rompen cristales con sutil ruido
Naturales, si diestros nadadores,
Graciosa traza que á tan grave aseo
Aumentando valor causó recreo.

Los manjares y licores dispuestos para obsequiar al Virrey se describen también con la misma extravagancia de estilo:

En orbes de cristal siempre desnudo
Dá esprimido licor padre Lieo. . . .
.....
De frutas y manjares diferentes
Jentil disposición labra figuras,
Con la que Cérés administra hermosa
Unión de granos, alto don de Diosa.

El poeta no se manifiesta indiferente á las gracias del bello sexo, y en el canto IV de su poema introduce la descripción de un estrado de "bellas damas," entre las cuales se distinguían dos *tapadqs* que él pinta de la siguiente manera:

Dos de Cupido flechas encarnadas
Son dos sentadas mozas, que en el hilo
Iban estilo dulce encadenando,
Y el lino arando con sutiles puntas:
Dos damas juntas, Cíclopes supremos,
Que Polifemos redimiendo un ojo
(Hermoso antojo) del costoso manto,
Eran del niño amor gracioso espanto.

Aunque es bastante alambicado el concepto, puede sin embargo perdonársele al poeta que compare á dos jóvenes airoas y provocativas con otras tantas saetas de las que disparaba el niño vendado en el antiguo Parnaso. Al menos lo entendemos. Pero lo que queda fuera de nuestro alcance es aquello de “encadenar estilo dulce en el hilo.” En cuanto al “lino arado por sutiles puntas,” debe referirse ó al pañuelo de manos suspendido coquetamente á la estremidad de los dedos, ó á aquella parte del manto que las tapadas sostienen constantemente con la mano izquierda para no descubrir el rostro. Las alusiones á los Cíclopes y á Polifemo, provienen de que las mujeres de saya y manto no muestran mas que un ojo: es verdad que un ojo de mujer limeña, por el brillo y la animacion, vale por dos de cualquiera otra.

Bartolomé de Arjensola, prevenia á un amigo cuya familia se trasladaba á la Corte, contra la mala influencia de las poesias populares de América, que á par del oro atravesaban el Atlántico y pervertian la moral de los *inocentes* moradores de la Península:

“Cancion que de Indias con el oro viene
Como él á afeminarnos y perdernos.” (3)

Pero, qué importaria el alcance de una que otra “cláusula lasciva” de esas canciones del vulgo, con respecto á la moral social de un pueblo, en comparacion á la influencia perniciosa de la escuela descaminada de Góngora, que convertia en ridículos hacinadores de metáforas absurdas, hasta á los buenos talentos de la América? El P. Ayllon, sacerdote de una *orden de penitencia* por antonomasia, dotado de viveza de injénio, lleno de una

(3) Sátira contra los vicios de la Corte.

erudicion que presupone estudios prolongados, ¿qué es lo que produce cuando la loable inclinacion á los versos le dicta las octavas de su poema? Produce las estravagancias que hemos visto; no por ceder á sus propias inspiraciones, sino por seguir el gusto y la corriente de la moda que le viene recomendada por el aplauso de dos jeneraciones de doctos, desde la Península, cuna de todo cuanto bueno y malo poseemos los americanos del Sur.

La imitacion del discipulo no puede ser mas sumisa y ajustada á la práctica del maestro. Si el poeta limeño vuela con pésimo gusto y esfuerzo visible de imaginacion desde la sedosa pestaña y la pupila intelijente del ojo de una mujer arrodillada en un templo, hasta la cueva de Polifemo, acerca de la cual esclamaba por boca de Virgilio uno de los compañeros de Ulises: *Di, talem terris avertite pestem!* el poeta cordobés, su modelo, para ponderar el fuego de la mirada de una hermosa y la blancura de sus manos, habia dicho ya que las primeras podian convertir á la Noruega en un pais tórrido, y las segundas en blancos á todos los habitantes negros de la Etiopía:

“Virjen tan bella, que hacer podia
“Tórrida la Noruega con dos soles
“Y blanca la Etiopía con dos manos.” (4).

Los errores literarios se ligan íntimamente con los malos hábitos de la sociedad en que aparecen, y se derivan de culpas graves cometidas por los mismos hombres de letras que se ponen al servicio de los caprichos del pueblo, en vez de dirigirle por la senda de lo bello y de le-

(4) Góngora—*Soledad primera*.

vantarle el espíritu, haciéndole capaz de complacerse en la contemplación de obras bien meditadas y mejor escritas. Lope de Vega, por ejemplo, encerró con cien llaves los preceptos y se dió á hablar en nécio, al vulgo, para darle gusto, porque era el vulgo el que pagaba á la puerta de los teatros, segun su propia confesion, tan conocida como poco delicada. Desvirtuado hasta semejante extremo el sentido moral en este hombre de tanto injénio, huyó de él la inspiración, y no acertó á producir sino dramas livianos y poemas desleídos é insulsos que solo por curiosidad ó por estudio pueden leerse en nuestros dias. Y como Lope fué tan influyente en su tiempo, que cuanto entraba en el dominio de la moda tomaba su apellido por nombre propio, siguiéronle en su extravío, casi todos los injénios españoles favorecidos por una Corte en donde se tomaban las letras como un pasatiempo, y en donde el despotismo, el espíritu inquisitorial y el libertinaje, se asociaban por afinidades que la filosofía explica fácilmente.

Bajo la acción venenosa de estas influencias decayeron completamente las letras españolas. Y como el mal estaba en el alma de la sociedad, en sus raíces mas hondas, no habiendo quien pudiera acometer una cura radical, que para tales dolencias no es obra de nadie sino de todo el pueblo, en siglos señalados por la Providencia para las grandes reformas, Góngora, nacido en la patria de Lucano, ardiente de imaginación y gran conocedor de los fecundos recursos de la magnífica lengua castellana, propúsose dar novedad á la poesía y levantarla del bajo nivel á que habia descendido.

Pero, este caballero andante de matrona tan desvali-

da, acometió una empresa superior á las fuerzas de todo español de su tiempo. Autor esmerado de excelentes romances, de satirillas mordaces y á veces licenciosas en demasía para la pluma de un sacerdote, de canciones suaves y sencillas, era para él la poesía cuestion de mera forma y de esterioridades, y por consiguiente intentó su reforma cuidando solo del lenguaje, de la espresion y del estilo, si se quiere.

Góngora es el *Gato* retórico y pedantísimo de la conocida fábula de Iriarte: el pueblo español desempeñó el papel de *Grillo*, confundiendo la oscuridad y la hinchazon con el verdadero mérito literario (5).

El autor de *las soledades* “reputando la naturalidad por pobreza, la pureza por sujecion, y la facilidad por abandono, dióse á inventar un nuevo dialecto que habia de distinguirse por la novedad de las palabras ó de la aplicacion, por la estrañeza y la dislocacion de la frase, por la osadía y abundancia de las figuras.” Este es el juicio de Quintana. Pero este excelente crítico y adelantado pensador, atribuye el estravío de Góngora á carencia de instruccion y de buen gusto, y supone que con un estudio profundo de su lengua habria conseguido, *talvez*, la restauracion del arte. Parécenos que esta suposicion no tiene apoyo en la razon, por cuanto la reforma de un arte decaído por avillanamiento de quienes le cultivaban y por trivialidad de las inclinaciones del pueblo, no podia llevarse á cabo sino levantando el espíritu y el corazon á ideas y sentimientos jenerosos; que

(5) Puede calcularse el largo dominio del culteranismo, comparando la fecha en que comenzó Góngora su nueva carrera poética, que corresponde á los últimos años del siglo 16 y principios del 17, y la de la primera edicion de las *fábulas literarias* 1782]. El de Góngora es un reinado de poscientos años, cuando menos.

una vez encontrados estos en el pecho de los poetas, la lira les habria suministrado el estilo adecuado para revestir con él los conceptos dignos de las musas.

El Americano Ticknor, se muestra mas acertado que el respetable Quintana cuando desentraña con sencillez las causas del oríjen y progreso en España de esa especie de *demencia* que se llamó el culteranismo. “Hallábase á la sazón (dice el moderno autor de la Historia de la literatura española) obstruidos los buenos caminos del progreso intelectual, y por lo mismo los hombres dedicados á la literatura echaban por sendas y atajos intrincados y oscuros; y *como por otra parte les estaba prohibido defender con noble franqueza la verdad*, tuvieron que recurrir á vaciedades brillantes y deslumbradoras. . . . Algunas veces los gobiernos despóticos han procurado que la multitud se divierta en dias festivos con bailarines de cuerdas y funciones de pólvora.” Esta es la pura verdad: los Reyes Felipe 3º y 4º de la fatal casa de Ausburgo, y el Tribunal de la Fé fueron los grandes patronos de la prostitucion de las formas del pensamiento, y por consiguiente son hoy ante la sana crítica histórica, los responsables de la especie de puerilidad de que adolescieron por largos años las letras españolas y especialmente el arte de escribir en verso, en la hermosa y jeneralmente mal empleada lengua de Castilla.

El arte está en todas las edades y en todos los pueblos estrechamente enlazado con la sociedad que representa y de la cual emana. Los siglos en que imperó el mal gusto en España lo fueron tambien allí de lamentables miserias sociales; de fanatismo religioso, de relaja-

cion de costumbres, de lujo, de pereza y sed de oro entre los nobles y cortesanos; sin que á tanto vicio sirviesen de correctivo las virtudes severas del pueblo que jemía bajo la esclavitud política, conducido como rebaño por los frailes, y hambriento porque el trabajo era tenido en menos y la maleza cubria hasta los umbrales de las miserables chozas de campo.

El estudio de las obras completas de Góngora suministra sin esfuerzo los colores del cuadro anterior.

Nada mas liviano, mas ingeniosamente deshonesto, mas libre de lenguaje, mas repugnante que algunos de los romances de aquel autor (6). En el uno un hidalgo desocupado y de inclinaciones vulgares refiere sus buenas fortunas con las coniadres de su aldea, empleando palabras é imágenes verdaderamente obscenas. Los dos renglones siguientes son los mas decentes de toda la composicion que contiene treinta y dos cuartetas:

“Ellas me llaman compadre
Y taita sus criaturas.”

En otro se describe al beneficiado de una iglesia cuyo retrato deseaban poseer unas mozas. El cuadro destinado á satisfacer los inocentes deseos de las esposas de Jesu-Cristo, tiene pinceladas que escandalizarian en el pico de *Vert-vert*, como la siguiente que es de las menos coloradas:

“Es su Reverencia
un gran canonista,
porque en Salamanca
oyó teología:

[6] Por ejemplo el VII, el X, el XI, el XIV, de la edicion de todas las obras de D. Luis de Góngora—Sevilla 1648.

Sin perder mañana
su lección de Prima,
y al anochecer
lección de Sobrina....”

Por un raptó de imaginación verdaderamente andaluza, supone Góngora que la viuda de uno de los Condes de Normandía, visita á Belerma, la inconsolable esposa del malogrado Durandarte, y trata de consolarla. Los ojos de D^a Belerma, eran ya “orinales de Neptuno” según la chabacana expresión del poeta, y estaba cansada de llorar sobre un “pañó súcio” en que guardaba el corazón del difunto. D^a Alda, que así se llamaba la de Normandía, no era mujer de escrúpulos y trata de quitárselos á su amiga, ponderándole el error de encerrarse en la oscuridad y bajo el peso de las tocas de bayeta á la edad de treinta años. Vamos á París, la dice, somos dos yedras llenas de verdor, busquemos paredes firmes y troncos duros de que asirnos. Dejemos en paz á los Doce Pares, y enderecemos nuestra atención á la iglesia:

La iglesia de San Dionis
Canónigos tiene muchos,
Delgados, cari aguileños,
Cari hartos y espaldudos.

Escojamos como en peras
Dos religiosos capónicos,
De aquestos que andan en mulas
Y tienen algo de mulos.

Destos Alejandro Magno,
Que no tienen por disgusto,
Por dar en nuestros broqueles
Que demos en sus escudos. . . .

Lo demas del romance no puede citarse: es un cuadro de sensualidad que no queremos reimprimir, apesar de que nos autorizarian para ello las "licéncias necesarias" con que aparecieron las obras de Góngora en varias ciudades de España, y allí pueden leerse este y los anteriores romances. Todo el mundo conoce aquel otro que comienza:

Al corral salió Lucía
Y Lucía en el corral. . . .

descripcion mal sonante y libertina de los menesteres mas prosaicos, entre cuantos aflijen á la mísera humanidad, sin distincion de sexos.

Y no se crea que esta poca dignidad de lenguaje, que esta bajeza de asuntos, está compensada en este autor por otras concepciones y materias dignas de un gran poeta. No, en esta parte, no merece la tolerancia á que se hace acreedor Quevedo; quien al menos, si cantó los truhanes y los pillos en el lenguaje de los presidios, cantó tambien con dignidad la frajilidad de la vida, la grandeza de Dios y de sus obras, y tradujo ó imitó algunos de los libros poéticos de la Biblia. Góngora, no tiene, por lo jeneral, intencion moral en la eleccion de la materia, de sus sonetos ó de sus poemas. Para él toda tela le viene bien para bordar sobre ella sus arabescos mal diseñados. Tan pronto eleva una deprecacion á la Vírjen nuestra señora por la salud de Felipe 3.º como celebra á una dama que estando dormida es picada en la boca por una abeja. Glosa á veces sus sonetos con vulgares "pies forzados," á la Beatificacion de San Ignacio ó à la Purísima Concepcion; otras veces descende hasta los javalís que mata el 4.º de los Felipes en las orillas

del Manzanares; y hasta la muerte de un enano ridículo de la corte, le sujere versos. Los títulos de sus poemas bastan para clasificarlos: “Piramo y Tisbe”, “Polifemo y Galatea”, son obras desgraciadas y oscuras que ni remotamente se acercan á los orijinales latinos de donde debió tomar la inspiracion así como tomó los títulos. Las *Soledades* son una selva densa y oscura dentro de la cual la razon del lector se ofusca y el corazon se entristece. En ella no hay aves que canten sino cuervos que graznan en lengua que carece de la clara y armoniosa sonoridad de la castellana.

Góngora, no obstante el juicio poco favorable que hoy nos merece, fué tenido en sus dias por una especie de Cristobal Colon de un nnevo mundo literario, y no solo tuvo admiradores, imitadores hasta en los púlpitos como Paravicino y comentadores como Pellicer, Salazar Maldones, y Coronel, hombre de erudicion y de talento, sino tambien espositóres didácticos de su doctrina culterana, como Baltazar Gracian. *La agudeza y arte de injenio* de este autor, es un tratado de retórica poética, acomodado á la escuela de Góngora, ó mas bien una esposicion, fundada en copiosos ejemplos tomados de autores latinos, castellanos é italianos de lo que se llamaba por entonces la *sutileza* y el *concepto*.

La sutileza segun Gracian es el alimento del espíritu, el pasto del alma. . . . El entendimiento sin agudeza ni conceptos, es sol sin luz, sin rayos. . . . tan urjente es lo conceptuoso en el verso como en la prosa. ¿Qué fuera (pregunta) San Agustín sin su sutileza, y San Ambrosio sin sus ponderaciones?

En vano se buscarian en las trescientas pájinas en 4. °

de la obra de Gracian, una definicion de la agudeza ó del ingenio: no los define, los explica; los dá á conocer á su modo, en todas sus manifestaciones y aspectos, citando trozos en prosa, y especialmente en verso, en los cuales han lucido aquellas calidades los escritores de mayor renombre. Las sales de Marcial y el juicio sentencioso y un tanto moralista de Horacio, son para él agudeza pura; de manera que podemos presumir que la confundia con el talento y el ingenio. Y no puede ser de otra manera si se considera el predicamento en que la tenia en su espíritu. “Si el percibir la agudeza acredita de Aguililla, dice en el discurso II, el producirla empeñará en Anjel: empleo de Querubines y elevacion de hombres que nos remonta à estravagante jerarquia. Es esto ser uno de aquellos que son mas conocidos á bulto y menos á precision: *déjase percibir, no definir*: y en tan remoto asunto, estímase cualquiera descripcion, lo que es para los ojos, la hermosura y para los oídos la consonancia, *eso es para el entendimiento el concepto*.”

Este nuevo arte de escribir en prosa y verso, obtuvo una gran aceptación de los contemporaneos y fijó, puede decirse así, en el primer quinto del siglo XVII, el predominio del estilo gongórico en las dominios españoles. Obra de un Jesuita, fué en la oratoria sagrada en donde mas cundió su mala doctrina, y puede decirse que el predicador chavacano de Campazas, creacion posterior de otro hijo de Loyola, no es mas que un discípulo de Gracian, escaso de talento y cultura.

El padre Ayllon con sus

Dos de Cupido flechas encarnadas,

nos ha hecho recorrer un largo espacio de tiempo y con-

templar uno de los espectáculos mas lamentables que puede ofrecer el espíritu humano en sus frecuentes extravíos. Pero es que la materia nos interesa tanto mas cuanto los estragos del gusto de Góngora en ninguna parte fueron mas funestos que en América, en donde inficionó las cátedras de las Universidades, la oratoria forense y del púlpito, y las aguas Castalias que corrian al pié del Parnaso americano antiguo.

El claro talento de los naturales de la parte española del nuevo mundo, no produjo, durante casi dos siglos, mas que monstruos literarios, ponderaciones huecas, vanas sutilezas, gracias á la condicion social apocada que le cabia por obra de su metrópoli y por obra tambien del gusto literario que la madre reflejó sobre las colonias, hijas suyas y herederas de todos sus vicios. La corte fué la primera causa del mal. Quintana, que es tan mesurado en sus juicios no puede menos que reconocerlo así, y discurriendo acerca de la razon por qué el manejo de los clásicos antiguos y la estensa erudicion, no fueron á la par en los ingenios españoles de aquel tiempo con el buen gusto, se espresa en estos términos: “Faltaba un centro comun de urbanidad y de gusto; una lejislacion literaria, que trazase la línea entre la hinchazon y la grandeza, la exajeracion y la fuerza, la afectacion y la elegancia. . . . La corte, donde se perfecciona mas pronto el espíritu de sociedad y de concurrencia, hubiera sido mas á propósito; pero vagante con Carlos V, severa y melancólica con Felipe II, no dió hasta Felipe III al talento poético la atencion necesaria para perfeccionarse; y ya entonces, y mucho mas en tiempo de su sucesor *el gusto estaba estragado, y la proteccion y aficion de los*

principes y grandes no podia hacer otra cosa que autorizar la corrupcion. En suma faltó en España una corte como la de Augusto, la de Leon X, la de los duques de Ferrera, la de Luis XIV, donde la buena y delicada conversacion, la aficion á las musas, la cultura y elegancia, y otras circunstancias felices contribuyeron poderosamente á la perfeccion de los grandes escritores que vivian en ellas." [7]

Al ocuparnos de otros poetas ó escritores americanos anteriores al presente siglo, tendremos ocasion de estudiar el Gongorismo, verdadera rémora al desenvolvimiento de la sana razon en las colonias del habla española.

(7) Poesias selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena, etc. Introduccion.



D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA

POETA MEJICANO DEL SIGLO XVII.

(Falleció el día 4 de Agosto de 1639.)

“Un hombre oscuro, traído de Indias á España (como otros iban de España á las Indias) por el deseo de mejorar su fortuna, emprendió y consiguió lo que por falta de voluntad, intenciones ó peculiares disposiciones, no fué dado acabar á Lope, á Tirso, á Calderon de la Barca, ni aun á Moreto, el gran perfeccionador de invenciones ajenas. Este hombre que preparó desde España el advenimiento de Molière, del poeta cómico por excelencia, fué D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA.” (J. E. Hartzembusch.)

Alarcon no copia á nadie ni se repite.

(D. A. Lista.)

Los literatos españoles no trepidan en llamar á Alarcon—“esclarecido escritor *americano*, y su nombre debe ser conocido y estimado por todos los nacidos en nuestro continente; si no por gratitud, al menos por orgullo. Este mejicano representa en la historia de la literatura española, una verdadera revolución; pero revolución salu-

dable, tanto en el carácter como en las tendencias sociales del antiguo teatro. Él, mas que ninguno otro, contribuyó al inmenso crédito de que gozó la musa dramática castellana al otro lado de los Pirineos, pues es sabido que Molière y Corneille le imitaron, especialmente el último, cuyo *Menteur*, es casi una traducción de la *Verdad sospechosa*, una de las mejores comedias de este ingenio del Nuevo Mundo.

Aunque nos apartemos un tanto del buen uso, no queremos consignar en una nota sino aquí las palabras testuales del gran dramático francés en el lacónico examen que él mismo hizo de su *Embustero*. “Esta pieza, dice, en parte es traducida y en parte imitada del español. Paréceme su asunto tan ingenioso y tan bien ideado, que mas de una vez he dicho que daría dos de mis mejores piezas á trueque de que esta fuese de mi invención. La han atribuido al famoso Lope de Vega; pero ha caído en mis manos un volúmen de D. JUAN ALARCON, en el cual pretende que esta comedia es suya, quejándose de que los impresores la hayan dado al público bajo otro nombre. Pero sea cual fuese la mano que escribió esta comedia, es notorio que rebosa en injénio, y puedo asegurar que es la que mas me ha llenado entre cuantas conozco en lengua española.” (1)

Los mejores críticos modernos de España han escrito con detenimiento examinando las calidades literarias de Alarcon, especialmente Martinez de la Rosa, Lista, Mesonero Romanos, Gil y Zárate, y sobre todos D. Juan Eugenio Hartzembusch, quien publicó en 1852 una colección ilustrada de las comedias de nuestro poeta, de

(1) *Le Menteur* se representó por primera vez en Paris el año 1642.

quien es gran admirador, así como entendido y equitativo juez. A él es á quien seguiremos en los cortos renglones que consagramos á la biografía de Alarcon y á la crítica de sus producciones.

Se ignora el año en que este nació. Sábese sí que vino al mundo en Tasco, provincia abundante en minas de plata, en el territorio de Méjico (2). Su familia era ilustre; su educacion debió ser esmerada; su carácter, tal cual puede deducirse por la impresion que causan sus obras, era noble, serio, benigno, pundonoroso y franco. A esto añadía un gusto exquisito y una grande esperiencia de mundo. Todas estas bellas cualidades morales no anduvieron á la par con la persona física de Alarcon, que fué pequeño de cuerpo, feo y corcobado. La primera ciudad de España en donde residió fué Sevilla, de aquí

(2) Para esclarecer algo mas los orijenes de este escritor, nos parece oportuno trasladar aqui, en nota, un fragmento que encontramos en un escrito del Sr. D. Ramon Mesonero Romanos, en el cual comienza por denominar á Alarcon "uno de los seis grandes nombres del teatro del siglo XVII." El Sr. Mesonero dice así:

El erudito señor Ochoa, en su *tesoro del Teatro español*, impreso en París en 1838, cita á Baltasar Medina en su *Crónica de la provincia de San Diego de Méjico de religiosos descalzos de San Francisco*, impresa en aquella capital en 1682, "en cuyo folio 251 dice positivamente que ALARCON nació en Tasco ó Tachco, provincia de Méjico, de una familia oriunda de la pequeña villa de Alarcon, provincia y obispado de Cuenca, partido de San Clemente."—Probablemente seria de la misma familia del virtuoso sacerdote D. Juan Pacheco de Alarcon, que fué hijo de D. Juan Ruiz de Alarcon y Mendoza, y de Da. Maria de Peñalzoa, señores de Buenanoche, en la misma provincia de Cuenca, y fundó en 1609 el convento de religiosas mercenarias, que aun lleva su nombre, en Madrid, calles de Valverde y de la Puebla. Acaso nuestro poeta seria hijo suyo, pues se sabe que estuvo casado ántes de ser sacerdote, y que murió en 1616, siendo enterado en el mismo convento de su fundacion.

(3) Consta que dejó de albacea en su testamento al licenciado Antonio de Leon Pínelo, relator como él del Consejo de Indias, y americano, pues se cree que nació en la ciudad de Córdoba del Tucuman, aunque se ilustró en el Perú, antes de pasar á Europa, en donde dió muestra de su prodijiosa erudicion, en numerosos volúmenes sobre materias diversas.

se trasladó á Madrid á continuar las diligencias de ciertas pretensiones que llevaba; pero alargándose mucho el término y viendo remoto el buen éxito de ellas, acosado de la necesidad, se dió á escribir comedias, ocho al menos de las cuales se habian representado ya en el año 1621, y entre estas una de las mejores de su repertorio titulada —*Las paredes oyen*.

La condicion de autor dramático, bien que fuese tambien licenciado en Leyes, no obstó para que Alarcon alcanzase el honroso empleo de Relator en el Consejo de Indias, el cual desempeñó, cuando menos, desde 1628 hasta el dia 4 de Agosto de 1639 en que falleció, siendo vecino de la parroquia de San Sebastian de Madrid (3). Su vida debió ser un tanto amargada por las sátiras y burlas que provocó la deformidad de su cuerpo, y por su poca fortuna para con las mujeres, entre las cuales, con cortas escepciones, no encontró corazones que correspondiesen al fuego y á la blandura del suyo.

Pero la fisonomia de nuestro poeta se embellece en sus obras, y el influjo de estas en la reforma del teatro español, colocan á su autor entre los primeros pensadores, moralistas y filósofos de su tiempo. Antes de Alarcon eran sin duda, las comedias españolas, fáciles en la espression, ricas en afectos, grandes por los conceptos, llenas de malicioso donaire y tambien de caballerosidad y urbanidad. Pero en esta caudalósísima corriente de poesia, se echaba menos en los teatros de España, la tragedia y la comedia moral. Cúpole al poeta mejicano la gloria de llenar este vacío, salpicando sus obras, intencionalmente, con sanas máximas, y dando á la mayor parte de ellas un fin instructivo. Él supo alentar las ambicio-

nes lejítimas; demostró que solo se consigue la verdadera felicidad en este mundo ejercitando las grandes virtudes cuyo jérmen tiene todo hombre en sí; que los apetitos ciegos, que el egoismo, la ingratitud, la mentira, son otros tantos vicios que nos hacen odiosos en la sociedad y nos privan de llegar al logro de nuestras mas vehementes aspiraciones.

Es de notarse que el alcance del sistema doctrinal de Alarcon, no se circunscribe á la moral pura, sino que llega tambien á penetrar en la esfera del gobierno. En su comedia *La amistad castigada*, nos pinta en la persona del tirano Dionisio el modelo de un gobernante ó de un hombre de Estado justo y sensato, en cuya boca pone máximas como la siguiente, censura clara contra el maquiavelismo que alienta la deslealtad para tener el placer de castigarla:

Solo me resta advertiros
Dion, que *el fin á que se mira*
Este engaño, es conocer
La traicion, no persuadilla;
Porque si es cautela justa
La que el delito averigua,
No es justa la que ocasiona
A emprendello á la malicia:
Y asi habeis de procurar
Descubrir la alevosía
Con medios tan alentados
Y razones tan medidas,
Que sin irritar, *sepais*
Quien es el que ya conspira,
Mas no quien conspirará
Si vuestro favor le anima. &c.

A veces tiene sus inspiraciones de *economista*, y aconsejando que las contribuciones se impongan no sobre las

cosas necesarias á la vida, sino sobre los objetos de lujo, dice en el acto 3.º de la *Crueldad por el amor*:

Pues ninguno podrá llamar injusto
El tributo que paga por su gusto.

Alarcon introdujo una gran novedad para su época, modificando en la comedia española el carácter frecuente del criado gracioso, “quitándole, como observa uno de sus críticos, el carácter filosófico-bufon con que de ordinario se le representaba y reduciéndole á ser un sirviente de confianza. Como en las obras de Alarcon *entraba la filosofía* por base, no habia necesidad de ponerla en boca de un personaje inferior; y como su gusto era mas escrupuloso que el de sus compañeros de arte, le repugnaba una figura que ofendia repetidas veces la ley del buen gusto; como Alarcon, en fin, buscaba la verdad en sus obras, y el gracioso, tal como solia introducirse, no era personaje verdadero, sino convencional, quería nuestro autor en las tablas como venia á ser en el mundo.”

En cuanto al carácter jeneral de sus obras dramáticas, puede decirse, siguiendo la opinion comun entre los entendidos, tanto antiguos como de nuestros dias, que ellas presentan la pintura acertada de los caracteres tanto cómicos para castigar el vicio, como heróicos para hacer adorable la virtud. La accion dramática es rápida; en sus comedias muéstrase sobrio en los ornamentos poéticos, y aunque no iguala á Lope en la pintura de los afectos delicados propios de la mujer, ni á Moreto en la travesura y agudeza, ni á Calderon en la grandeza para los efectos teatrales, “aventaja sin escepcion á todos en la variedad y perfeccion de las figuras, en el tino pa-

ra manejarlas, en la igualdad del estilo, en el esmero de la versificación, en la corrección del lenguaje.”

Alarcon se manifestó valiente ante los caprichos del público. No transigió con el *vulgo* como el famoso Lope de Vega, antes por el contrario le trató con un desden que raya en desprecio. En la primera parte de sus comedias publicada en Madrid en el año 1628, se lee el siguiente prólogo dirigido por *el autor* al vulgo: “Contigo hablo, bestia fiera, que con la nobleza no es menester, que ella se dicta mas que yo sabria. Allá van esas comedias, trátalas como sueles, no como es justo, sino como es gusto, que *ellas te miran con desprecio y sin temor*, como las que passaron ya el peligro de tus silvos, y ahora pueden solo passar el de tus rincones. *Si te desagradares, me holgaré de saber que son buenas*, y sino, me vengará de saber que lo son, el dinero que te han de costar.”

Don Alberto Lista considera á este poeta como á uno de los padres del idioma castellano, en una época en que ya comenzaba á pervertirse. Y efectivamente, Alarcon, con escasas escepciones, no presenta ejemplar de la hinchazon y de la oscuridad del gongorismo de que llegaron á resentirse hasta los mas áticos injénios de aquellos tiempos. Por esta razon principalmente, es que, si bien la reaccion que imprimieron en el gusto de la España las doctrinas y el ejemplo de Montiano y de Moratin el padre, desdeñosos por las formas y el estilo del teatro antiguo, hizo caer en olvido por mucho tiempo á nuestro poeta, tambien es cierto que hoy es uno de los que mas se estiman, en razon de su lenguaje correcto y natural que le hacen ser entre los antiguos dramáticos el que

mas se avvicina á la comedia moderna.

Esta noticia apenas da idea lijera de los merecimientos literarios del poeta Mejicano autor de muchas célebres comedias, y de las cuales veinte y siete son consideradas como dignas de la admiracion de la posteridad, por críticos modernos de nota. Como aquí no podemos dar cabida á una de sus comedias entera, nos reducimos à dar una muestra del estilo y de la fuerza cómica de Alarcon, trasladando en seguida algunos fragmentos y escenas aisladas que vemos recomendadas por literatos españoles de acreditado buen gusto.

Liras de un galan desdeñado.

Hermoso dueño mio,
Por quien sin fruto lloro,
Pues cuanto mas te adoro,
Tanto mas desconfio
De vencer la esquiviza
Que intenta competir con tu belleza.

La natural costumbre
En tí miro trocada:
Lo que á todos agrada
Te causa pesadumbre,
El ruego te embravece,
Amor te hiela, llanto te endurece.

Belleza te compone
Divina, no lo ignoro,
Pues por deidad te adoro;
Mas ¿qué razon dispone
Que perfecciones tales
Rompan los estatutos naturales?

Si á tu belleza he sido
Tan tierno enamorado,

Si estimé despreciado
Y quiero aborrecido,
Qué ley sufre ó qué fuero
Que me aborrezcas tú porque te quiero?

(*La prueba de las promesas.*)

**Se encarece la magnanimidad de un vencedor que perdona
la vida á su enemigo.**

Vuestra dicha es tan estraña,
Que quisiera, vive Dios,
Mas haber hecho la hazaña
Que hoy, Garcia, hicistes vos,
Que ser príncipe de España;
Que en los pechos valerosos,
Bastantes por sí á emprender
Los casos dificultosos,
El alcanzar y vencer
Consiste en ser venturosos;
Mas en que un hombre perdone,
Viéndose ya vencedor,
A quien le quitó el honor,
Nada la fortuna pone;
Todo lo debe al valor.
Dar la muerte al enemigo
De tenello es argumento;
Despreciallo es mas castigo,
Pues que viene á ser testigo
Contra sí del vencimiento.
La vitoria al matador
Abrevia, y el que ha sabido
Perdonar, la hace mayor,
Pues mientras vive el vencido,
Venciendo está el vencedor.

(*De la comedia Los favores del mundo.*)

**Apolojía de las mujeres, en boca de un criado, en la comedia
TODO ES VENTURA.**

¿Qué es lo que mas condenamos
En las mujeres? ¿El ser
De inconstante parecer?
Nosotros las enseñamos.—
¿Tener al dinero amor?
Es cosa de muy buen gusto,
O tire una piedra el justo
Que no incurre en este error.—
¿Ser fáciles? Qué han de hacer
Si ningun hombre porfia,
Y todos al cuarto día
Se cansan de pretender?—
¿Ser duras? ¿Qué nos quejamos
Si todos somos extremos?
Difícil lo aborrecemos,
Y fácil no lo estimamos.
Pues si los varones son
Maestros de las mujeres,
Y sin ellas los placcres
Carecen de perfeccion,
¿Mala pascua ténga quien
De tan hermoso animal
Dice mal ni le hace mal,
Y quien no dijere: *Amen!*

Dos escenas de la comedia MUDARSE POR MEJORARSE.

*(Un Don Garcia comprometido á casarse con cierta
Doña Clara, se enamora de Leonor, sobrina de la
novia.)*

LEONOR.

¿Por ventura Don Garcia
Es uso en Madrid corriente
Enamorar juntamente
A la sobrina y la tia?

DON GARCIA.

Al menos, si tan divina
Sobrina viene al lugar
Como vos, uso es dejar
La tia por la sobrina.

LEONOR.

Mal uso.

DON GARCIA.

No ha de llamarse

Malo, si es tal la ocasion.

LEONOR.

Cómo puede ser razon
Mudarse?

DON GARCIA.

Por mejorarse.

LEONOR.

Pues la ley de la firmeza
A qué obliga ó cuándo alcanza,
Si hacejusta la mudanza
El mejorar la belleza?
Que ser firme no es querer
Firme el mas hermoso amor;
Que para amar lo mejor,
¿Qué firmeza es menester?
Firme es quien hace desprecio
De otra ocasion mas dichosa.

DON GARCIA.

Confieso, Leonor hermosa,
Que ese es firme, pero es nécio.

LEONOR.

¿Luego en quien fuese discreto
No hay que poner confianza,
Pues disculpa la mudanza
El mejorar el sujeto?

DON GARCIA.

Claro está.

LEONOR.

Pues siendo así,
Y que os tengo Don Garcia
Por cuerdo, y dejais mi tia
Por mejoraros en mí,
Perdóneme vuestro amor;
Que á resistir me prevengo,
Hasta que sepa si tengo
Otra sobrina mejor.

(LA DISCRETA LEONOR comprometida por los enredos de Garcia, se ve precisada á admitir finjidamente los obsequios de un marqués galan y rico, de quien al fin se enamora de veras. Garcia se resuelve á sacarla de su casa en una silla de manos; lo que dá lugar al siguiente diálogo entre los dos y la criada Mencía)

DON GARCIA.

El plazo veis limitado,
Y veis la ocasión forzosa:
Cumplidme, Leonor hermosa,
La palabra que habeis dado.
Dadme la mano y entrad
En esa silla, señora.—
¿Agora dudais? Agora
Os deteneis?

LEONOR.

Perdonad;
Que ya perdió de alcanzarme
La ocasion vuestro cuidado.

DON GARCIA.

¿Cómo, cruel, te has mudado
Tan pronto?

LEONOR.

Por mejorarme.

MENCIA (Ap.)

Dióle con su misma flor.

• DON GARCIA.

No bastara desdeñarme
Ingrata, sin agraviarme,
Haciendo al Marqués mejor?

• LEONOR.

¡Negareis la mejoría,
Aunque en sangre sois igual,
De poco á mucho caudal,
De merced á señoría?

DON GARCIA.

No la niego; mas ¿qué efecto
A tu promesa le has dado,
Tirana, si la has mudado
En mejorando el sujeto?
Qué palabra me guardabas,
O qué firmeza tenias,
Si á mí solo me querias
Mientras no te mejorabas?
Firme es sola quien desprecia
La ocasion de mejoría.

LEONOR.

Yq os confieso, Don Garcia,
Que esa es firme, pero es nécia.

Para poder apreciar de lleno, el mérito de este escritor dramático seria necesario estudiar toda *su obra*, como modernamente se dice. Sin embargo, las breves muestras que anteceden pueden dar la medida de la fuerza cómica y de la fácil desenvoltura de este gran injénio, que abogó, desde época tan remota con la convincente elo-

cuencia de los hechos, á favor de la capacidad intelectual de los hijos del nuevo-mundo.

Las “liras del desdeñado,” no son un torrente de lágrimas; pero conmueven tanto mas, cuanto aparecen como el esfuerzo doloroso de un pecho verdaderamente varonil al dolerse de una desgracia. Nada mas caballeroso y levantado de sentimientos, que la relacion que sigue á las liras. El perdon es la mas gloriosa de las venganzas: hé ahí la moral de ese trozo magnífico. El perdon aparece en él satisfaciendo al mismo tiempo el sentimiento cristiano y la humana fragilidad que toma parte á título de honra en los actos caballerosos en que interviene la fuerza. Es la venganza llevada casi hasta el umbral de las virtudes: es la produccion espontánea de un gran corazon y uno de los mas bellos arranques de nuestro antiguo teatro.

Tuvo alguna vez mejor abogado el bello sexo que el Relator del Consejo de Indias? Él no se apoya en Justiniano ni en D. Alfonso, para “decir de bien probado.” Al contrario, fuera de ahí toda intervencion de varon! Sus Pandectas son el corazon humano y el santo buen sentido. Tiende sobre su cliente el mismo manto protector que usó el Cristo para cobijar á la adúltera, y dice: el que se encuentre exento de pecado arroje la primera piedra:

O tire una piedra el justo

Que no incurre en este error....

Hay defectos morales que se atribuyen esclusivamente á la porcion femenina de nuestra especie: y es notable que jeneralmente caigan en este error los que se creen guardianes de las almas en este mundo. ¿Acaso el espíritu inmortal baja desde Dios á animar las criaturas ter-

restres trayendo consigo los caracteres de un sexo dado? Asi debia reflexionar nuestro mejicano, cuando reasumiendo en un cuadro copiado del natural y pintado con pincel de maestro, todo cuanto el hombre condena y censura en la mujer, púsolo ante los ojos de aquel, y le abatió el orgullo obligándole à reconocer que semejante cuadro era también su retrato. Breton de los Herreros ha tomado una espresion feliz de este trozo de Alarcon, y la ha introducido con gran éxito en una de sus mas populares comedias. No se enfaden las mujeres por que nuestro poeta las llame animales hermosos. La exclamacion: "hermoso animal!" es un himno en que toma parte la suma total de las facultades afectivas del hombre: y sobre todo, sepan las bellas, que los hombres no andamos mejor parados desde que un escritor de mucha fama y ciencia nos ha llamado ahora pocos años—"cuadrúpedos verticales."

En las escenas de "Mudarse por mejorarse", que quedan copiadas, muestra Alarcon de qué manera se dan lecciones provechosas en el teatro. En esas escenas, recibe el egoismo el mas terrible de los desengaños. El que no atiende mas que á su propia conveniencia sin consultar la ajena; quien no trepida en hacer doler el corazon del prójimo con tal que el suyo se ensanche satisfecho; ese, prepárese al castigo que es infalible, si no siempre inmediatamense próximo. Qué desquite tan natural, tan discreto, tan bien hilado, el que Leonor prepara á D. Garcia, dándole á beber su amargura en el mismo vaso, que él preparó!

... Pues siendo asi
Y que os tengo D. Garcia,

*Por cuerdo, y dejais mi tia
Por mejoraros en mí,
Perdóneme vuestro amor;
Que á resistir me prevengo,
Hasta que sepa si tengo
Otra sobrina mejor.*

Terminaremos recordando una coincidencia notable. Hemos visto que Alarcon apareció en la escena española produciendo un cambio fundamental y saludable en ella. Hízose el adalid ingenioso de las buenas costumbres y de la mas esquisita moral y arrojó de los escenarios de Madrid, cen su delicado gusto americano, á los soeces y chavacanos chistosos de que aun nos dan idea los sainetones de arrabal. Pues bien, pasados dos siglos justos desde que el mejicano Alarcon hizo representar en la Península sus primeras comedias, otro hijo del mismo pais, apareció en aquellos teatros, tomando lugar prominente en las filas de D. Leandro de Moratin y poniendo su hombro robusto al servicio de una nueva reforma en los fines sociales de la musa dramática castellana. Nos referimos á D. MANUEL EDUARDO DE GOROSTIZA, natural de Veracruz, noble é ingenioso autor, conocido y estimado en ambos mundos, y que supo esgrimir la pluma y la espada, tanto en Europa como en América, en defensa de nobles causas.



D. JUAN MANUEL DE LAVARDEN.

Licenciado, del consejo de S. M. y su oidor honorario de la Real Audiencia de la Plata, Teniente Jeneral y Auditor de guerra de la Capitanía Jeneral del Rio de la Plata etc. etc.

Mi trompa es debil, celestial la tuya.

[El Dr. D. VICENTE LOPEZ, aludiendo a Lavarden en la introduccion del "Triunfo Argentino"--Nov. 1807].

La poesia todo lo anima y hace llevaderas las tareas mas estériles

LAVARDEN.

Esta América meridional tan jóven y llena de luz, que se complace en lucir el oro á la superficie del suelo, parece imposible que haya podido echar una capa espesa de polvo sobre la memoria de algunas de sus inteligencias privilegiadas. Y no obstante, sin necesidad de esquisitos esfuerzos y sin auxilio de una erudicion tan estensa, por ejemplo, como la de Leon Pinelo, rara es la seccion de la España del nuevo mundo en donde no pueda descubrirse, en el firmamento de la literatura colonial, alguna estrella que iluminandò aquella larga noche se eclipsa despues entre sus sombras.

Contrayéndonos únicamente á los poetas, y á pesar del poco reposo que podiamos procurarnos en una pere-

grinacion de viajero, hemos tenido ocasion de hacer conocimiento con varios de esos favorecidos de las musas que se enterraron con sus lirras, como los caballeros antiguos bajaban al sepulcro con toda su armadura.

Qué vacío tan grande no se sentiria en el campo de la literatura peninsular, si las persecuciones contra la persona de D. Francisco de Quevedo, hubiesen alcanzado tambien á sus producciones?—Pues bien, á las orillas del Rimac existió en el penúltimo siglo un injénio extraordinario que por la agudeza de sus epigramas y atrevimiento de sus sátiras, pudiera rivalizar con aquel insignie poeta, sin dejar de ser su discípulo. Y allí mismo y en la misma época, en el retiro de una celda franciscana, oró y cantó con no menos fervor que Luis de Leon un fraile cuyo nombre es hoy apenas como un éco perdido. Juan Caviedes¹ y Agustin Delso se llaman estos dos injénios que los peruanos y la América, desconocen, mientras se ha salvado de merecido olvido el vulgar y maldiciente Terralla, cuyos insípidos romances acaban de reimprimirse en Madrid con un lujo tipográfico que debió emplearse mejor².—Bajo el cielo ecuatorial y á la márjen del Guayas, un sacerdote de la compañía de Jesus, antes que la espulsion de su órden le arrojase á las rejiones frias del viejo mundo, celebró en magníficos versos con los colores del Apocalipsis á la mujer divina que en el simbolismo católico

1 Las numerosas poesias de éste permanecen inéditas formando un grueso volúmen en 4.º con el título: *Diente del Parnaso* Una bella copia posee nuestro amigo D. Gregorio Beeche, argentino, vecindado en Valparaiso, en donde ha reunido una de las mas ricas bibliotecas americanas que se conocen.

2 *Terralla* es autor del librejo métrico titulado: *Limá por dentro y fuera*.

tiene á su planta la serpiente, se asienta sobre la luna menguante y le forman corona ángeles y luceros ³.

Estos poetas, y otros mas que seria fácil traer á cuenta, fueron estimados por sus contemporáneos, pues los hijos de América se han distinguido en todo tiempo, por su inclinacion á la belleza y á la harmonia de la rima. Pero, no habiendo logrado los honores de la imprenta, sin cuya intervencion no hay fama en la posteridad, las jeneraciones que les han sucedido, pasaron sobre sus tumbas como se pasa por sobre un tesoro que esconde la tierra. No obstante, tiene él mérito poético tanta enerjia vital, está destinado á tan perdurable existencia, que ni el desden, ni la incuria, ni el mismo olvido, son poderosos á estinguirle completamente: semejante á la palma y al cedro con los cuales se le ha comparado desde la antigüedad, necesita á veces para erguir su follaje de una larga fecundacion bajo la superficie social, como la necesita la simiente de aquellos árboles bajo la superficie del terreno.

Tambien nosotros, sin podernos eximir en nada de los déstinos de la América de que somos parte, dejamos desde mucho tiempo atras, arrojadas algunas antiguas perlas poéticas entre las arenas de nuestro Rio. Y debe tanto mas admirarnos este despego por tamaña riqueza, cuanto que siendo pobres en caudal literario, no hemos sido ingratos ni olvidadizos con méritos de otro jénero.—Algo falta á la corona de la gloria de un pueblo, cuando á sus laureles no se entreteje el mirto, y cuando en el blason de su alcurnia [permítasenos esta figu-

³ El Padre Juan Aguirre, cuyas poesias inéditas existen en nuestro poder, copiadas de un autógrafo segun todas las apariencias.

ra aristocrática] no se hermanan en significacion elocuente la espada con la lira; pudiéndose decir de las sociedades lo que del individuo decia un noble castellano del siglo XV: “la sciencia no embota el fierro de la lanza, ni face floxa el espada en la mano del caballero. 4”

Buenos Aires fué madre de un hombre que se apagaba al helado soplo de los años cuando en la víspera de 1810 comenzaba á arder el espíritu revolucionario. Injenuo por su naturaleza, estudioso por inclinacion, entregado á las tareas forenses y administrativas por razon de su carrera, promovedor del progreso de su pais y de las industrias útiles, entendido en las literaturas antiguas y modernas, el Sr. D. Juan Manuel de Lavarden, no es conocido [á pesar de esta suma de recomendables calidades] tanto como lo merece.

Aunque hemos practicado algunas indagaciones, quedan aun envueltos para nosotros en una completa oscuridad los primeros años de nuestro poeta. Presumimos que, como otros arjentinos de su mismo tiempo, se educó y pasó la primera juventud en España.

Cuéntase que estando en el *refectorio* de su colejo, rodeado de compañeros y de maestros sumisos á la disciplina ceremoniosa propia de aquellos dias, comenzó á soplar, como en el hueco de una trompeta, en la cavidad de un hueso de la vaca del puchero, huérfano de substancia y de garbanzos. Fué grande la estrañeza que causó aquel descomedimiento, y reconvenido por una accion impropia de caballeros, contestó para disculparla, “que estaba llamando á juicio para ver si se obraba el milagro de que se vistiese de carne aquel

4 El marques de Santillana, citado por Gayangos.

hueso mundo que le incomodaba en el plato.”— La propension chistosa y decidora que revela esta réplica, no le abandonó en su vida segun resulta de otras anécdotas que no conservarían toda su gracia, bajo el vestido que exigiría su presentación al público: las silenciamos con sentimiento, advirtiendo que no son en manera alguna, ni cónicas ni groseras.

Veamos ahora, en qué clase y con qué título entra Lavarden á hacer papel de empleado público en los primeros escalones de la administración. El relato que vamos á hacer podrá parecer prolijo; pero le consideramos interesante para dar á conocer una época de nuestro pasado tan distante como poco estudiada. Valémosnos de testimonios auténticos y de copias dignas de fé que se conservan entre los papeles de la familia de uno de los antiguos Síndicos del Cabildo de Buenos Aires. Advertiremos, de pasada, que en materia de antecedentes para formar la biografía de nuestros antepasados no hay mucho en que escoger, porque la esterilidad de documentos á mano es absoluta, y los que existen ni han sido impresos ni elaborados por nadie.

A fuerza de espera y de buena fortuna va encontrándose de tarde en tarde, una fecha, una referencia, relativas al personaje á que nos aficionamos, y forzosamente han de emplearse estos datos como los pedacillos de colores variados con que se labran los mosaicos, resultando en el retrato, como en los productos de este arte, algo de ex-abrupto y de frío.

El Rey D. Felipe V “atendiendo á la falta de letrados que se esperimentaba en la ciudad de Buenos Aires, y á lo distante que se hallaban de ella las Audien-

cias de Charcas y de Chile para el recurso de los litijios y materias de justicia” &a. &a. resolvió se erijiese “por siempre” en esta ciudad *un teniente general letrado, Auditor de la gente de guerra de ella*, con la misma autoridad y reglas con que estaba establecido este empleo en las provincias de la Habana, Cartajena y Yucatán, con el salario de mil pesos anuales. Nombró el Rey para desempeñar este puesto al Licenciado D. FLORENCIO ANTONIO MOREIRAS, con *honoros de Oidor de la Audiencia de Charcas* y por el término de cinco años, mas ó menos segun fuese la voluntad real. Este título se despachó en San Lorenzo, á 30 de Noviembre de 1738.

Este es el empleo que va á desempeñar Lavarden, como sucesor del fundador Moreiras, y que conservará hasta despues de las invasiones inglesas ó hasta su muerte.

En 8 de Abril de 1760, el Gobernador y Capitan General D. Pedro Cevallos, hizo presente á S. M. que el Teniente General Moreiras, solicitaba se le exonerase de su empleo por hallarse imposibilitado físicamente para desempeñarlo, y propuso al mismo tiempo para subrogarle provisionalmente, al LICENCIADO D. JUAN MANUEL DE LAVARDEN, *abogado de crédito y conocimientos* segun la espresion del mismo gobernador. El Rey recibió benévolo la propuesta y la recomendacion de su valeroso lugar-teniente y espidió nombramiento de *Auditor de guerra en propiedad* á favor de Lavarden, con fecha 30 de Abril de 1761.

El 24 de Marzo del año siguiente 1762, dió D. Pedro Cevallos por su parte el siguiente decreto: “Guárdese y cúmplase lo que S. M. manda en este Real despacho,

para cuyo efecto, ante el Illmo. cabildo de esta ciudad hará el Licenciado D. Juan Manuel de Lavarden el juramento acostumbrado⁵ y por los oficiales Reales se tomará la razon, formándole el asiento correspondiente, y se le guardarán á dicho D. Juan Manuel Lavarden los privilegios y esenciones que corresponden á su empleo.”

El nuevo Auditor, que por su juventud é ilustracion debia ser menos esclavo de la etiqueta nécia, y mas innovador que el decrépito Moreiras, lastimó la susceptibilidad de los miembros del Cabildo secular, á tal punto, que apenas se separó D. Pedro Cevallos de su gobierno, entabló el Procurador de ciudad en 14 de [Abril de 1768 una acusacion ante aquel mismo Cuerpo contra el Sr. Lavarden. Era síndico Procurador entónces D. Manuel de Basabilbaso, comerciante porteño, entendido y laborioso, que con igual facilidad redactaba un estenso informe que regularizaba una sumaria informacion. Y queriendo triunfar de seguro sobre un empleado de tanto valimiento como lo era su paisano Lavarden, se armó de todas armas y tomó la cosa con seriedad y *ab ovo*. Dispuesto á ácusarle nada menos que de usurpacion de título y facultades y de infractor de las ordenanzas que reglamentaban la jurisdiccion de los majistrados y cuerpos gubernativos de Buenos Aires, comenzó por desenterrar de los archivos aquella *nuestra primera constitucion* que databa desde el año 1668 aunque no hubiese obtenido la sancion soberana hasta el de 1695,⁶ y los

5 Lo prestó ante el Cabildo el 29 de Marzo de aquel mismo año 1762.

6 Seria curioso el conocimiento completo de estas *Ordenanzas* que fueron formadas por la *Ciudad* ó Ayuntamiento y aprobadas por el Rey, y las cuales comienzan declarando testualmente—“*por capital de las pro-*

antecedentes de la creacion del empleo de Auditor que hemos dado á conocer mas arriba.

Alegaba Basabilbaso que habian caducado con Moreiras las atribuciones del Teniente jeneral concedidas en el real despacho de 30 de Noviembre de 1738 ya citado, y que solo alcanzaban á Lavarden las de Auditor letrado y nada mas, segun el tenor de los respectivos nombramientos. Despues de rebajar así algunos grados la jerarquia de este majistrado, pasaba á observar el Procurador, que aun concediéndosele los derechos y la autoridad que se atribuia abusivamente, habia infringido el testo y el espíritu de las mencionadas ordenanzas. Pero será mejor dejar hablar al mismo Basabilbaso para saber por su propia boca la *gravedad* de los desmanes que tanto habian mortificado la susceptibilidad de los miembros de la Municipalidad bonaerense. “En el art. 11 de las ordenanzas, decia el Procurador, se previene que no se le permita al Teniente general *entrar en el Cabildo con baston sino con vara de la real justicia*. . . y el señor Auditor de guerra actual, que se halla intruso en aquel empleo, tan distante ha estado de observarlo que sin el menor reparo á la prohibicion, siempre que ha concurrido á este Ayuntamiento, y con él á las funciones de iglesia, *ha llevado baston y las mas veces vestido de color*. . . Tambien por el capítulo 20 de las mismas ordenanzas de esta ciudad, se halla dispuesto que el que

vincias del Rio de la Plata á la ciudad de la Trinidad de Buenos Aires, y que sea atendida y tratada como tal, y se le guarden y hagan guardar las honras y preeminencias, prerrogativas é inmunidades y esensiones que por esta razon le pertenezcan y deban guardársele, segun y como se hace con las demas ciudades capitales de las otras provincias de los reinos de las Indias. Nosotros solo hemos visto de estas Ordenanzas la parte que transcribe Basabilbaso en su representacion.

ea Teniente general de ella, *no se sienta en este Ille. Cabildo, ni en las funciones públicas á que concurre, en silla, sino en los escaños que se ponen, junto con los demas individuos que componen este respetable Ayuntamiento, in otra diferencia que la de ocupar el primer lugar . . .*

“Pero estos tan antiguos como autorizados documentos, no logran su debido efecto, y antes bien se hallan bolidos por el que actualmente se figura Teniente Jeneral, pues en sus asistencias con este ilustre Cabildo no toma asiento en los escaños como debia, sino en la silla destinada para el Exmo. Sr. Gobernador, *queriendo asisearse igual en el carácter y preeminencias con V. S. en otro título que el de su voluntad y el empeño de decaudar á V. S. en los privilegios que le están concedidos*”

Por la minuciosa seriedad con que estan desenvueltos los cargos, casi risibles en nuestra época, se deduce, que eran entonces de la mayor importancia; y para no envirtuarla, se adelantaba el Procurador á prevenir la *escripcion* que pudiera alegar el *abogado* contra quien se dirigidos aquellos mismos cargos. Con este objeto, se dirigia, dirijiéndose siempre al mismo Ayuntamiento gravado: “Es verdad que V. S. ha visto ejercer al escañado señor Auditor de Guerra, el ministerio de Teniente Jeneral y no lo ha resistido; *pero esto fué porque a que lo autorizaba el propio Exmo. Sr. Ceballos cuando como superior debia impedirlo, y porque sabia que si se seguia su sistema de respetar al Sr. Auditor de Guerra por Teniente Jeneral, se espondrian inútilmente los individuos de V. S. á sufrir los vejámenes y aires de que era capaz lo intrépido y despótico del jé-*

nio de S. E. de que nos dió repetidos ejemplos."

El Procurador compromete con estas revelaciones independencia del cuerpo municipal, encojido y m bajo el despotismo de D. Pedro, y perseguidor viud tivo en su ausencia; pero nos dá inocentemente y quererlo una nueva prueba de la omnipotencia ejere por los gobernadores españoles en América, y de la g una importancia que tenian ante ellos las demás ma traturas por muy protegidas que estuviesen por estatu especiales emanados del Rey ó por las leyes de Indias

No estando el Ayuntamiento al alcance del mand trataba de satisfacer sus agravios en la persona del p tejido, á quien mas adelante inculpa el Procurador haberse prestado à dar formas legales á varias disp ciones abusivas de Ceballos especialmente contra obispo Latorre con quien tuvo, segun el testimonio Dean Funes, "choques escandalosos. 7."

Pero Lavarden sabia sin duda hacerse necesario, pesar de las prevenciones que debió traer el goberna Bucareli contra los amigos de su antecesor, parcial los jesuitas, segun la historia, confió al Auditor el enc delicado de dar cumplimiento á la real órden de es ñamiento de los miembros de la compaña en el ter rior de Corrientes en donde era grande, como acababa manifestarse con tristes hechos, la influencia jesuitica,

7 Funes lib. V. cap. 7. El Cabildo insistió en su demanda, p riendo ante el Rey en 30 de Junio de 1773 y obteniendo una resoluci vorable, puesto que en 7 de Noviembre de 1775, se quejaba de l á S. M. de no darse cumplimiento á la Real Cédula de 19 de Febre hallamos el año] que ordenaba que no se le acordasen á Lavarden facultades que las correspondientes al título de *Auditor de Guerra, da mas.*

8, Relacion de Bucareli—inedita.

En consecuencia, quedó el Ayuntamiento burlado en sus esperanzas y no obtuvo del nuevo gobernador el apoyo que se prometía contra el favorito de Ceballos. Por el contrario, elevada á conocimiento de Bucareli la presentación del Procurador, se espidió diciendo con fecha 23 de Diciembre de 1768 que se enteraría de ella de los testimonios acompañados para providenciar oportunamente, y que mientras tanto prevenía al Cabildo *no tomase determinacion alguna sobre las pretensiones del Procurador Jeneral*. Así se deshizo en palabras y cada mas la tempestad que amenazó hundir el buen nombre y la posición social de Lavarden, mostrándose el nuevo impotente el ilustre Ayuntamiento ante la voluntad ejecutiva del gobernante.

Bucareli que desde antes de arribar á Buenos Aires, había ya servicios oficiosos á la respetable casa de Basabilbaso, con cuyos miembros tuvo despues estrecha relación, debió empeñarse (lo presumimos al menos) en acercarse á aquellos dos empleados de tanta categoría, haciendo que el Síndico cesase en sus prevenciones contra el Auditor, pues no podía menos de reconocer en ambos, al sagaz gobernante, un gran talento, y méritos señalados contraídos en el servicio público; puntos por los cuales se tocaban para estimarse y ser amigos, aparte la circunstancia del paisanaje. Al menos, diez años mas tarde, como lo diremos mas adelante, las relaciones entre uno y otro de aquellos dos porteños distinguidos eran perfectamente cordiales, y el Síndico manifestaba interesarse en las creces de la fama literaria del Auditor ⁹.

⁹ Varios escritos literarios de Lavarden se han salvado autógrafos en la familia de Basabilbaso.

El hecho es que lejos de amenguarse el valimiento Lavarden, creció, á juzgar por los nuevos cargos (desempeñó con motivo de la espulsion de los PP. de compañía ¹⁰.

El dia 2 de Abril del año 1767, firmaba Carlos 3.^o sabio, en su réjia residencia del Pardo, la famosa Pragmática sancion en que se lee entre otras cosas lo siguiente. . . . “Estimulado de gravísimas causas relativas á obligacion en que me hallo constituido, de mantener subordinacion, tranquilidad y justicia mis pueblos otras urjentes, justas y necesarias que reservo en real ánimo. . . . *He venido en mandar estrañar de tus mis dominios de España é Indias é islas Filipinas á Regulares de la compañía y que se ocupen todas las temporalidades de la compañía en mis dominios*”

Para dar cumplimiento á esta última parte de Pragmática y en consonancia con una real cédula de de Marzo de 1769, se instituyeron Juntas municipales para entender en el manejo y enajenacion de los bienes ocupados á los jesuitas. La que se formó en Buenos Aires y que se daba á sí misma el título de *Muy ilustre Junta superior municipal provincial y de aplicacion* se componia del gobernador Vertiz en clase de presidente, del Auditor de Guerra y de los señores Dr. D. Manuel Gonzales de Leiva, D. José de Gainza, y D. Manuel de Basabilbaso, en su calidad de Síndico de la ciudad.

Esta Junta comisionó en 23 de Abril de 1770 á don D. Juan Manuel de Lavarden para que procediese

10 Hemos visto decretos ó providencias del Gobernador Vertiz, respondientes al año 1773 en que dá á Lavarden el título de MI TENIENTE GENERAL Y Auditor de Guerra.

formar inventarios, tasaciones y liquidacion de los bienes urbanos y rurales pertenecientes á la estinguida comunidad, existentes en el territorio de Buenos Aires. Destinóse al efecto una oficina especial en la Fortaleza, y comenzó su labor el 23 de Julio, dando cuenta de su comision con un Estado y un informe esplicativo datado á 28 de Setiembre siguiente. Resulta de estos documentos, suscritos por el mismo Lavarden, que las tasaciones de aquellos bienes daban por liquido-caudal la suma de 277,902 pesos. La renta segura producida por esta cantidad, que era nominal en su mayor parte y sujeta á deducciones y rebajas por reclamaciones particulares y deudas,—llegaba apenas á 8113 pesos anuales, proveniente de los alquileres y arrendamiento de las fincas ¹¹.

Vamos viendo cómo se multiplica nuestro poeta y cómo descubre aptitudes que parecen incompatibles con el saber de un abogado de aquellos tiempos, en los cuales se cree jeneralmente que andaban reñidas las Pandectas con la Aritmética. Y la inesperada casualidad de encontrarle inventariando los haberes de los amigos de su amigo Cevallos, nos ha proporcionado ocasion de saber el monto *oficial* de aquellos bienes á los cuales sus numerosos guardianes les fueron tan perjudiciales como

(11) El Gobernador Bucareli no encontró caudal alguno en las cajas de Buenos Aires cuando llegó aquí á poner en ejecucion las reales órdenes tocantes á la espatriacion de los Jesuitas. Para mantener á estos y costearles hasta España tuvo necesidad aquel gobernador de recurrir al crédito y de admitir en 7 de Julio de 1767 el préstamo de 228,768 ps. 7½ rs. que espontáneamente y sin interés hizo un D. Francisco Antonio de Llano Sanguinez, Comisario proveedor de víveres, mozo vizcaíno que á la edad de 34 años podia ya disponer de ese caudal.

(Relacion de los méritos y servicios de D. Francisco Antonio Llano y Sanguinez, capitán de carabineros del Regimiento de caballeria Provincial de Buenos Aires: impresa en Madrid.)

suele serlo una junta de muchos facultativos para la salud de un enfermo.

Uno de los objetos de la junta de que hemos hecho mencion, era como lo indica su título, entender en la *aplicacion* mas conveniente de las fincas y fondos jesuíticos, en vista de la utilidad pública y de conformidad con la mente del Monarca, quien,—no queriendo nada para el patrimonio de su corona de cuanto habian acumulado los espulsos,—dispuso que se emplearan en objetos de beneficencia y en mejora de la instruccion de la juventud. En desempeño de esta parte de su comision, la Ilustre Junta de Aplicaciones, ya por medio de su presidente el gobernador, ya de su vocal el síndico de ciudad, contribuyó poderosamente á dotar al vecindario de Buenos Aires de *Estudios públicos* y á crear el Colejio de San Carlos en cuyas escuelas se enseñaban la lengua latina, la filosofia y la teolojia. Estas clases se abrieron sucesivamente desde el año 1772 en que comenzó el apendizaje de la gramática, y la Junta nombraba á los profesores que habian de desempeñarlas, procediendo al nombramiento en sesion solemne de que quedaba constancia en una acta autorizada por el escribano *real público y de gobierno*, que lo era entónces un don José Zenzano.

Una de esas actas, entre las que han llegado á nuestro conocimiento (la del dia 24 de Setiembre de 1773), demuestra la supremacia ejercida por el Dr. Lavarden sobre sus cólegas y la influencia decisiva de su sentir en la organizacion de aquellos estudios que han sido la base de la alta instruccion entre nosotros. Como hubo un momento en que tanto la Junta como el público padeció

la ilusion de que se fundaria inmediatamente una Universidad, puesto que se habia conseguido con este objeto el permiso real, discurrióse acerca del número de cátedras de Derecho que seria necesario crear y de las materias á que deberian contraerse sus maestros. Divididos los pareceres, á pesar de lo espuesto por los Cabildos y por el procurador de ciudad en largos y fundados informes, tomando la palabra Lavarden, cortó las dificultades estableciendo sin réplica, “que era supérflua y de ninguna necesidad la creación de dos cátedras para la enseñanza de la jurisprudencia civil, una á que se le da este nombre para que enseñe el derecho de los romanos, y otra para el derecho de Castilla, pues que un solo catedrático puede muy bien cumplir con la enseñanza de uno y otro, habiendo de ser su principal objeto instruir á los jóvenes en nuestro derecho real, sirviendo la instruccion del derecho de los romanos como de ilustracion para entender nuestras leyes.”

Secularizadas las ciencias de la filosofia y de la teología, por el hecho de haber salido de los cláustrós con la ereccion del Real Colejio de San Cárlos, ofrecian un teatro nuevo á los hombres de estudios universitarios para lucir el injénio con silojismos y sorites, en las *conclusiones* públicas que con frecuencia tenian lugar en el templo de San Ignacio. Dedicábanse á veces estas funciones á los Virreyes ó á los Obispos, como medio indirecto de tributar á tan altos personajes un poco de incienso quemado en el altar de Minerva.

El Dr. Lavarden aprovechó una de esas circunstancias para desahogar en una calorosa oracion el entusiasmo de su patriotismo al ver asiladas y protegidas las ciencias

en la ciudad de su nacimiento. “Yo veo con el mas vivo regocijo de mi corazon, decia ante el Virrey Vertiz y de un numeroso concurso, que las ciencias que en otro tiempo estaban encarceladas en un rincón del Oriente, viajan ya por el mundo en libertad. Los romanos en todo vencedores, sacaron este gran depósito de las codiciosas manos de los griegos. Ellos, ó menos avarientos en este punto que sus rivales, ó ansiosos de lucir su preciosa victoria, las pusieron en soltura, para que corriendo por el orbe, pregonasen su triunfo. Sin embargo, las ciencias llevaban por todas partes el carácter de esclavas. Siglos hubo en que se vieron precisadas á mantenerse ocultas, hasta que la fortuna, contra su estilo ordinario, las ha preparado un sòlio dominador. . . . Ellas llegaron (¡qué felicidad!) á este suelo, y aqui han encontrado la acogida que merecian. Gran ventura, sin duda, paisanos míos, es la de que hayan llegado á nosotros tales huéspedes, pero mayor sin comparacion es que hayan venido en oportunidad de encontrar un Patrón que como pocos las sepa cortejar. . . .”

El acto público en que asi hablaba el Dr. Lavarden, tenia lugar en el año de 1778, correspondiente al segundo del curso de filosofia dictado por el Dr. D. Cárlos Garcia Pose. Tratábase por consiguiente de fisica, segun el órden de la enseñanza de aquel tiempo, y la *té-sis* sostenida por el discípulo D. Manuel de Irigoyen, era en oposicion á la doctrina cartesiana que no concede sino instintos automáticos á los animales inferiores al hombre. El poeta se exalta en la contemplacion de las cosas creadas, y dejando traslucir sus lecturas prohibidas, como mas tarde se le echó en cara, establece que no hay

demostracion mas elocuente de la existencia y poder de Dios que su propia obra, la maravillosa naturaleza. Le copiaremos testualmente:

“Uno de los medios con que las ciencias facilitan el conocimiento de Dios, es el estudio de la naturaleza. La perfecta coordinacion del Universo, la armoniosa correspondencia de sus partes, la uniformidad de los efectos, la perfeccion de la mas mínima cosa, está manifestando la sabia mano del Supremo artífice; pero este no es el fin principal de la filosofia. Vista una bella máquina nadie puede dudar que hay un autor que la ha construido. La hermosura del mundo dice desde luego que hay un Dios. *Los sermones que se han recitado*, los gruesos volúmenes que se han escrito para probar esta existencia, son de alguna manera injuriosos á los oyentes y á los lectores. Ellos son á lo menos palabras perdidas porque se dirijen á Ateos que no hay ó á hombres indignos de que se les hable. El buen filósofo concluye con sus observaciones en sensibles reconocimientos á vista de la unidad de este Dios, de su poder, de su sabiduria, de su bondad, de su providencia. . . .”

Este discurso dió la vuelta á toda la sociedad bonaccense: los que no le escucharon quisieron leerle, y las cópias se multiplicaron. Treinta años despues de pronunciado se conservaba aun el éco de esas palabras bien dichas, destinadas por la buena ley de su lozania á no marchitarse nunca y que hoy mismo nos parecen dignas de ser desagraviadas del polvo que las ha ofuscado durante un siglo. El Sr. D. Gervacio Antonio Posadas, que como discípulo y amigo de Lavarden poseia un autógráfo de esa arenga, le consideró digno de ser regalado al

sabio patriota Dr. D. Mariano Moreno y Valle, conservando una cópia que es la que ha llegado hasta nosotros¹².

Es probable que la mayor parte de las composiciones poéticas de Lavarden se hayan perdido, pues es destino natural de los manuscritos de poca estension que se destruyan de mano en mano, y que el anónimo despoje à algunos sobrevivientes de los derechos de la paternidad. Siguiendo con vista interesada el vuelo de este cóndor solitario de nuestro parnaso del siglo XVIII, solo le apercibimos por los años de 1786, cuando ya ocupaba, segun el testimonio de sus contemporáneos, el primer lugar entre los poetas de entonces. El canónigo Maziel que llevaba el cetro de la prosa, como el Dr. Lavarden el de la poesia, ha hecho los mayores elojios del númen de su compatriota, diciendo, con tantos mas visos de imparcialidad cuanto que se tenia por ofendido por la misma persona á quien elojaba: “Es un jénio de órden superior por la singularidad y universalidad de sus talentos. Adornado de los mas bellos conocimientos, releva sobre manera el númen poético de que le hizo gracia la naturaleza. Y la perfecta comprension de todos los preceptos y primores mas recónditos de la poesia le hace lugar en las primeras gradas de nuestro parnaso español¹³.”

Dónde se esconden las producciones que merecieron esta fama y estas alabanzas? En presencia de las que

12 Tenemos que agradecer este documento y otros no menos valiosos à nuestro amigo D. Gervacio Posadas, que custodia con inteligente veneracion los papeles de su familia y especialmente los de su ilustre abuelo.

13. Carta à un amigo defendiendo la parte ortodoxa de sus sonetos— Inédita, 6 páj. eu fol.

tenemos á la vista, se puede juzgar si eran ó no merecidos tales encomios; pero antes de entrar en ningun examen advertiremos que nos sentimos mas dispuestos á elojiar que á hacer el papel de críticos severos. La tarea que nos imponemos no es la de censores sino la de editores, cosas bien diferentes á pesar de la consonancia de las terminaciones. Dejamos para otros menos apasionados por lo antiguo, el cuidado de hacer el análisis frio de esas rimas que tienen para nosotros el atractivo de flores exóticas recojidas con dificultad en las faldas lejanas de la montaña del pasado.

Siguiendo su orden cronológico, la primera de las obras poéticas que conocemos de Lavarden, es una sátira escrita en valientes tercetos cuya lectura seria de difícil comprension para quien no tuviese la paciencia de informarse del motivo que los inspiró y que aqui relataremos lacónicamente.

Es el caso, que gobernando este Virreynato el Marques de Loreto, hombre de mal entendido celo por los intereses de la moral y de la iglesia y nímíamente aferado á los fueros y preeminencias de su empleo, cayó en su alta desgracia un sacerdote ilustre, quien, en un momento de debilidad, celebró para congraciarse al magnate, una de sus acciones de beato. Paseando el Virrey en su carrosa acertó á tropezar en una calle con un humilde clérigo que llevaba á lomo de una flaca cabalgadura el viático para un enfermo. Aquellos señorones de la clase del Marques, tenian llena la cabeza, como D- Quijote de casos y fechos de caballeros andantes, de las acciones fastuosas de Reyes y Emperadores, y aprovechando el de Loreto aquella coyuntura, para parodiar

Rodulfo 1.^o de Alemania y á los Carlos 1.^o y 2.^o de España, cedió el carruage para que continuase su marcha el Santísimo con mas comodidad y aparato¹⁴.

Este acontecimiento llenó de ruido todos los estrados de la ciudad, y haciéndose éco de los aplausos jenerales el Dr. Maciel, que es el ilustre sacerdote á quien un momento antes aludiamos, celebró en dos sonetos aquel rasgo de la grandeza humana humillándose ante la grandeza celeste. Los sonetos, que son pésimos¹⁵, fueron desde su aparicion blanco de la crítica, especialmente entre aquellos que estaban en la inmediacion y privanza del gobernante. Como lo asegura el mismo paciente en una de las defensas que hizo de sus pobres sonetos, cayó sobre ellos un *turbion de papelones*. Entre estos llamó la atencion el que contenia unas décimas, dignas de ser diezmadas por insulsas y torpes, en las cuales se habian deslizado intencionalmente algunas conceptos injuriosos á Buenos Aires, tanto mas reprehensibles cuanto que venian de un estraño, de un perulero, como lo conocieron los que estaban en antecedentes por ciertos modismos provinciales que son peculiares al lenguaje de la costa del Pacífico.

Lavarden se propuso desagaviar á las musas de su

14 Un hecho semejante de Carlos IV, dió lugar á la creacion de un personaje cuyo recuerdo se conserva en el Perú: *el Oidor del tabardillo*. Pasando aquel rey en su coche encontróse con el viático que iba á casa de un moribundo: bajóse, tomó una vela y acompañó al sacramento hasta el echo del enfermo, que era un practicante de jurisprudencia. Quiso Dios que se restableciera el enfermo y Carlos IV que se consideraba como padrino del resucitado se encargó de su suerte y le destinó á la Audiencia de Lima. El pueblo decidor de aquella ciudad no le llamó nunca por el apellido sino por el apodo que ha quedado y quedará entre las tradiciones de aquella ciudad de larga crónica.

15 Parece que se imprimieron; pero no hemos visto ningun ejemplar de ellos en tipos de los *Erpósitos*.

pais, hacer gala de erudicion, de buena crítica y divertirse al mismo tiempo. Con este santo propósito reunió todos aquellos papeles en prosa y en verso, incluso los veintiocho renglones desiguales causantes de la batahola, y formó un cuaderno de treinta y seis páginas in 4.º, poniéndole el siguiente título con gruesos caracteres de la clara letra de su puño:

COLECCION

De varios papeles apolojéticos
en prosa y verso
Que en ocasión de haber encontrado
al santo viático y segnidole
el acompañamiento del Real estandarte,
han corrido en Buenos Aires
este mes de Noviembre
—de 1786—

Con notas al canto de un imparcial,
y con licencia del señor de Delo.

Si estuviéramos seguros de que el público habia de recibir con él mismo gusto que nos causa á nosotros todo el contenido de este vetusto cuaderno que nos hace saborear la materia de una crónica en estilo ameno y fresco, le trasladariamos por entero y le librariamos de una pérdida posible confiándolo á la vijilante custodia de la tipografia. Pero dudando sobre si habrá ó no, quien en el tumulto de la vida presente pueda conceder atencion á consejas de ultra-tumba, nos limitamos á transcribir la sátira mencionada sin variarla en una sola sílaba. Ella ve la luz por la primera vez copiándola de un autógrafo escrito *con amore* y que atestigua en todos sus accidentes el gran caso que de esta inspiracion

hacia nuestro antiguo compatriota. Hé aquí esa sátira que el autor pone en boca de los estudiantes del país “cansados de oír desatinos y desvergüenzas á las musas del Callao:”—

SATIRA.

Yo no nací poeta, ni presumo
Que con las hojarascas del Parnaso
En torno de mi féretro hagan humo.
No creo, que he probado por acaso
Las virtudes del agua que concibo
Que sabe á la pezuña del Pegaso.
Mas cuando los agravios apercibo,
Que se hacen á mi patria, me preparo
Escusa racional en el motivo.
Ni que yo espere aplauso será raro
Cuando escucho aplaudir por las tabernas
De Códros trasandinos el descaro.
O tú que dignamente uos gobiernas,
Culto censor de nuestra policia¹⁶,
Si el celo alguna vez con ócio alternas,
Y llega por acaso la voz mia
A distraer tus grâves atenciones,
Ensaya tu nativa bizarria.
Yo te pido, señor, que me perdones,
Si me atrevo á ocupar en tu defensa
Del rústico laud indignos¹⁷ sonos.
Sábe la causa, sábe que tu ofensa
Se mezcla de mi patria con la injuria
Por alguno que apoca tu despensa,
Y que entre la carnívora centuria
Que evita de su gula los desmayos
Disfrazada en obsequio la penuria,

16 Los publicistas españoles han empleado la palabra *policia* como sinónima de *gobierno*. Cobarrubia, hablando de los “recursos de fuerza” dice: “en lo que toca al *gobierno* ó *policia* exterior . . . etc.”

17 Habia escrito primeramente *groseros*.

Al recibamos hospital de tus lacayos
No solo buitres, como yo creia,
Sino tambien acuden papagayos.

Tú no ignoras, señor, que el otro dia
Entre sábios y necios comensales
Que corteja y tolera tu hidalguia,
Algunos de Helicon seudofiscales
A par de los relieves de tu mesa
Mondaron dos sonetos garrafales¹⁸

Parto inmaturo que abortó la priesa
De quien, por otra parte, no se olvida
Que no es la de un sôneto poca empresa.

Algun docto con frase comedida
Mostrará de aquella obra los defectos
Sin esceder la crítica debida.

Dirá los consonantes incorrectos,
De algunos pensamientos la lindeza
Y los que tal vez haya mal electos.

Acaso notará de lijereza
Al que á las fuerzas de la ciencia fía
Lo que no concedió naturaleza,

Y dirá cuando mas sin burleria
Con tímidas razones aunque bellas
Que no se adquiere el don de poesia,

Y que nuestro doctor sigue las huellas
Del Demóstenes Italo, que imita,
Cuya prosa se sube á las estrellas;

Pero que su renombre debilita
El argentino Ciceron cuando hace
Alarde de una musa hermafrodita.

Porque ello es cierto que el poeta nace,
Y el que no lo sacó del menudillo
En vano la mollera se deshace.

Por esto hay de Pomponios baratillo,
De Galenos el número dá grima,
Y teologazos andan á porrillo;

18 Es de Gerardo Lobo que dijo: Mondando soneticos garrafales. (Nota del autor).

Mas de poetas de cabal estima
Mucho será se cuenten dos docenas
Como no se numeren los de Lima.

Alli sí que fecundas las Camenas
Alumbran partos mil cada semana,
Por quita allá ese par de berenjenas;

Pues cualquier mulatillo palangana
Con décimas sin número remite
A su padre el Marqués una banana;

Y como el vulgo bárbaro repite
Sus glosas por la calle, se persuade
Que con Quevedo y Góngora compite.

Por acá es al revés: para que agrade
El juguete mas digno de Talía
Es preciso que Febo le traslade.

El pueblo que de libre se gloria
Produce nobles almas, que á ninguno
Quisieran conceder la primacia.

No es este vulgo vil de color bruno
Que cualquiera sandez de un viracocha
Aunque de todas letras esté ayuno,

Le parece de almíbar y melcocha
Y á ensalzarla por juro de conquista
Los beodos gatzates desabrocha.

O dígalo del pobre romancista
La musa que con cuatro pelotones
El nido de las águilas atrista.

Oiga el escarabajo los blasones
Conque distingue sus hediondas trovas
Un pueblo que por fin gasta calzones.

O musa que sacudes las alcobas
De la casa de locos de mi testa,
Cuidado como agora te me abobas:

Cuéntame de cada uno la respuesta
Pues ya que te arrufaldas de divina
Debes haberte hallado en toda fiesta.

Mi triste chimenea deshollina,
Y si esta dilijencia no es bastante

Sóplame una Febea melecina¹⁹.

Las décimas volaron, y al instante
Resonaron inmensas carcajadas
Riendo tras los doctos el pedante.

Ocurrieron lectores á manadas
Como en noche de viernes cercar suelen
La que en la esquina frie las pescadas.

Uno dijo al oirlas: “cómo huelen
Las coplas á carnero de la tierra!
Si no son peruleras que me enmielen.”

“Mal año para el hijo de la perra,
[Un campestre añadió dando un corcobo]
;Y faltan conchavados en la hierra!”

Dijo un escolarcillo que no es bobo:
“De Lobo la mitad tiene el poeta,
Mas con otra mitad no será Lobo²⁰.”

Un gallego tambien de cuchufleta,
Sin acabar se fué refunfuñando:
“Para jaita nun es la chanzuneta.”

Un guarda sus encaros preparando
Gritó: “Favor al Rey; el papel venga,
Que este jénero es de contrabando.”

Se le lleva si no hay quien le contenga,
Y fué no sé que quidam de peluca,
Que despues de toser hizo esta arenga.

“Señores esta cosa me trabuca:
Léamos el papel con mas cuidado
Porque se me ha fijado acá en la nuca:

No es poeta el autor por decontado;
Convéncelo el asunto que critica
Como á las Musas poco acomodado.

19 Este pensamiento es de Góngora; [pero me parece que aunque no se pone con toda la libertad que él le añadió, no debiera copiarse por quien se vé que sabe lo que dice y no debe ignorar la nota de Mayans á ese y otros dichos semejantes de Góngora. [Nota del autor.]

20 Quiere decir que el poeta de las décimas jamás llegará á ser un Gerardo Lobo, porque aunque tiene la mitad de *Lo-bo*, que es *bo*, con otra mitad que es otro *bo* quedará siempre *bobo*. [Nota del autor.]

La diestra vena todo lo amplifica
Y sobre los arrullos de una gata
Versos y pensamientos multiplica.

Aqueste mismo caso que se trata,
Cómo lo relevara si quisiera
Algun número del Río de la Plata!

Pues no es la de este tal Musa ratera
Que sin criterio ni sin justo tino
Las dulces espinelas adultera,

Acomodando el metro granadino
A la punzante sátira buida,
Mas propia del Itálico asesino.

Y lo que peor es, descomedida
La grosera sentencia de estos versos
Que de un candil ardieran por torcida,

En conceptos vulgares y perversos
Con vapores pestíferos empaña
El honor de cristales mas que tersos;

Pues cuando lanza su indijesta saña
Contra pueblo que alguno juzgaria
Grato solar de la civil España,

Zahiere con soez chocarrería
El mérito de aquel que tiene á cargo
Velar sobre la urbana policia."

Mil cosas dijo el criticon amargo
Que yo quiero dejar en el tintero,
Porque apuntarlas fuera cuento largo.

Solo le ví poner pajizo y fiero
Cuando volvió á leer la bella frase,
(Pueblo incivil) que injiere el majadero.

Temí que de furor se desmayase
O que segun los dientes apretaba
Sin la mitad de un lábio se quedase.

Y temblando el concurso preguntaba:
"Quién será el poetilla mendigante"?
Y tomaños ojazos rodéaba.

Hallábase junto á él un estudiante
Y respondió de pronto: "Yo me abismo

Que aun esteis del autor tan ignorante:

Hartas muestras nos dá su estilo mismo,
La mestiza dición poco sonora,
Pues el, “*donde un enfermo*”, es cholimismo.

Las leyes que citando deshonora,
En odio á nuestra patria, todo ostenta
El tal Duque de Nájera do mora²¹”

“Ah!, dijo el pelucon, caigo en la cuenta,
Yo no sé el poetastro en qué se funda,
Quítenme ese papel que me revienta.”

A trabarse volvió la barahunda:
El guarda le pedia por su fuero
Y mostraba una cara furibunda.

Queriale à revueltas un pulpero
Para envolver aji (no sin justicia)
Y un boticario entraba de tercero.

Métese por los cascos la codicia,
Armase una tremenda safacoca,
Uno vota. otro llama la justicia;

Mas viendo disputar una bicoca,
Y andar muy cerca ya las puñaladas,
Un soldado les puso punto en boca,

Y enviando de vanguardia dos puñadas,
Y mostrando en reserva un gran guijarro,
Llegó Cortéz y dijo: “camaradas,
Yo tomo este papel para un cigarro.”

La indignacion inspiró esta sátira como á todas las de su especie; pero la cólera de Lavarden no es tan acre y estoica como la de Juvenal, ni se encara con los vicios sociales como la de ambos Arjensola. Nuestro poeta censura y disculpa al mismo tiempo al autor de los sonetos, á quien compara con el famoso orador romano en la manía de eclipsar el brillo de su prosa con versos tri

²¹ Habia un demente en Buenos Aires llamado D. José Ortiz que se daba este título de duque de Najera, y á cuyo nombre se habian hecho correr las décimas satirizadas.

viales fraguados á despecho de la falta de estro nativo. Tampoco piensa que el asunto de los mismos sonetos fue-se indigno de ser tratado en el idioma de las musas. Cree sí que el autor no ha tenido habilidad para desempeñarse y que ha cometido una lijereza al confiar mas en el poder de la ciencia que en las aptitudes naturales, sin el auxilio de las cuales aun las composiciones métricas mas trabajadas valen poco.

Lo que no pudo soportar Lavarden fué el insulto causado á Buenos Aires por el autor de las décimas criticas, llamándole *pueblo incivil*: delito agravado por la inepticia del maldiciente y por su calidad de extraño, y de favorito y comensal del gobernante que mas que nadie estaba interesado en el decoro de la sociedad que presidía.

Limitada á este único objeto, la sátira que acabamos de transcribir llena las condiciones exigidas por la crítica á una composicion de este jénero. El autor la ha dado movimiento introduciendo varios personajes por boca de los cuales habla el poeta; entonacion, con el uso castizo y propio de las espresiones; y estilo correcto y templado, sosteniendo la versificacion en un término medio, entre los extremos de la vulgaridad y de la altisonancia

Hay unos cuantos tercetos en esta sátira que la hacen merecedora de atencion y que no nos dejan comprender cómo ha permanecido desconocida hasta hoy. Es una verdadera sorpresa el encontrar versos escritos en el año 1786 que cuadrarian bien hoy mismo con el orgullo que inspira el sentimiento de la libertad y del progreso.

Tales son los siguientes:

*El pueblo que de libre se gloria,
Produce nobles almas que á ninguno,
Quisieran conceder la primacia....*

Anduvo muy feliz Lavarden al clasificar la poesía de los limeños, y agudo por demas y atrevido haciendo pasar ante los ojos del *Marqués* de Loreto las reprehensibles debilidades de sus iguales, quienes á pesar de la altanería de la alcurnia se abajaban hasta mezclar la sangre goda con la que turbulenta y negra corre en las arterias de las hijas de Mozambique:

Allí sí que fecundas las Camenas
Alumbran partos mil cada semana,
Porquita allá ese par de berenjenas;
Pues cualquier *mulatillo* palangana,
Con décimas sin número remite
A *su padre* el *Marqués* una banana.

Apesar de la inmensa distancia jeográfica que média entre las que fueron capitales de dos grandes gobiernos coloniales, existía una emulacion grande entre la ciudad de Lima y la de Buenos Aires, olvidándose una y otra de haber nacido en un mismo año, del siglo XVI, y de haber pronunciado ambas en la cuna, el nombre de Carlos V. como el de su comun soberano.²² La Reina del Pacífico no pudo perdonar á esta desvalida hi-

²² Segun Prescott la fundacion de Lima corresponde al dia 6 de Enero de 1535, aunque su edificacion no tuviese lugar hasta doce años despues.

La 1ª fundacion de Buenos Aires ha sido fijada por las autoridades de mas crédito en el dia de la Purificacion (2 de Febrero) del año 1535. La diferencia pues es solo de dias, y ambas ciudades nacidas en territorio conquistado por unas mismas armas y para un mismo monarca, pueden llamarse propiamente *las mellizas de Sur-América*.

ja de la pampa, el inocente delito de haberse levantado tan pronto y tan callando á la categoría de capital de un Virreynato que le arrancaba la mitad de su imperio y las minas de Potosí. El antagonismo se hizo trascendental á los ingenios: Maziél rebatió las opiniones económicas de Baquijano, y el autor del *Siripo* tuvo en poco las octavas eruditas, de *Lima Fundada*²³.

Con estos antecedentes puede esplicarse mejor la causa por qué el záfio autor de las coplas que *obian á carne-ro de la tierra* es tratado por Lavarden con tanta prevención, y porqué trae á cuento á los marquesitos charlatanes y zambos de las orillas del Rimac.

Lavarden era muy jóven cuando compuso esta sátira y revolvía en la mente otros proyectos literarios de mas importancia, contando por poca cosa lo que hasta entonces habia producido. Sentíase con vocacion para la tragedia clásica en que figuran con aparato altos personajes, y asi se proponia segun su propio testimonio, dramatizar *La muerte de Alejandro* y *La pérdida de Jerusalem* por la traicion de Tancredo. Tenia prisa en ofrecer á su patria las primicias de su musa, y sin que fuese elección suya, obedeciendo á alguna indicacion respetable, y probablemente para despertar la aficion al teatro recién fundado en Buenos Aires, escribió el *Siripo* tomando el asunto de los fastos de la conquista del Rio de la Plata.

El autor consideraba este argumento “destituido de recursos, pues no tenian cabida en él los auxilios de la pompa palaciega ni los rasgos mitológicos;” pero por este

23 Poema escrito por el limeño D. Pedro de Peralta é impreso por la primera vez en dos vs. en la misma ciudad de Lima, el año 1732.

mismo motivo lo adoptó “para hacer prueba de sus facultades inventivas, de manera que ensayado su injénio pudiese ocuparse con desahogo en asuntos mas brillantes.”

Esta pieza se representó por primera vez en la humilde casa de comedias de la Rancheria, en una de las noches del carnaval del año 1789, precediéndola una *Loa* escrita en verso suelto por el mismo Lavarden, y cuyo asunto versaba sobre la condicion de los *espositos* en cuyo amparo se habia instituido, no hacia mucho tiempo, una casa sostenida en parte con el producto de las funciones teatrales.

El *Siripo* ha mantenido siempre una especie de fama inédita y aunque se ha representado varias veces despues de la revolucion en las dos principales ciudades del Rio de la Plata, no le hemos visto nunca en escena, ni aun leídole por entero, pues ahora mismo despues de repetidas diligencias para llenar este antiguo deseo, solo ha llegado á nuestro alcance el segundo de sus actos que es por cierto una preciosa reliquia de nuestra literatura antigua por estar escrito y correjido por la misma mano de su autor ²⁴. Por este fragmento, que contiene, con sujecion estricta á las reglas de las tres unidades, lo que llamaban los dramáticos clásicos el *nudo* de la accion, puede deducirse un tanto el desenvolvimiento y desen-

24 Tomamos de nuestra prensa periódica la noticia siguiente:

“El dia 28 por la noche se representó la tragedia del *Siripo*, obra célebre de un injénio americano, y muy digna de ocupar nuestro teatro en las circunstancias por su asunto.” (Relacion de las fiestas Mayas de Buenos Aires en el presente año de 1813).—imp. de Niños. Exps.—un pliego in fol.

La tragedia se representó por varios oficiales y jóvenes paisanos aficionados. (Id).

lace de ella. Pero, para juzgar de la invencion del poeta y del mérito de su desempeño es necesario recordar someramente como refiere la tradicion el interesante drama que pasó á las márgenes del Paraná en el año 1532 y hasujerido el plan del que versificó Lavarden.

Cuenta Rui Diaz ²⁵ que dos caciques hermanos, de nacion Timbú, vecinos pacíficos del fuerte de *Santi Espiritu* fundado por Gavoto, llamados Mangoré y Siripo ²⁶, concibieron una ardiente pasion por la bella española Lucia Miranda esposa de Sebastian Hurtado. Como “el amor no guarda ley,” segun la observacion al paso del historiador paraguayo, combinaron aquellos salvajes atacar sijilosa y traidoramente la fortaleza, como lo verificaron en ocasion oportuna con buen éxito completo, apesar de la encarnizada resistencia que opusieron los españoles. Lucía fué uno de los despojos de la victória quedando cautiva de Siripo. Cuando tuvo lugar el asalto é incendio de la fortaleza estaba ausente Hurtado; pero persuadido á su regreso de que vivia su mujer, fué en busca de ella y se entregó á los vencedores. Los esposos cristianos no pudieron disimular el amor que mútuamente se profesaban y despertaron los brutales celos de Siripo avivados en él por las interesadas sujestiones de una cacica desairada. La pasion amorosa de Siripo se convirtió súbitamente en ódio y mandó que mar á Lucía en una hoguera y asaetear á su marido.

En la primera escena del acto 2.º del Siripo, toma parte un personaje de quien la história no hace mencion,

25. Argentina: Lib. 1.º cap. VII.

26. Los nombres propios de los individuos de raza guaraní, son tomados de los objetos naturales, y *Siripo* significa *tronco de palma*; circunstancia que habla á favor de la robustez y gallardia del apasionado cacique.

—el anciano Miranda, padre de Lucía. Persuadido éste de la muerte de Hurtado, ha concebido el pensamiento de atraer aquellos bárbaros al cristianismo por medio de un enlace entre Lucía y el cacique vencedor que la ama apasionadamente. La supuesta viuda participa con resignacion de la idea de su padre, y escucha silenciosa los razonamientos que dirige Miranda á Siripo para convencerle de la vanidad de su creencia. Ese sol que adorais, le dice, y cuyo eclipse predijeron nuestros sábios, no es un Dios sino una criatura del Dios verdadero. No veis que no tiene voluntad propia y que está avasallado por leyes constantes á que constantemente obedece? No le veis con cuánta regularidad mide los dias y las noches, los meses, los años y las estaciones? Siripo predispuerto por el amor á la cristiana y por una razon despejada, á abjurar sus errores, se resiste sin embargo, y contesta al padre de su adorada cautiva:

No es nuevo para mí cuanto me dices,
Ni me juzgues de luces tan escaso
Que á la razon me niegue. Antes de ahora
Mi espíritu buscaba el desengaño,
No pudiendo entender cómo Dios era
El que de otro mostraba ser esclavo.
Veia yo sus efectos invariables
Y que no era su curso voluntario:
Cual mísero mortal le contemplaba
Que procura en la noche su descanso.
Yo lo creo, ya ves; pero no es justo
En daño de mí mismo publicarlo.
Renunciar á la ley de mis mayores
Es renunciar á un tiempo el cacicazgo,
Y por no arrodillarme á un Dios finjido
Que no me puede hacer ni bien ni daño,

Humillar para siempre la cabeza
Y en cualquier español tener un amo.
Mucho vale Lucia, mas el precio
Que pides por su mano es demasiado
Para quien libre vió su primer dia
Y ha empezado á gustar del dulce mando ²⁷.

Miranda al replicar á Siripo apela á la experiencia de cinco años durante los cuales se han mostrado los Españoles justos, honrados y amistosos para con los timbués. Pero el cacique, deseando obtener seguridad de la decision de Lucia á favor suyo, interrumpe al anciano y le interpela con habilidad:

Serán entre vosotros los varones
Que las dóciles hembras mas humanos?
La fiereza de tu hija te desmiente.

No, le dice Miranda, Lucia no te resistirá desde el momento en que caiga sobre tu cabeza el agua que santifica, y entres en el número de los cristianos. Ella calla por natural pudor.

A estas palabras impaciente el indio se dirige á la cautiva y le pregunta:

.....Dí, tú, Lucia,
Merecedor me juzgas de tu agrado?

Lucia llena de confusion le contesta:

Cacique, cuando el nombre valeroso
Que los tuyos celebran, y de pasmo
Llena tus enemigos. . . . Cuando el aire
Guerrero, que pregona de tu brazo
El esfuerzo y valor. . . . cuando tus ansias
Que supiste mezclar con ruego y llanto. . . .

27. Como sucesor de su hermano y rival en el amor de Lucia, de Mengoré, muerto en el asalto de la fortaleza.

Capaces no hayan sido de hacer tuyo
Un pecho de otro afecto ya ocupado,
Del honor que obsequioso me conservas
Y que sobre mi vida inútil amo,
La fuerza poderosa me reduce
Y el duro corazon hace mas blando.

La constancia de la española ha flaqueado un tanto: no hay amor en su corazon ocupado con un antiguo y lejítimo afecto; pero ya ha entrado en él el agradecimiento.

En esta situacion óyese á lo lejos una voceria. Es el anuncio de la llegada de un emisario español. La curiosidad y la inquietud se introducen en la escena. Lucia experimenta un presentimiento secreto, demúdasele el rostro, está próxima á desmayarse. El cacique se desazona y sospecha; y ordena que aparten de allí á Lucia confiándola al cuidado de uno de sus guerreros. El emisario que es Hurtado en persona, pero que disimula su nombre, se presenta rodeado de indios armados y se dirige á Siripo:

Salud goceis cacique, el fuerte y bravo,
Que estas playas domina.

SIRIPO.

El Dios de España
Te guarde. Dí, qué buscas, buen soldado.

HURTADO.

Nuño de Lara 2º Alcaide de este fuerte
Que rendisteis por via del engaño,
De paz y humanidad con raro ejemplo
Para tratar con vos poder me ha dado;

28 Nuño de Lara murió en la defensa; pero ha convenido finjirle vivo
[Nota del autor].

El poder que ejercita en el agosto
Y siempre invicto nombre del Rey Carlos,
Que escuchan ambos polos con respeto
Y con miedo el oriente y el ocaso.

Creis solo vosotros sin resultas
Contra su alteza el cometido agravio,
Que los que la crueldad por valor aman
Reputarán por tímido lo manso.

Quiere Nuño de Lara convenceros
De la justicia de su soberano,
Cuyas armas desde ahora vengadoras
La fiereza y traicion autorizaron.

Juan Diaz de Solis á vuestras playas,
Ocultos escondrijos de leopardos,
La sociable cultura os conducia
Y humanidad á bordo de sus naos.

Si erais tan inhumanos y feroces
Para no apetecer dones tan claros,
Reclamárais entonces los derechos
Que quereis que acatemos insultados.

Vosotros le llamásteis y mas fácil
Procurásteis hacer su desembarco,
Para darle alevosos una muerte
Propia de la barbarie de estos campos.

Y nosotros en vez de la venganza,
Tomamos mas que buenos vuestro amparo:
Los Payaguás y Agaces lo atestigüen,
Mas vosotros mostradnos vuestro pago.

Yo lo diré. Gaboto á quien la suerte
Sostituyó este pais por el Catayo,
Desembarcó mas cuerdo, y cauteloso
Finjisteis estenderle amigos brazos.

Mas como las astucias dificultan
El escarmiento del ajeno daño,
Cinco años la traicion y la perfidia
En el cobarde pecho habeis guardado.

Supisteis que Gaboto se ausentaba,
A dar cuenta de sí en el mundo anciano,

Y que sus prevenciones nos harían
De jentes y de víveres escasos.

Ya no esperásteis. El volcan furioso
De pérfidos intentos restañados
No pudo contenerse. Las astucias
La traicion y crueldad arina tocaron.

Un tercio del presidio habia salido
A forrajear, y yo por mi mal hado
Huí vuestro furor con una suerte
Que otro dichosa, yo mezquina llamo.

Entonces acudisteis á los nuestros
Entre frutos los áspides llevando
Cuando entre las tinieblas se ocultaba
La luz que mete horror á los malvados.

Se os franquean las puertas: se abandonan
Para que descanséis los lechos blandos:
Cada uno por cuidar de su enemigo
Acuña las rendijas de su rancho.

Ya en silencio tan soló se escuchaban
De las silvestres fieras los baladros,
Y el sueño se derrama por los miembros
Que fatigó quizás nuestro agasajo.

Duermen los españoles; mas vosotros
Estábais con las fieras desvelados,
Con la amistad y el agradecimiento
Que os combaten en valde batallando.

Del crudo Mangoré al sílbo inicuo,
Por una y otra boca duplicado,
Anuncia á nuestra jente y nuestras casas
El incendio, la muerte y el estrago.

Del herido primero los clamores
Avisan del peligro á los incautos,
Dudando si es del sueño fantasía
Quien duerme sin delito descuidado.

La muerte presurosa iba siguiendo
Del vencedor crüel los gritos altos,
Y postró su guadaña sanguinosa
La flor de la nobleza por los campos.

Por los campos yacian los valientes
Con cien heridas ya desfigurados;
Mas guardando por seña de españoles
Los troncos de las picas en las manos. * *

Oviedo que defunto mantenía
El bordado pendon, el fuerte Ocampo,
El ardiente mancebo Perez Vargas
De alcurnia heróica, jeneroso hidalgo. . . .

Mas por qué refiriendo la tragedia
Que quizás os deleita yo me canso?
El recuerdo del mal es escarmiento
A otro delito no al de los ingratos.

Bien visteis cuán temibles enemigos
Son los que habeis aleves insultado,
Pues no bastó á vencerlos la sorpresa,
La multitud, la noche ni el letargo.

Visteis al grande Lara retirarse
Con pequeño escuadron á lentos pasos,
Y le vereis volver cual tigre fiero
Que de imprudente mano es provocado.

Advertidos estad. Un solo medio
Os reserva su enojo conciliando
La bondad del monarca mas piadoso
Con la satisfacción del desacato.

Prevenid su furor, reconocido
El dominio de un Rei el mas humano,
De Cárlos el prudente, el invencible,
El tres veces piadoso y siempre sábio.

No balanceis un punto. Mas felices
Sereis y libres siendo sus vasallos,
Que en esa libertad mal entendida
Que os hace de mil males tributarios,

29 Dieziseis años despues de escritos estos dos bellos versos dijo Arriaza describiendo el combate de Trafalgar:

Desplómanse al abismo
Cuerpos, cabezas, armas y maderos,
Y brazos que aun no sueltan los aceros.

Libres os quiere hacer el que pretende
A razonables reglas sujetaros:
Los súbditos de todas las naciones
Envidiaran la suerte que os brindamos.
Pero si vuestra bárbara fiereza,
Si no haber tanto bien jamás gustado,
Os le hace baldonar, desde este punto
A sufrir su venganza preparaos. ,

SIRIPO.

En vano con astuta valentia
Diestros habeis pensado alucinarnos.
No nos pusisteis miedo vencedores
Y menos temeremos á un puñado
De míseros dispersos que va huyendo
La inevitable fuerza de los dardos.
Superfluo es el ardid cuando nosotros
Arrepentidos ya no os acosamos.
La muerte de Solis no fué nuestra obra
Los Charruas sin fé la ejecutaron.
Bien es verdad que el alevoso ejemplo
Habemos ignorantes imitado.
Disculparle pudiera. Tú bien sabes
Que motivos tenemos de quejarnos.
Nos habeis defendido? Os importaba
Guardar los que mirábais como esclavos.

HURTADO.

Sí, con nuestra amistad y bienquerencia
Habemos intentado esclavizaros.

SIRIPO.

Las manos con las armas ocupadas
De amigos nunca habeis podido darnos,
Y las altas almenas de los fuertes
Asombran la humildad de nuestros ranchos.
Los nombres en señal de señorío
Habeis á nuestras cosas ya mudado.
El pariente del mar, Paraná grande,

Es Rio de la Plata; el rico lago
Apupen, ya se llama de Santa Ana.
Porque á Sancho del Campo le agradaron
Sus buenos-aires³⁰, este nombre llevan
Sus fértiles orillas. . . .

HURTADO—(*interrumpiéndole indignado*)

No con falsos
Y aparentes pretestos se disfraza
La hazaña fementida. Esos dictados
Nuestro descubrimiento solo prueban,
Porque los que son propios ignoramos.
Por defenderos, mal correspondientes,
La cota y espaldar nos han gravado.
Armas que hienden son y no cadenas
Los hierros que os pusimos en las manos:
Hicimos nuestros vuestros enemigos,
Contra ellos fortalezas levantamos,
Que pedisteis vosotros, y mil veces
Del peligro y la muerte os libertaron.

Estas razones altivas y fundadas, producen impresion en el ánimo del indijena; pero revistiéndose de templanza y reposo, contesta al castellano haciéndole presente que los agravios causados á los españoles por los Timbues, aunque ciertos, pueden borrarse con un homenaje voluntario y con procederes amistosos, mas eficaces mil veces que la obediencia forzada y el rendimiento sin condiciones. Tiéndele en consecuencia la diestra, acompañando esta accion con el verso siguiente:

Mi mano es de la paz firme resguardo.

Hurtado lleno de dignidad y de resolucion le replica con un *ultimatum* redactado en dos escelentes endecasílabos:

³⁰ El nombre de Buenos Aires se dió poco despues de este hecho.
(Nota del Autor.)

No es tiempo ya de creceros. No hay remedio:
La guerra ó el dominio castellano.

El dominio! . . . esclama el indio alterado. Pero, calmándose en seguida, propone al emisario que le conceda algunas horas para deliberar, invitándole á que acepte por aquel dia la hospitalidad y el agasajo de su tribu.

El español exige una contestacion terminante é inmediata, por segunda vez. Siripo se pone pensativo. Esta actitud reflexiva del cacique es interpretada por los suyos como muestra de indecision y cobardia y le reprochan que escuche palabras agraviantes y proposiciones de odiosa esclavitud sin vengarse inmediatamente en el audaz que las pronuncia. Sin embargo, usando Siripo del ascendiente que le da su rango, manda á sus guerreros que le dejen á solas con el emisario español y permanezcan distantes, pero á la vista.

Desde este punto toma la accion del drama un interés que no queremos debilitar con nuestros extractos.

ESCENA 7^ª

SIRIPO—HURTADO.

SIRIPO, (*con afabilidad.*)

Con qué no ha de haber medio? Los agravios
No tendrán nunca fin?

HURTADO.

El enunciado.

SIRIPO.

Mas dime. Si este dia fuera dable,
Que nosotros, la fé que profesamos
Por la vuestra dejásemos, y fuese
Mediador de las paces este pacto,
La injuria ponderada que os ajita
No hubiérais de olvidar?

HURTADO—(*con tono agradable*)

Por ese cambio.

Yo que con mas rencor os aborrezco
Tildára la memoria de mi agravio.
Los heroicos iberos que poseen
El valor y piedad en ignal grado,
Si os atendieron antes como amigos
Os miraráu entonces como hermanos.
Pero cómo creerán vuestras palabras?
Los dulces modos ya se han apurado,
Y ocurrir al severo de las armas,
Como á última razon es necesario.

SIRIPO.

Arte de persuadir será la guerra?
Mas que vosotros vuestro Dios es sábio,
Que la verdad enseña por arbitrios
Que mirais muchas veces como flacos.
Una hermosa mujer que á mi dominio
Por camino indirecto el cielo trajo,
De mi convencimiento es dulce causa
Y de tu Dios conducto extraordinario.
Tú puedes conocerla. La cautiva
Que ya de mis terrenos tiene el mando,
Y que va á coronar todas mis dichas
De la nupcial guirnalda con el lazo.
La cautiva española.....

HURTADO—(*sorprendido.*)

Qué española?
Si una que habia fué del inhumano
Furor de los timbus triste despojo!

SIRIPO.

Aun vive de mi dicha por encanto
La muy digna Lucia.

HURTADO.

Dios piadoso! [*aparte*]

SIRIPO.

De mi amor obligada. . . .

HURTADO.

Desgraciado!
Esa mujer os ama?

SIRIPO—(*indignado*)

Qué te admira?
No soy uno tambien de los humanos?
De un jóven vencedor á las ternezas
Que se rinda Lucia será extraño?

HURTADO—[*disimulando.*]

Teneis razon, cacique; pero cuerdo
Debiérais despreciarla en este caso.
De una indigna mujer que de su esposo
Aun tendido el cadáver sobre el campo,
En lugar de los gritos funerales
Escucha de otra boda alegres cantos,
Qué fé habeis de esperar? La fementida
En término tan breve pudo amaros?

SIRIPO.

Para amar un instante solo basta.

HURTADO—[*finjiendo sonrisa.*]

Quizás ella os amaba de antemano.

SIRIPO.

Decirlo no podré, si bien es cierto
Que ha escuchado mis ruegos sin enfado.
Que turbarse, sonreirse suavemente,
Y su blando mirar, indicios claros
Son del fogoso ardor que en este día
(Sea de regocijo eternos años!)
De su pecho de piedra brotar hizo
El choque venturoso de un acaso.
Cayumari resuelto y caviloso,
De un imprudente celo arrebatado
De mí pensó apartarla. De mis vallas
El lado del naciente dejó franco,
Para hacerla que huyese sin ser vista
De los míos; mas ella [afortunado!]
Amante, agradecida, no se atreve
A abandonarme así. Me sale al paso.
Ay de mí cuál venía! Nunca el alba
Colores tan hermosos ha pintado!
Descubrían sus ojos celetiales,
Que las luces imitan de los astros,
Sus ansias interiores. Encendía
El fuego del amor sus rojos lábios.
Una palabra basta. Yo, rendido
De su beldad al vencedor agrado,
En vano me resisto. . . .

HURTADO [*con gravedad*]

Bien, cacique.

El tiempo que nos insta no perdamos.

Yo quiero quedar cicrto. Haced que venga
Esa mujer....

SIRIPO.

Asi es. De ella sabráslo.
Yo voy á enviarla aquí para que quedes
Convencido. Propónla mil reparos.
Repréndela; procura persuadirla,
Adivierte si se pone en embarazo.
Mas, si en fin, se resuelve á declararte,
Que es á quien ama lo imposible llano,
Ve á decir á los tuyos que el intento
De sus nobles fatigas es logrado.

(*Hurtado queda absorto.*)

Como se vé, ya están demasiade [vivas las sospechas contra la lealtad de Lucia en el corazon de Hurtado. Las escenas 8ª y 9ª que siguen le quitan toda duda y toda inclinacion al perdon. El indio Cayumári, amigo de los españoles, y que se muestra algo tocado de amor por la cautiva, conúrma la especie de que esta no habia querido huir, pudiendo hacerlo por la parte oriental del fuerte dejada para este intento abierta y sin guardias por él mismo. Yara [que ha debido desempeñar un papel principal en la primera parte del drama], como antigua y celosa favorita del cacique, se complace en irritar mas y mas á Hurtado contra Lucia, probándole, como testigo, la debilidad de su esposa. No, le dice, no creas que hayan sido forjadas las demostraciones de amor de Lucia á Siripo. No se finje con tanta verdad. Mis ojos son testigos de que á los de esa mujer no ha sido el cacique objeto de repugnancia. Te es desleal; véngate:

Y si para arrancarle las entrañas
Fuerza te falta, te tendré yo el brazo.
.....

Bajo estas impresiones se halla Hurtado cuando se le presenta el padre de su Lucía, á quien supone consentidor de su desgracia.

ESCENA 10ª.

Hurtado—Miranda.

MIRANDA.

¿Por qué ventura
No esperada hijo mio te restauro?
Ay Dios! si este será de la crueza
Y de tamañas cuitas postrer cabo.
Cómo te has olvidado de Lucía?
Tu finamiento habemos ya llorado.

HURTADO—(*Desdeñoso.*)

A bien que las caricias del caçique
En placeres habrán tornado el llanto.

MIRANDA.

¿Qué dices infeliz?

HURTADO.

No se me ocultan
Las pérfidas ideas....

MIRANDA.

(*Insensato!*)

HURTADO.

Del cacique y Lucía. Su perfidia
Los línides del pudor ha quebrantado.

MIRANDA—(*Triste.*)

Qué buen acogimiento la previenes
A una mujer del débil sexo lauro,
Que por medio á los riesgos de los mares,
Y el furor de las guerras arrojando,
En tu seguida vino encadenada
Por tu amor á lugares tan estraños.

HURTADO—(*Fuera de sí.*)

Es mujer, y es mudable, y es. . . .

MIRANDA.

¡Con qué arte
Las furias del infierno te han cegado!

HURTADO.

Vos estais inocente. Yo lo creo:
Ni cómo su maldad habia de fiaros
La pérfida sagaz. Ella temiera
En vuestra honra un verdugo necesario.
Pues sabed, ¡ay de mí! mi amado padre,
Que el honor de esas canas venerado
Abandona Lucía. De Siripo
El rendimiento, el ruego, los halagos,
(Las palabras me ahogan) la seducen,
Y su injurioso intento colorando
Con título de esposa.

MIRANDA—(*Indignado.*)

¡Se resuelve
A condicion de que él se haga cristiano,
A rendir su beldad á un vil salvaje
Horrible y asqueroso?

HURTADO—(*Atónito.*)

Vos sabeis su delito? ¡Y la honra vuestra. . . .
No, no habreis podido remediarlo.

MIRANDA—(*Indignado.*)

Que aquestas mismas lumbres de mis ojos
Me es mi apreciado honor mucho mas caro.
Aun no me tiembla el pulso, y á ser cierto
Que alguien le amancillase, no mis años
Estorbáran mi saña vengativa. . . .
Yo he sido, solo yo, quien al cacique
La constancia de mi hija ha subyugado.
Comienza tu venganza desde luego.
Indigno es tolerar agravio tanto.
Para estos casos el honor te ciñe
El duro acero que te pende al lado.
Mal mirado rapaz (*con entereza*), no son mejores
Que los buenos Mirandas los Hurtados.
Ingrato! Quién creyera que tú fueses (*enternecido*)
Quien un honor que el sol mucho mas claro
Con sospechas indignas atildase!

(Miranda finje que se vá. Hurtado queda pensativo y humillado.)

ESCENA 11.

Cayumári—Hurtado—Miranda.

CAYUMÁRI—(*Presuroso.*)

Estais vuestras desgracias esperando?
No te detengas mas. Cierta es tu muerte.
Habemos todos padecido engaño.
Lucía está inocente. El envidioso
Lambaré me vendió, y apresurado
Corre á instruir al cacique de quién eres.
Tu nombre se murmura ya en el campo.

HURTADO—(*Enternecido.*)

Lucía está inocente y me aconsejas
Que la abandone?

MIRANDA.

Cielos! Hasta cuándo! .
En qué hora tan menguada á luz viniste
Hija infeliz de un padre malhadado!

HURTADO.

Ya es preciso morir.

CAYUMÁRI.

Aun te detienes!

HURTADO.

Qué es huir. ni de quién? ¿Pensais villanos
Que soy un hombre solo? Apesar vuestro
Hallareis un ejército en mi brazo.

CAYUMÁRI.

Tú deliras amigo. Bien lo piensa.
Del campo á la salida yo te aguardo.

ESCENA 12.

Lucía—Hurtado—Miranda.

LUCIA—(*Apresurada.*)

Compasivo es mi Dios con una ingrata?
Respiras todavía, esposo amado?
Aun duran mis delicias, dueño mio?
Mis lágrimas los cielos apiadaron.
Cómo evitaste á Lambaré sangriento?
Te miro y me parece que es milagro.
Sin duda te heririan(*abriéndole la ropilla*) y por eso
En venirme á buscar has sido tardo.

HURTADO—(*Lloroso.*)

Hiciéronme creer mis camaradas
Que murieras la noche del asalto.

LUCIA.

Qué, tu lloras mi bien? Y qué la dejas
A mi torneza entónces? Los amargos
Fenecidos pesares no dilates
Que se tornaron gozos en tus brazos.
Sí, mi bien. Cuando en dulces soledades
De afanes tan crueles recorramos
El recuerdo, serán del amor nuestro
Testimonios que estrechen nuestros lazos.

HURTADO.

O consuelo infeliz! Consuelo estéril,
El monstruo del furor has abortado!
Mas amargo, mi bien, hace este gozo
De nuestra desventura el triste plazo.
Me perdiste y te pierdo. Ya el cacique
Quien soy, sabe.

LUCIA.

 Mi Dios! Mas cuando te hallo
Constante y amoroso, esposo mio,
El morir junto á tí será regalo.

HURTADO.

Ello hemos de morir de alguna suerte,
Y, ya que es fuerza, con honor muramos.
Lucía, mi Lucía, muestra el cielo
Que ha tomado nuestra honra por su cargo.
Me mandó á confortarte. Teu presentes
Tu patria y relijion, y cuánto te amo.

LUCIA.

Qué, ya no me conoces? Tú me ánimas!
Dudas que alegre moriré á tu lado?

MIRANDA.

Qué intentais infelices?

HURTADO.

Dura pena!

MIRANDA.

Quién os cubre los ojos insensatos?
Tú deseas morir? ¿Y con tu muerte
Que tu esposa se libre habras logrado?
Morir conseguiras con el tormento
De revolver los ojos espirando
A ver a tu Lucía que la arranca
El violento tirano de tus brazos.
Y tú te gozarás viendo á tu esposo
En su inocente sangre revolcado,
Que al vengativo amante que te oprime
De recreo le sirve hecho pedazos.

HURTADO.

Suerte cruel, ni aun este triste alivio!
Tus rigores ostentas sin contrario!
Fiel Lucía, mi bien, injustamente
Y fuera de lugar desesperamos.
Impaciente me aguarda el fuerte Lara:
El tercio de García le ha juntado,
Yo voy á ser su guia, y libertarte
De la injusta opresion. Sabrá el tirano
Que los justos derechos de los hombres
No pueden tan sin riesgo ser violados. (*hace que se va*)

MIRANDA.

Marcha pues hijo mio.

LUCIA.

Qué, me dejas!

HURTADO.

No es dejarte mi bien.

LUCIA.

Yo no me aparto
De tí: yo he de seguir tu mesma suerte.

HURTADO.

No ves de tu flaqueza el embarazo?
Yo vuelvo á libertarte, dueño mio.

LUCIA.

Por dónde has de volver? No nos juntamos
Tú ni yo por jamas. No me abandones.

MIRANDA.

Nos pierde esta mujer. No la hagas caso.
No el honor de las armas aventuras.
Nuño de Lara te estará esperando.
Si tu interes al público prefieres,
Serás entre traidores numerado.
Qué se dirá de tí? Cómo te olvidas
Que antes que amante fuiste ciudadano?

HURTADO.

Esto ha de ser, Lucia, yo te ofrezco
Mostrar que soy tu amante y soy soldado.
Ya sufriste, lo mas poco te resta.
No está muy apartado nuestro campo.

MIRANDA.

Pues en qué te detienes?—(*se vá Hurtado corriendo*)

LUCIA.

Yo te sigo.

MIRANDA—(*conteniéndola*)

Qué es lo que vas á hacer?

LUCIA.

Padre inhumano!

ESCENA 13.

Miranda—Lucia.

MIRANDA.

Basta hija. Tú deliras. ¿Quién te ha visto
Descomponerte así?

LUCIA.

Cielo sagrado!
Qué es lo que me sucede? Ay! infelicé!
Hurtado en tan funesto desamparo
Me abandona? Podrán otros respetos
Ser antes que mi amor? Podré yo acaso
Posponerle á mi vida...? Pues mi esposo
No está ligado con iguales pactos?
Para esto le seguí? Y así me paga?...
Lo entiendo á mi pesar. Él se ha vengado.
Y dónde iré yo sola, mujer, débil!
Qué gruta será fúnebre reparo
A mi triste horfandad? Los fieros tigres
Socorro me darán? Sí, serán mansos
Cuando un amante, un padre y un esposo
Su fiera les roban despiadados.
Pero, de quién me quejo? Su venganza
No he provocado yo? No es justo pago
Aqueste de mi crimen? ¿Yo no he sido
Quien con ojos risueños he mirado,
Infiel, á un nuevo amante que tejia
Con alevosas y sangrientas manos
La guirnalda nupcial, que coronase
Mi crimen y mi boda? Es necesario
Que la muerte le lave. Morir debo.
Yo de mí misma juez, pronuncio el fallo.
El amor lo aconseja, honor lo manda.

MIRANDA.

Tantas penas no bastan? Mis quebrantos
Quieres aumentar hija? No apresures
Los males que vendrán mal nuestro grado.

ESCENA 14.

Miranda—Lucia—Siripo—*despues* Lambaré.

SIRIPO—[*furioso*].

El vil engañador dónde se esconde?
Esta es la buena té de los cristianos?
Y tú, si eres mujer, que mas bien creo
Que serás un espíritu que vago
Viniste á atormentarme, el merecido
Galardon hallarás de tus engaños.

LAMBARE.

El español huyó. Tus centinelas
Que saliesen del campo le dejaron,
Finjiendo que con nuevas de las paces
Volvia presuroso á sus paisanos.

SIRIPO.

Pues, Lambaré, tu criminal descuido'
Ha sido causa de trastorno tanto,
Quedarás con la nota de cobarde
Si tú mesmo no atiendes al reparo.
Redíme, que aun es tiempo tu delito,
O temè mi furor. Me has engañado.
Elije los timbues mas corredores,
Alcanza al fugitivo.

LAMBARÉ.

Voy volando.

ESCENA 15.

Siripo—Lucia—Miranda.

—
LUCIA.

Tirano, si pretendes encontrarle
No sufran tus rencores mas atraso
Yo te enseño el camino. En este pecho
Hallarás á mi esposo aposentado.
Traspásale inhumano. No presumas
Que su lugar ocupes entre tanto
Que su imájen la tuya hace horrorosa.
Es mas breve la senda que te allanò.
Ve que es llegado un dia menos triste
En que me sean tus obsequios gratos,
Y me harás el mayor si me libiertas
Del enojo de haberte á tí mirado. [*Vase*]

MIRANDA.

Yo no enjendré tal hija! Vos la hicisteis,
Pues cuidad tambien de ella, cielo santo!

SIRIPO.

Ensálzate arrogante. En breve tiempo
Ese orgullo feroz veras postrado.
Yo sabré hacer de modo que la imájen
Que dá á tu corazon valor tamaño,
Con horrible semblante se te objete
Y sea sombra vaga y aire vano
Que ande con tristes ayes y jemitos
Tu sueño y tu memoria perturbando.

Asi termina el acto 2º de esta tragedia.

Sin mas que la presente muestra, seria arriesgado discurrir acerca del mérito de los caracteres y de la conse-

cuencia en la conducta de los personajes, que es una de las requeridas condiciones de un buen drama. Sin embargo, puede asegurarse que si á este respecto no se trasluce la creacion en el Siripo, hay orijinalidad y hasta atrevimiento, si se quiere, en el asunto tal cual le ha tratado nuestro compatriota: Le ha ajustado en todo lo posible á la verdad histórica y ha buscado la poesía en esa misma verdad completamente desnuda de atavios auxiliares.

Cuando Lope de Vega traslada á la escena los personajes de Ercilla, no se inspira en las crónicas de la encarnizada guerra de Arauco, sino en su propia amajinacion. La naturaleza que describe no es la de Chile, grandiosa y virilmente virjen, sino la que mejor se acomoda con los idilios en que figuran como actores Caupolican y Fresia ³¹. El agua en que estos dos amantes se entregan á los solaces del baño, no es la de un arroyo tributario del Bio-bio, sino la de una de esas fuentes imaginarias en que se desalteraban las ninfas en los paraísos mitológicos de la Arcadia poética. :

Lavarden ha huido de todo lirismo, aun en la larga relacion que pone en boca del emisario Hurtado. No ha embarazado ni detenido la accion de su drama con lazos de flores endecasílabas. Los personajes obran mas que discurren y caminan al desenlace empujados por la regla que Horacio daba á sus amigos, los Pisones: *semper ad eventum festinat*.

El autor de Siripo es el decano de una escuela que ha

31 *Arauco Domado*—Comedia de Lopez de Vega. Este título es el mismo que el chileno Pedro de Oña dió á un poema que escribió sobre las guerras de su país y que Lope debia conocer como conocia al autor de quien hace altos elogios en la silva 2^a de su *Laurel de Apolo*.

producido entre nosotros esa série de poetas que comienza con él y acaba con el autor de *Dido*. Escuela que mereceria estudiarse por la lójica con que procede y por haber sabido conservarse orijinal al mismo tiempo que imitaba. Fruto de esa escuela es la *Oda al Paraná*, en la cual se agrandan las maravillas de la naturaleza americana, midiéndolas con los instrumentos que la observacion ha puesto en manos de la ciencia. Esa escuela ha sabido hallar poesia en el agua surjente de las perforaciones artesianas, cuando menos que ahora eran una mera esperanza³². Supo transportarse al porvenir en la lira de Luca, alabando las transformaciones que la industria y la poblacion habian de producir en nuestros desiertos³³. Ella cantó nuestras glorias militares con los varoniles acentos del *Triunfo argentino*³⁴ y del canto lírico al *Triunfo de Ituzaingo*³⁵.

No es fácil desconocer esta familia de poetas, porque ellos mismos han tenido el cuidado de conservar su je-nealojía de una manera cordial y caballerosa. Al comenzar Lopez su canto no se atreve á levantar la voz sino seguro del silencio del *hijo de Apolo*, de Lavarden; y D. Juan Cruz Varela, concluye su magnífica composicion citada con un cumplimiento á Lopez y con el primer ver-

32 Véase la oda de D. Juan C. Varela titulada: *A Buenos Aires. Con motivo de los trabajos hidráulicos ordenados por el gobierno*.

33 *Oda al pueblo de Buenos Aires*—publicada por la primera vez en la *Abeja Argentina* n.º 114.

34 Por D. Vicente Lopez—1806—l. y. in 8º de 50 páginas. Escrito en encasillabos asonantados, con un epigrafe tomado del libro XI de la Encida. El Dr. D. V. F. Lopez, hijo, ha escrito un juicio crítico muy atinado de esta composicion, en la *Biblioteca del Comercio del Plata*, cuando redactaba este acreditado periódico el Dr. D. Valentin Alsina.

35 Por D. Juan C. Varela. Hay varias ediciones de este canto, dentro y fuera del pais. El *Repertorio Americano*, periódico que daban en Londres varios literatos españoles y americanos, juzgó en su tiempo esta composicion haciéndola justicia ilustrada.

so de una de las mejores producciones de este:

Aquella ingrata noche habia pasado ³⁶.

Es fácil dar con la raiz literaria de estas composiciones. Es la raiz romana. Lavarden era tan versado en la literatura de este pueblo antiguo, que encontramos entre sus manuscritos citaciones de pasajes oscuros de Persio sembrados de palabras y locuciones griegas. A D. Juan Cruz Varela le tomó la muerte cuando vertia én bellos versos de nuestro idioma el espíritu jenuino de la Eneida.

Pero la literatura clásica en la Península y en América, era un injerto, por decirlo así de la influencia francesa. Las brillantes producciones del siglo de Luis XIV pasaron los Pirineos con Felipe V, y derrocaron el gusto orijinal de la España esencialmente romántico y rebelde á aquellos preceptos que Lope de Vega encerraba con cien llaves cuando improvisaba sus comedias. Ya en el año 1713, un noble español cortejaba la nueva dinastía trasladando á la lengua de Calderon el *Cinna* de Corneille. Y mas tarde, cuando Carlos III sin pensarlo, ni quererlo, abria las puertas de la patria de Loyola y de Santo Domingo, á las ideas de los enciclopedistas preparadores de la gran revolucion social del mundo moderno, los hombres nuevos, creyeron que era ponerse en la via de la reforma general, el romper con la tradicion de sus mayores y echarse en la corriente de la doctrina cuyos preceptos rejuvenecidos se encerraban con tanta claridad y cordura en el arte poético de Boileau. Las maravillosas y fantás-

36 Oda á la batalla de Maypú, por D. V. Lopez. Impresa por primera vez en la *Coleccion de poesias patrióticas*, publicada en cumplimiento del decreto de 9 de Julio de 1822.

ticas comedias heroicas ó *historiales* se convirtieron en tragedias. El campo sin límites de la antigua acción dramática se redujo al ámbito de un palacio ó de una plaza pública; y avergonzados malamente los españoles de haber aplaudido personajes que se mostraban niños en la escena y se retiraban de ella ya con barbas ³⁷ limitaron la duración de las piezas dramáticas á las veinticuatro horas de un día. Sometiéronse á reglas dictadas por la razón; pero perdieron con ellas la libertad de los movimientos del jénio, sin poder producir una sola tragedia que como el *Cid* ó *Fedra* fuese capaz de triunfar por su superioridad intrínseca de los caprichos de la moda ó de los desaires del tiempo. La *Virginia* del secretario de Fernando VI³⁸ está escrita en estilo frío, amanerado y cortesanesco, lleno de los defectos y vacío de las bellezas de Racine á quien imita y cuya *Atalia* tradujo. La *Hormesinda* de Moratin, el padre, se acercó aun mas á los modelos franceses; pero apesar del incuestionable talento del autor, esta tragedia no es leida por nadie en nuestros días sino como estudio de la época literaria á que corresponde. Lo mismo puede decirse de su *Guzman el bueno*. En cuanto á Cadalzo é Iriarte, sostenedores apasionados de la doctrina innovadora, no lograron acreditarla en manera alguna con el ejemplo.

A esta época pertenece nuestro Auditor de Guerra. El es en el drama lo que en filsofía y en la conducta—un hijo de la centuria décima octava, enamorado tiernamen

37 Un rimeur, sans péril, delà les Pyrénées,
Sur la scène en un jour renferme des années:
Lá souvent le héros, d'un spectacle grossier,
Enfant au premier acte, est barbon au dernier.
(Boileau—Art Poétique—chant. 3e.)

38 D. Agustín Montiano y Llaguno.

te de su ilustre madre. Ya le descubrió un Oidor contemporáneo suyo, cierto olorcillo á Juan Jacobo que trascendia de algunos pasajes de la *Loa* que escribió para la primera representacion del Siripo. Si fué discípulo del autor del *Emilio*, no lo fué menos de Voltaire, dándose como este á las especulaciones y al comercio, para conseguir la independencia que proporcionan los bienes de la fortuna. El creia que ni la majistratura, ni el gusto por el cultivo de las bellas artes, estan reñidos en un hombre intelijente con el estudio científico de la naturaleza ni con la discusion de los problemas sociales.

Si nuestro compatriota hubiera habitado la España en la época en que floreció allí otro literato americano célebre, el limeño D. Pablo Olavide, habria merecido la confianza de los adelantados ministros de Carlos 3.º para el desempeño de empresas árduas, como la mereció aquel. Y es mas que probable que el arjentino hubiese concluido su vida como el peruano, traduciendo los salmos penitenciales despues de haber sufrido las injustas y bárbaras humillaciones del Santo Oficio 3.º.

Pero volviendo á la tragedia, dirémos de una vez, que el Siripo está vaciado en el molde clásico de la escuela francesa, en cuanto el asunto y la condicion de algunos

39 Olavide es una de las mas brillantes glorias de América en el siglo XVIII. Fundó las colonias suizas y alemanas en los páramos desiertos de Sier ra-Morena; escribió el *Evanjelio en Triunfo*, tradujo en verso los Salmos de David y dió al teatro varios dramas ya orijinales ya traducidas.

Su caída le ha hecho mas célebre aun que sus escritos y su rápida fortuna. Acusado de mantener correspondencia con Voltaire, como era la verdad, fué arrastrado á las cárceles inquisitoriales en donde se le condenó á penas humillantes para un hombre de sus méritos y calidades. Murió refugiado en Francia.

La biografía de este hombre ilustre quanto desgraciado, se encuentra diseminada en varios escritos, y especialmente en la obra reciente del señor Ferrer del Rio, sobre el reinado de Carlos III.

de sus personajes lo permiten. El lector ha podido advertir sin esfuerzo, el aire de familia que tienen algunas escenas copiadas, con *el Cid* de Corneille. Si no nos engañamos, la escena 10.ª es una reminiscencia del primero y el comentario de este famoso y sentencioso verso:

Plus l'offenseur est cher, et plus grande est l'offense 40.

Así como de la *Oda al Paraná* se deriva el *Triunfo argentino* y toda nuestra poesía lírica hasta la aparición de Echeverría, de la misma manera, proceden del Siripo en línea recta las tragedias *Argia* 41, *Dido*, *Molina* 42; D. Juan Cruz Varela y D. Manuel Belgrano.

El Siripo, como hemos dicho ya, se representó por primera vez en una de las noches del Carnaval del año de 1789 á beneficio de los niños espósitos. Esta última circunstancia indujo al autor á escribir una de esas escenas dramáticas que con el nombre de *Loa* servían de introducción á las grandes piezas, á remedo del *prólogo* de la antigua comedia. El asunto se presentó de suyo á la mente del poeta. Era aquella una excelente oportunidad para sembrar en el pueblo algunas ideas á la moderna acerca de la condición de los hijos, de los deberes paternos y de la educación más conveniente; materias que había puesto en discusión el *Emilio* de Rousseau hasta en España mismo, en donde acababa de darse á luz el *Eusebio* de D. Pedro Montengón. La *Loa* se titulaba *La inclusa*.

40 *Le Cid*, act. 1.º et. 8.º.

41 *Argia*. Tragedia en cinco actos. Por Juan C. Varela.—1824—1 v. in 8.º de 133 páj.—La escena es en Tebas.

42 *Molina*. Tragedia en cinco actos por M. Belgrano.—1823. 1 v. in 8.º de 80 páj.—dedicada al señor Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores D. Bernardino Rivadavia. La escena es en Quito.

Lavarden que era prudente y conocia la sociedad en que vivia, trató de tener cómplices respetables en su delito, en caso de que se tachára de tal la doctrina de su loa. A este fin, se empeñó con su paisano y antiguo rival Basavilbaso, para que el Oidor D. José Marquez de la Plata, examinase la tragedia y la Loa y abriese opinion sobre una y otra. El tal oidor *se espidió* por medio de dos cartas escritas en estilo oscuro y pedantesco, sin asomo de crítica fundamental ni séria. En cuanto á la parte filosófica de la Inclusa se espresó con mas claridad en los siguientes términos: . . . “Hallo desde luego que el carácter de *Acracia* es poco conforme á la justa reforma del teatro. Hay en aquel mucho de la impiedad y *libertinaje* de los filósofos de esta era, entregados á su capricho y corrupcion. Se vé derramado, digámoslo así, el espíritu de *Rusó* (Rousseau) sin que se ataquen sus máximas con todo el nervio correspondiente para extinguir y aniquilar el veneno que difunden.”

Estas palabras que son preciosas para nosotros en cuanto acrecen las pocas noticias que tenemos sobre la Loa mencionada, nos recuerdan el cargo orijinal que hicieron los beatos á la obra del *Evanjelio en Triunfo*. Como discurren en ella dos filósofos acerca de creencias religiosas, hallaron que los razonamientos del iucrédulo eran mas fuertes y victoriosos que los de su antagonista, y condenaron el libro dudando de la veracidad de la conversion del autor.

Estos antecedentes facilitan la intelijencia de una carta que Lavarden escribió al mismo Basavilbaso despues de conocer la primera del oidor marquez; carta preciosa que retrata con vivos colores al autor y que por fortuna

se ha salvado en su orijinal autógrafo que poseemos ⁴³.
Esa carta íntegra dice así:

“Buenos Aires, Enero 3 de 1789.

Señor D. Manuel Basavilbaso.

Paisano y señor mío:

Remito á Ud. la Loa para que se inspeccione por el erudito censor del Siripo. Protesto á Ud. que no se vió mas apretado Fray Gerundio para encontrar en el Paralipomenon al Mayordomo Cañavate, como yo para casar al Siripo con la Inclusa. Pero, echándome á soñar, vine á caer en cuenta que los casados, como Hurtado y Lucia producen niños, y estos caben por el torno de la Inclusa. Vea Ud. una relacion bien estraña, que en verdad no es de parentesco, y sin embargo sobre ella ruda el presente drama.

“En punto à Loas no se han dado todavia modelos que imitar, y cada uno se abandona á su entusiasmo. Pero yo no he querido hacerme orijinal, aunque no me hubiera venido mal un diálogo entre un perro y un marrano sobre la mejor presa de un chiquillo espuesto ⁴⁴. Considerando que la personificacion de las virtudes y vicios, que son los interlocutores de las mejores Loas [hablo de nuestras Loas y no de los prólogos griegos] es una propiedad épica, creí consiguiente adaptar á la presente las reglas de la Epopeya, y en seguida finjí una accion que consta de principio, medio y fin, introduciendo el episo-

⁴³ Damos aquí las gracias al visnieto de D. Manuel Basavilbaso, el joven Dr. D. Miguel Olaguer Feliú á cuya bondad debemos este documento.

⁴⁴ Estas palabras que arrojan una triste idea de nuestra policia colonial, y que hacen estremecer, muestran la importancia de la creacion de la casa de espósitos verificada por el Virrey Vertiz con fondos de temporalidades, y el producido de la imprenta y del teatro.

dio de la Inclusa, que se une en términos que sin él queda incompleta la felicidad del éxito, y el Siripo entra en demostracion.

“Ya estoy viendo que se pregunta: por qué confesando que la Inclusa es episodio, tomò de él el título, y no de la accion? A esto respondo que por otro tanto se dijo:—llámese hache. Vuelvo al asunto.—Como la brevedad del drama no permite acciones muy intrincadas, puse el nexa en la diction conque la Juno ⁴⁵ de este poema va de grado en grado apretando á su contraria hasta obligarla á implorar el socorro del Olimpo; pero es verdad que éste se presta con una brillantez que oscurece la accion, y esto es un defecto. Aquí de las circunstancias! póngase cada uno en mi lugar: no hay remedio: *arundinem vento agitatam*; el viento la caña bate—hete al señor Cañavate ⁴⁶.

“Las personas dramáticas creo que guardan sus costumbres. Acracia violenta, *Eusebia* afable; aquella no pinta sino con bermellon, todo es fuerte; estotra todos son medios colores, y siguiendo el consejo:—“sed sencillas como las palomas y astutas como las serpientes”—mete en la red á su contraria sin que lo pudiese preveer. Sinetrio es un buen hermitaño, y el coro es de hombres, esto es, de personas que son del último que habla y solo con un milagro se persuaden. Pero, qué quiere decir Acracia, cuyo nombre no se halla en el Almanaque? Si será alguna deidad de la *Bratacomoyomachia* de Home-

45 Alusion á la fábula de la Eneida, cuyo autor supone rivalidad entre las Diosas Juno y Vénus, aquella enemiga y ésta favorable á los troyanos.

46 El chiste de este pasaje de la carta pasará inapercibido para quienes no hayan leído la sátira del P. Isla contra los malos predicadores, titulada: *F. Gerundio de Campazas*.

ro? Responda ántes Virjilio si hubo en los campos de Mantua algun San Melibeo ó San Menalcas.

“Digo todo esto, señor paisano, para manifestar á V. que en obsequio de sus preceptos, he puesto algun esmero en lo hecho, y para que se miren con caridad los defectos que no he podido evitar, como es el del verso suelto, que por tal le tengo, aunqte el Sócrates moderno M. Richard Steele ⁴⁷ opine que cuando los versos són buenos nadie se acuerda del consonante, y cuando malos éste no los puede mejorar.* Pero, lo innegable es que alarga las composiciones, porque siempre se dice mas de lo que se quiere para acomodar la consonancia, y de aquí nace que ni las estrofas ó estancias del dulcísimo Taso, conservan la igualdad y precisión que los periodos arbitrarios de Homero y Milton.

“Yo, pues, que por una parte via que mi obra seria mas estensa de lo que conviene á una Loa, por las malditas circunstancias que me obligaban á dar una gran vuelta para cerrar en círculo unas líneas absolutamente diverjentes, evité con razon este pesado primor, cuyo pulimento no toleraba la estrechez del empeño que no me ha permitido linar las elisiones, cacofonias, y consonancias intercalares que se notarán entre una porcion de sílabas de fuerte pronunciacion, que abandono para atender al Siripo, ya que he tenido la descada felicidad de hallar á quien le pueda examinar con dignidad.

⁴⁷ Sabido es que Sócrates se imajinaba haber recibido la mision de reformar á sus compatriotas, y en este sentido es exacta la comparacion que establece Lavarden entre el filósofo Ateniese y el colaborador de Addison en la redaccion del famoso *Espectador* que tanto ruido causó en los albores del siglo XVIII. Steel ha escrito buenas y graciosas comedias. En qué idioma habia leído Lavarden á este autor tan inglés por el oríjen como por la naturaleza de sus producciones?

“Reservo hablar de este para despues que le curta las bárbaras pieles que le rodean. Yo le volveré patas arriba para que lance las heces que tenga por decir, y solo siento no poderlo hacer diez veces segun la receta del Sr. Censor, pues debe mediar tiempo de una á otra operacion para que no se nos quede entre las manos. Morirá entre mis uñas, y solo por respeto del erudito Meceñas que le ha empezado á patrocinar, le ahorraré la vergüenza de morir en público cadälzo, pues adaptándome la prevencion del Sr. Plata, he dispuesto que muera en el vestuario, y que Cayumári dé la noticia al público confirmándola con la daga ensangrentada para dulcificar la catástrofe.

“Por aqui conocerá el Sr. Censor mi docilidad. ¿Y cómo no la tendria hallando uno que sabe juzgar sin desidia, alabar con moderacion y reprender con dulzura? En verdad que la ocasion se burla de mí. Toda la vida para acercárseme ha venido con zuecos, y ahora los larga para escabullírseme. Pero tengo liada la mecha á la muñeca y mas fácil la será estrellarme que desprenderse. El Sr. Plata tenga paciencia: se habrá de distraer en mi favor aunque al fisco le pese. Y cuando el Sr. Censor experimente mi sujecion, conocerá de cerca que no es la opinion de mí mismo, la que me dictó la eleccion del argumento del Siripo. Me fué importante hacer prueba de mi invencion en un argumento destituido de recursos, en donde no tienen cabida los auxilios de la pompa palaciega, ni los rasgos históricos ni mitológicos, y sobre ello me cargué con las observancias metafísicas del reconocimiento y la peripecia, con las estrecheces que hacen brillar el Edipo sobre todas las tra-

jedias de segundo orden en que triunfa la virtud y no se mueve la compasion, desamparando voluntariamente las muletas de los apartes, soliloquios y entreactos, para que probado asi mi jénio, pudiese ya desahogarme en un argumento mas brillante, como la muerte de Filipo de Macedonia, ó la pérdida de Jernsalen por la traicion de Tancredo, que saldrán del astillero, si el Siripo navega con próspero viento acreditando que tomé buenas medidas para su construccion. *Por otra parte no me puedo resistir á las justas miras de ofrecer á mi patria las primicias de mi musa,* y estas son las causas de la estrañeza que reconozco, debiendo protestar como protesto, que si Siripo ha estado en sus toldos mas tiempo que Aquiles en las naves, ha sido por puro miedo.

“Sírvasse V. insinuar al Sr. Censor que de todo corazon pongo sobre mi cabeza el bollo de su censura, que aprecio con coscorriones y todo, y que me haga la merced de pasar su mano muy urbana por la Inclusa, que no dudo le agradaará por la circunstancia de que *apesar de mis pocos años* trato mas de ser útil que dulce, pues bien se vé que yo no téngo que ir á forjar á posteriori, como Ariosto, alegorias morales para disculpar el desperdicio del tiempo de cantar locuras.

“Si con todo tengo la desgracia de no agradaar á V. completamente, sufra V. con paciencia las flaquezas *de los paisanos, porque no hay mas prójimos.*”—B. l. m. de ud.—MANUEL DE LAVARDEN.

Al comenzar el presente siglo, que nos traia la gloria de repeler la invasion de un poderoso ejército extranjero, y la dádiva bendita de la libertad, se sentia en Buenos Aires cierto movimiento intelectual, como el primer

desperzamiento de sus fuerzas sociales. Estableciéronse por entónces escenas de bellas letras, y academias de ciencias desconocidas: hablóse del mejoramiento de las industrias, de la dignidad é importancia de la agricultura, de la libertad de comercio, y hasta se fundó una sociedad, “patriótica, literaria y económica.” Uno de sus sócios, y su promovedor, creó un periódico para hacer llegar al público el fruto de los trabajos de aquella reunion de obreros.

El título mismo de ese periódico fué significativo. Llamóse *El Telégrafo* ⁴⁸ con alusion al invento que en aquella época hacia el oficio de los alambres eléctricos de nuestros dias, que anulan la distancia y propagan el conocimiento de los hechos de nacion á nacion, sin que les detenga ni el ancho de los mares ni la altura de las montañas. Fué entónces que comenzamos á iniciarnos en la publicidad y á sacar á plaza el labor inédito del gabinete; y del fondo del hogar las virtudes reclamadas por la felicidad de todos.

Un periódico de Buenos Aires en el año 1801, debió ser cosa de despertar vivamente la curiosidad. En la lista de sus suscritores se encuentra el nombre de todas las personas distinguidas de esta ciudad, desde el Virrey abajo, en toda la escala de los empleos y de las dignidades. El redactor se esmeró naturalmente en vestir de

48 *El Telégrafo mercantil, moral, político, económico é historiógrafo del Rio de la Plata*, cuyo primer número vió la luz el miércoles 1.º de abril de 1801. La suscripcion importaba dos pesos fuertes mensuales. Se publicaba dos veces á la semana con ocho páginas en cuarto menor. La coleccion forma 4 volúmenes, pues murió por órden superior al comenzar el 5.º en el mes de Octubre de 1802. Su redactor y fundador se llamaba D. Francisco Antonio Cabello. El Nestor de nuestra prensa periódica mereceria una monografia especial, cuyo trabajo nos atrevemos á recomendar á algun jóven estudioso de nuestras antigüedades.

gala su primer número; y nada halló mas apropósito para colocar en la primera página, que una composición poética del Dr. Lavarden, de cuya persona y talento tenía una alta idea ⁴⁹.

Esta composición tiene por asunto la grandeza y escelencia del Rio Paraná, cantadas tambien aunque por via de digresion, por nuestro cronista Barco Centenera ⁵⁰.

No hubo sino una sola opinion sobre la produccion de Lavarden. Todo el mundo porteño la juzgó inimitable, sin que fuesen escepcion en el coro de elojios, ni aun aquellos individuos que eran del mismo oficio del autor, ya por ser letrados, ya por aplicados á componer en verso. Por el contrario, los rimadores se entusiasmaron con la lectura de aquella inesperada poesía y ahogaron al autor bajo un monton de flores, cojidas á una y otra falda del Parnaso del Plata.

Los versos que consagró Centenera al Gran Rio son meramente descriptivos y prosaicos. Compárale con el Nilo, cuenta el número de sus brazos, y pinta la frondosidad de sus islas,

Pobladas de mil rosas y de flores,

en estilo desmayado y sin armonia. El poeta antiguo dejó toda la novedad del asunto al moderno, y este tuvo el buen sentido de inspirarse en la naturaleza para rejuvenecer, como lo logró, el gastado é indispensable aparato

⁴⁹ El redactor del Telégrafo hablando del autor dice: "El Dr. D. Manuel de Lavarden, á quien no se puede negar ni su claro talento, ni su buen gusto, ni su escogida erudicion y su urbanidad, su decoro, y en fin, las prendas mas dignas de un literato y mas acreedoras á la estimacion y aprecio público."

⁵⁰ Arjentina. Caut. 2.º oct. 15 y 16.

mitológico sin el cual ninguna composición en verso se atrevía á salir á la calle.

Comienza el autor por una invocación al *primojénito del Oceano*: Personificalo y lo coloca, como á una Divinidad bienhechora, en un carro de nácar arrastrado de caimanes, derramando por territorios de dos imperios abundancia y frescor. El Dios ha dejado en su gruta de perlas y topacios su corona de *retorcidos juncos* y sus bandadas de *silvestre camalote*. Las ninfas de los ríos tributarios sálenle al paso con guirnaldas de aromas y de amarranto, preparándole, sin duda para remuda de los caimanes, *caballos marinos* de los mares patagónicos. Las artes y las ciencias lo esperan, con altares y perfumes, y los jóvenes poetas, con cantos “dulcísimos de pura poesía.”

El cuadro, como está á la vista, es magnífico, abundante en luz y en colorido; pero entre estos méritos y sobre todos ellos hay otro mérito más real. El poeta, al mismo tiempo que bendice los beneficios producidos por aquella linfa caudalosa, sabe explicar la razón de esos bienes mostrando cómo procede la naturaleza en la economía de sus misteriosas funciones. Si para aquel tiempo y en la lira de un poeta aislado en el rincón de una colonia, fué grande atrevimiento el dar al *camalote*, (no clasificado por los Líneos del arte poético entre los laureles y el mirto) entrada en la *oda* aristocrática, no lo fué menor el ostentar nociones técnicas por más que apareciesen vestidas con el rico ropaje de una bella imaginación. Ni cantando al Nilo, habría dicho un poeta español, como Lavarden dijo al Paraná:

No queda seno que á tu escelsa mano
Deudor no se confiese. Tú las sales
Derrites y tú elevas los extractos

De fecundos aceites: tú introduces
El humor nutritivo y suavizando
El árido terron, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros. . . .

Estamos, como se vé, muy léjos de la inútil grandiosidad de Góngora en sus mejores tiempos y en uno de sus mejores sonetos, cuando invocando al *Rey de los otros rios caudalosos*, y despues de pintarle coronado de robusto pino, soberbio, espumoso, acaba por pedirle noticias de su *rubia pastorcilla*, y por preguntarle si se ha mirado jamas en sus aguas una beldad semejante á la de *Clori*⁵¹.

Pudieramos prolongar mucho, y no sin novedad, este paralelo que indica un punto nuevo de crítica literaria, examinado el cual, resultaría infinitamente mas seria en propósitos la poesía americana que la peninsular en todo tiempo y ocasiones.

Por concluir con la oda al Paraná añadiremos á lo dicho sobre la aceptacion jeneral que logró desde su aparicion, algunas noticias mas. El señor Prego de Oliver Administrador general de la Aduana de Montevideo, que era el Herrera de éstos pagos, escribió una cancion en comiástica, cuya segunda estrofa, hablando con el *Sagrado Rio*, decía así:

Si tú de clima en clima,
Haces que se deslicen tus raudales,
Tambien la santa rima
Que supo dar loor á tus caudales,
Pasará ciertamente
De rejion en rejion, de jente en jente⁵².

51 Soneto 3º de la colección de Quintana, entre las poesias de Luis de Góngora página 328 de la edicion de Paris por Ochoa.

52 Se publicó en el número 4.º del *Telégrafo* con este encabezamiento del redactor—"Cancion al Rio Paraná que en loor de la oda del Dr.

D. Manuel Medrano, oficial del Tribunal de cuentas, compuso tambien una larga oda con el mismo objeto, y en términos que muestran intelijencia y buen gusto literario. Medrano que debia ser mayor en edad que Lavarden, es sin embargo de la misma escuela, y se manifiesta imbuido en las mismas ideas y tendencias sociales que hemos notado antes. El *poeta contador* no pierde de vista la riqueza especial de nuestro suelo, y mas atrevido é innovador que el jóven no tiene reparo en mezclar á la noble urdiembre de sus endecasílabos, la hebra producida por las arañas del litoral. Medrano soñando con las aplicaciones de un nuevo producto desconocido, se complace en contemplar:

.....el incesante anhelo,
Conque la *araña entre las verdes tunas*,
Sus capullos de seda está tejiendo ⁵³.

‘Lavarden, publicada en el número 1.^o compuso nuestro dignísimo sócio “corresponsal D. José Prego de Oliver, Administrador jeneral de la “Real Aduana de Montevidea.”

53. Impresa en el número 6 del *Telégrafo*.

Alude á una familia de aquellos insectos que tiene la particularidad de vivir y de trabajar en comunidad. Forma un precioso capullo amarillo, no para encerrarse en él como el gusano, sino para depositar sus huevecillos. La materia de estos capullos es noble y fácil de hilar.

INVOCACION AL PARANA⁵⁴.

Augusto Paraná, sagrado rio,
Primojénito ilustre del Océano,
Que en el carro de nácar refulgente⁵⁵
Tirado de caimanes recamados
De verde y oro, vas de clima en clima,
De rejion en rejion, vértiendo franco
Suave frescor y pródiga abundancia,
Tan grato al Portugués, como al Hispano.
Si el aspecto sañudo de Mavorte,
Si de Albion los insultos temerarios⁵⁶,
Asonbrando tu cándido carácter,
Retroceder te hicieron asustado⁵⁷
A la gruta distante que decoran
Perlas nevadas⁵⁸, igneos topacios,
Donde tienes volcada la urna de oro⁵⁹
De ondas de plata⁶⁰ siempre rebosando:

54 Esta composicion ha sido impresa tres veces en el curso de veinte y tantos años. La primera en el *Telégrafo Mercantil*, la segunda en el periódico redactado por fray Francisco Castañeda bajo el título de *Doña Maria Relazos*, y la tercera en la pág. 310 de la *Lira Argentina*, impresa en Paris el año 1824.

La presente edicion se hace teniendo á la vista una cópia autógrafa, enmendada y corregida minuciosamente por el mismo Lavarden y con las notas que éste le puso al darla á luz y que no encontramos en el manuscrito original.

55 Hay en el Paraná multitud de conchas que fácilmente se descascaran y muestran un bruñido nácar que puede ser un ramo de industria. Los paraguayos las emplean en embutidos.

56 Bloqueo de los ingleses.

57 No deben olvidar los amigos del pais el raro fenómeno de haberse echado de ménos en los cinco años pasados, el ordinario crecimiento del Paraná, y las grandes resultas de este acontecimiento con respecto al comercio interior y cria de ganados. De semejante suceso no hay noticia, y se ignora la causa. El año presente [1801] volvió á su ordinario trasborde.

58 La laguna Apupen, despues Santa Ana y hoy de las Perlas, las ha dado pequeñas en su orilla. El fondo no se ha reconocido.

59 Nace el Paraná en las minas de oro de los portugueses.

60 Se alude al nombre de Rio de la Plata que le dió Gabot imprópiamente, no criándose este metal en sus provincias, por lo que debiera mantener el nombre de Rio de Solis, del descubridor.

Si las sencillas ninfas arjentinas
Contigo temerosas profugaron,
Y el peine de carey allí escondieron,
Con que pulsan y sacan sonos blandos
De liras de cristal, las cuerdas de oro,
Que envidiaran las Deas del Parnaso;
Desciende ya dejando la corona
De juncos retorcidos, y dejando
La banda de silvestre camalote ⁶¹,
Porque ya el ardimiento provocado
Del heróico Español, cambiando el oro
Por el bronce marcial ⁶² te allana el paso,
Y para la árdua intrépida campaña
Cárlos presta el valor, Jóve los rayos.
Cerquen tu augusta frente alegres lirios,
Y coronen la popa de tu carro:
Las Ninfas te acompañen adornadas
De guirnaldas floridas, entonando
Altos, alegres cánticos, que avisen
Tu venida á los Dioses tributarios.
El Paraguay, el Uruguay lo sepan,
Y se apresuren pródidos y urbanos
Á salirte al camino y á porfia,
Te apresten á distancia los caballos
Que del mar patagónico ⁶³ trajeron;
Los que, ya zabullendo ya nadando,
Ostentén su vigor, que mientras vienes
Lindos céfiros tengan enfrenados.
Baja con majestad reconociendo
De tu imperio los bosques empinados.

61 El camalote es un conocido yerbazo, y se cria en los remansos del Paraná.

62 Aprestos navales del Superior Gobierno y Real Consulado de Comercio contra los corsarios ingleses.

63 Hállase en la costa patagónica un marisco que tiene en su pequeño tamaño, que será de cuatro pulgadas, la bizarra figura de los caballos de Neptuno. Ignoramos si en otras partes les hay de mas bulto, ó si lo deben á la fecundidad griega. Su cabeza remeda con propiedad la de un caballo, y la cola torcida acaba en alas, como se pinta frecuentemente.

Estiéndete anchuroso, y tus vertientes
Dando placer á los sedientos campos,
Dén idea cabal de tu grandeza.
No quede seno que á tu réjia mano
Dendor no se confiese. Tú las sales
Derrites, y tú elevas los extractos
De fecundos aceites: tú introduces
El humor nutritivo y ablandando
El terreno tenaz, haces que admita
De calor y humedad fermentos caros.
Céres de confesar no se desdeña
Que á tu grandeza debe sus ornatos.
Harás, pues, de manera augusto Padre,
Que la fertilidad venga anunciando
Tu llegada feliz. Aquí tus hijos,
Hijos en que te gozas y que á cargo
Pusiste de unos jénios tutelarés,
Que por divisa la bondad tomaron,
Céfiro halagüeños⁶⁴ para honrarte
Bullen y te preparan afanados
Magníficos altares en que brilla
La industria popular; triunfales arcos,
Prodijios de las artes liberales,
Y un enjambre de barcos trabajados
De incorruptibles leños⁶⁵, dones tuyos,
Con banderolas de colores varios
Observándote están. Tú con la pala
De plata las arenas apartando
Su curso facilitas⁶⁶. La gran córte
En grande gala espera. Ya los sábios
De tu feliz arribo se prometen

64 Buenos Aires.

65 No se sabe á donde llega la riqueza de madera que poseemos. Cada vez que se registran los bosques se tropieza con un portento. Acaba de probarse para curbas el tortuoso *Tarané*, madera muy dura, tenaz al clavo, muy lijera y que no hrde.

66 Debe pensarse muy sériamente en cerrar á las arenas la entrada en los puertos de este rio.

Otros conocimientos mas exactos
De la admirable historia de tus reinos.
Y los laureados jóvenes con cantos
Dulcísimos de pura poesía⁶⁷,
Que tus sencillas ninfas enseñaron,
Aspiran á grabar tu escelso nombre
Para siempre del Pindo en los peñascos,
Donde de hoy mas se canten tus virtudes
Y no las iras del furioso Janto.
Ven, sacro Paraná, darás impulso
Al inspirado ardor: bajo tu amparo
Corran, como tus aguas, nuestros versos.
No quedarás sin premio, premio santo.
Recibirás cercados de diamantes
Y de rojos rubies, dos retratos:
Dos rostros divinales que conmueven:
Uno de Luisa es, otro de Carlos.
Ves ahí que tan magnífico ornamento
Transformará en un templo tu palacio:
Ves ahí para las ninfas argentinas
De su dulce cantar asunto grato.

No podemos decir con entero conocimiento de causa, si nuestro poeta producía con facilidad, si dejó ó nó muchas composiciones líricas. Atendida la época, la falta de estímulo y la multiplicidad de sus atenciones públicas y privadas, nos inclinamos á creer que no fué muy abundante el fruto de su amor á los versos. Copiaba repetidas veces sus manuscritos, borraba mucho y no parece muy feliz en la lucha con las resistencias de la rima. Seguramente estaba ya del todo agotado su estro cuando tuvo lugar la *Reconquista*. Todos los ojos se volvieron á él entónces buscando un cantor digno de he-

⁶⁷ La poesía que todo lo anima y hace llevaderas las tareas mas estériles.

cho tan glorioso, y Lopez no se atrevió á prorumpir en su *Triunfo* virjiliano, sino cuando *el hijo de Apolo*, por excelencia, dió muestras claras de que se condenaba voluntariamente al silencio⁶⁸.

A mas de la Oda al Paraná poseemos dos composiciones inéditas de Lavarden, cortas y poco notables. Son dos sonetos que pueden considerarse como el ensayo laborioso de la expresion de un pensamiento bello á la par que adecuado á ese jénero de composiciones. El autor, feliz en los cuartetos, se muestra oscuro y embarazado en los demás versos. Es verdad que el mismo autor habia dicho, "que no es la de un soneto poca empresa." El trabajo y la resistencia que le causaba el asunto, se manifiesta en las muchas variantes, trepidaciones y retoques de los orijinales. El pensamiento que no logró desarrollar el autor con soltura, es el siguiente, segun le columbramos:—Asi como no podemos contemplar al sol en el zenit, sino al bajar hácia el horizonte, acercándose aparentemente á la tierra, del mismo modo el sol de justicia, Dios, no ha podido ser comprendido de nosotros sino cuando haciéndose hombre, se hizo tambien perceptible á nuestra limitada intelijencia.

En estas composiciones ha sido Lavarden mas feliz en los cuartetos que en los versos restantes. Copiaremos

68 Existia en la villa, hoy ciudad del *Rosario*, un Administrador de tabacos, *D. Pedro Tuella*, autor de una excelente Memoria descriptiva y económica de aquel antiguo departamento de la provincia de Buenos Aires, que se publicó en el T. 3.º del *Telégrafo* [1802]. Este señor, que hacia buenos versos y á quien alguno denominó "*calandria del Paraná*," para distinguirlo de los *cisnes* del Plata, decla en una carta particular que conservamos autógrafa: "Seria de desear que el Dr. Lavarden escribiese "en poesia las glorias de su patria: yo no conozco en Buenos Aires otro poeta mejor—Prego de Oliver, de Montevideo, no lo hace mal; pero es muy "confuso. Me dicen que un tal Medrano tambien es buen poeta." . . .

esos cuartetos como un estudio de la capacidad del autor para variar la forma esterna de una idea valiéndose de iguales consonancias finales:

Quiero mirar el astro refulgente
En su elevado trono al mediodía,
Y el fulgor que de allí radiante envía
A oscuras deja mi confusa mente;
Pero cuando se abate al Occidente
Por entre velos que la tierra cria,
Le observa, y forma ya la mente mia
Concepto á su alcanzar correspondiente.

.....
A observar alzo presumida frente
Al astro luminoso en alto día,
Y halla la oscuridad mi fantasía
Del mismo resplandor en el torrente.
Mi escarmiento le busca en Occidente,
Y entre vapores que la tierra envía,
Se presta fácil á la mente mia,
Claro mas, cuanto menos refulgente.

Hasta aqui llega lo que sabemos de Lavarden como poeta.

No fué precisamente á condicion de tal que mereció ser miembro de la Sociedad patriótica y económica de que ya hablamos, y á la que perteneció como correspondiente el famoso naturalista D. Tadeo Haenke. Lavarden era muy aplicado á la agricultura y á la industria y abastecía su biblioteca de buenas obras sobre estas materias que parecen á primera vista tan disonantes con la literatura.

No sin sorpresa hemos descubierto que sus ideas eran á veces bien positivas, y que fué apegado á la adquisi-

cion de bienes de fortuna, en que sin embargo no abundó mucho. Si Lavarden hubiese tenido á su cargo la educacion de un niño, no habria puesto en sus manos el arte poético antes que un buen tratado de aritmética, porque segun él decia:—“la teneduria de libros, fija naturalmente las ideas, enseña á discurrir con precision, y á *comparar ganancias y pérdidas.*”

Dirijia estas palabras á un amigo suyo, padre de un jovencito á quien acababa de conocer y tratar, encontrándole “el gran defecto de ser desapegado al dinero.” En la misma carta en que hace esta observacion, añade: “este es defecto de consecuencia que debe V. tratar seriamente de quitarle.”

Estos consejos fueron escritos con la misma pluma que trazó las escenas de Siripo, y son una prueba mas de que la imaginacion, el juicio y el espíritu de orden en los negocios de la vida, pueden armonizarse y coexistir en una organizacion favorecida.

Una persona de este carácter debia tener amor al retiro y mas inclinacion al trabajo independiente que á la monótona tarea de los empleos. Asi que la madurez de los años desvaneció las ilusiones del poder y de la gloria, el Auditor, el favorito de los Virreyes, el literato aplaudido, abandonó la capital del Rio de la Plata y se soterró en un ameno rincon de la *Banda Oriental*, estableciéndose en la estancia *del Sauce* á inmediaciones del pueblecito *del Colla* perteneciente á la jurisdiccion de la Colonia.

Lavarden no podia ser un *estanciero* vulgar, confiado en la lenta reproduccion de los ganados para acrecentar su fortuna. El se propuso inmediatamente levantar el

valor de los productos mejorándolos y buscándoles mas amplios mercados que los que hasta entónces habian tenido. Con este objeto hizo venir de España, de su cuenta y riesgo, diez carneros y veinte ovejas que se embarcaron en el puerto de Cádiz á bordo de la fragata *Santa Ana*⁶⁹. Asociado al comerciante D. Tomás Antonio Romero, logró hacer comprender á la córte que las carnes beneficiadas en el Rio de la Plata, eran mas apropiadas que las del Norte de Europa para el uso de la marina de guerra, y en consecuencia se celebró un contrato entre el Rey y la casa de Romero para abastecer de tasajo los arsenales de Cádiz y del Ferrol. La duracion del contrato era de cinco años, y la cantidad de carne, equivalente á cuatro mil quintales anuales. Esta empresa fué tan bien acogida en Madrid que Lavarden consiguió esceptuar de todo servicio militar á los peones de sus establecimientos por suponérseles ocupados en la faena de las carnes destinadas para la Península.

Esto tenia lugar entre los años de 1794 y 1798.

En el mes de Diciembre de 1804 todavia residia Lavarden en el Estado Oriental, y databa su correspondencia epistolar desde la Colonia del Sacramento. Una carta suya del 4 de aquel mismo mes y año, dirigida á uno de sus antiguos practicantes de derecho que mas tarde figuró en uno de los primeros destinos del nuevo

⁶⁹ La partida de este cargamento, tomada de los libros orijinales de la casa de Romero, está publicada en el T. 7.º páj. 147 de la *Biblioteca Americana* de Buenos Aires en 1860.

La idea de mejorar nuestras lanas con mezcla del ganado español [que es el que ha mejorado las de Sajonia y Francia] debe retroceder en la hietória del perfeccionamiento de la raza ovina en el Rio de la Plata, hasta el año 1794, y colocar la palma de este mérito en manos de nuestro distinguido compatriota Lavarden.

réjimen, contiene una revelacion que consideramos curiosa y digna de mencion. Al menos lo es para nosotros el saber que seis ú ocho años antes de Mayo ya existian lójas masónicas en Buenos Aires, compuestas de individuos notables, especialmente americanos. Lavarden era un *hermano* aunque ausente y felicitaba á su corresponsal por haber escapado los asociados clandestinos de *ese gran trabajo, estando tan documentada la causa*. Estas palabras necesitan una esplicacion mayor que, estamos en circunstancias de poderla dar.

Al comenzar el siglo, un caballero portugués llamado D. Juan da Silva Cordeiro, fundó una lójica masónica bajo la advocacion y título de "San Juan de Jerusalem de la felicidad de esta parte de América." El templo estaba situado en una casa del barrio de las Catalinas, y habiéndose humedecido las habitaciones á causa de una copiosa lluvia, fué necesario sacar al sol algunos de los objetos del servicio interior de la lójia. Esta operacion se verificó sin las convenientes precauciones, resultando que fuesen á parar á manos de una beata vecina una *capa magna* y algunos *mandiles*. La beata puso el estraño hallazgo en conocimiento del capellan del monasterio inmediato, éste lo comunicó al Obispo y el Obispo al Virrey, quien ordenó que se levantase por el Oidor Baso y Berri una informacion en toda forma para descubrir á los cómplices de lo que entónces se consideraba un delito contra la relijion y la seguridad del Estado. El negocio hubiera tomado malísimo carácter á no cuadrar la casualidad de que el Secretario de la lójia era un hombre de sangre fria y de expedientes. Conociendo éste los lados débiles del carácter de la señora Marquesa de

Sobre-Monte y su influencia sobre el Virrey su esposo, mandóle de regalo un rico aderezo de diamantes y otras piedras preciosas que acababa de recibir del Brasil el caballero Cordeiro, suplicándola quisiese aceptar aquellas joyas para que las honrase á su cuello en la próxima fiesta de su cumpleaños que debia tener lugar el dia de San Juan Nepomuceno. La Marquesa aceptó de mil amores la dádiva y se mandó sobreseer en el proceso iniciado ya por el Oidor, sin que se hablase mas del asunto.

La lójia continuó hasta la muerte de Cordeiro que tuvo lugar despues de las invasiones inglesas. Durante los dias que Berresford fué dueño de esta plaza, concurrió por dos veces á los trabajos masónicos acompañado de su secretario.

Hay pues que añadir el influjo social de la lójia á los demas elementos que constituyeron el movimiento progresista que se sintió en Buenos Aires por aquellos tiempos y al cual hemos aludido en otra parte de esta biografía.



APÉNDICE

1802

CORRESPONDENCIA EPISTOLAR

**Entre D. Manuel de Lavarden en Buenos Aires,
y el Dean D. Gregorio Funes en Córdoba.**

COPIADA DE LOS AUTÓGRAFOS

POR

JUAN MARIA GUTIERREZ.

Sr. Dr. D. Gregorio Funes—Córdoba-

Buenos Aires, 26 de Junio de 1802.

Muy señor mio y^o de mi respeto: Con cuánto alborozo he recibido la favorecida de V. S. de quince del presente! Teniendo pruebas prácticas de que mas se adquiere en el trato de los sábios que en la lectura privada de los libros, fué grande mi alegría cuando supe que V. S. debia ocupar el vacío que dejó á nuestra literatura, y aun á nuestra moral, la desgraciada muerte del Dr. Maziel; pero V. S. tuvo razones para abandonarnos en nuestra horfandad: asi suelen los pueblos satisfacer las culpas de sus cabezas. Mas al fin la invencion de las letras proporciona el comercio de las almas, y la ocasion se me ha presentado de adquirir por su medio, parte de

las ventajas con que me lisonjeaba la traslacion de V. S. á esta Iglesia.

Sí señor. La oracion fúnebre de Carlos III llenó todas las ideas de mi gusto, cualquiera que sea. Yo no tengo voto para graduar su mérito; pero tengo derecho para manifestar mi agrado y aun para dar razon de él. No faltó aquí quien quisiera parangonarla con la oracion del Sr. San Alberto: yo sostuve que habiendo elegido S. S. I. una proposicion improbable, no podria conseguir el fin de un orador que es el de persuadir lo que propone. Por el contrario, el orador de Córdoba probó todo lo que propuso, y esto de un modo tan maravilloso como que su proposicion pareció á primera vista de muy difícil prueba, por estar el auditorio prevenido contra la felicidad guerrera de Carlos III. Todos objetaban la pérdida de la Habana en su interior; pero cuál fué su admiracion al ver refutada y desvanecida esta objecion! Nadie pudo resistirse á esta demostracion del gran jénio que habia ordenado tan admirable pieza.

Desde entonces yo he cuidado de recojer todo lo que me parece de la misma mano, y *tengo mis barruntos de buen podenco*, aunque no es menester mucho discernimiento para conocer que la leche y la miel son obras de un mismo autor. Yo receto contra la ictericia la lectura del papel que se dirijio á la Real Audiencia sobre el asunto de la cauda magna, y cuando no alcance este específico añadiré de aqui adelante la de la *carta crítica*¹.

Pero mientras unos sacudan con ella su melancolia, yo me recojeré profundamente á estudiar el arte de su orga-

¹ Esta *carta crítica* se publicó en el *Telégrafo*.

nizacion. Oh qué desdicha! Su estudio me será inútil. ¿Cómo he de imitar yo esa facilidad, esa lijereza, esa oportunidad de la introduccion solamente? De dónde se fué V. S. á acordar de la protesta del Telegrafista, para encadenarla con la relacion crítica, y dejar caer su proposicion sin rodeos impertinentes? ¿De qué me sirve conocer estos primores si no he de poder imitarlos? Los olmos nunca darán peras. No obstante siempre me es lisonjero poder distinguir lo que muchos no advierten. Y de donde le vino á V. S. tan á cuento el cuento de la iglesia lonjitudinal? Muy oportunos son los cuentos de Juan de la Encina; pero ninguno viene tan cuadrado como el de la cuadratura de la iglesia para el cuadro del estanque. Yo discorro que ese cuento dió oríjen á la espresion vulgar de que no cuadra una cosa cuando parece disforme. Como si dijéramos que no le cuadra al I. C. la calidad de Autor, careciendo de los conocimientos necesarios para esta investidura.

No me detengo mas en un catecismo de preguntas que tendria que hacer á V. S. por no parecer lisonjero. Dios me libre de semejante lepra. Daré á V. S. una prueba de mi injenuidad.

El Comisionado *Araujo*, lleno del justo respeto que merecia la dignidad del Autor (no hablo de la Prebenda) no me permitió mudar una letra. Lo siento, porque de buena gana hubiera borrado las palabras *nacer* y *criar* del octavo renglon de la f. 150. El argumento que se forma de las fechas en que se abrió la Universidad y en que *Leon Pinelo* habia ya dado á luz su vasta erudicion, prueba que no era posible que en el discurso de catorce años hubiese cursado y adquirido tanta doctrina

y que por consiguiente no la debió á aquel gremio; pero no que en ellos debiese haber nacido y criadose.

Vea aquí V. S. á lo que dá lugar su demasiada urbanidad. Con todo, no se arrepienta V. S. de favorecerme. pues yo cuento como uno de los premios de mis tareas, el haberme proporcionado el gusto de acercarme á V. S. Alguna vez puede ser mas real mi aproximacion: entonces mi solicitud, mi jesto mismo, darán mejor á conocer á V. S. cuánto le aprecia y venera su mas apasionado servidor q. s. m. b.

Manuel de Lavarden.

Sr. D. Gregorio Funes—Cròrdoba.

Buenos Aires, Julio 27 de 1802.

Muy señor mio y mi favorecedor: La de V. S. del dia 15, tanto me lisonjea que llega al estremo de ruborizarme. Me eleva V. S. á la clase de su amigo y me *distingue con el nombre de sábio*. Si lo primero es una jenerosidad, estotro es una equivocacion de las que suele producir la ilusoria distancia. Para poder aceptar la investidura de amigo de V. S. echo menos aquella igualdad de circunstancias que los observadores de la naturaleza pusieron por base de la amistad. Asi Homero hizo en Aquiles y Patroclo dos amigos de dos Jenerales, Virjilio en Niso y Eurialo los hizo de dos Capitanes, y los anteriores poetas filósofos, en Hércules y Teseo, de dos héroes ó semi-dioses, y en Orestes y Pilades, de dos Príncipes. Verdad es que Alejandro, contando mas con su grandeza de alma que con la pureza de la espresion, llamó á Ephección amigo

ca llena; pero Ephection se guardaria 1.
abusar de esta magnanimidad, usurpando
que solo *ad honorem* podia dársele.

Bajo este supuesto deseando yo conservar la correspondencia de V. S., deseo que ésta se cimente sobre la sólida base de la apurada verdad, conservando cada uno el lugar en que la suerte le ha puesto. Sea V. S. en honorabuna mi Alejandro, yo no seré mas que Ephección. Quiero decir que habré de contentarme con el agradable título de su favorito. ¿Y acaso es poco? cuando llegue á merecerlo de justicia. . . .

Sublimi feriam sidera vertice.

Por tanto, pues, no tome V. S. á desaire que le suplique para que yo pueda mostrar sus sábias cartas, que no me escuse el empacho de manifestar que he aceptado un título que no me compete: *Mi querido Lavarden*. Vea aqui V. S. lo que me debe de justicia en retribucion del alto aprecio que he hecho de V. S. largo tiempo há. *Por lo demas, ni mi dignidad, ni mis haberes, ni mis letras pueden tanto elevarme, á no ser que quiera correr el riesgo de la rana de la fábula.*

Ni mis letras, he dicho con razon, y aquí entra el capítulo de sábio. Qué bien hacen los poetas en no referirse á heroes inmediatos! Elijen siémpre un personaje que vivió diez ó doce siglos antes ó á lo menos que diste de nuestra residencia muchos cientos de leguas. Así se engrandece la ilusion, y se pueden pintar no como fueron sino como debieron ser. Esto le ha sucedido á V. S. conmigo á merced de la distancia. *No negaré que en mi educacion tuve la fortuna de que se me diesen grandes principios; pero reducido repentinamente á la*

mendicidad, antes de sazonzarse el fruto de mi enseñanza, puedo decir lo que dijo Candámo:

El tronco que vuestra Alteza
para estatua habia elejido,
descortezarle y dejarle,
destruccion fué, no principio.

Mi amor propio [con todo que es un señor que me hace mucha merced] jamás me ha condecorado con mas honores que los de hombre discreto. Hasta aquí llega mi vanidad; pero cuando se me saluda por sábio, no teniendo la disculpa que V. S. se me figura que estoy en las juntas de los palanganas de Lima, en donde aprendió nuestro telegrafista esa porcion de frases huecas. V. S. pues modere su concepto, no sea que cuando yo tenga el gusto de tratarle, pase por el rubor de notar en su aspecto la frialdad que le causará no hallar ni agraz donde pensaba cojer uvas. Pámpanos, eso sí: recojerá V. S. cuanta hojarasca necesite para refrescar la cabeza. Yo haré reir á V. S. el dia de finados. Ayúdame para ello mi figurilla Bacanal. Yo soy un odre con sombrero de tres picos, y cuando corre, como ahora, un viento seco, se me facilita la volubilidad de la lengua, y hablo por todas las coyunturas. Con todo, no golpeo á nadie el pecho, ni le tiro de los botones, con lo que me hago mas llevadero, que ese D. Francisco Antonio Gonzalez, que anda por ahí segun dicen, aunque á mí me parece que aun no es ido.

Con estas armas y la municion de consonantes, me tendrá V. S. puesto á su lado, y resuelto á acometer al mas descomunial gigante de esos que feridos de punta de san-

dez quieran mancillar la su discrecion. De ella ha dado V. S. una prueba en haber testado las dos palabras que osé notar; pero aunque hubieran quedado, servirian de prueba de que aquella obra se escribió sin demasiada atencion, por no merecérsele á V. S. el papel que queria combatir. Nunca mas gracioso Cervantes que cuando se le notó el descuido de que robado el Rucio de Sancho volvía á aparecer en la escena, sin saberse cómo lo habia recuperado. Respondió que habia sido error de imprenta. Efectivamente Cervantes escribió con descuido su primera parte del Quijote; pero cuando advirtió los aplausos que habia merecido clavó su atencion para dar la segunda, y produjo esa invencion incomparable, la mayor que ha producido el jénero humano.

Aquí me iba á entrar en otra materia para llenar otras cuatro caras. No me puedo contener, ó sea por charlataneria, ó bien porque figurándome que hablo con V. S. me sale el gozo por las yemas de los dedos. Crealo así V. S. y dignese contarme cada vez con mas ansia, entre sus mas apasionados servidores.

B. L. M. de V. S.

Manuel de Lavarden.

Córdoba, 15 de Junio de 1802.

Muy señor mio y amigo:

Deseaba eficazmente satisfacer una deuda muy atrasada y que Ud. no hace mas que recargar de dia en dia. La ocasion se me presenta, habiendo llegado á mis manos una esquelita suya dirigida al amigo y señor D. Tomas Antonio Romero, con motivo de una carta crítica,

que ha necesitado toda la proteccion de V. S. Los aplausos con que en ella me favorece, renovando los que le mereció mi oracion fúnebre, y de que estaba bien informado, no pueden ser mas halagüenos para el que ama la celebridad, y puede Ud. creer que he necesitado todo el interior convencimiento de mi ignorancia para no caer en la tentacion de envanecerme. Pobre de mí si yo hubiera de recompensar este favor con lo que alcanzan mis facultades! Para quedar solvente me acojo á lo que dice Ciceron, que la deuda del agradecimiento solo con tenerlo se paga: el mio para con Ud. no puede ser mas cumplido. Tenga Ud. la bondad de aceptarlo, y de contarme por el mejor de sus amigos.—Q. S. M. B.

Gregorio Funes.

Señor D. Manuel Josef de Lavarden.

Córdoba, 15 de Julio de 1802.

Estimadísimo amigo:

Tiene razon la filosofia para contar la amistad por el primer bien de los mortales. El placer que experimento en la suya hace veces de fin todo, y si algun disgusto me deja es haberle gozado tan tarde. Por esta razon desde luego estoy arrepentido de mi pasada renncia: sin ella hubiera gozado de lleno de este beneficio, valiéndome de su trato para "apretar mas y mas los vínculos de nuestra amistad, y entablar un comercio de conocimientos mas útil que los libros: supuesto que el camino de los ejemplos es mas breve y mas seguro que el de los

preceptos. Por lo demas, entrar yo á ocupar el vacío de nuestro Dr. Maciel, seria usurpar un puesto que nunca podria mantenerlo con decoro, y que Ud. me cede gratuitamente.

Tengo demasiado buen concepto de su veracidad para sospechar me lisonjea aplaudiendo las débiles producciones de mi mano: pero la voluntad tiene mucha parte en nuestros juicios, y si se halla prevenida, los lleva tras de sí aun sin saberlo, con perjuicio de la verdad. Mire Ud. no le comprenda esta máxima de esperiencia cuando habla de su buen amigo.

Pero ya Ud. me da una prueba decisiva de la imparcialidad de su juicio en el reparo sobre las palabras *nacer* y *criarse*, que contiene la página de la carta crítica. La censura es digna de su talento y de su sagacidad: confieso mi inadvertencia; y ojalá que el amigo Araujo hubiese accedido á la correccion. *Yo he quitado dichas expresiones de los ejemplares que han llegado á mis manos.*

Estoy persuadido que no tiene esta docilidad el autor de la relacion histórica para confesar sus errores. Ya puede Ud. comprender el disgusto con que este y sus parciales han recibido la crítica. No alcanza el disimulo á ocultar la levadura que se ha formado en sus pechos, y pienso que su fermento se dará en breve á conocer. Oigo decir que aquí se está impugnando en prosa y en verso. Si la impugnacion prosaica mereciese alguna atencion, saldrémos de nuevo á la palestra. Para la de poesia invocaré en mi auxilio la Musa Americana: quiero decir, al amigo y señor D. Manuel Josef de Lavar-den.

Aun sin este motivo le pido á Ud. *no me defraude el gusto de leer sus amenas producciones*. La alma de los sábios nunca es avara, y cuando à otros hacen sábios es cuando mejor conocen que lo son.

Viva Ud. plenamente asegurado de mi afecto para contarme por el mejor de sus amigos—Q, S. M. B,

Gregorio Funes.

Señor Dr. D. Manuel Josef de Lavarden.

— —

Córdoba, 15 de Agosto de 1802.

Estimadísimo amigo: Solo un exeso de miramiento pudo dictarle á vd. la máxima desconsoladora de que la amistad tiene por base una igualdad civil de condiciones. En honor de la que le profeso, permítame vd. que por esta ocasion sea su contrario. Es demasiado exelente el don de la amistad para que nos venga de otras manos que las de la naturaleza. Ella pide, es cierto, la igualdad; pero no busquemos otra que la que pone algunas veces de hombre á hombre. . . . Leyendo el banquete de Platon donde disputan seis sábios de la Grecia sobre la naturaleza y los efectos de la amistad, me enamora sobre manera el discurso de Aristófanes, porque aunque mezclado de mil errores en cuanto al oríjen de los hombres, nos la dá á conocer por la ficcion mas espresiva: en su sistema cada individuo es una mitad de su ser, que busca unirse con la otra mitad: esta es el sujeto que mas se le asemeja y con quien trabado, viene á restablecerse en su antigua integridad. El filósofo pudo engañarse acerca de

las causas; pero si consultamos los efectos, esta es la primera vez que la verdad es deudora á la ilusion. Ahora se comprende mejor lo que comunmente se dice, que el amigo es otro yo; y que seguimos nuestro gusto cuando preferimos el suyo.

Todo lo dicho está en contradiccion con su principio. Qué importa que la naturaleza se esfuerce á estrechar esos nudos de una aficion recíproca que hace las delicias de la humanidad, si una fortuna muchas veces ciega repartiendo los empleos, ha de tener poder para aflojarlos. No amigo: seria cosa muy funesta no poderse conciliar las ventajas de un puesto con los derechos de la amistad. Aunque sea ciertó que los hombres se han procurado destruirlos con esas sus distinciones, siempre serán respetados por los que tengan un corazon bien organizado. Por lo que á mí toca, yo me conduelo de esos nécios afortunados qué creen que les basta con que ellos solos se amen, y desprecian un bien que nada puede recompensarlo. El que desdeña una aficion honrada, dá sobradas pruebas de que ño la merece. No me mida vd. por una regla tan pequeña; y viva persuadido que nunca me considero mas feliz que cuando se me juzga digno de amistad. A vd. ya no puede serle equívoca la mia, supuesto que vd. mismo es todó el interes de mi defensa. Quiere vd. otra prueba mas? Pues voy á dársela: acepto desde luego el dulce tratamiento de *mi querido Lavarden*; pero para que sea mútua nuestra satisfaccion debe vd. olvidar ese tratamiento de fausto, con que, creyendo honrarme, me mortifica. Un amigo con V. S. no es en mi concepto otra cosa que una quimera con honores.

Es preciso condescender con su modestia, absteniéndolo-

me de llamarle sábio. Despues de esta mi deferencia ya vé vd. que quedaria desairado si no supiese aprovechar su leccion: ella debe servirnos á los dos; esto es lo que de mi parte le suplico. No se alucine vd. con lo que de mí oye á lo lejos; y crea firmemente que los rios que hacen mas ruido son los que llevan menos agua.

No tengo mas tiempo: Ameme vd. tanto como yo: Su—

Dr. Funes.



D. JUAN CAVIEDES

FRAGMENTO DE UNOS ESTUDIOS SOBRE LA LITERATURA POETICA DEL PERU. ¹

... Y verás que en burlas nadi
Con tal propiedad ha escrito.

[DIENTE DEL PARNASO.]

Al olvido casi completo ha permanecido condenado durante 165 años uno de los escritores mas ingeniosos del Perú. La naturaleza de sus producciones debió darle popularidad en sus dias; pero ni esta, ni el cuidado que tuvo de reunir esas mismas producciones en un volúmen, del cual han debido estraerse varias cópias, han sido medios eficaces para vencer las resistencias de la prensa ó las injurias del olvido. Del autor á que nos referimos, dos veces tan solo hallamos el nombre en caracteres de imprenta: la primera en el año 1689, con motivo del certámen poético que la Universidad de San Marcos

¹ El presente artículo apareció por primera vez en el folletín del *Comercio* de Lima, el año 1852, y tomándole de allí lo reprodujo no ha mucho la interesante *Revista* de la capital del Perú, redactada por jóvenes literatos de nombradía. La *Revista* de Buenos Aires le ha reproducido tambien en esta ciudad en sus últimos números. Se vé, pues, que es

consagró al Virrey Conde de la Monclova; la segunda en 28 de Abril de 1791 [mas de un siglo despues] en las pájinas bien intencionadas y eruditas del “Mercurio Peruano.” Este periódico, cuya coleccion es una rareza en el dia; por sus tendencias y sus miras, llama la atencion de cuantos quieren estudiar los hechos americanos, y señala á la prensa periódica de nuestro continente una direccion que ha abandonado desde que Caldas, Unánue, Vieites, cayeron rendidos en la lucha de la intelijencia y del patriotismo: este periódico, deciamos, [colocado por la mano misma de Humboldt en la Biblioteca real de Berlin] se propuso resucitar el “nombre de los injénios que honran al Perú ó que al menos dan idea de sus vicisitudes literarias,” y al satisfacer este propósito consagró un lijero artículo á D. Juan del Valle y Caviedes, que es el escritor á quien contraemos estos renglones.

Podemos decir que nada sabemos de su vida, aunque puede inferirse que ni fué feliz ni tampoco oscura; tuvo una esposa cuya muerte cantó con poca inspiracion y

te estudio sobre *Caviedes* ha alcanzado mas publiciáad que la que merece. Pero, como los dos periódicos limeños no circulan entre nosotros y la *Revista* de Buenos Aires tiene una circulacion limitada, á causa de su tardía aparicion, y por la especialidad de las materias á que se contrae, nos creemos autorizados á reproducir en el *Correo* este trabajo, y con tanta mayor razon, cuanto que él forma parte de la série de indagaciones que nos proponemos hacer sobre los antiguos escritores en verso de la América colonial. En esta ocasion le hemos estendido é ilustrádole con algunas notas que no se hallan en las ediciones anteriores.

Las poesías de *Caviedes* fueron halladas por el autor de este artículo en una tienda de libros viejos situada en las cercanias de la plaza principal de Lima, y hoy forman parte de la rica biblioteca del Sr. D. Gregorio Beéche, vecino de Valparaiso. Estan copiadas de buena letra en un volumen en 4.º grueso, y segun noticias fidedignas, tiene intencion de darlas á luz por entero el jóven peruano D. José Toribio Polo, á quien deseamos discrecion y buena crítica al desempeñar esta meritoria tarea.

con conceptos alambicados; fué dado á los placeres, á la holganza truanesca, al mismo tiempo que fervoroso devoto, como sucedia en los antiguos tiempos de España, en que las manchas de los apetitos mas vivos de la pobre naturaleza humana se lavaban con agua bendita, y las conciencias se tranquilizaban con la distraida absolucion de un fraile. Sin embargo, y á pesar de las liviandades de la pluma de Caviedes, le tenemos por un hombre honrado y le haríamos nuestro amigo si viviese, recordando que Góngora y Quevedo, autores de composiciones cuya lectura prohiben los padres celosos á sus hijos, fueron de buenas costumbres, sacerdote el uno; y el otro facedor de milagros despues de muerto, segun el testimonio de un biógrafo contemporáneo suyo. La época en que Caviedes se dió mas á las musas no era ni muy alegre para la capital del Perú ni para el poeta: acabábase de sufrir un terremoto [20 de Octubre de 1687] que debió ser terrible, aun teniendo en cuenta la exajeracion con que él mismo le describe en un romance. . . .

“Las mas elevadas torres
Hechas arcos se columpian,
Como cuando el débil junco
Blande del Norte á la fúria.”
. . . . No quedó templo que al suelo
No bajase, ni escultura
Sagrada de quien no fueran
Los techos violentas urnas. . . .
Predicaban por las plazas
Ministros de Dios, con cuyas
Horrendas voces de espanto
Los cabellos se espeluzan &a.

La carestía de los objetos de primera necesidad era mucha, y la salud de nuestro poeta poquísima. Milagrosamente escapó á una gravísima enfermedad, durante la cual tuvo ocasion de conocer todos los médicos de nombradía entónces en Lima, cojiéndoles una ojeriza á la que únicamente deben estos que sus nombres se conserven hasta ahora. Las invectivas que les dirige, son clasificadas con razon por los editores del “Mercurio Peruano” como las mas graciosas que se han escrito contra los médicos, á quienes llama continuamente: “tumbas con gollilla,” “venenos con guantes,” “exacciones á mula,” haciendo á cada momento un cuadro bien triste de la ignorancia de los que profesaban la Medicina entónces en aquella ciudad. Es verdad que todavia no habían nacido en el Perú, ni D. José Manuel de Dávalos que reveló á la Universidad de Montpelier las enfermedades de Lima y la terapéutica para ellas adoptada; ni el Dr. D. Hipólito Unánue autor de una de las obras mas orijinales y científicas que se conocen en lengua española sobre la influencia de los climas en la organizacion animal; ni el Dr. D. José Manuel Valdes, sócio de la Academia de Medicina de Madrid y protomédico en su patria; ni otros muchos no menos célebres que omitimos por no ser prolijos. Al contrario, ya por atraso jeneral de los estudios en España, ya por el imperdonable abandono en que estaba cuanto tenia relacion con el bien real de las colonias, el estado de la medicina práctica en el Perú era lamentable en la época que duró el gobierno de Liñan y Cisneros, desde 1678 hasta 1681, si es que hemos de dar crédito á la “relacion” que éste hizo á su sucesor el duque de La Palata. “Las cátedras de prima y vísperas de

“medicina de esta Universidad, le decia, se hallan en miserable estado [siendo tan necesarias] no habiendo quien las rejente, porque ha muchos años que falta la renta que se les situó en el “Estanco del Soliman;” y aunque á la cátedra de Prima está anexo el Protomedicato. Por carta de 15 de Febrero de 1680 tengo informado á S. M. cuán necesarias son estas cátedras, por la falta de médicos, que padece este reino. . . . y todavia no he tenido respuesta ² .”

En vista de este documento, por el cual se vé que la enseñanza de la Medicina estaba abandonada, desiertas las aulas, y sordo el monarca que á tres mil leguas de distancia debia acudir á las necesidades de la sociedad americana, no es extraño que la salud de la numerosa poblacion del Perú estuviese á merced de la ignorancia graduada y del empirismo atrevido. En este caso los epigramas é invectivas de Caviedes se dirijian á los malos médicos y no á los buenos, á quienes segun la expresion de Cervantes, debemos levantarlos en triunfo y en agradecimiento sobre nuestras cabezas. Muchos agudísimos injénios se han cebado en los médicos y en la medicina; pero así que esta ciencia ha ido cobrando dignidad, las sátiras han comenzado á ser de mal gusto contra ellos; y si Moliere viviera en nuestros dias no escribiria por cierto su “médico á palos,” porque ahora no tendria que corregir el pedantismo grotesco de los “físicos” de su época, pedantismo que redundaba en desdoro de la Medicina y de sus profesores ³.

Caviedes no era capaz de un propósito elevado, ni te-

² M. S. en la biblioteca pública de Lima.

³ Véase la nota final, ó apéndice.

nia convicciones adquiridas en el estudio contra las incertidumbres de la ciencia de la salud. Sabía por experiencia que los discípulos de Hipócrates cuando se equivocan matan, y el instinto de la conservacion, y el amor á la vida, le pusieron terribles armas en la mano contra los que en concepto suyo le habian colocado una vez á la puerta del sepulcro. Su venganza fué cruel; la ojeriza hizo para con él oficio de Musa y no puede negarse que en muchas de sus composiciones, (en su jénero) es un verdadero inspirado.

A fé que es prueba de ingenio encontrar en las perfecciones de una dama, ocasion para hacer una sátira amarga de los médicos!

Lise, mi achaque es amor,
Y pues busca en tí remedios,
Y cual médico me matas,
Hoy te he de pintar con ellos.

Con la cabellera de ébano, á pesar de ser negra, mata como "Bermejo." Con el arco de sus cejas despide muertes como el arqueado de "Liseras" que padecia la enfermedad atribuida á Esopo y á quien pinta en mil ocasiones jorobado; y por último:

El pié es flecha de "Machaca,"
pues siendo en la ciencia el menos,
es el mayor matador
y tiene punto de serlo.

Inquieto el pais con la presencia de los "piratas" en el mar, se discurría sobre si seria mas acertado armar navios de guerra, ó amurallar la capital y prevenirse para su defensa: Caviedes supone con este motivo que la

muerte se dirige al Virey aconsejándole que embarque á todos los boticarios, médicos y curanderos y los mande contra el enemigo: de esta suerte, dice :

Los que mataban en Lima
Quedarán ya castigados,
España con la victoria,
Y la hacienda real sin gasto.

En otra de sus composiciones imagina un coloquio entre la muerte y un médico enfermo de riesgo. Las preces del doliente están llenas de amor y compuncion: copiaremos una de las décimas en que están escritas:

Muerte! si los labradores
Dejan siempre que labrar,
¿Cómo quieres agotar
La semilla de doctores?
Frutos te damos mayores,
Pues con purgas y con untos,
Damos á tu boz asuntos
Para que llenes los trojes,
Y por cada doctor cojes
Diez fanegas de difuntos.

El libro de Caviedes contiene una revista completa de los médicos de su tiempo y aun de las curanderas. Figura personal, método curativo, propensiones del carácter; cuanto puede completar una biografía, se halla, envuelto en agudezas, en los versos epigramáticos del poeta. Llevaban los doctores de entonces, según él mismo, gollillas al cuello, vestido de balleta negra; barba en la parte inferior del rostro, y algunos su correspondiente pera de añadidura, y sus guantes. Algunos llegaron á ceñir espada, como Liscras y Yañez, pagando este últi-

mo un poco caro el autojo, pues cayó inmediatamente bajo la pluma implacable del “Atalaya y puntual cronista de las obras y actos de los médicos sus contemporáneos,” como el mismo Caviedes se apellida:

Ciñe una receta tuya
Que es mas que hoja toledana,
Lo que vá de un yerro solo
A muchos de mas de marca. . . .
Si armas traes para ofender
Tus enemigos, te engañas;
Pues sanará dando heridas
Quien dando bebidas mata.

Hagamos desfilár á algunos de los doctores cuyos nombres se hallan con mas frecuencia en el blanco de los tiros de este escritor. Ramirez es un verdadero fraile de novela: bajo de cuerpo, corto de pescuezo, ancho de carrillos, robusto de espaldas, hinchado de vientre y de palabras, y gloton como su retrato lo indica. El vulgo lo cree un pozo de ciencia, no porque en realidad la posea, sino

Porque es gordo y trae anteojos.

“Bermejo” es un doctor elegante, delgado de cuerpo, airoso de porte; es un “Adonis matador,” aficionado á helados y sorbetes, favorito de las damas y el médico mas á la moda entre ellas. “Esplana” es el médico de los párvulos y la esperanza de las madres en las indigestiones de sus primojénitos:

Cura á los niños chiquitos,
Y en esto tiene tal fama,
Que en la física se llama
Herodes de los ahítos.

“Romero” es un favorito caído que gozó de gran celebridad mientras fué médico de un Virey:

“Que un Virey también dá ciencia.”

“Barco” empleado en palacio gozaba de la clientela de todos los pretendientes y aduladores: es el más buscado y el mejor remunerado entre todos sus compañeros. Pero no por esto se escapa de la mordacidad de Caviedes: jugando ingeniosamente con el significativo del apellido, dice á propósito de aquel médico:

“Quien con médicos se embarca,
“Se ha de embarcar con la vela
“De bien morir....”

“Anfonio García” flaco de cuerpo y enjuto de rostro, era un enemigo declarado del agua, al contrario de “Llanos” verdadero hidropático que hasta las tercianas curaba con agua de nieve y con horchatas. Consultado por Caviedes en una fiebre intermitente, le recetó medicamentos fríos que no tomó y “haciendo todo lo contrario sanó en cuatro días,” lo que celebró con un romance que empieza:

El bachiller cordillera
Licenciado Guadarrama,
Doctor puna de los Lipes
Y médico Pariacaca:
Cierzo de la medicina
Y graduado por la escarcha,
Carambano con golilla
Seco granizo con barbas....
En qué charco estudiastes,
En qué Jenil ó Jarama
Practicastes, ó qué Tajo
Te enseñó esas cuchilladas?....

Al verte los tabardillos
Tiritan, y las tercianas
En oyendo al doctor Llanos,
Se acurrucan con frasadas.

“Liseras” es el peor tratado de estos mártires: es un corcovado á quien no deja vivir Caviedes; á quien espía á todos momentos: si cambia de vestido, si se casa, ahí está la incansable musa satirizándole y amargándole sus placeres y sus inocentes vanidades. Tanto le punzó y atena-
ceó, que la indignacion le hizo hacer versos, pero no como los Juvenal, por su desgracia, pues fué este nuevo motivo para que Caviedes acabase de despedazarle. Cuando hace el retrato del doctor Corcovado, le llama “melon de capa y espada; mas doblado que capa de pobre cuando nueva,”

“mas torcido que una ley
“cuando no quieren que sirva:

Y so pretesto de darle un remedio para estirpar la jiba, le asesta la mas salada y desvergonzada composicion, aconsejándole que se abra una fuente y recomendando para la operacion á un doctor extranjero:

“Garrafa” es quien puede abrirla,
que es fontanera de rabos
su italiana cirujia.

Esta reseña de los médicos es mucho mas larga y minuciosa en el manuscrito de Caviedes; pero como seria necesario reproducirlo casi por entero para dar idea completa de la abundancia de su vena cuando se lanza implacable contra aquellos doctores, concluiremos por copiar algunos epigramas escojidos entre los mejor verificados.

I.

La fruta del paraíso
No es manzana sino pera,
Que es fruta mortal pues traen
Los médicos barba de ella.

II.

A Esculapio unos lo pintan
Con vara y una culebra,
Como alguacil venenoso
De nuestra naturaleza.

III.

Casóse un mozo muy pobre
Con una mujer tan vieja,
Que con Zara fué á la miga
Y jugaba á las muñecas.

Casamiento allá del mar
Me pareció porque eran
El novio el peje bonito
Y la novia el peje vieja.

Sola con médicos casen
Antiguallas como aquesta;
Pues si de la muerte viven
Bien pueden vivir con ella.

A fines del año de 1792, existía reparándose de una enfermedad de tres meses en la convalecencia bethlemítica de Lima el autor de un libro que ha tenido muchas ediciones en América y en Europa. El autor de este libro, titulado "Lima por dentro y fuera," D. Estevan de Terralla y Landa, español de nacimiento según su propio testimonio ⁴ presumía de hombre de letras y de

⁴ Lo dice terminantemente en su obra en verso titulada "El sol en el medio día," que es una descripción de las fiestas hechas en Lima (con motivo de la exaltación de Carlos IV al trono de España) en los días 7, 8 y 9 de Febrero de 1790.

vasta erudicion como se colije de su defensa del “Mosquejador jeneral” que publicó en el Diario de Lima; pero á pesar de estas dotes y de su pujo satírico quedó muy atrás de Caviedes, pues este, cuando critica las costumbres, acierta á dar á sus cuadros un color natural que no tienen los de aquel. “Lima por dentro y fuera,” tanto pudiera ser la descripcion de Sevilla ó de Méjico como la de la capital de los Reyes, pues no contiene sino jeneralidades, y cuando mas prueba que la vida oscura del autor y su inclinacion á conquistas fáciles, le habian puesto en el caso de maldecir de las Lais de los portales, cuyos recuerdos debieron serle dolorosos desde los claustros del hospital bethelmítico. Hay mas: en los versos de Caviedes, trasciende á veces la rectitud de miras y el amor á lo bueno, como puede verse en este satírico cuadro de un vicio que todavia anda á la moda en el mundo:

Quien trate de finjirse virtuoso,
Que es ejercicio grave y fructuoso,
Póngase gran sombrerero y zapatos
Aunque otra cosa digan sus calzones;
Procure conocer la jente rica,
Que estos son la botica
Donde el récipe está de su remedio,
Adúleles y apláudalos sin medio:
De esta suerte tendrá capellanías
Legados que le dejen y obras pias. . . .
Ancho al cuello traerá con un rosario
Que parezca en las cruces un calvario,
Un denario en la mano de continuo,
De unas cuentastan grandes que el vecino
Al pasar las oiga y sea testigo
Que vá diciendo: “Jesus sea conmigo”

Si es mujer la que esas cosas trata
Con lo preciso vístase de beata.

.....
De medallas de azófar guarnecido
Que urfas con otras vayan rezongando,
A todos avisando
Que por la calle abajo va la santa,
La que en virtud á todas se adelanta,
Resonando cencerros por memoria
De que es mula de recua de la gloria.
Si alguna cosa le es encomendada
De la otra vida, diga desmayada,
Arrojando un suspiro muy profundo:
“Amí que la mas mala soy del mundo!”
Y dirá una verdad sin preguntarla,
Que merece de cierto encorzarla.

No se podrá negar que una mano maestra ha guiado el pincel de Caviades al hacer el retrato de este par de astutos y falsos devotos. Se nota fácilmente que ambos personajes son tomados del natural, y que el pintor odiaba tanto la virtud finjida como la ciencia aparente. El colorido y la espresion son intachables, y producen un efecto completo, á tal punto, que nos parece ver andar las figuras y escuchar el ruido hipócrita de los rosarios que ostentan en el cuello y en las manos. Leídos con atencion los endecasilabos que anteceden, admirará el arte con que están escritos, la propiedad de los epítetos, la feliz eleccion de las voces y la cadencia lenta de los periodos tan en harmonia con la escena que representan. La exclamacion de la beata:

A mí que la mas mala soy del mundo!
nos recuerda el *¡somos tan malos!* de la *Mojigata*, individuo de la misma especie que el de Caviades, rejuvenecido por Moratin en su famosa Da. Clara:

Siempre retirada en casa
Sin dar que decir al pueblo,
Mis galas son este traje
Humilde, mis pasatiempos
La devocion, la lectura
De libros santos y buenos;
Y aun así . . . ¡somos tan malos! . . .

Hemos aludido mas arriba á un certámen poético, consagrado por la Universidad de Lima, al conde de la Monclova (ó Moncloa) al ingresar al gobierno del Perú el 15 de Agosto de 1689. Este señor Virrey (vijésimo tercero en el órden cronológico de los de su empleo) tomaba las riendas del mando sobre los montones de ruinas causadas por el terremoto de que tambien hemos hecho mencion, y no podemos comprender cómo se tributaban respetos de mero lujo intelectual y de escesivo espíritu cortesano, al mandatario recién venido, cuando, segun las crónicas peruanas, eran aflijentes la penuria y carestía de las cosas mas necesarias para la subsistencia pública á consecuencia de aquel funesto accidente. La fanega de trigo llegó á valer de 25 á 30 pesos fuertes, y el que se cosechaba en el pais se presentaba enfermizo, pobre en granos y de color oscuro semejante al de las hojas del tabaco. Dícese que desde aquella época data el comercio de cereales entre el Perú y Chile, que es el granero, hasta ahora mismo, de toda la costa española del Pacífico.

Aparece, es verdad, mejorada aquella situacion, merced á las providencias dictadas por el *recien aclamado Príncipe*, y este beneficio alcanzado por la capital del Perú, fué uno de los asuntos elejidos para el Certámen,

asunto que debía tratarse en un “diálogo festivo entre “*dos pobres de la iglesia mayor*, que en veinte quintillas “de ciegos, llorando la pasada necesidad celebrasen la “presente cópia, dando las gracias al verdadero reparador del Perú.” Son espresiones testuales del Programa.

Caviedes no malogró la ocasión que se presentaba, tan adecuada para su vena coplera y tan maestra en el conocimiento de los tipos someros de la sociedad en que vivía, y escribió un romance en el que hizo hablar con propiedad de imágenes y de lenguaje y con mucha agudeza á dos mendigos célebres que parecen hermanos de los que se coscan y desperezan y hacen otras gracias en las telas de Murillo.

Este *romance* en quintillas se halla incluido en el libro rarísimo de dicho Certámen, publicado en Lima en el mismo año de 1689, y probablemente fué la única entre sus multiplicadas producciones que el autor tuvo el placer de ver en esa letra de molde tan suspirada por los poetas maltratados por la fortuna.

Exhumemos de entre el polvo de dos siglos este dije antiguo labrado con el incisivo buril del Quevedo peruano, que en ello nada habrá de perdido, y sí mucho de interesante, por los perfiles de costumbres coloniales que abundan en él, á par de sales y gracias que aún nos hacen sonreír á pesar de la acción de los años que han debido desvirtuarlas considerablemente. Los médicos no están dados al olvido en estas quintillas, como lo verá el curioso lector.

DIÁLOGO ENTRE EL PORTUGUES Y BACHAN.

El Portugués y Bachan
Capitanes del pobrismo,
Discurrían en su afán,
Con propiedad de lo mismo, ⁶
Vino á vino, el pan por pan.
Buen Virrey en Lima ha entrado
Dijo el portuges sin pena,
Pues el dia de llegado
Hubo carne mucha y buena
No teniéndole obligado; ⁷

Cuando antes con desmesura
De regatona fiereza,
Hacían la carne usura,
Y el pecado de flaqueza
Nos vendían por gordura.

Bachan dijo: compañero
El temblor, si en él repasas
Los cuartos cual monederos
Rebajó en Lima á las casas
Y subió los del carnero.

Ambicioso el vulgo avaro,
Todo bastimento, en fin,
Con desvergüenza y descaro
Lo hizo carne en latin,
Si todo en Lima era caro.

La manteca en blanca pella,
Nos sobraba, y causa espantos
Verla sobrada y tan bella,
Y tan linda que los Santos ⁸
Podían pecar con ella.

El pan en onzas menguadas
Los panaderos vendían,
Con rapiñas amasadas,

6 Discurrían sobre la pobreza.

7 El *obligado* se llamaba al proveedor con esclusión y autorizaci6n oficial para proveer al *abasto* de las ciudades.

8 Apellido del abastecedor de la manteca de puerco. [N. del A.]

Aunque otras se les hacian
De algunas burlas pesadas.

Por caminos y arrabales
A mojicones se abrian;
Por las papas en costales,
Dijo el Portugués, vendrian
Con papas y cardenales.

Que una olla no puede haber
En tal tiempo. Son bambollas,
Bachan dijo, en mi entender,
Porque están de mas las ollas
En donde no hay que comer.

Pollos con quesos mohosos
Nos los vendian casados,
Regatones codiciosos,
Porque eran amancebados
Jéneros pecaminosos.

Tantos fueron los rigores
Que hasta la muerte marchita
Encareció sus favores,
Si á seis pesos por visita
Mataba con los Doctores.

Bachan dijo: conocida
Piedad del crimen fué el trato
Con la ciencia encarecida,
Pues si visitan barato
No queda pobre con vida.

El carbon estraviado
Andaba con mil aprietos.
Aquí el Portugués, airado,
Dijo: ahora trae coletos,
Y no será atravesado:

Pues para que todo sobre,
El cielo santo previene
Que esta tierra se recobre,
Por un Príncipe que tiene
Por peto piadoso el pobre . . .

.....

Siendo así con nobles pechos
Respondió Bachan gritando,
Aclamen por grandes hechos,
Si de lo bien que está obrando
Están todos satisfechos.

Con caridad los quebrantos
Socorre al pobre importuno,
Que es un santo: aquí hizo espantos.
El Portugues y dijo—uno?
No es sino quinientos santos.

.....
El cielo permita que uno
De la iglesia llegue á ser,
Que no está mal á ninguno,
Pues santo que hace comer
No traerá día de ayuno.
De m. Talía reniego,
Si el premio no veo al punto,
Pues si no me le dan luego,
Sin verle será el asunto
De quintillas, y yo el ciego.

La nota que ponemos á continuación, por vía de apéndice á esta noticia, es una prueba de que el empirismo y la charlataneria de los llamados médicos en el Perú de entónces, mantuvieron allí raíces aun despues de corrido medio siglo largo desde que Cavedes les sacó à la vergüenza. Bien es verdad, que si se compara el estilo del informe del hipócrates de Cuenca, con el que emplean los médicos de Molière, se verá que el mal era comun, y que estribaba mas que en otra causa en el atraso jeneral de la ciencia misma. Cavedes no distaba de la primera representacion de M. de Pourçeauguac mas que veinte años y pertenecia al siglo primero de los cómicos del teatro francés:

NOTA FINAL

El siguiente documento no es menos notable por el motivo que le dá oríjen que por la estrañeza y estravagancia de los conceptos que mezcla confusamente en sí. Él corre á fojas 375 del orijinal del largo proceso que los académicos franceses, *La Condomine, Godin y Bouguer* mandados por su Rey á medir bajo el Ecuador algunos grados del meridiano terrestre, sustanciaron ante los tribunales de Quito, con motivo de la muerte violenta que recibió en una villana pueblada el cirujano de la espedicion, M. de Seniergues, durante una fiesta de toros en una de las plazas de Cuenca.

El enfermo á que se refiere el informe que vá á leerse estaba condenado, como cómplice en el asesinato, á seis años de presidio en las fortalezas de Baldivia, y probablemente procuraba evadir esta sentencia haciéndose declarar por los médicos en estado de impotencia mental, al menos por periodos frecuentes.

Hé aquí ese documento que transcribimos de un libro francés, impreso en Maestricht el año 1778:

“Don Juan de Idrobo Cabeza de Vaca, médico de esta ciudad de Cuenca y de su hospital Real, á pedimento verbal del Capitan Don Diego de Leon y Roman, Rejidor perpétuo de ella; sobre que se declare el juicio que debe formarse del hábitual accidente que padece, segun el informe que me ha hecho dicho señor paciente y los

síntomas que he observado, ahora tiempo de dos años, en las ocasiones que le ha asaltado el mal: saco la indicacion de estar viciada la *melancholía* en cantidad y cualidad *simul*: cuyos “flatos” se elevan por la rejion del corazon á el cerebro ° y de aquí nace el quedar enajenado ó fuera de sí con el pulso alborotado fuera de su órden natural, y por el movimiento local del corazon, se acelera el curso artificial de la sangre, y de esta pugna se orijina el sudor ardiente y meloso, de que empieza el síncope, de cuya fuerza, por la determinacion del movimiento local se muda el temple del sudor, de caliente en frio; y hiriendo ó apoderándose *el vapor* ó flatos de los órganos del cerebro, se le estingue la virtud sensitiva y motiva, dejando al paciente esta opresion con semejanza de aletargado; y á veces cuando trae mayor auje la causa con indicios de un grave parasismo, como he visto á dicho señor dos veces que fuí llamado por Febrero y Mayo del año pasado en socorro de este mal, el cual lo he socorrido con fomentos cordiales y del cerebro; y para que conste así lo siento *salvo meliori* y lo firmo. En Cuenca en 17 de Febrero de 1740.”

(Relation abrégée d'un voyage fait dans l'intérieur de l'Amérique méridionale, . . . Par M. de La Condamine, de l'Académie des Sciences. Augmentée de la Relation de l'Émeute populaire de Cuenca au Pérou. . . &a. &a.—1 v. in 8. °)

9 Uno de los médicos de M. de Pourceaugnac, habla tambien de “los vapores negros y densos que oscurecen, infestan y empañan los espíritus animales”. . . . Y á Bartolo, el Médico á palos, le hace decir Moratin los siguientes disparates: “Pues como digo supeditando dichos vapores las caránculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los jugos gástricos.” . . . (Act. 2. ° esc. V.)

SOR JUANA INES DE LA CRUZ

[Escritora americana—Siglo XVII.]

SU ORIJEN—SU VIDA—SUS OBRAS EN PROSA—SUS POESIAS MISTICAS Y PROFANAS.

*Diz que supo mucho
Aunque era mujer.*

[SOR JUANA INES.]

De nuevo mundo sol nuevo.

[SCOTTI DE AGOIZ—poesias, Mad. 1735.]

*Ave rara que solo en un mundo nuevo pudiera
hallarse.*

[F. LUIS TINEO DE MORALES.]

*Lo menos que tuvo fué el talento para la poesia,
aunque es el que mas se celebra.*

[FEIJOO—Defensa de las mujeres.]

• *Mujer de prodijioso talento y de no vulgar literatura.*

[CLAVIJERO—Hist. ant. de Méjico, tradue-
cion española—T. 2º p. 56 en nota.]

I.

Estraviados por el entrañable amor que la América inspira á sus hijos, han pretendido algunos de estos, favorecerla con prerogativas de que nó necesita para nada. Leon Pinelo escribió una obra en dos volúmenes in folio (que por fortuna se conserva inédita) en la cual, como lo deja entreever su peregrino título¹, se propuso

¹ El Paraíso en el Nuevo Mundo.

demostrar que el lugar de la tierra donde se cometió la primera desobediencia á Dios, fué el valle del *Rimac*; que la fruta del árbol del bien y del mal debió ser la dulce y perfumada *chirimoya*, y la lengua primitiva, la *general del Perú*. Hasta el Arca bíblica ha sido dislocada en provecho de nuestro continente. Un ciudadano de la república por escelencia, supone con la mayor seriedad y en lengua inglesa, que el lugar en donde tomó puerto la nave de Noé, despues de las borrascas del diluvio, se encuentra en las alturas del Estado de Nueva York.

Si la pasion ha sujerido semejantes abusos contra la jeografia del venerable Pentateuco, no es de estrañar que el mismo exajerado sentimiento haya invadido el terreno de la Mitolojia, y dotado al Parnaso griego de una virjen de añadidura, oriunda del corazon del Nuevo Mundo.

Pero, *décima musa* ó nó, SOR JUANA INES DE LA CRUZ, nos pertenece por ser americana. Y como este oríjen la ha sido negado ó desconocido por algunos escritores europeos, comenzaremos por citar documentos que prueban hasta la evidencia que aquella notable mujer nació en la nueva España y no en la antigua.

Sus obras en tres tomos in 4º se han publicado en Madrid y en Barcelona entre los años de 1690 y 1693, y en todos tres, en las censuras y aprobaciones preliminares, se asienta que Sor Ines, el *Fénix* de Méjico, la *décima musa*, el *grande ingenio*, no solo fué monja en un convento de aquella ciudad, sino nacida tambien en un pueblecito del territorio mejicano, cuyo nombre espresan y cuya situacion describen minuciosamente.

En el tomo que tiene por título *Fama y obras póstumas del Fénix de Méjico*, se encuentra una aprobacion del Reverendísimo Padre Diego Calleja, jesuita del Colegio de la Compañía de Madrid, y en ella se encuentra igualmente una descripcion del lugar en donde nació Sor Ines. El Reverendo emplea un lenguaje tan *conceptuoso* y tan de mal gusto que no podemos copiar testualmente sus palabras; pero conservamos su sentido y su énfasis. Dice así el Padre Calleja:

A doce leguas de la ciudad de Méjico, metrópoli de la Nueva España, existen casi-contiguos dos montes, de los cuales el uno mantiene perenne nieve en la cima, y el otro arroja fuego por el cráter del volcan que abraza en las entrañas. La poca distancia que separa á estos dos montes, de tan desigual naturaleza, forma á manera de un valle cuyo temperamento es el de una benigna primavera. Allí, y á la falda de aquellas alturas, tiene asiento una capaz Alqueria, muy conocida con el título de San Miguel de Nepanthla, lugar hecho como á propósito para dar oríjen á una *Maravilla*. Y efectivamente, *aquí nació* la Madre Juana Ines el año mil seiscientos cincuenta y uno (1651), el dia doce de Noviembre, viérnes á las once de la noche. . . .

Este es el testimonio de un grave teólogo; escuchemos ahora el que nos ofrece el poeta épico Francisco Ruiz de Leon, en su *Hernandia*. Describiendo la marcha de una de las expediciones militares del conquistador Cortés, en cuyo derrotero se hallaban las ásperas eminencias de *Nepanthla*, detiéndose aquel escritor en verso, en consideraciones llenas de entusiasmo al recordar que allí está "la patria de la eminente poetisa, honra de Méjico. Allí so

bre aquellas serranias se recuesta *Amecameca*, ciudad que si no es *feliz* por su hermosura es la *Arabia feliz* del nuevo hemisferio, y nido oloroso del Fénix que la enoblece y le dá fama.”

Concha de Telesilla americana,
De Nicóstrata cuna peregrina,
Seno de Clio métrica cristiana,
Catre de noble sábia Cleobulina:
Liceo justo de la Safo indiana,
Teatro de Areta, trono de Corina,
Aula de Aspacia, céntró á Eustoquio casta,
Patria de Juana Ines: esto le basta.

Y el poeta mejicano vá mas allá que el jesuita madrileño, en cuanto á hallar analogias misteriosas entre la conformacion natural de aquellos lugares, y el destino glorioso que le deparaba la Providencia. “Ahora sí, continua el primero, en versos un tanto oscuros y alambicados, ahora sí que pueden presumir de Parnaso aquellos montes, puesto que sus ecos resuenan con la agudeza y la asonancia del plectro de oro de la décima musa. Ahora se comprende por qué la próvida naturaleza regó aquellas arideces con la corriente tranquila del *Yolcaaltzintle*, fuente rival de la cabalina. Oh! *Nepanthla*, que con tu nombre significas “fuego y nieve hacinados”; tú, y ningun otro lugar del mundo eras cuna adecuada para el Fénix que nació para vivir en las llamas del jénio, y transformó su espíritu al morir entre cinamomos encendidos. Yo quisiera celebrarte, heroína singular; pero los encomios de mi pluma son demasiado rastreros para que puedan remontar hasta tí. El elojio de los estraños suele ser mas justo; que ellos te lo tributen en lirás dulces y suaves como no lo es la de tu compatriota.”

El entusiasmo dilata el corazon del épico, que no pu-

diendo contenerle dentro de los límites de Nueva España, felicita á toda la América por la fortuna de poseer á aquella mujer extraordinaria, y la hace hermana y compatriota de cuantos nacimos en este nuevo mundo, espresándolo así en esta sentida y bellísima octava:

Gózate, pues, América dichosa,
De haber sido joyal de este diamante,
Pues mas que tus tesoros poderosa,
Estas venas te dejan mas brillante:
Oh amer! oh Patria! Cómo bulliciosa
La sangre con afecto dominante;
Para cumplir con ambos, sin sosiego,
Dá calor á la voz, al pulso fuego! ²

Tampoco nos falta para confirmar el origen americano de nuestra monja poetisa, la autoridad de un historiador grave y bien informado en todo cuanto atañe á las antigüedades mejicanas. En la página 56 del tomo 2º de la "Historia antigua de Méjico" (traducción española), escrita por el abate D. Francisco Saverio Clavijero, se encuentra una nota que sirve de esclarecimiento á la geografía comparada y dice así: "*Amacamecan*, que los españoles llaman *Mecameca*, es ahora un pueblo conocido por haber nacido en él la célebre monja Ines de la Cruz."

Nos era indispensable detenernos en las pruebas anteriores, porque teníamos advertido en la lectura de libros europeos, la intencion ó la ignorancia con que se insistia en arrebatár á la América la gloria de haber dado cuna á Sor Juana Ines de la Cruz, que no es por otra parte la única escritora notable con que las colonias españolas en América, pueden envanecerse. Varios alemanes eruditos se han empeñado en hacerla vizcaína de nacimiento, al

² "Hernandía—Triunfos de la fé, y gloria de las armas españolas. Poema heroico. . . . Lo cantaba D. Francisco Rutz de Leon, hijo de la Nueva España." etc. Madrid 1755. [Véase el canto VI desde la página 158].

ilustrar con biografías las diversas y curiosas colecciones de poesías españolas que han dado á luz. Igual error han cometido tambien los peninsulares, y en estos últimos tiempos (en 1845) los Redactores del *Semanario Pintoresco*, periódico de reputacion y de gran número de lectores.

Pero, lo que causa verdadera y justa estrañeza es que haya caído en esta equivocacion un americano que dá pruebas abundantes de esquisita exactitud en sus noticias, y de cópia poco comun de buenos antecedentes, reunidos y clasificados con paciente intelijencia, para escribir su "Historia de la literatura española."

El Sr. G. Ticknor, al enumerar los poetas que contaba la lengua castellana, al finalizar el siglo XVII, menciona á la monja de Méjico, y dice terminantemente que *nació en Guipuzcoa*. ¿Cómo pudo cometer este error, el crítico norte-americano existiendo en letra de molde desde tantos años atras, las obras que dejamos citadas? Y ya que el escritor orijinal incurrió en esta falta histórica, era deber de sus traductores y *adicionadores*, rectificarle en este pasaje, por medio de una nota, ya que entre esos traductores se encuentra uno de los bibliógrafos mas eruditos de España, quien ha hecho como ostentacion y gala de su saber sobre otros puntos menos importantes, en las abundantes *notas críticas* que completan ó rectifican los pasajes del testo ingles. Válgales á uno y otros por descargo la escasez que siempre se notó en España de los libros, aun los impresos allí mismo, que tienen relacion con cosas de América. Clavijero escribió en italiano y su traduccion española se hizo é imprimió en Londres. En cuanto al poema de Ruiz de Leon y á las obras poé

ticas de Sor Juana Ines, debieron ser siempre, y mucho mas lo serán en nuestros dias, de difícil consulta para los residentes en la Península, por razones dignas de ser advertidas, y que están ya alegadas desde ahora un siglo, por los sabios autores de la "Historia literaria de España" con el objeto de disculpar el escaso caudal de noticias que habian podido adquirir acerca del progreso de las letras americanas,—tesoro intelectual, con que segun ellos mismos, enriqueció á la España,—*una region no menos fecunda en ingenios que en minas.*³

Los PP. Mohcdano, que son los autores á que nos referimos, dicen asi al pié de la letra: . . . "En España son "bien raros los libros de autores americanos, ya sean de "los impresos allá, ya de los que se imprimieron acá, *lo "que atribuimos á la suma aplicacion de aquellas jentes. "que transportan y retienen allá infinidad de libros, apu- "rando y consumiendo casi las mas copiosas impresio- "nes."*⁴

II.

Ya que hemos colocado fuera de toda incertidumbre, la ubicacion verdadera de la cuna de nuestra poetisa, con tal exactitud, en nuestro concepto, que solo carece de la determinacion de su lonjitud y latitud jeográficas; trataremos de dar á conocer los hechos mas salientes de la corta vida de mujer tan extraordinaria: mujer digna, sin duda alguna, de ocupar un lugar preferente entre los hijos de

³ Este pensamiento lo habia espresado ya con mucha mayor elegancia el Inca Garcilaso en la 2ª parte de sus Comentarios Reales. . . . "Por cierto que tierra tan fértil en metales preciosos [dice el noble indijena] era razon criase venas de sangre jenerosa, y minas de entendimientos despleter para todas las artes y facultades."

⁴ Obra citada: Prólogo, pág. IXXX.

América que mas se han señalado por el talento, y por la jenerosidad del carácter. Para trazar su bosquejo biográfico, nos valdremos esclusivamente de las noticias aisladas que suministran los tres volúmenes de sus obras en prosa y verso, y especialmente el último consagrado á su *fama póstuma*, publicado en Madrid cinco años despues de su fallecimiento. Al favor de este curioso y raro volumen, podemos sorprender en su sencillez y naturalidad, los primeros albores de la inocente mejicana y su precocidad intelectual. El cuadro atractivo de sus primeros pasos en la existencia está trazado con candor verdaderamente virjinal, por la misma famosa escritora que mas tarde comentaba con mano segura los testos de los grandes PP. de la Iglesia, estudiándoles en el idioma consagrado á las ciencias sagradas. Al trazar esas *contas* pájinas, superiores, á nuestro entender, á las disertaciones místico-teológicas que la granjearon la admiracion de sus contemporáneos, no tuvo, ni remotamente, la idea de escribir las memorias de su vida. Llevada por la obediencia y aconsejada por su humildad, vióse forzada á confesar sus primeras inclinaciones ante un sacerdote de encunbrada jerarquía; y es á esta circunstancia que debemos los graciosos y pasajeros rasgos que hemos de copiar mas adelante al pié de la letra.

Pero no todos los elementos de esta noticia biográfica se pueden beber en fuente tan transparente y gustosa como la que mana de la pluma de la misma heroina. Paciencia y grande, há menester el lector que sorbo á sorbo se vé forzado á envenenar su paladar con las alambicadas frases y rebuscados conceptos de la *aprobacion*, que al frente de la "Fama obras y póstumas del Fénix de

Méjico”, escribió el Reverendísimo P. de la Compañía de Jesus, Diego Calleja. Y sin embargo, en este pesado discurso, en que se aunan por mal del prójimo, y durante veinte páginas in 4º, la crítica literaria, el panecjórico y la escolástica, es donde mejor idea puede adquirirse acerca de cuanto puede interesar á quien se proponga seguir los pasos de aquella mujer célebre, desde que vino al mundo, hasta que se apartó de él para siempre, dejando ejemplos raros de un talento de privilejio y de esa caridad afectuosa que es el don mas precioso entre los numerosos con que Dios enriquece el corazon de la mujer.

Juana Inés fué fruto del matrimonio contraído por D. Pedro Manuel de Asbaje con Da. Isabel Ramirez de Cantillana, y vino al mundo á la sazón en qué estos esposos habitaban la Alqueria de San Miguel de Nepantla, como queda dicho mas arriba. D. Manuel de Arbaje, en su calidad de guipuzcuano, era caballero, y bien nacido, y se habia trasladado á las Indias “con deseos de corregir los yerros á las entrañas de su tierra, tan de nobleza pródigas, como estériles de caudal,” segun se espresa el reverendísimo Calleja. La señora Da. Isabel, hija de padres españoles, era natural de Méjico y nacida en el pueblo de Yacapistla.

A pesar de las intenciones con que vino á América el noble vizcaino D. Manuel de Asbaje, parece que su mayor riqueza consistió en la numerosa sucesion que le concedió el cielo, y especialmente en esa perla de su hija Juana Inés, cuyo afamado nombre ha salvado de un olvido inevitable al del autor de sus gloriosos dias.

La estrella brillante aparecida entre las cumbres nevadas y volcánicas de Mecameca, comenzó á dar luz

precoz desde los tres años. No contaba Inés mas edad que ésta, cuando con ocasion de acompañar á la escuela á una hermanita mayor, á hurtadillas de su madre, pidió á la maestra que tambien la enseñara á leer á ella, espresando su solicitud en ese idioma indefinido que balbucean los niños, provocando la risa mas sana y apacible entre cuantas alegran el labio y el corazon de los adultos. Pero la maestra que era á la vez madre y amaba las criaturas tiernas, trasluciendo en la frente de Inés, en los ojos, y en la anticipada cordura que se pintaba en toda su inocente fisonomía, la luz naciente de una inspiracion venida del cielo, abrazó á la nueva y espontánea discípula y entre besos y cariños la puso como por burla la cartilla en las tiernas manecitas.

Los americanos jóvenes no tienen idea de la especie de via crucis á que sometia á los niños la cartilla antigua española, la cual comenzaba por el Cristo y terminaba con el *por la señal de la Santa Cruz* desleído en abominables renglones cortos, con pretension de parecer versos. El *b-a-ba*, solia ser desde la primera leccion [en alta voz y salmodiada] el *quid vel quis* de muchos futuros teólogos, letrados, y predicadores de cuantia, que no acertaban á vadear aquel Rubicon de dos letras, sino á fuerza de palmeta y de ramales de disciplina.

Pero la iluminada niña de la Alqueria, fué la primera revolucionaria que conozcamos, contra el réjimen colonial de las primeras letras. Ella no pudo someterse “á las perezas del deletreo” como dice á su modo el P. biógrafo Calleja, y sesoltó á leer de corrido, por mas que la maestra, llena de estrañeza hasta escandalizarse por semejante infraccion de las reglas, quisiese contener el vuelo

del *puntero* y de la boquita de oro de la extraordinaria discípula. En fin, la niña unos cuantos meses despues de asistir furtivamente á la escuela, llegó un día á su casa, arrodillóse delante de su madre, y poniéndola en el regazo un libro forrado en pergamino, titulado: "Caton cristiano y obligaciones del hombre", la dijo con la mayor humildad y con la boquita llena de almibar y rosas: No se enojará vd. conmigo, mi querida madre, si la confieso á vd. una cosa que he aprendido sin su consentimiento?

—Quiere vd. que la lea una oracion muy bonita?

—Y donde has aprendido, hijita mia á leer?—En la escuela, señora, á donde acompaño á mi hermana.

Y así como dijo estas palabras, hojeando con destreza el *Caton cristiano*, comenzó á leer una especie de sencillo himno en prosa destinado á dar "gracias á Dios de que nos ha dejado amanecer." Aquella criatura, se mostraba tan recojida dentro de sí misma, al traducir en palabras los jeroglíficos tipográficos, daba tanto sentido á las espresiones y tanta uncion á la voz, que la sencilla jaculatoria de San Casiano, parecia el trino de una ave humana celebrando entusiasmada la luz primera, y el sentimiento recién renovado de la existencia, despues del ensayo de la muerte que hacemos durante el sueño de la noche. La madre de Juana Inés levantó los ojos al cielo en ademan de reconocimiento por haberla dado, á título de hija, aquel ángel que tantas satisfacciones la prometia.

La adelantada capacidad de la niña Inés, fué creciendo de dia en dia sin desmentirse uno solo: el juicio, la piedad y la aplicacion andaban á la par en aquella natu-

raleza feliz que apenas comenzaba á desenvolverse; de manera que antes de la edad de seis años, la que sin delectrear aprendió á leer *de corrido*, nada ignoraba de cuanto constituye la primera instruccion de una niña, sin esclusion de la aritmética y las labores todas de aguja.

Atraídos por este espectáculo poco comun aun en la niñez de las mas célebres mujeres antiguas y modernas del viejo mundo, hemos penetrado indiscretos y bajo nuestra propia responsabilidad mas allá del recatado umbral de la casa de la Alqueria; casa realmente tan resguardada contralos aires del mundo, que la alcoba en donde Inés vió la luz se llamaba por antonomasia y por una casual coincidencia con la futura vocacion de aquella:—*La celda*. Nos adelantamos á corregir nuestra mala accion de curiosos, haciendo ahora lo que debiamos haber hecho desde el principio, copiando al pié de la letra las aventuras escolares de Juana Inés, tal cual ella las relató por escrito, en estilo tan sin afeite postizo y con tanta naturalidad, que el escritor mas avezado no podria imitarle, como vá á verse en seguida.

Hé aquí en qué términos recordaba los años de su primera niñez, la monja ya profesas; la mujer madura en quien el aura de los elogios no habia podido levantar de sobre su espíritu el velo virjinal de la modestia con que la vistió el cielo desde que fué concebida:

“No habia cumplido los tres años de mi edad, cuando enviando mi madre, á una hermana mia mayor que yo, á que la enseñase á leer una señora amiga de mi casa, me llevó á mí tras ella el cariño y la travesura. Viendo que la daban leccion me encendí yode manera en el de

desco de saber leer, que engañando á la maestra, la dije, que mi madre ordenase que tambien me diese leccion. Ella no lo creyó, porque no era creible; pero por complacer al donaire me dió la primera leccion. Proseguí yo en ir, y ella prosiguió en enseñarme, ya no de burlas, porque la desengañó la esperiencia, y supe leer en tan breve tiempo, que ya sabia, cuando lo supo mi madre á quien la maestra lo ocultó, por darle el gusto por entero y recibir el galardón por junto. Y yo lo callé creyendo que me azotarian por haberlo hecho sin orden. Aun vive la que me enseñó [Dios la guarde] y puede testificarlo.

“Acuérdome que en esos tiempos, siendo mi golosina la que lo es de ordinario en aquella edad, que es el comer natas y mantequilla y otras preparaciones de la leche, me abstenia de ello porque oí decir que hacia rudos, y podia conmigo mas el deseo de saber, que el deseo de comer, siendo este tan poderoso en los niños.”

Ese desco de saber fué adquiriendo creces con los años en la niña mejicana, porque en ella provenia, no de un capricho pasajero y pueril, sino de una necesidad de sus robustas facultades intelectuales. Ella descubria desde el banco de la escuela de primeras letras, un horizonte vasto, abierto á sus tiernos ojos con la lectura de los libros elementales, y comprendia que si habia aprendido á leer en ellos, era para nutrir su alma con verdades y conocimientos que se imaginaba encerrados en los volúmenes in folio de la libreria de su casa. “Quando tuve como seis años, continua Juana Inés, oí decir que habia Uni-

5 Esto escribia la buena monja en l.º de Marzo de 1691, de manera que contaba entónces la edad de 40 años.

versidad y escuelas en que se estudiaban las ciencias en Méjico; y apenas lo oí cuando empecé á instar á mi madre con importunos ruegos, solicitando de ella que, mudándome de traje me enviase á Méjico á casa de unos dendos parz estudiar y cursar en la Universidad. Ella no lo quiso hacer (é hizo muy bien); pero yo despiqué el deseo de leer muchos libros varios que tenia mi abuelo, sin que bastasen reprensiones y castigos á estorbarlo.”

La insistencia y constancia de Inés en sus “importunos ruegos,” vencieron al fin las resistencias que oponia la madre para proporcionarle medios de adelantar en su instruccion; y ya fuese por ternura materna ó por tentacion de sacar á plaza en la capital el talento precoz de su hija, lo cierto es que antes que cumpliera ésta los ocho años la llevó á Méjico, en dor de prévio acuerdo entre el abuelo y los dendos, la colocaron bajo la direccion del Bachiller Martin de Olivas, maestro de gramática latina. No pasaron de veinte las lecciones que recibió de este idioma muerto que llegó á poseer con perfeccion, como la atestiguan varios de sus escritos. Pero nada hay de estraño en esto si se toma en cuenta que á su mucho talento, añadia Inés en el estudio, la dilijencia y la aplicacion. “Era tan intenso mi cuidado, dice ella misma, que siendo así que en las mujeres, y mucho mas en lo florido de la juventud, es tan apreciable el adorno natural del cabello, yo me cortaba de él cuatro ó seis dedos, midiendo hasta donde llegaba antes, é i poniéndome la ley, de que si cuando volviere á crecer hasta allí no sabia tal tal cosa que me habia propuesto aprender en tanto que crecía, me lo habia de volver á cortar. Y sucedia que si él crecía y yo no sabia lo propuesto, porque el pelo cre

cia á priesa y yo aprendia despacio, lo cortaba con efecto en pena de mi rudeza: que no me parecia razon que estuviese vestida de cabellos cabeza que estaba tan desnuda de noticias, que eran mas precioso adorno.”

III.

La fama de esta niña que reunia en sí á las gracias nacientes de su sexo una capacidad tan aventajada, corrió de boca en boca entre los habitantes ansiosos de novedades de aquella capital populosa y desocupada. La curiosidad de que se hizo el blanco y los halagos de la lisonja que comenzaron á rodear á la pobre niña, despertaron el celo cuidadoso de sus padres y allegados, quienes creyeron salvarla de semejantes peligros, colocándola bajo la inmediata proteccion del Virrey. Era este á la sazón el Marqués de Mancera, cuya esposa tenia una predileccion decidida por Juana Inés, de quien la hermosura y despejo la habian cautivado desde el momento en que la conoció.

Fué desde entónces aquella niña el adorno del palacio casi réjio, remedo en pequeño de una corte española con todos sus abismos para una conciencia inocente, y para la rectitud de una razon tierna, activa y curiosa. Aquel era el lugar menos aparente para que se desarrollasen de una manera sana y fecunda los talentos de una mujer que por la mediocridad de su fortuna no podia contar con otras joyas para darles realce que las de la virtud y la modestia. Aquel arbusto jeneroso brotado en el suelo vírjen de la alqueria de Mecameca, exijia para su crecimiento auras libres y agnas de fuente pura; mientras que los salones del Virrey solo podian prometerle la atmós-

fera pesada de un invernáculo lleno de ruido, de cortesanos, de togados, de Padres maestros de todas las órdenes conocidas, de Bachilleres y Doctores henchidos de mal gusto, ostentosos y pedantescos.

El de Mancera, no era hombre ni siquiera de la talla literaria del marqués de Castel-dos-Riu, Virrey del Perú, aficionado á las letras y patrono de una Academia poética formada de los injénios mas agudos de Lima. El medía el mérito intelectual del prójimo por la importancia del personaje ó por el título que le condecoraba, porque no podía confiar en su juicio propio. Así fué que un dia asaltáronle dudas acerca de los quilates del talento de su protegida, y admirado de la abundancia de conocimiento que ésta manifestaba en la Escolástica y en la História, quiso saber si aquella sabiduría admirable, segun él mismo se espresaba, era “infusa, adquirida ó *sobrenatural*.” Al efecto, dió cita en su palacio á todos los catedráticos de la Universidad, y reunió allí hasta cuarenta oráculos entre teólogos, escriturarios, filósofos, matemáticos, historiadores, poetas, humanistas, y “no pocos de aquellos [dice el P. Calleja] que por alusivo gracejo llamamos *tertulios*, quienes sin haber cursado las Facultades, con su mucho injénio y alguna aplicacion, suelen hacer, no en vano, muy buen juicio de todo.”

Juana Inés contaba á la sazón no mas que diesisiete años, y sin embargo tuvo entereza bastante para presentarse tranquila y dueña de sí misma delante de aquel jurado imponente, compuesto de jueces que á fuer de españoles, como dice el mismo Padre citado, no desdennaron descorteces la lid científica con una mujer. Es

lástima que no haya llegado hasta nosotros, una relacion bien narrada de aquel estraño certámen, de la lucha en aquél singular palenque escolar, en que se repetia el encantador espectáculo con que nos embeleza el Evangelio, mostrándonos la inocencia de la niñez inspirada, en disputa con los Doctores de una ciencia que se ostentaba bajo las formas artificiosas de la argumentacion aristotélica.

Los Catedráticos se lucieron á las mil maravillas en los ardidés del torneo; y la pobre niña, blanco de silojismos capciosos y de preguntas *ex abrupto* contestó satisfactoriamente, probando á sus graves examinadores que e-taba dotada por Dios de un talento y de una vocacion al estudio que no tenian ejemplo igual en la historia del nuevo mundo, y poquísimos en el antiguo. El Virrey por su parte, aseguraba que no cabia en humano juicio creer lo que vió y oyó, en aquel dia, memorable en los recuerdos de su gobierno en Méjico. El buen Marqués, buscando en los escondrijos de su injénio términos apropiados para manifestar su admiracion y pintar al vivo el suceso que habia presenciado con la boca abierta, no halló mejor espediente que el de valerse de una metáfora digna de la boca de Palinuro ó de Roger de Lauria: *A la manera que un Galeon Real [son las propias palabras de Su Escelencia trasmitidas á la letra por quien las escuchó] se defenderia de pocas chalupas que la embistieran, asi se desembarazaba Juana Inés de las preguntas, argumentos y réplicas, que tantos, cada uno en su clase, le propusieron.*

La única persona, entre las que tomaron parte activa en esta escena digna de un gran pintor, que terminó su

papel sin muestras de satisfaccion ni de vanidad, fué la protagonista, la reina de aquel torneo de la inteligencia, la humilde Juana Inés, que se mantuvo serena y con la frente coronada de modestia en medio de los aplausos y del triunfo. Preguntada espresamente por una persona respetable, cuáles fueron los sentimientos que asaltaron su espíritu en aquella ocasion tan solemne para ella, contestó protestando, que en cuanto á satisfaccion de su amor propio, mayor le habia experimentado las veces que en su niñez merecia la aprobacion de su maestra por el asco de un dobladillo ó por el acierto en cualquiera otra labor de aguja.

Este triunfo hacía de Juana Inés el blanco de la atencion de la corte mejicana; y su aparicion en el campo de las ciencias pasmaba como un cometa luminoso y lleno de misterios en los espacios del cielo. Solo ella seguia su carrera sin apercibirse de su propio brillo, sin duda porque le comparaba con otra luz mas intensa y constante que su fé le hacia ver en el fondo de su alma inocente á la vez que apasionada. Efectivamente, rodeada de las seducciones de una turba de lisonjeros, cortejada por la juventud á la moda, siendo la favorita del representante de los Reyes, y contando con la amistad especial y cariñosa de la Virreyna, que no podia pasar un momento sin la presencia de la niña prodijiosa y amable,—habia sin embargo un gran vacío en el corazon de Inés que no les era dado á los hombres el llenar, ni al mundo en que estos se ajitan. Aquel corazon pertenecia entero á Dios, y aquella vírjen, toda caridad, moderacion, amor é inteligencia, no podia tomar por esposo sino á Jesucristo. Para ella el palacio era una cárcel; la so

ciudad un desierto poblado de fantasmas vacíos de la vida y de las aspiraciones desinteresadas que constituían la suya; el tumulto cortesano de la mansión que la hospedaba, un estorbo al estudio y un obstáculo para satisfacer su inmensa ambición de conocer todas las verdades que revelan las ciencias. Su alma soñaba con un desierto silencioso en el cual no se oyese otro rumor que el de las páginas de los libros hojeados por su mano, y creyó que este Eden de su fantasía le encontraría dentro de las paredes de un claustro.

Pero Inés era demasiado avisada para que de cuando en cuando no le asomase la duda de si realmente gozaría ó nó de la paz porque ansiaba, en uno de esos asilos de muchas mujeres, vulgares en su mayor parte, inferiores en fuerza moral para sostener el terrible compromiso que contraen al cubrirse el rostro con el velo simbólico. A este respecto oigamos sus propias declaraciones que nos parecen sinceras tanto como discretas: “Entréme religiosa, dice, porque aun que conocía que este estado tiene muchas cosas que repugnan á mi jénio, sin embargo, habiendo hecho formal renuncia del matrimonio, nada podía elejir mejor en cuanto á seguridad para la salvacion de mi alma. A esta consideracion y á fin tan importante, cedieron y sujetaron la cerviz todas las impertinencias de mi jénio. Yo aspiraba á vivir sola, á no tener ocupacion obligatoria que embarazase la libertad de mi estudio, ni rumor de comunidad que impidiese el sosegado silencio de mis lábios. Pero si esto me hizo vacilar en mi determinacion, al fin vencí estas dificultades que no podian ser sino tentaciones del Demonio, con el auxilio divino y la luz del consejo de personas doctas.”

Nunca faltan en las sociedades católicas personas pre-
cunidas de santa doctrina, que considerando al trato hu-
mano como un enemigo de la posesion eterna de Dios á
que aspiran las almas exaltadas que abundan en el sexo
del amor y de la abnegacion, las escitan á que huyan
tímidas de la lucha en vez de armarlas con la malla de
una virtud sólida é ilustrada á fin de que la victória con-
tra las tentaciones las granjee con justicia el premio
eterno de la persistencia en el bien. Róbannos de ese
modo tesoros de virtudes activas, reclamadas por el que
padece ó por el que ha menester instruccion, y condenan
con frecuencia á un infierno temporal los corazones á
quienes devoraba sed de paz y de satisfaccion internas.
La mujer que se absorbe en esta aspiracion y solo satis-
ficiéndola se considera feliz, no debe ser en nuestro siglo
una enclaustrada ascética, sino una hermana de caridad
á la que sirva de celda el hospital, y de reja y de velo,
el santo temor de Dios, como lo quiere Vicente de Paul,
el santo por excelencia. Una escritora católica que llama
la atencion de la Europa en este momento en que co-
mienzan á aparecer sus obras, ha dicho: "Il faut con-
batre pour l'éternité avec les armes du temps."

La mujer menos que nadie puede vaciar como la cera
la personalidad de su carácter en el molde encojido, ar-
tificial é invariable de una regla monástica. En efecto,
"la mujer, como lo asienta con verdad y filosofia el P.
Ventura, si es inferior al hombre en cuanto á la parte
física de nuestra naturaleza, le aventaja como ser moral,"
y mal podria despojarse de sus atributos propios y de
su libertad, una organizacion en que predominan las
fuerzas del alma. La providencia la dotó superabundan-

temente con ellas, porque la dió por destino el atraer hácia sí la voluntad del varón, para contener á éste en sus extravíos y limitar la exajeracion de sus apetitos; y porque grande ánimo debe poseer la criatura que amando, como nada se ama en este mundo, á los hijos de sus entrañas, es á la vez el juez que los juzga, el ejecutor de las sentencias que pronuncia conteniendo el llanto, y el director de la conciencia de los que aprenden á ser hombres y ciudadanos al amparo de sus cuidados cariñosos.

Juana Inés, al tocar de cerca la vida del monasterio, se encontró burlada en sus esperanzas. Sus soñados paraísos de tranquilidad, de “sosegado silencio,” y de trato no interrumpido con sus amigos mudos, los libros, se desvanecieron en su corazón como el humo del cráter de su montaña nativa, al viento que sopla desde el valle. “Pensé yo que huía de mí misma, dice Inés; pero ¡miserable de mí! trájeme á mí conmigo, y traje mi mayor contrario en esta inclinacion al saber que no sé si, por castigo ó por premio me ha dado el cielo: si ella se embarazaba ó apagaba con las repetidas prácticas que mi órden religiosa tjene, reventaba luego como pólvora y se verificaba en mí el *privatio est causa appetitus*.”

Juana Inés acudió á la resignacion. Sometióse á las puerilidades místicas á que se hallaban encadenadas sus compañeras, se hizo amar de ellas, las visitaba con frecuencia tomando parte en sus conversaciones, que algunas veces le parecian ingeniosas y amenas, y logró que la perdonaran, en consideracion á tanta sencillez y bondad, su constante lectura y su pasion por escribir.

IV.

Ya es tiempo que nos demos cuenta de la naturaleza de estos estudios, de la tendencia de ellos y del grado e importancia de la instruccion que habia alcanzado Sor Inés en el retiro de su claustro jerónimo. Es preciso tener presente que ella no tenia allí mas maestros que sus propios libros, y “sabido es, segun sus propias espressiones, cuán duro es estudiar en aquellos caracteres sin alma, careciendo de la voz viva y esplicacion del maestro.”

Con una notable claridad explica esta notable mujer el plan de estudios que ella misma se trazó. Comenzó por examinar los deberes que la incumbian por su sexo, por razon de su creencia y por su estado, y se propuso adquirir todos los conocimientos necesarios para responder con intelijencia al cumplimiento de esas obligaciones, que ella consideraba, con razon, como impuestas por Dios. Ella trató de elevar hasta el cielo su amor á las letras para despojarle de lo que pudiera tener de pasion de este mundo. Su aspiracion era, nada menos, que á penetrar en los arcanos de la Teolojia, ciencia oceano que recoge en sí como á tributarios, todos los ramos de las demas ciencias morales. “Soy católica, decia, y será menguada habilidad no saber todo lo que en esta vida se puede alcanzar, por medios naturales, de los divinos misterios.” Y añadia despues: “siendo mis padres, nada menos que un San Jerónimo y una Santa Paula, seria dejenerar de tan docto oríjen si la hija fuese una idiota.”

Mas, para llegar á la “cumbre de la sagrada teolojia” parecióle preciso subir por los escalones de las ciencias y

artes humanas; porque, “¿cómo entenderá el estilo de la reina de las ciencias, quien ignora el de las sirvientas?” Creyó indispensable, pues, según su propio raciocinio, adquirir el conocimiento de la lógica para conocer los “métodos generales y particulares con que está escrita la Sagrada Escritura;” de la retórica para comprender las figuras y tropos de sus locuciones; la física para resolver cuestiones referentes á la naturaleza de los animales ofrecidos en sacrificio, símbolos de muchas cosas misteriosas, que unas están declaradas y otras no. “Por ejemplo ¿cómo resolver sin el auxilio de la física, si el sanar Saul al sonido del arpa de David, fué por efecto natural de la música ó por virtud sobre natural que Dios quiso poner en David?” Sin la aritmética, es decir, sin el conocimiento “de la naturaleza, concordancia y propiedades de los números, no se pueden comprender los cómputos de años, de días, de meses, de horas, de hebdomadas, algunos de ellos tan misteriosos como los de Daniel”. Sin la geometría y la arquitectura ¿cómo se podrían medir, dice nuestra monja, el arca santa del Testamento, la santa ciudad de Jerusalem, ni comprender la maravillosa estructura del templo de Salomon, cuyo arquitecno fué Dios mismo, y en el cual “cada columna es símbolo, cada cornisa alusión, cada arquivada una significación oscura?”. . . . Y así sigue discurrendo con respecto á la Historia y su crítica, al Derecho, á la Música y á la Astrología también, puesto que sin ella sería imposible entender algunos pasajes de las escrituras y especialmente del libro de Job, que Sor Ines cita según el testo de la Vulgata latina.

Tal fué el vasto campo en que se atrevió á engolfarse la ambiciosa inteligencia de esta mujer digna de otro

teatro y de mejores tiempos. Dióse á recorrerlo con un ánimo que cautiva, y con una resignacion discreta ante las dificultades que por todas partes se le presentaban en sus estudios. Desde luego careció completamente de maestros, porque un convento de monjas, no es una Academia, sino un lugar de oracion; y lo que es mas, careció de discípulos, que hacen llevadero el estudio y le estimulan. “Mi maestro, dice ella misma con agudeza, fué siempre un libro mudo, y mi compañero de estudio un tintero insensible.” Ella habria superado con su talento estos obstáculos; pero careció tambien, para aprovechar tanto como lo deseaba, de reposo y hasta de silencio. Las prácticas de una comunidad, como la asistencia frecuente al coro, la permanencia larga en la iglesia, la asiduidad al confesonario, la robaban un tiempo precioso para el estudio.

Y cuando despues de cumplir con todas estas obligaciones, entraba á su celda y echaba mano á sus infolios, otro jénero de distracciones venian á acometerla en su retiro. “Estaba yo leyendo, algunas veces [dice la discipula de sí misma] y de repente antojábaseles en la celda vecina tocar y cantar. Otras, en medio del estudio emprendido, se me presentaban dos criádas que habian reñido entre ellas, y venian á constituirme en juez de su desavenencia. Otras, estando escribiendo, venia una amiga á visitarme, haciéndome muy mala obra con muy buena voluntad.” Hé aquí un cuadro bien negativo pero veraz, de ese reposo casi celeste, de esa vida anjélica, que se presume en el claustro, allá en los apartamientos del mundo. Y con razon declara Sor Ines que “solo la fuerza de su vocacion pndo hacer que soportara contenta los

inconvenientes de la vida en comunidad.”

Y solo tambien su irresistible vocacion al estudio pudo hacer que no desmayara en él, porque saliéronle al camino de su aplicacion peores enemigos que el bullicio de las hermanas y las voces de las sirvientes que se maltrataban de palabra. “¿Quién no creerá, dice ella misma, que he navegado viento en popa y mar en leche sobre las palmas de las aclamaciones de todos? Pues Dios sabe que no ha sido así, porque entre las flores de esas mismas aclamaciones se han levantado y despertado tales áspides de emulaciones y persecuciones, cuantas no podré contar.” Pero no eran para Ines las mordeduras mas crueles las que le causaba el diente de la malevolencia y del odio declarados. Eran las de aquellos fanáticos que amándola y deseándola el bien como ellos lo entendian, la contrariaban en su inclinacion mas decidida, so pretesto de que no es conveniente á la santa ignorancia que debe conservar una mujer consagrada al esposo místico, el ilustrar el espíritu y remontarse con el estudio á las alturas de la sabiduría. “¿Cuánto no me habrá costado, esclama la pobre monja, resistir á esto! Rara especie de martirio donde yo era el mártir y me era el verdugo!”

A continuacion de estas palabras tan llenas de sentimiento verdadero, y como corolario de ellas, encontramos un pasaje, en el cual, con motivo de recordar los sinsabores que le acarreó su “dos veces infeliz habilidad de hacer versos,” traza el cuadro animado de una injusticia social que han cometido y cometerán siempre todas las agregaciones de hombres, especialmente aquellas en donde el espíritu de partido sopla disipando en átomos las naciones. “Algunas veces me pongo á considerar (escri-

be esta víctima de los celos literarios), que el que se señala ó le señala Dios, que es quien solo lo puede hacer, es recibido como enemigo comun, porque parece á algunos que usurpa los aplausos que ellos merecen ó que hace estaque de las admiraciones á que aspiraban, y por esto le persiguen. Aquella ley políticamente bárbara de Aténas, por la cual salia desterrado de su República el que se señalaba en prendas y virtudes, todavia dura, todavia se observa en nuestros tiempos. Aunque no exista ya el motivo de la ley ateniense, hay otro no menos eficaz, aunque no tan fundado, pues parece máxima del impio Maquiavelo, que es, aborrecer al que se señala porque desluce á otros.”

V.

Asaltaré naturalmente el deseo de saber qué frutos dieron la aplicacion y la ciencia de la madre Sor Juana Inés; cuáles los escritos en que se mostró conocedora de tanto ramo diverso de estudio á que se dió en el siglo y en el claustro. Estos frutos de sus desvelos son en prosa y en verso. Los primeros, que son pocos, tratan por lo jeneral asuntos místicos y relijiosos, y de entre ellos solo han llegado á nuestro conocimiento los siguientes:

1. Ejercicios devotos para los nueve dias antes de la purísima Encarnacion del Hijo de Dios Jesu-Cristo Señor nuestro. [48 páj. in 4. °]
 2. Ofrecimientos para el Santo Rosario [15 páj. in 4. °]
 3. Crisis sobre un sermón &a. &a. [34 páj. in 4. °]
 4. Neptuno alegórico &a. &a. [62 páj. in 4. °]
- Los “Ejercicios devotos” pertenecen á la larga familia

le las *novenas*, que son como todos sabemos, una colección de efusiones y de preees para que los corazones fervorosos se dirijan por medio de ellas, en sus aflicciones, á Dios representado en alguno de sus misterios, ó á los bienaventurados de mayor crédito en la Côte Ce.stial. El sentimiento y la fé guian la pluma de los autores de estas obritas, y es fácil comprender, el riesgo que corren de caer á cada paso en la trivialidad y hasta en el ridiculo, si no limitan su estro sentimental y su credulidad dentro de límites discretos, mucho mas si se espresan en un estilo frio y sin el colorido oportuno aconsejado por el arte y el buen gusto.

La autora de los “Ejercicios devotos” sale airosa de entre estos peligros, porque ha huido de los caninos trillados. Levantando el espíritu á la contemplacion de grandes cosas, espresa la impresion que la causan con un lenguaje digno, sin afectacion y harmonioso, y derrama de su corazon una terneza que se comunica al lector cuando habla de la madre vírjen en cuyas entrañas se obró el misterio de la humanizacion del verbo. Pero oigamos á la autora misma para justificar nuestro juicio favorable hácia su obra. La cita será corta, y no de lectura desagradable para quienes aman lo bello dejando libertad al que lo produce en la eleccion de la materia y en los medios con que procede. Hé aquí una de las *Meditaciones* que encontramos en el librito de Sor Inés: “Crió Dios al principio el cielo y la tierra, y este primero dia crió esta hermosa primicia de las criaturas, diciendo: Hágase la luz, y dividióla de las tinieblas, poniéndole por nombre Dia, porque vió que era buena” La madre de Dios, “luz mas refulgente que la luz mis-

ma, no podía conformarse con la tiniebla de la culpa, y fué la privilegiada para que se verificara en su seno la concepcion del Redentor." Despues de estas consideraciones prorumpe nuestra autora en la siguiente oracion, á Maria que ella titula "ofrecimiento:" "Reina de la luz y luz mas bella que la material, pues ilustrais los cielos con vuestro resplandor, ilustrad nuestras almas con vuestros dones. Y pues sois la mas cercana á la luz y deficiente é inaccesible de la divina esencia, alcanzadnos un rayo de ella que ilumine nuestros entendimientos, para que sin las tinieblas de la humana ignorancia, contemplemos las cosas celestiales. Haced, madre ternisima que nuestras obras, luzcan á la de vuestros divinos ojos y de vuestro Hijo, para que teniendo aquí la luz de su gracia, allá gocemos de la de su gloria." La meditacion para el segundo dia nos tienta tambien á reproducirla, siquiera como muestra de la literatura mística americana, que encerrando perlas preciosas de nacion, de ternura y de bien decir, están condenadas á oscurecerse bajo el olvido y la indiferencia de nuestros tiempos afanosos y positivos: "En el segundo dia dijo el Señor: Hágase el Firmamento en medio de las aguas y divida las aguas que están sobre el Firmamento de las que están debajo de él. É hizose así, y llamó al Firmamento Cielo. Esta fué la segunda obra de aquella Potencia infinita y sabiduria inmensa; y esta fué tambien la que postró su hermosa máquina ante las virjinales plantas de su Madre en estos misteriosos dias; porque sola entre los hijos de Adan, fué como el Firmamento, criada entre las cristalinas corrientes de la gracia, sin tener punto que estuviese fuera de ellas, ni que pudiese

compar la mancha del pecado; sino toda pura, toda limpia, como entre aquellas aguas vivificas no hay cosa mas pura y limpia que el agua, pues aunque la echen dentro de mil inmundicias, ella sola las desecha y se purifica.” . . . De aquí pasa á comparar las calidades del Firmamento con las de Maria, y continúa: “Si miramos las propiedades del Firmamento, qué cosa mas asimilada á su milagrosa constancia? ¡Qué cosa mas firme? A quien ni el comun vaiven de la culpa orijinal hizo caer, ni los combates de las tentaciones hicieron titubear. Pero aun entre las corrientes y tempestades de las humanas miserias, entre las borrascas y tormentas de la dolorosa passion y muerte de su Santísimo hijo, entre las olas de la incredulidad y dudas de los discípulos, entre los escollos de la perfidia de Júdas y los bajios de tantos tímidos corazones, siempre se conservó, no solo firme sino hermosa como el Firmamento. Este, segun los matemáticos, tiene la excelencia de estar bordado de innumerables estrellas, tantas como vientos y á mas otras infinitas, y las que están fijas y sin moverse en otros cielos.” . . .

Los “Ofrecimientos para el Santo Rosario” tienen á nuestros ojos un mérito especial, y es, que aventajan por la sencillez de la expresion á los “Ejercicios devotos.” En aquellos hay cierto sabor á escuela, demasiado esmero en dar novedad artificial á la idea, acomodamiento simétrico de una misma palabra con la cual juega reproduciéndola demasiado. Aquí no: ante los misterios dolorosos de la Virgen-Madre, solo el corazon la guia la pluma, y corren sus sentimientos como lágrimas espontáneas sobre un rostro incapaz de ficcion. Es verdad que si hay quien pueda comprender las amarguras de una ma-

dre al pié del cadalso de su hijo, no puede serlo sino otra mujer como ella, otra criatura en cuyas entrañas pudieran tambien jerminalar la vida. Esta clase de penas, el hombre apenas las alcanza, mientras que la mujer las siente en toda su intensidad pues la dan conciencia de ellas, todo su organismo, las ondulaciones de su seno en donde la sangre se transforma en néctar, los latidos de su corazón que son aspiraciones en todos los instantes á ser esposa, la necesidad insistente de completarse y ser dichosa halagando sobre sus rodillas á una miniatura viva de sus propias facciones. Se objetará que, ni Santa Teresa de Jesús, ni Sor Juana Inés de la Cruz, escribian en el mundo, y que bajo el velo de la castidad voluntaria, se apagan los sentimientos predominantes en su sexo. Pero no; poder alguno, fuerza social de ninguna especie, compromiso por fervoroso y espontáneo que sea ante el cielo desde la tierra, son suficientes á destruir lo que hizo y decretó la naturaleza, con fuerza de ley tan irresistible y permanente, como lo atestigua la harmonia de cuanto hay creado. Mas adelante hemos de ver cómo la vírjen mejicana, fué en el claustro mujer antes que todo, y cómo allí no se endurecieron sus entrañas por falta de amor, ya que se derretian al fuego del que profesaba á su invisible esposo.

Seria fácil hallar en la numerosa falanxe de prosadores ascéticos de nuestra lengua, la mayor parte de ellos pertenecientes á los reinados de Carlos V y de sus descendientes los Felipes, pruebas en gran número del diferente sello que imprime el sexo en la manera de expresar el amor y el respeto á Dios. Aquellos varones, *irritables* como verdaderos *vates* de las cosas no vistas, pugnando á

favor de creencias que la Reforma socavaba, no aciertan á encontrar otro preservativo contra la invasion en las conciencias de lo que consideran error, que la pintura aterradora de un infierno perdurable, y de la ira y venganza implacables de Dios por las ofensas cometidas contra su hijo hecho carne. “En las obras de Santa Teresa de Jesus, se nota lo contrario (dice un crítico de tino y de ciencia). Llena del amor de Dios y mirando con horror todo lo que pudiera ofenderle ó apartarla de él dá á sus palabras, un baño, por decirlo así, de ternura, y á sus imágenes, un no sé qué de infantil, de dulce, de sencillo, que arrebató el alma, abrasa el corazon y seduce los sentidos. Mujer y santa, ama á las criaturas como hermanos, á su criador como un esposo, y parece que no sabe emplear con aquellas otras palabras que las que dirige una madre tierna á los hijos de su corazon ⁶.”

La harmonia entre el corazon de la mujer pecadora y perecedera, y el de la mujer Reina de la Gloria que no tiene fin, inspira á la pluma de Sor Inés las espresiones mas afectuosas y poéticas, siempre que se dirige en cada día del Noxenario de los Dolores de la madre por excelencia: “Oh Maria, la dice, mar de gracia y de virtudes y ahora mar inmenso de dolores, donde entraron como rios caudalosos las penas y tormentos” . . . “Oh Madre *solísima* y desamparadísima!” . . . “Oh Madre, viva solo á los tormentos y muerta á todo consuelo!” . . . “Oh Madre infatigable en el padecer! Oh Mujer fuerte! Oh alma santísima! Dónde teneis capacidad para tan inmenso penar?” . . . Estas son voces verdaderamente in-

⁶ Prólogo á las obras escogidas de Santa Teresa de Jesus.—Paris —1847.

teriores, á las cuales no las falta mas que el sabor esquisito que la época y la costumbre de oír espresarse correctamente en castellano, dieron á las de Santa Teresa de Avila, cuyas obras la sobrevivirán, y antes que por otro motivo, por la pureza del lenguaje castizo que hasta los espíritus mundanos saborean. Pero no sucederá otro tanto con la prosa mística de la Teresa de Méjico, por haberla cabido vivir en la atmósfera de una colonia en donde toda cosa moral se agostaba, hasta las flores delicadas de la lengua y de la retórica, mientras medraban á sus anchas las inodoras, las exóticas, aquellas de grandes y vanidosos pétalos en que se contrastan los colores chillones y de relumbron.

La literatura castellana es como ninguna otra rica en buenos escritores místicos. En la Biblioteca de Nicolás Antonio se encuentran cuatro mil y tantos nombres de autores consagrados á esgrimir las armas de la fé y de la religion, ya para combatir las escuelas disidentes del Catholicismo, ya para explicar su doctrina ó para morijerar las costumbres desligando las almas de las ataduras del mundo. Muchos de entre ellos conservan el crédito que gozaron en su siglo; y apesar de la indiferencia y del positivismo del presente, se reimprimen sus obras en los dias actuales no solo porque satisfacen una necesidad de ciertas almas, sino porque el estudio de la manera de decir, de su dicion y de su estilo perfecciona el buen gusto literario y adiestra en el uso acertado de ese instrumento que se llama *la lengua*.

Pero si en alguna materia, “lo sublime se halla á un paso de lo ridículo,” es en la materia de que nos ocupamos. Cuando faltan la fé profunda, y la ciencia que

la ilustra; cuando la discrecion no guía á la sensibilidad, cuando los afectos de terneza y de adoracion que el amor inspira á las almas absortas en Jesu-Cristo, no se expresan dignamente, entónces el lenguaje de la devocion no es mas que un insulso y pueril remedo de las sublimes inspiraciones de Granada, de Leon, de Yepes, de Nieremberg, de Rivadencira, y de algunos pocos mas, que sin disputa fueron escritores de grande alma y por consiguiente de estilo levantado, puro, harmonioso al oido y consolador para los corazones adoloridos.

Pronto se colocó la literatura mística española en esa lastimosa pendiente por la cual se fueron al abismo tantos injénios. El culteranismo invadió al púlpito y á las celdas, como habia invadido las Universidades, el foro, y todo el vasto dominio de la República de las letras. Y como la severidad de las costumbres habia declinado, y la sociedad adolecia de las enfermedades de una corte en la cual el vicio y la bastardia de sentimientos se amalgamaban con el aparato meramente esterno de una religion desvirtuada en su principio moral, los predicadores y autores ascéticos, poniéndose á la moda del siglo, pidieron al injénio lo que debia darles la uncion, y amaneraron el estilo y relamieron la frase hasta dejar atrás á las mas coquetas *marisabillas*.

Sabido es que el Góngora de la elocuencia sagrada, fué el famoso predicador de la Corte bajo los reinados de los Felipes III y IV, F. Hortensio Paravicino, hombre de cuna, y palaciego apesar de ser fraile. Durante los veinte años que mantuvo el cetro del púlpito, estuvo la España bajo el encanto de su palabra, y se formó al rededor suyo un ejército de imitadores que derramaron

abundantemente por todos los dominios del habla española los errores del jefe, sus estudiados y vanidosos conceptos, sus frases ya sutiles ya huecas, su erudicion descoñida y superficial, su abuso de las citas latinas, los resabios, en fin, de la fatal escuela gongórica. La influencia de Paravicino atravesó el Atlántico. En el suelo del nuevo mundo hallaron sus extravíos el aplauso y la aceptacion que tributan á todo lo que es peregrino los pueblos escasos de esperiencia, que marchan como satélites de otras sociedades ⁷. A medida que fué entrando en años el siglo XVII fué tambien creciendo el influjo de la escuela de Fray Hortensio en América; influjo que al fin llegó á producir los monstruos mas inconcebibles las ofensas mas torpes á la dignidad de la religion, abortados desde la cátedra misma del espíritu Santo.

Si durante el siglo XVII, no se halla en toda España un orador sagrado digno de estudio ni de servir de modelo en la elocuencia del púlpito, ¿qué sucederia en América, aquí en donde se han exajerado todos los defectos de la Europa literaria, y en donde mas se encorbaba el cuello al yugo de la autoridad, fuese que despotizara la libertad individual, la conciencia ó el pensamiento? Nuestros predicadores de ese siglo fueron unos verdaderos Jerundios, unos Hortensios Paravicino de mascarada,

⁷ El Dr. D. Juan de Espinosa Medrano, catedrático de artes y sagrada teología en el seminario de San Antonio el Magno del Perú, imprimió en Lima, el año 1694, un libro con el siguiente título: "Apolojético en favor de Góngora y contra Manuel de Faria y Sousa." Este volumen está consagrado á mostrar cómo Góngora, en muchas de sus obras se muestra superior á Homero, Virjilio y Ovidio. De paso y per una transicion fácil de comprender, el Dr. Espinosa Medrano se deshace en elogios á Paravicino, y cree que no puede hacerle otro mayor que llamarle el *Góngora de los declamadores*. Esta espresion pinta al orador, y el estado de la crítica y del gusto en América á fines del siglo XVII.

educados y predicando en las aldeas de Campazas.

El pueblo, sin embargo, les oia absorto, con la boca abierta, aunque se retiraba de los templos ajeno de buena doctrina, sin consejo, sin estímulos para proceder bien, despues de haber permanecido horas enteras ante aquellos manantiales de erudicion divina y profana. Las jentes á la moda y de buena sociedad, hacian su cosecha de milagros novelescos atribuidos al santo, objeto del panejírigo; guardaban en la memoria los jiros exóticos del decir del padre predicador, los retruécanos, las ingeniosas circunstancias sujeridas por el ingenio puesto en prensa, y alimentaban la conversacion de sns tertulias con el recuerdo de todas aquellas gracias y primores. Los doctos, los catedráticos de las universidades, teólogos y abogados, admiraban tambien; pero examinaban y juzgaban los sermones mas sobresalientes reuniéndose al efecto en casa de algun canónigo de campanillas, de algun empleado rico con título y renta de conde ó de marques. Allí no solo se sometian al crisol las producciones del pais, sino las que el tardío Correo de la Península proporcionaba á la sed de novedades que atormentaba á los pobres habitantes del limbo colonial.

Un dia en la capital de Méjico, la jente que acabamos de describir, dividióse en dos bandos, con motivo de cierto sermón *del Mandato*, escrito por el padre Paravicino, que leian por primera vez en el seno de una tertulia. El orador exajeraba tanto en él su suficiencia y su petulancia, que no pudo menos que chocar á algunos de sus mismos admiradores. Levantaron estos una bandera de oposicion al grán maestro, y escandalizados con este acto de insubordinacion los que ni siquiera manchas podian

admitir en el sol de la elocuencia, trabóse batalla descomunal á la que proporcionó las armas y proyectiles el arsenal inmenso de la controversia teológica. En este conflicto de los talentos mejicanos, cada candillo quiso traer á sus filas el mayor número de secuaces, y ambos se disputaron el parecer de la famosa monja aislada en el convento de San Jerónimo. Sor Juana Inés, se hizo poco de rogar, y como la materia que se sometía á su juicio estaba en consonancia con los estudios de su particular inclinacion, se tentó. Al principio redújose á discutir de palabra sobre el susodicho sermón del Mandato; pero rogada para que escribiese con método su conversacion improvisada, produjo en pocos dias esa obra que con el título de "*crisis sobre un sermón*",⁸ ha llegado hasta nosotros, en el segundo tomo de la segunda edicion de sus obras completas impresas en Barcelona en 1693.

Lástima grande que no podamos detenernos ante estas páginas, por mas que ellas revelen un injénio de privilegio y una contraccion á las letras que honraria al varon mas aplicado! La *Crisis* es una de esas joyas en letras de molde que el tiempo ha deslustrado y que nadie recoge de entre el polvo porque estan engarzadas en el bajo metal de su época. Sin embargo, en la historia de las letras es indispensable dar á conocer las flaquezas del injenio, como en la historia política las del carácter, para que el retrato de los hombres resulte completo é instructivo. Por otra parte, esta obra de la monja mejicana, presenta un aspecto que no envejece. La materia ha permitido á la escritora sacar del pecho su corazón sensible y mos-

8 Del griego *krisis*; combate, esfuerzo, juicio.

trarle colmado de los dones de la samaritana.

La vemos discurrir y silojizar como un escolástico y sentir al mismo tiempo con la delicadeza propia de su sexo. Toma la ciencia de los libros; pero sus armas son las de la sensibilidad. Sostiene la doctrina de los Santos Padres; pero la despoja de la solemne severidad de sus fuentes y la vulgariza con los encantos de una unción femenina. La mano delicada de una monja semi-cortesana que se atreve á manejar la pluma de águila de Agustino y de San Juan Crisóstomo, desde el fondo de su celda sahutada, no puede presentárenos como un espectáculo indiferente, pues en algo se asemeja al que presenta la Judit bíblica levantando la espada hasta la altura de la cabeza de un poderoso.

El sermón del padre Paravecino es un arranque de vanidad orgullosa, calculado para sorprender é impresionar las imaginaciones. Al discurrir sobre los beneficios y *finezas* que Cristo dispensó á los hombres en los últimos instantes de su existencia, el orador, insensible ante el cuadro de abnegacion y de humildad de aquella santa víctima, se lanza como un gladiador de la palabra, á una lid que él mismo suscita, contra las opiniones de tres grandes doctores de la iglesia. Qué gloria no será la de cantar victoria sobre semejantes contrarios! “Si tuvo vigor en su pluma, observa sor Inés, para adelantarse á tres plumas sobre doctas canonizadas, qué extraño será que haya quien intente contradecir la suya no canonizada aunque docta? Si hay un Tulio moderno que se atreve á oponerse á un Agustino, á un Tomas y á un Crisóstomo, qué mucho que haya quien ose responder á ese Tulio? . . . Mi asunto es defender las razones de los tres Santos Pa-

dres: mal dije; mi asunto es defenderme con esas mismas razones”.

San Agustín, fundándose en el versículo 13 del cap. XV del Evangelio de San Juan, sostiene que la mayor prueba de amor que nos dió Jesucristo fué la del sacrificio de su vida por la salvacion de los hombres. El padre Hortensio, *Uevándole la contraria* [como se decia antiguamente en la escuela] trata de demostrar con raciocinios que se pierden de vista é hilados con la prolijidad de una araña, que “mayor fineza fué en Cristo ausentarse que morir”. Entre estos dos pareceres coloca el suyo la monja consultada, y se espide como quien advierte, mas en su organizacion que en su ciencia, bastante autoridad para tratar la materia. La cuestion es de finezas de amor, y ella es mujer y esposa enamorada de Jesucristo. “Siento, dice con San Agustín, que la mayor fineza de Cristo fué morir, porque lo mas apreciable en el hombre es la vida, y la honra, y ambas cosas dá Cristo en su afrentosa muerte. En cuanto Dios, ya habia hecho con el hombre finezas dignas de la omnipotencia, como fué el criarle y conservarle. Pero en cuanto hombre, no tiene mas que poderle dar que la vida”. Oigamos ahora á esta gran maestra de los afectos tiernos y de los sacrificios que impone la mas santa y social de las pasiones humanas: “Dos términos tiene una fineza [dice con su estilo candoroso, escolástico, y con su frase un tanto desaliñada] que la pueden constituir en el ser de grande. El término *à quo* de quien la ejecuta y el término *ad quem* de quien la logra. El primero hace grande una fineza por el mucho precio que tiene el Amante: el segundo por la mucha utilidad que trae el Amado. Hay muchas

finezas que participan de uno de estos términos, pero que carecen del otro". Paravicino, se habia valido del ejemplo de la Magdalena para demostrar su tesis, recordando que aquella mujer fiel y tierna, no derramó lágrimas al pié de la Cruz de su maestro sino sobre su sepulcro. "De aquí no se infiere, dice con este motivo nuestra controversista, que sea mayor dolor el de la ausencia que el de la muerte. Cuando se recibe algun gran pesar acuden los espíritus vitales á socorrer la agonía del corazon que desfallece. Un embargo jeneral suspende todas las acciones y movimientos, hasta que moderándose el dolor, cobra el corazon alientos para su desahogo y se exhala en llanto. . . . De donde se prueba por razon natural que es menos el dolor cuando dá lugar á las lágrimas. No son estas indicio de muy grave dolor, pues es un signo tan comun, que indiferentemente sirve al pesar y al contento. . . . La Reina de los dolores, para serlo tambien de los méritos, se halla al doloroso espectáculo de la muerte de su unijénito, y cuando lloran con tan distante conocimiento las hijas de Sion, no llora la traspasada madre. El inferior dolor llora, el supremo suspende y no deja llorar".

Ejercitemos un instante mas nuestra tolerancia con esta mujer que nos habla con la voz de su tiempo y de su profesion, y oigámosla parangonar el dolor de la muerte con el de la *ausencia*. Las literaturas del Medio-dia se enorgullecen con églogas y pastorales en que los actores dialogan y discurren sobre estos refinamientos del corazon maltratado. Pero, aun los familiarizados con esas vaciedades, escritas á veces en admirables versos, verán con novedad los movimientos de la misma esgrima

de injénio entre un predicador de la corte y una mujer consagrada á las austeridades del claustro. Lo que es disculpable entre pastores sentados á la sombra de los olmos y de los pámpanos, apenas puede concebirse entre personas entregadas á la contemplacion de la vida eterna, y cuyos ojos al levantarse no hallaban copas de árboles verdosos y susurrantes, sino las severas techumbres de la casa de la oracion. “Qué dolor hay en la ausencia (dice sor Inés), sino el que nace de la carencia de la vista de lo que se ama? Pues este, claro está que le tiene la muerte mas circunstanciado; porque la Ausencia trae una carencia limitada, y la muerte una carencia perpétua. Luego es mayor dolor el de la muerte que el de la ausencia, pues es una mayor ausencia, ó es mas bien muerte y ausencia á un mismo tiempo”

Apresurémonos á sacar á sor Inés de la peligrosa region de la prosa mística. Pero antes nos es indispensable hacer una pasajera relacion de su “Neptuno Alegórico”. Este escrito, tiene por objeto, dar la razén de las alegorias y explicar las alusiones contenidas en un *arco triunfal* de treinta varas de altura y dieziseis de ancho, con que obsequió la iglesia metropolitana de Méjico al conde de Paredes, marques de la Laguna, en la toma de posesion del virreinato de Nueva España. La descripcion de esta maravilla formada de lienzos y cartones pintados, nadie mejor podia hacerla que la misma persona que la habia concebido. Sor Inés ideó la forma arquitectural del arco, dispuso el número de las columnas y pilastras que le sostenan, guió á los pintores de los ocho grandes cuadros histórico-mitolójicos que ocupaban la diversas caras de aquel edificio, y les delineó por escrito, hasta en sus más míni-

mos pormenores, la colocacion de las figuras, sus actitudes, el jesto, el colorido y hasta el paisaje del fondo en que pasaba la escena. En esta vez asoció nuestra monja la geometría á la erudicion para dar una nueva prueba de su alta capacidad y para deslumbrar con la ostentacion de algunos telones de brocha gorda, á sus compatriotas orgullosos de poseerla. Sin embargo, es preciso confesar que “el Neptuno” es una verdadera maravilla; un *tour de force*, una produccion tan complicada que solo pudo ser concebida en un cerebro vasto, y sobre todo nutrido con una lectura profana, realmente benedictina. Imaginémosnos un imposible intelectual cualquiera; concebamos una imposibilidad material, semejante á la pretension de forjar la estatua de un israelita con los fragmentos del Becerro de oro. Pues bien, esto último pudiera ser mas hacadero que la empresa acometida por la impertérrita mejicana. Nada menos importaba su intento que asimilar y convertir en uno solo, al Sr. D. Tomas, Antonio, Lorenzo, Manuel de la Cerda, Manrique de Lara etc. Virrey, gobernador y capitán jeneral de Nueva España, con NEPTUNO, el hijo segundon de Saturno, el hermano de Júpiter tonante, el heredero del imperio de las Aguas y de las Insulas; aquel á quien los mitólogos han agoviado bajo el peso de muchas, grandes y dudosas virtudes. Pero sea dicho de pasada, que quienes le armaron con el tridente, dieron muestra de una prodijiosa aptitud para prever lo futuro. El cetro dentado, distintivo de la divinidad de los mares, es un signo de poder realmente sobrenatural.

Le trident de Neptune est le sceptre du monde.

Pero, sabe Dios si no es efecto de ignorancia por nues-

tra parte la novedad que nos causa el paralelo entre un ente fraguado en la inspirada fantasía de los antiguos, y el personaje real de nuestras edades, bautizado con muchos nombres de santos en una pila católica, vestido á la española y gobernando en Méjico! Sor Inés se adelantó á contestar sériamente á la sonrisa que pudicra provocar esa misma ignorancia á la lectura de su *Neptuno*. “Las fábulas, nos dice, tienen las mas su fundamento en sucesos verdaderos, y los que llamó *Dioses* la jentilidad, fueron realmente príncipes escelentes á quienes por sus raras virtudes atribuyeron divinidad, ó por haber sido inventores de las cosas como dice Plinio. Y Servio dijo que las virtudes los habian elevado al ser de hombres y á la grandeza de deidades: *vocamus Divos qui ex hominibus fiunt*. En cuanto al paralelo entre el Marqués y Neptuno, asegura nuestra antora, que al delinear la erudita antigüedad al Señor de los Mares, hizo un dibujo de su Escelencia el señor Virrey, tan verdadero como lo mostrarán las “concordancias de sus hazañas.” Estas concordancias constituyen la parte mas prolija del trabajo de Sor Ines. Ella revuelve para establecerla, centenares de volúmenes; apela á los poetas, á los historiadores, á los comentadores, griegos, romanos y modernos; acumula citas y hace que rebosen en las márgenes las referencias y las acotaciones de una manera que pasma. Ninguna dificultad la arredra: para comprender mejor el espíritu de Virjilio, por ejemplo, en algun pasaje oscuro, apela á sus comentadores, á Servio, á Asensio, y como un armiño por entre el cieno pasa inocente y pura por entre las liviandades de Ovidio á cuyas metamorfosis y Heroidas se refiere con

frecuencia. Con el testó de los autores en la mano desentraña del cuerpo de las letras antiguas las cualidades y virtudes de Neptuno para ajustarlas en seguida al carácter moral del magnate español. Pero como la sabiduría es el resúmen de todas las dotes que pueden adornar al hombre y especialmente al que está destinado á gobernar á sus semejantes, mas que en ninguna otra virtud se detiene en aquella, probando á no dejar duda, que ambos personajes la poseyeron en grado heróico. A este propósito dice testualmente nuestra mejicana: “La sabiduría es la mas principal de las virtudes, como raiz y fuente de donde emanañ todas las otras, y mas en un Príncipe que tanto la necesita para la direccion del gobierno. Pues pudiera muy bien la República sufrir, que el Príncipe no fuera liberal, no fuera piadoso, no fuera fuerte, no fuera noble; mas no se puede suplir que no sea sabio, porque la sabiduria, y no el oro, es quien corona á los Príncipes.” Este fragmento parece una pájina de la “vida de Marco Aurelio”, escrita por el P. Guevara, en tiempo en que los sacerdotes educaban á los herederos de los troños.

El Virrey á cuya entrada en Méjico se dispuso el “arco triunfal”, era esposo de la señora Da. Maria Luisa Manrique de Lara y Gonzaga, dama bien apuesta y aunque española, oriunda de una antigua casa de Italia. La cortesana sor Ines, no podia dejar en la paleta de sus cuadros alegóricos á la señora Virreyna. A la esposa, debia tocarle alguna gota del Oceano de elojios que se tributaban al Neptuno Virrey su conjunta persona. Nuestra autora no tuvo que esforzar mucho su imaginacion para salir del paso: ¿no nació por ventura de entre las espumas

del mar Venus, á quien inmediatamente se la concedió el imperio de la hermosura? La hermosa Tétis, madre del esforzado Aquiles no tuvo igual orijen? La sin par Galatea, á quien por boca de Ovidio dijo tantas ternezas Polifemo, no fué tambien hija de las ondas saladas? Y por último ¿no es el mar “la cifra de todas las bellezas en lo fabuloso y en lo verdadero”? Pues bien, la autora de las alegorias de que nos ocupamos, no halló mejor “geroglífico” para representar la hermosura de doña Maria Luisa, que el mismo mar; pero el mar lleno, en vez de peces, de “ojos humanos, aludiendo á los que forma con sus aguas, con esta redondilla al pié de la pintura:

Si al mar sirven de despojos
Los ojos de agua que cria,
De la belleza es Maria
Mar que se lleva los ojos.

Un gran poeta moderno, aludiendo á sor Juana Ines y reconociéndola como un gran talento y una verdadera maravilla americana, se duele de que la época que esta alcanzó, época de mala escuela poética y de pésimo gusto literario, haya deslustrado el mérito de sus obras en verso.⁹ Pero esta observacion no es acertada sino en cuanto es jeneral, y tomando en conjunto los tres volúmenes que encierran esas obras. Si la atencion que debe prestar el crítico, se ejercita con buena voluntad, y toma á mas en cuenta, que cada época, como cada escuela, tiene su fisonomia y su manera propia de imaginar y de expresar los sentimientos, en este caso, y sin mayor esfuerzo, podrán encontrarse muchas composiciones poéticas de sor Ines, dignas de ser conocidas de nuestros contempo-

9 Gallego prol. á las poesias de Da. G. G. de Avellaneda.

ráneos. Desmerece acaso Garcilaso por haber puesto en boca de rudos pastores la armonía sentimental que hace impercederas sus Églogas? Ha caído acaso de las alturas del Parnaso español, Herrera, su comentador, á pesar de encontrarse tantas veces inferior á la fama que le granjearon unas cuantas de sus odas y canciones? El dejo de trivialidad y un tanto pueril, que Metastasio comunicó á las poesías sentimentales de Melerdez, le excluye acaso de entre los buenos poetas castellanos ó amengua su mérito de restaurador de la poesía lírica moderna? En el fondo de las obras del arte es en donde está el principio de su belleza y de su vitalidad: las formas son como accesorios, como los medios esternos de dar manifestación al pensamiento: este es permanente y eterno, mientras que lo demás está sujeto á los caprichos pasajeros de la moda, á las escentricidades del artista, al gusto predominante de la época en que este vivió. Las buenas poesías subsisten como las buenas pinturas, apesar de los anacronismos históricos y de las impropiedades de los trajes; así como tampoco perjudica lo absurdo del plan de una pieza dramática de nuestro antiguo teatro, con tal que haya verdad en los caracteres, naturalidad y animación en los diálogos.

Todos los escritores en verso pertenecientes al siglo XVII, sin escepción de uno solo, dan una triste idea del grado de decadencia á que había tocado la poesía española, especialmente despues de mediada aquella centuria. Y sin embargo, según el testimonio de un historiador imparcial de esa misma poesía, las obras de sor Juana Inés de la Cruz fueron las que mayor sensación causaron

en España, *despues de las de Solis*;¹⁰ no porque ellas participasen del gusto corriente y por ser frnto de una mujer nacida en climas remotos, sino porque á pesar de la depravacion jeneral del gusto público, aun quedábale á este el instinto de lo verdaderamente bello, natural y sentido que en ningun tiempo se apaga del todo en el alma de las sociedades. Con este instinto fué juzgada favorablemente nuestra poetisa en España, suscitándose tantos admiradores como demuestran las repetidas veces que la coleccion de sus versos se dió á la estampa en el transcurso de pocos años. El erudito Feijóo, espíritu abierto á todo lo bueno y adelantado, fué uno de los admiradores de la *décima musa*, de la cual se valió, como una prueba victoriosa, á favor de las aptitudes intelectuales de la mujer, tan mal parada hasta entonces en la opinion del pueblo español, en donde, á pesar del espíritu caballeroso que lo distingue, la parte mas bella del jénero humano era tenida sola por capaz de criar hijos para el cielo, hacer calceta, y mover el huso y la rueca como la Lucrecia antigua. “La célebre monja de Méjico, sor Juana Ines de la Cruz, dice el autor del *Teatro Crítico*, es conocida de todos por sus *eruditas y agudas* poesias, y asi es escusado hacer su elogio.”

Pero esas poesias no se distinguen solo por las calidades que Feijóo las atribuye. A mas de agudas y eruditas, és decir, á mas de hablar al injénio y á la instruccion del que las lee, hablan tambien al corazon, sonrien á la imaginacion y levantan el pensamiento al cielo. La por

¹⁰ Ticknor: refiriéndose á una edicion de las obras de la *décima musa* hecha en Zaragoza, en 3 vol. in 4.º entre los años 1682—1725; edicion que no conocemos.

cion femenina del alma de la poetisa, la sublime y la salva á cada paso del naufragio completo en que se malogran los ingenios contemporáneos. Discurrirá por ejemplo, acerca de las pasiones nobles valiéndose de los aparatos escolásticos de una dialéctica sutil; pero sus ideas, sus argumentos, sus pruebas, no se los dictará la cabeza fria sino el corazon lleno de sávia y de estro, y nos interesará aun á traves del tejido pesado con que el pedantismo de su escuela viste las producciones intelectuales. Veremos, cómo sabe aliar felizmente la ciencia con el sentimiento de la naturaleza: cómo auna la inocencia y el pudor con la discrecion maliciosa del espíritu: cómo es casta al mismo tiempo que se manifiesta capaz de sentir y de padecer aquellas inquietudes del mundo que se detienen al umbral de los claustros.

Nuestra monja manifiesta una verdadera organizacion de artista: sus sentidos son impresionables, asi como es viva su comprension. No era preciso que nos dijera ella misma que conocia la música y que tocaba varios instrumentos: su entonacion, su eleccion de los metros, el corte de sus periodos dan prueba de que el ritmo, la medida, la rima y demas condiciones de la armonía del verso, la eran familiares y habia meditado sobre ellos. Sus letras para cantar se distinguen bajo este aspecto. Ninguna de las formas de la versificacion castellana se le resisten. La silva, los endecasílabos pareados, los versos de siete y ocho sílabas, las décimas, las quintillas, el romance asonantado, toda la larga familia de la métrica castellana, sale á plaza y con buen aire en las numerosas composiciones de sor Ines. Ella maneja maestramente los catorce pies del soneto, esa obra maestra del ingenio

humano tan difícil de llevar á cabo como un poema épico, según el parecer de Despréaux. Y con no menos destreza, arroja de entre un par de quintillas la saeta de un epígrama en que vuela un pensamiento concentrado, agudo, mordaz, y se clava con buen éxito en el blanco que se estremece. Abeja de la colmena mística, Dios la habia concedido el aguijón que dispensa al talento, para que pudiera defender contra los zánganos sus panales de miel. Con qué gracia y discrecion se burla otras veces inofensivamente, de los necios que la ahogaban bajo el peso de elojios exajerados y pretensiosos! Qué modesta es siempre que habla de su talento y de su fama! Cuán en poco tiene las cosas del mundo [señal inequívoca de su carácter ideal y poético] y cuán amiga es de la libertad aun dentro de la prisión de una celda! Semejante á S. Pellico que se gloriaba de mantener el alma libre y emancipada en el fondo de su calabozo, ella, aprisionada por su gusto, ha escrito estos preciosos cuatro versos que nos halagan de una manera especial:

*Para el alma no hay encierro
Ni prisiones que la impidan,
Porque solo la aprisionan
Las que se forma ella misma. 11*

11 Sor Ines pagó el tributo que rinden todos los versificadores injeniosos á las importunidades de los amigos prosaicos. Ha hecho muchas composiciones de circunstancias; elojios á predicadores afamados, á *Lectores* de fama en la Universidad, á los Virreyes y Virreynas en los aniversarios de sus dias, en el nacimiento feliz de algun hijo varon de los mismos. Ha escrito varios sonetos de *piés forzados*, glosado muchas décimas y quintillas y abusado de los esdrújulos para halagar oídos y gustos mal habituados. Ya por fuerza, ya por tentacion de la vanidad versificó tambien en lengua latina; pero no según la prosodia rítmica de los antiguos, sino conforme á las reglas de la poética castellana y usando de consonantes finales como en las décimas y cuartetas, quitando así á la lengua de Horacio toda su dignidad, y haciéndola ultrajes de todo jénero. Mas disculpable que en esto, es en sus imitaciones del lenguaje de los vizcaínos y de los negros, y en las composiciones en lengua mejicana, con que suor

No hemos pretendido hasta aquí exonerar á la escritora americana de los defectos en que incurrió cediendo á la corriente de su tiempo; pero sí hemos dejado entrever nuestra persuasion de que con la fuerza de las buenas dotes de su alma, y sin que ella misma lo advirtiera, luchó victoriosa al lado de su Musa, contra la tur-

na algunos de sus muchos villancicos de Noche buena. Acosia de Figueras, que tanto nos ha hecho reir con su cauto patriótico de los negros celebrando: "la ley de la libertad de vientres en el Estado Oriental", no es el inventor del jénero, como tampoco lo es la monja de Méjico: hasta el modelo de esta gracia nos ha venido de España. En las obras completas de Góngora se halla un diálogo entre dos negras *Juana y Orara*, que asisten á una procesion en la vispera de Corpus-Cristi:

*Pongamo fustana
é bailemo alegra,
que aunque como negra
sa hermosa tú:
Zambabú morenica de Congo,
Zambabú,
Zambabú que galana me ponga
Zambabú.*

Sor Ines introduce sus personajes africanos en la iglesia con mayor devocion y los hace espresar ideas mas poéticas, en una jerigonza mucho mas natural que la de Góngora. Estamos celebrando nada menos que la asuncion de la Vírjen:

A la voz del sacristan
En la iglesia se colaron
Dos princesas de Guinea
Con bultos azabachados:
Y mirando tanta festa,
Por ayudarla cantando,
Soltando los cestos dieron
Albricias á los muchachos.

NEGRA 1^a—*Flasica, na quele día
quí tamo lena li gloria,
no vindamo pipitolia,
que que sobre la alegría:
que la señola Matia
A turo mundo la dá
Ha, ha, ha
Monan vuchila
Hé, hé, hé
Cambulé.*

ba villana y ridícula de los enjendros que abortó la cabeza del autor cordobés de las tenebrosas *Soledades*. El sentimiento y la razón la guían y la protegen: á cada momento la vemos volver á la vereda de lo verdadero y lo

REGGA 2ª—*En si qui se nomblaba*
Eclava con divosion
Ecun turo corason
A mi Dioso serviava;
Y po sele buena escrava
Le dieron la libeltá.
Mibila como coete
Qui va subiendo lo sumo
Cemo bulita li humo
Qui sale di la pebete;
Ei ya la estrela se mete
A londe mi Dioso está.
Ha, ha, ha
Monan vuchila
Hé, hé, hé
Cambulé.

En otra coleccion de Villancicos destinados á celebrar la misma Asuncion de la Virgen, despues que cantan unos negros con mucha gracia, aparecen unos alegres mejicanos vestidos á su usanza y dicen con voces suaves el siguiente *Tocolin*:

Tla ya timó huica
to tlaso suapili
maca ammo touantzi ,
titech mo ilcahuilis.
Manel in i huicac
huel timopaquitis
amo noso quen man
timotal namictis
inmo ayolque mochtia
huel motilinizque.
Tlaca amo tehuatzin
tiemo matlanilz
ca miztlacamati
motlaso piitzintli . . etc. etc.

Estos renglones pueden dar idea de la forma y sonido de las palabras del idioma mejicano, en el cual los antiguos, anteriores y contemporáneos á la conquista compusieron magnificas poesias, que hemos de dar á conocer mas tarde en este mismo periódico el *COMERO*, cuando hablemos de la poesía primitiva del nuevo mundo.

bello, despues de haber jirado como una loca mariposa, al rededor de las flores enmarañadas de una retórica sin perfume. Sin duda, en esos momentos lucidos, talvez despues de haber leído alguno de los libros de la Eneyda ó de las odas de Horacio, se sentia asaltada por los remordimientos de esa conciencia del ingenio que nos reprueba los pecados contra el buen gusto, y entonces sujetaba las producciones de su escuela á la sana crítica, á esa lójica de las artes que establece la regla íntima que debe guiar á las producciones intelectuales. Tenemos á la vista, una larga composicion lírica, á imitacion de Gil Polo segun la autora misma, en la cual, aunque con alguna timidez, muerde y zahiere á los poétas que pintan la hermosura de las mujeres con falsos colores y con símiles rebuscados fuera de la naturaleza; poetas, como ella dice, que despues de *echar á*

*Una mujer en infusion de flores,
Y de pues de muy bien alambicadas,
Sacan una belleza destilada:
Cuando el hervor se entibia
La que pintaban rosa es una endibia* 12.

En seguida se lamenta con ironia bien transparente de la necesidad en que se halla de transformarse en ortelana para comenzar el retrato, y continua:

*O siglo desdichado y desvalido,
En que todo lo hallamos ya servido!
Pues que no hay voz, equivoco ni frase
Que por cun no puse,
Y digan los censores:
Eso? . . . ya lo pensaron los mayores.
Dichos los antiguos que tuvieron
Paño de qué cortar, y así vistieron
Sus conceptos de alcores,
De luces, de armonias y de flores;
Que entonces era el sol nuevo y flamante. . . .*

12 Endibia — palabra anticuada, lo mismo que *repolló de escarola*.

Continúa el retrato, y al llegar á la descripción de la boca se escapa con gracia de incurrir en las vulgaridades de costumbre:

*... Digo, pues, que el coral entre los sabios
Se estaba con la grana aun en los labios,
Y las perlas con nítidos orientes
Andaban enseñándose á ser dientes;
Y alegaba la concha, no muy loca,
Que si ellos dientes son, ella es la boca:
Y de entonces, no hay duda,
Comenzó la belleza á ser conchuda.*

Ahora veremos á la juguetona de Sor Ines, en qué embrazos se encuentra para pintar el cabello, según las pragmáticas del gusto á la moda:

*Por el cabello empiezo, estense quedos,
Que hay aquí que pintar muchos enredos;
No haito comparacion que bien le cuadro.
¡Qué para poco me parió mi madre!
Rayos del sol! Ya agueso se ha pasado,
La pragmática nueva lo ha quitado.
Cuerda de arco de amor en dulce trance!
Eso es llamarlo cerda en buen romance.
Qué linda ocasion era
De tomar la ocasion por la mollera!
Pero áquesa ocasion ya se ha pasado,
Y calva está de haberla repelido.
Y aví en su calva lisa,
Su cabellera irá tambien postiza;
Y el que llega á cogella
Se queda con el pelo y no con ella.
Y en fin despues de tanto dar en ello,
Qué tenemos, mi Musa, de cabello?
El de Absalon viniera aquí nacido,
Por tener mi discurso suspendido,
Mas no quiero meterme yo en hondura,
Ni hacerme la entendida en la Escritura.
En ser cabello de Lisarda quede,
Que es lo que mas encarecese puede...*

Estos trozos son una clara condenacion del culteranismo bajo las sencillas formas de un desahogo de buen humor.

La escasez de medios para estudiar la literatura americana, nos priva de valiosos auxilios en el exámen de las poesías de Sor Inés de la Cruz. Tenemos noticias de que un jesuita, compatriota de esta, el P. Agustín Castro, formó una colección, en dos volúmenes de esas mismas poesías, con notas y comentarios, y la dió á luz, sin que sepamos donde ni en qué año¹³. El colector alemán de la Floresta de Rimas españolas, ha dado cabida entre ellas á varias composiciones de la poetisa americana; pero esta colección tampoco se halla á nuestro alcance en este momento. De manera, que nos vemos reducidos á nuestro propio discernimiento al escojer de entre los tres volúmenes de la edición ya indicada (de Madrid y de Barcelona) las composiciones que nos parezcan mas dignas de ver la luz del año de 1865, y mas se acomoden al juicio que sobre ellas acabamos de emitir con imparcialidad. Ojalá los que las leen hoy esperimenten la misma agradable novedad que despiertan en nosotros, tomando en consideración que son cantos del nuevo mundo, mandados á la posteridad por la boca de una mujer á quien su tiempo colmó de honra y de gloria y falleció como una santa, derramando amor y caridad

13 También tenemos conocimiento de una importante publicación que debió hacer en Madrid, el Dr. D. Juan Ignacio de Castorena, editor de la "Fama y obras póstumas del Fenix de Méjico." Si se realizó este pensamiento, como nos parece posible, por lo que el mismo Castorena dice, "el libro que debería intitularse *Ezequias mitológicas, Llantos pierides Coronación apolínea en la fama póstuma de la singular poetiza*, apesar de la extravagancia de estos epítetos, debería proporcionar conocimientos preciosos y particularidades referentes á la vida y trabajos de Sor Inés. El prometido libro contenía una oración fúnebre *valiente y erudita*, que se recomendaba por el nombre del autor—D. Carlos de Sigüenza y Góngora, profesor de matemáticas de la Universidad de Méjico y autor de muchas poesías, y ponen ambas muy celebrados en su tiempo.

desde la dura tarima que es el tálamo de las esposas de Jesucristo.

Sor Inés desprendióse poco á poco de los lazos con que su celebridad la habia ligado demasiado al mundo. Llegó á poseer un gabinete abundante de instrumentos de matemáticas, de física y de objetos de historia natural. De todas partes, de ciudades muy lejanas de América y aun de Europa, la enviaban de regalo joyas, productos curiosos de las bellas artes y labores en metal y piedra del buríl y del cincel y de artistas de renombre. De todos estos bellos recuerdos de la amistad que su talento le habia granjeado entre personas de alta posicion social, habia formado un verdadero museo que la servia para recrear sus ocios y para aprovechamiento en sus variados estudios. Pero su verdadero tesoro eran sus libros. Llegó á poseer de ellos una de las mas selectas bibliotecas que se conocieron en Méjico en poder de particulares. El mérito y riqueza de esta coleccion de libros puede inferirse de la inmensa erudicion que despliega Sor Juana, como ya lo hemos hecho notar, en sus escritos en prosa.

Llegó dia en que el presentimiento del viaje eterno la embargó toda entera. Los objetos que la rodeaban, poco antes tan queridos para su corazon, comenzaron á parecerle triviales, indignos del aprecio que ella misma con el comun de las jentes les acordaba, y acabaron por convertírsele en seres que la hablaban con elocuencia acerca de la nada y del vacio de la existencia, apesar de ser mudos é inertes. Puede comprenderse el rápido camino que este pensamiento hizo en aquella alma poética. El arrepentimiento se levantó en ella, hizo una confe-

sion jeneral á los pies de su sábio director, y picándose una vena del pecho, escribió con su propia sangre una profesion de fé y un acto de contriccion que no pueden leerse sin respeto y admiracion hácia el carácter moral de quien los trazó con semejante tinta. De sus muebles, instrumentos y preciosidades artísticas, formó, vendiéndoles, un patrimonio para los desvalidos, á quien hacia limosnas mas por mano ajena que por la suya propia. Algunas miradas de interes dió á sus queridos libros, al verles salir de su celda para convertirse en pan para el hambriento, y en vestido para el desuado; pero su caridad la hizo llevar este sacrificio, el mayor que ella podia hacer en este mundo.

Una enfermedad pestilencial eundió repentinamente en el convento. Las pobres hermanas eran, literalmente, diezgadas por aquel flajelo que desde las playas tórridas del Golfo venia á mostrar su poder en las tierras altas y favorecidas por las brisas bienhechoras. Las jentes huian del convento apestado, y el desamparo y el olvido habian ocupado el lugar que en otros dias se disputaban las dádivas, los cuidados, las visitas de la mejor parte de la sociedad mejicana. Sor Inés se convirtió en enfermera de la comunidad. Abandonó su celda y su cama y vivió esclusivamente á la cabecera de las que agonizaban exortándolas á morir con el pensamiento y la confianza puestos en Dios. Pero aquella pobre mujer no tenia su cuerpo tan robusto como el espíritu y contrajo la misma enfermedad que ella ayudó por muchos dias á combatir, sucumbiendo en breve tiempo en edad todavía de promesas de una vida larga. “El rigor de la enfermedad, que bastó á quitarle la vida no la pudo cau

ser la turbacion mas leve en el entendimiento," dice uno de sus contemporaneos.

Así gozó de este gran favor del cielo, que consiste en permitir al hombre que sondee, con todo el poder de su inteligencia, los misterios que se nos revelan durante el crepúsculo de nuestra última tarde.

El tránsito de Sor Juana Inés, de este mundo para el eterno, tuvo lugar en la madrugada del Domingo 17 de Abril de 1695.

Al reproducir una parte de los cantos, de esta musa oristiana, su misma abundancia nos embaraza, y no sabemos por dónde comenzar. Algunos de los trozos de sus poemas dramáticos nos tientan de preferencia, como por ejemplo, uno en que Cristobal Colon al tocar por primera vez en la tierra de sus sueños espresa las emociones que experimenta, y narra los sucesos de su audaz expedicion. Pero nos parece mas acertado, encabezar estas poesias escojidas con aquellas que mas se avienen con la condicion de la autora y con sus sentimientos relijiosos: tras ellas vendrán las mundanas y las amatorias, que sin duda se leeran con mayor interes, aunque las otras no lo merezcan menor de parte de las personas que tienen educado el sentimiento de lo bello y de la verdadera poesia.

POESIAS SELECTAS.

Divinas y profanas

DE SOB JUANA INES DE LA CRUZ.

*Estos versos lector mio
que á tu deleite consagra,
y solo tienen de bueno
conocer yo que son malos;
ni disculpártelos quiero
ni quiero recomendarlos,
porque eso fuera querer
hacer de ellos mucho caso....
Dí cuanto quieras de ellos
que cuando mas inhumano
me los mordieres, entonces
me quedas mas obligado.
No hay cosa mas libre que
el entendimiento humano:
pues lo que Dios no violenta
por qué yo he de violentarlo....*

SOB JUANA INES.

.....
**Letras sagradas en la solemnidad de la profesion
de una Religiosa.**

I

ESTRIBILLO.

Zagalejos de la aldea
Venid á ver una boda,
Y no quede en ella toda
Quien su festejo no vea;
Ved que el Mayoral se emplea
En una pobre Pastora,
Que de Dios será señora,
Pues con él se ha desposado.

Este sí es enamorado
Como lo he menester yo;
Este sí, los otros no.

COPLAS.

De tanta fortuna goza
Cuando de culpas se lava,
Que ella se confiesa esclava,
Y él la ama como á esposa:
Ella en sus plantas reposa,
Y él la ofrece su costado;
Este sí es enamorado.

Siendo su sangre real,
Conmigo amoroso ignala
A su Esposa, y hace gala
Del brocato y el sayal:
Con esto el noble zagal
Da muestra de su cuidado.
Este sí es enamorado.

En ella su ser retrata,
Y tal castidad la inspira,
Que es mas casta si le mira,
Y mas limpia si le trata:
Ella por no ser ingrata
Paga su amor abrasado.
Este sí es enamorado.

II.

Celebrad criaturas
Las dichas que logro,
Aunque á mi ventura
Todo viene corto.

Sabed que mis bienes
Llegan á tal colmo,
Que aun á la esperanza
Esceden en gozos.

Del Señor un ángel
Me asiste animoso,
Que con nimio celo
Guarda mi decoro.

Soy esclava humilde
Del Señor que adoro,
Y por eso ostento
Serviles despojos.

Con su santo sello
Señaló mi rostro
Para que no admita
Mas que su amor solo.

Del que ángeles sirven
Esposa me nombro,
A quien sol y luna
Admiran hermoso.

Desprecia por Cristo
Mi pecho amoroso,
El reino del mundo
Con su fausto todo.

Ay! no me confundas,
Señor, con enojo;
Sino obra conmigo
Cual siempre piadoso.

Dióme, en fé, su anillo
De su desposorio,
Y de inmensas joyas
Compuso mi adorno.

Vistióme con ropas
Tejidas con oro,
Y con su corona
Me honró como esposo.

Lo que he deseado
Ya lo ven mis ojos,
Y lo que esperaba
Ya feliz lo gozo.

Al martirio de Santa Catalina.

Contra una tierna rosa
Mil cierzos se conjuran
Oh! qué envidiada vive
Con ser breve la edad de la hermosura!¹

Porque es bella la envidian
Porque es docta la emulan:
Oh que antiguo en el mundo
Es el contar los méritos por culpas!

De jirantes enchillas
En el filo aseguran;
A un aliento mil soplos
A un solo corazon inmensas puntas.

Contra una sola vida
Tantas muertes procuran,
Que es el rencor cobarde;
Y no se aseguraba bien con una.

Mas no vé la ignorante
Ciega malvada astucia,
Que el suplicio en que pena,
Sabe hacer Dios el carro donde triunfa.

Cortesana en sus filos,
La máquina rotunda,
En cada movimiento
Mejora Catalina de fortuna.

No estraña, no, la rosa
Las penetrantes pas;
Que no es nuevo que sean
Punzante guarda de su pompa augusta.

¹ Estos dos versos tienen tanta fuerza [llevando la delantera en tiempo y á su favor] como el siguiente tan celebrado de Quintana:

Ayl infelís de la que nace hermosa!

Villancico á dos voces sobre el mismo asunto.!

- 1ª voz. Catalina siempre hermosa
Es alejandrina rosa.
- 2ª voz. Catalina siempre bella
Es alejandrina estrella.
- 1ª voz. Cómo estrella puede ser
Vestida de rosicler?
- 2ª voz. Cómo á ser rosa se humilla
Quién con tantas luces brilla?
- 1ª voz. Rosa es la casta doncella.
- 2ª voz. No es sino estrella
Que esparce luz amorosa.
- 1ª voz. No es sino rosa;
- 2ª voz. No es sino estrella.
- 1ª voz. Rosa es cuyo casto velo
Cuando el capullo rompió,
El rocío aljofaró
Con los favores del cielo,
Para aspirar sin recelo,
A ser de tal Lirio esposa
La mas bella.
- voz 2ª. Es una estrella
- voz 1ª. Es la rosa.
- voz 2ª. Si Catalina se llama,
Que luna quiere decir,
Claro está que su lucir
Será de celeste llama,
Que al mundo en candor derrama
La que el sol imprimió en ella,
Mas fogosa.
- voz 1ª. Es una estrella,
- voz 2ª. Es la rosa.
- voz 1ª. Rosa fué que desplegó
Al viento su pompa ufana,
Teñida en la fina grana,
Que en el tormento vertió,

Cuando grosero agostó
Aquilon, cuanto su hermosa
Copa sella.
voz 2ª. Es una estrella
voz 1ª. Es la rosa.
voz 2ª. Estrella es, sin que lo altere
Lo que en ella el rigor hace,
Cuando parece que muere,
De esta propiedad se infiere,
Pues vive la luz en ella
Mas vistosa,
voz 1ª. Que es una rosa.
voz 2ª. Que es una estrella.

San Hermenejildo en su cárcel (1).

(Habla consigo y con Dios.)

Prision apetecida,
En donde las cadenas,
Aunque parecen penas,
Son glorias de una vida
Que toma por favor las aficciones,
Y por doradas joyas las prisiones.

Qué consuelo en tí tengo,
Mirándome de todo despojado!
Pues desembarazado,
A estar mas apto vengo,
Para poder alzar osado el vuelo,
Con menos peso, de la tierra al cielo.

[1] San Hermenejildo, personaje del siglo VI, era hijo del rey godo Leovijildo que había abrazado las doctrinas de los Arrianos. Casado el primero con *Ingunda*, princesa de la casa de Lorena, adoptó la creencia católica que era la de su esposa, y sufrió el martirio, ganando con esa muerte un lugar en los altares. Sobre este asunto escribió Sor Inéduo "Auto historial alegórico," del cual están tomadas las bellas estrofas arriba.

Saco es el que ayer era
Púrpura soberana,
Y la mano que ufana
Cétro empuñó severa,
Muestra al cuello ligada, cuán instable
Es la gloria del mundo miserable.

Ayer me obedecía
De cuanto el Bétis baña,
Parte mejor de España,
Fértil la Andalucía:
Hoy á un Alcaide bajo estoy postrado,
Porque no hay en lo humano firme estado.

Ayer de Ingunda bella,
Mi dulce amada esposa,
En la union amorosa
Era feliz, al vella
Con el fruto de entrambos deseado,
Que en destino nació tan desdichado.

Todo esto que me acuerda
Mi triste pensamiento,
Ya no es en mí tormento;
Pues que todo se pierda
Por vos, no es pena: antes feliz he sido,
En haberlo por vos todo perdido.

Vos mismo me lo dísteis,
Vos me lo habeis quitado,
Sed por siempre alabado;
Pues en mí hacer quisísteis,
Que tantos bienes juntos poseyese
Para mas que dejar por vos tuviese.

La Fé que adoro sola
Es la herencia que estimo,
De nada me lastimo,
Pues ella se acrisola:
Piérdase en horabuena el laurel godo,
Que con poscer mi fé lo tengo todo.

Maldiciones del Paraiso [2].

[*Se supone que estas voces llegan del cielo cantadas con acompañamiento de una música invisible, en el momento en que la escena representa á los primeros Padres despues del pecado.*]

AL HOMBRE.

Supuesto que preferiste,
Desatento ciego y loco,
Al sacro precepto mio
De tu mujer el antojo,
Comiendo la fruta
Del árbol que solo
Intacto á tu gusto
Puse entre los otros;
De las yerbas de la tierra
Será tu alimento corto,
Regada con las fatigas
De tus afanes costosos.
Maldita será la tierra,
Y á tu brazo congojoso,
En vez de frutos opímos,
Dará malezas y abrojos.
Costaráte el pan
El sudor del rostro,
Hasta resolverte,
Como polvo, en polvo.

A la serpiente.

Porque tanto mal causaste
Serás maldita entre todos
Los animales y brutos,
Haciendo por mas oprobio,
Que para moverte,
Saqueis torpes piés
De tu pecho propio.

[2] EL CETRO DE JOSPH. Auto historial alegórico

La tierra sola á tu vida
Le será alimento tosco,
Y entre la mujer y tú
Impondré perpétuos odios.

La sentencia de Pilatos.

Firma Pilatos la que juzga ajena
Sentencia, y es la suya. ¡O caso fuerte!
¿Quién creyera al dictar ajena muerte,
Que el mismo juez en ella se condena?

La ambicion, de sí tanto le enajena
Que con el vil temor ciego no advierte,
Que carga sobre sí la infausta suerte
Quien al justo condena á injusta pena.

Jueces del mundo! detened la mano,
Aun no firmeis, mirad si son violencias
Las que os pueden mover de ódio inhumano;

Examinad primero las conciencias,
Mirad no haga el juez recto y soberano
Que en la ajena firmeis vuestras sentencias.

A San Pedro.

[VILLANCICO 1.º]

Claro pastor divino
que humildemente grave,
quien humilde te mira,
Soberano te aplaude.

Angular fundamento
en cuyo eterno jase,
asientan de la iglesia
los muros de diamante.

Piedra herida á los golpes
del dolor penetrante,
desatando tu yelo
en dos puros raudales.

Pescador tan dichoso,
que en un punto te hallasto,
de dueño de una Barca,
piloto de una Nave.

Soberano clavelero
de aquellas sacras llaves,
que al pecado las cierras
y á las virtudes abres.

Pues tu sacro Maestro
dispuso por honrarte,
que sin permiso tuyo
ninguno al cielo pase;

Duélete de nosotros
Pastor amante;
y al ganadillo errante,
haz que pase lijero
de los pastos humanos,
á los eternos.

[VILLANCICO 2.º]

Hoy de Pedro se cantan las glorias
Al dulce, doliente poético son,
De suspiros que forman conceptos,
De pena que es Lira, de llanto que es voz.

Desatado en raudales el pecho,
En fuentes perennes vierte el corazon,
É inundando en cristales sus penas,
Anega con llanto lo que antes negó.

Ya no fia el dolor á la lengua
Porque teme que ella cometa traicion,
Y encubriendo las penas del pecho,
Mudando las voces trueque la intencion.

Por perjura á perpétuo silencio,
La boca condena que se perjuró;
Y mejores testigos los ojos
Desmienten y lavan á un tiempo su error.

Finas perlas le bordan el pecho,
Quedando mas rico con la contricion;
Cada pena le alcanza una gloria,
Cada lágrima impetra un perdon.

Providencia divina permite,
Altamente sábia, que yerre el Pastor,
Porque estudie en el propio delito
Lecciones de ajena conmiseracion.

A la Asuncion de Maria Santísima.

[VILLANCICO 1.º]

A la que triunfante
bella Emperatriz,
huella de los aires
la rejion feliz.
A la que ilumina
su vago confin,
de arreboles de oro
nácar y cõrmin.
A cuyo pié hermoso
espera servir
el trono estrellado
en campo turquí.
A la que confiesa
cien mil veces mil,
por Señora el Anjel,
Reina el Serafin.
Cuyo pelo airoso
desprende sutil,
en garzotas de oro,
banderas de Ofir.
De quien aprendió
el sol á lucir,
la estrella á brillar
la aurora á reir.

Cantemos la gala
diciendo al subir: vivió
pues vivió sin mancha
que viva sin fin.

[VILLANCICO 2.º]

Aquella zagala
del mirar sereno,
hechizo del soto,
y envidia del cielo.
La que al Mayoral
de la cumbre, Escelso,
hirió con los ojos
prendió en los cabellos.
A quien su querido,
le fué mirra un tiempo,
dándole morada
sus cándidos pechos.
La que en rico adorno
tiene por aseo,
cedrina la casa
y florido el lecho.
La que se alababa
que el color moreno,
se lo iluminaron
los rayos febeos.
La por quien su esposo
con galan desvelo,
pasaba los valles,
saltaba los cerros.
La del hablar dulce,
cuyos lábios bellos,
destilan panales,
leche y miel vertiendo.
La que preguntaba
con amante anhelo,
dónde de su esposo
pacen los corderos.

A quien su querido
liberal y tierno,
del Líbano llama
con dulces requiebros.
Por gozar los brazos
de su amante dueño,
trueca el valle humilde
por el monte escelso.
Los pastores sacros
del Olimpo eterno,
la gala le cantan
con dulces acentos;
Pero los del valle
su fuga siguiendo,
dicen presurosos
en confusos écos:
Al monte, al monte, á la cumbre,
Volad zagales,
Que se nos vá Maria por los aires

Elocuencia del llanto.

[SONETO.]

Esta tarde, mi bien, cuando te hablaba
Como en tu rostro y tus acciones via
Que con palabras no te persuadia,
Que el corazon me vieses deseaba.

Y amor, que mis encantos ayudaba,
Venció lo que imposible parecia;
Pues entre el llanto que el dolor vertia
El corazon deshecho destilaba.

Baste ya de rigores, mi bien, baste;
No te atormenten mas celos tiranos,
Ni el vil recelo tu quietud contraste

Con sombras nécias, con indicios vanos;
Pues ya en líquido humor viste y tocaste,
Mi corazon deshecho entre tus manos.

Una reflexion cuerda.

(SONETO.)

Con el dolor de la mortal herida,
De un agravio de amor me lamentaba,
Y por ver si la muerte sellegaba
Trataba de que fuese mas crecida.

Todo en el mal el alma divertida,
Pena por pena su dolor sumaba,
Y en cada circunstancia ponderaba,
Que sobran mil muertes á una vida.

Y cuando al golpe de uno y otro tiro,
Rendido el corazon, daba penoso
Señas de dar el último suspiro;

No sé con qué destino prodijioso
Volví en mi acuerdo y dije: ¿Qué me admiro?
Quién en amor ha sido mas dichoso?

Vision de amor.

(SONETO.)

Detente sombra de mi bien esquivo,
Imájen del hechizo que mas quiero,
Bella ilusion por quien alegre muero,
Dulce ficcion por quien penoso vivo:

Si al iman de tus gracias atractivo
Sirve mi pecho de obediente acero,
Para qué me enamoras lisonjero
Si has de burlarme luego fujitivo?

Mas blasonar no puedes, satisfecho
De que triunfa de mí tu tiranía;
Que aunque dejas burlado el lazo estrecho

Que tu forma fantástica ceñia,
Poco importa burlar brazos y pecho
Si te labra prision mi fantasia.

Sentimientos de ausencia.

(LIRAS)

Amado dueño mio,
Escucha un rato mis cansadas quejas,
Pues del viento las fio
Que breve las conduzca á tus orejas;
Si no se desvanece el triste acento
Como mis esperanzas en el viento. . . .
Si del campo te agradas,
Goza de sus frescuras venturosas,
Sin que aquestas causadas
Lágrimas, te detengan enfadosas:
Que en él verás si atento te entretienes,
Ejemplos de mis males y mis bienes.
Si al arroyo parlero
Ves galan de las flores en el prado,
Que amante y lisonjero
A cuantas mira intima su cuidado,
En su corriente mi dolor te avisa,
Que á costa de mi llanto tiene risa.
Si ves que triste llora
Su esperanza marchita en ramo verde,
Tórtola jemidora,
En él y en ella mi dolor te acuerde,
Que imitan con verdor y con lamento,
Él mi esperanza y ella mi tormento.
Si la flor delicada,
Si la peña que altiva no consiente
Del tiempo ser hollada,
Ancha me imitan aunque variamente;
Ya con fragilidad ya con dureza
Mi dicha aquella y ésta mi firmeza.
Si ves al ciervo herido,
Que baja por el monte acelerado,
Buscando dolorido
Alivio al mal en un arroyo helado,
Y sediento al cristal se precipita
No en el alivio, en el dolor me imita.

Si la liebre encojida
Huye medrosa de los galgos fieros,
Y por salvar la vida,
No deja estampa de los piés lijeros,
Tal mi esperanza en dudas y recelos
Se vé acosada de villanos celos.

Si ves el cielo claro,
Tal es la sencillez del alma mia:
Y si, de luz avaro,
De tinieblas emboza el claro dia,
Es con su oscuridad y su inclemencia
Imájen de mi vida en esta ausencia. . . .

Mas cuándo ¡ay gloria mia!
Mereceré gozar tu luz serena?
Cuándo llegará el dia
Que pongas dulce fin á tanta pena?
Cuando veré tus ojos, dulce encanto,
Y de los míos secarás el llanto?

Cuándo tu voz sonora
Herirá mis oídos delicada,
Y el alma que te adora
En torrentes de gozos anegada,
A recibirte con amante prisa
Saldrá á los ojos desatada en risa!

Cuándo tu luz hermosa
Revestirá de gloria mis sentidos?
Y cuándo yo dichosa
Mis suspiros daré por bien perdidos,
Teniendo en poco el precio de mi llanto?
Que tanto ha de penar quien goza tanto!

Cuándo de tu apacible
Rostro alegre veré el semblante afable,
Y aquel bien indecible,
A toda humana pluma inexplicable?
Ay! no retardes tanto tu venida,
Que ya fallece mi cansada vida.

El amor y la razon.

(DÉCIMAS)

Díme vencedor rapaz
Vencido de mi constancia,
Qué ha sacado tu arrogancia
De alterar mi firme paz?
Que aunque de vencer capaz
Es la punta de tu harpon
Al mas duro corazon,
Qué importa el tiro violento,
Si apesar del vencimiento
Queda viva la razon?
Tienes grande señorío,
Pero tu jurisdiccion
Si manda en la inclinacion
No llega hasta el albedrio:
Y asi librarne confio
De tu loco atrevimiento,
Pues aunque rendida siento
Y presa la libertad,
Se rinde la voluntad
Pero no el consentimiento.

En dos partes dividida
Tengo el alma en confusion,
Una esclava á la pasion,
Y otra á la razon medida:
Guerra civil encendida,
Aflije al pecho importuna;
Quiero vencer cada una,
Y entre fortunas tan varias,
Morirán ambas contrarias,
Mas no vencerá ninguna.

Quando, amor, léjos te via,
No merecí de tí palma,
Y hoy que estás dentro del alma
Es resistir valentía:

Córrase, pues, tu porfia
De los triunfos que te gano,
Pues cuando ocupas tirano
El alma, sin resistillo,
Tienes vencido el castillo,
É invencible al castellano.

Invicta razon alienta
Armas contra tu vil saña,
Y el pecho es corta campaña
A batalla tan sangrienta:
Y asi, amor, en vano intenta
Tu esfuerzo loco ofenderme,
Pues podré decir, al verme
Esperar sin entregarme,
Que conseguiste matarme,
Mas no pudiste vencerme.

Molestia de amar y de aborrecer.

(SONETO.)

Que no me quiera Fábio al verse amado,
Es dolor sin igual en mi sentido,
Mas que me quiera Silvio aborrecido,
Es menos mal, mas no menor enfado.

Qué sufrimiento no estará causado,
Si siempre le resuenan al oido,
Tras la vana arrogancia de un querido,
El cansado jemir de un desdeñado?
Si de Silvio me causa el rendimiento,
A Fábio canso con estar rendida;
Si de este busco el agradecimiento
A mí me busca el otro agradecida,
Por activa y pasiva en mi tormento,
Pues padezco en querer y en ser querida.

Es preferible la muerte a los ultrajes de la vejez.

(SONETO.)

Miró Célia una rosa que en el prado
Ostentaba feliz la pompa vana,
Y con afeites de carmin y grana
Bañaba alegre el rostro delicado
Y dijo: goza sin temor del hado,
El curso breve de la edad lozana
Pues no podrá la muerte de mañana
Robarte el bien que hubieres hoy gozado.
Aunque llega la muerte presurosa,
Y tu fragante vida se te aleja,
No sientas el morir tan bella y moza:
Mira que la experiencia te aconseja,
Que es fortuna morirte siendo hermosa,
Sin sufrir el ultraje de ser vieja.

Lucrecia.

(SONETO.)

Intenta de Tarquino el artificio
A tu pecho, Lucrecia, dar batalla;
Ya amante llora, ya modesto calla,
Ya ofrece toda el alma en sacrificio.
Y cuando piensa ya que mas propicio
Tu pecho á tanto imperio se avasalla;
El premio, como Sísifo, que halla
Es empezar de nuevo el ejercicio.
Arde furioso y la amorosa teña
Crece en la resistencia de tu honra,
Con tanta privacion mas obstinada.
O providencia de deidad suprema!
Tu honestidad motiva tu deshonra,
Y tu deshonra te eterniza honrada.

Píramo y Tisbe.

(SONETO.)

De un funesto moral la negra sombra,
De horrores mil y confusiones llena,
En cuyo hueco tronco, aun hoy resuena
El eco que doliente á Tisbe nombra;
Cubrió la verde matizada alfombra
En que Píramo amante abrió la vena
Del corazón, y Tisbe de su pena
Dió la señal que aun hoy al mundo asombra.

Mas viendo del amor tanto despecho
La muerte entonces de ellos lastimada,
Sus dos pechos juntó con lazo estrecho:

Mas ¡ay! de la infeliz y desdichada,
Que á su Píramo dar no puede el pecho,
Ni aun por los duros filos de una espada!

Presto celos llorarás.

(DECIMAS.)

En vano tu canto suena
Pues no advierte en su desdicha,
Que será el fin de tu dicha,
El principio de tu pena:
El loco orgullo refrena,
De que tan ufano estás,
Sin advertir cuando das
Cuenta al aire de tus bienes,
Que si ahora dichas tienes,
Presto celos llorarás.

En lo dulce de tu canto
El justo temor te avisa,
Que en un amante no hay risa
Que no se alterne con llanto:
No te desvanezca tanto
El favor, que te hallarás

Burlado y conocerás
Cuanto es nécio el que es confiado;
Que sí hoy blasonas de amado
Presto celos llorarás.

Advierte que el mismo estado
Que al amante venturoso,
Le constituye dichoso,
Le amenaza desdichado:
Pues le dá tan alto grado
Por derribarle no más;
Y así tú que ahora estás
En tal altura, no ignores
Que si hoy osténtas favores,
Presto celos llorarás.

**A la muerte de la Exma. Señora Marquesa de
Mancera 3.**

[SONETO.]

De la beldad de Laura enamorados
Los cielos la robaron á su altura,
Porque no era decente á su luz pura,
Ilustrar estos valles desdichados;
O porque los mortales engañados
De su cuerpo en la hermosa arquitectura
Admirados de ver tanta hermosura
No se juzgasen bienaventurados.

Nació donde el Oriente el rojo velo
Corre al nacer el astro rubicundo,
Y murió donde con ardiente anhelo
Dá sepulcro á su luz el mar profundo:
Que fué preciso á su divino vuelo,
Que diese como sol la vuelta al mundo.

3 Esposa del Virrey de Nueva España, Conde de Paredes, Marqués de la Laguna, á la cual amó mucho Sor Inés y cuya belleza celebró en varias composiciones, y entre otras en su *Neptuno alegórico*.

A comenzar una ausencia.

(ENDECHAS.)

Si acaso Fábio mio
Después de penas tantas,
Quedan para las quejas
Alientos en el alira;

Si acaso en las cenizas
De mi muerta esperanza,
Se libró por pequeña
Alguna débil rama,

A donde entretenerse
Con fuerza limitada,
El rato que me escuchas
Pueda la vital aura;

Oye en tristes endechas
Las tiernas consonancias
Que al moribundo cisne
Sirven de exequias blandas.

Dáme el postrer abrazo
Cnyas tiernas lazadas,
Siendo union de los cuerpos,
Identifican almas.

De tu rostro en el mio
Haz amorosa estampa,
Y las mejillas frias
De ardiente llanto baña.

Tus lágrimas y mias
Digan equivocadas,
Que aunque en distintos pechos
Las enjendró una causa.

Unidas de las manos,
Las bien tejidas palmas,
Con movimientos digan
Lo que los lábios callan.

Recibe de ellos blandos,
Entre mortales ansias,
El que exámine el pecho
Ultimo aliento exhala,
Y el espíritu ardiente,
Que, vivífica llama,
Fuera el soplo primero
Que mi cuerpo animara.

Recibe y de tu pecho
En la dulce morada
Padron eterno sea
De mi fineza rara.

Adios, Fábío querido,
Que ya el aliento falta,
Y de vivir se aleja
La que de tí se aparta.

Despedida.

(ROMANCE.)

Ay mi bien, ay! prenda mia
Dulce fin de mis deseos!
Por qué me llevas el alma
Dejándome el sentimiento?
Mira que es contradicción,
Que no cabe en un sujeto,
Tanta muerte en una vida,
Tanto dolor en un muerto.
Mas ya que es preciso, ¡ay triste!
En mi infelice suceso,
Ni vivir con la esperanza
Ni morir con el tormento;
Dame algun consuelo tú,
En el dolor que padezco,
Y quien en el suyo muere
Viva siquiera en tu pecho.

**Colón al tocar tierra europea de regreso de su
primer viaje. 4**

.... Gracias al cielo
Fértil España que ya
Tus rubias arenas beso,
Vencidos de tantos mares
Los peligros y los riesgos.
Gracias te doy jó gran Dios!
Que á mi derrotado leño
La gran empresa fiaste,
Libraste el honroso empeño
De pasar la equinocial
Al término contrapuesto.
Albricias, Europa, albricias,
Mas mundos hay, mas imperios,
Que tus armas avasallen
Y sujeten tus alientos.
Sal de aquel pasado error
Que tus antiguos tuvieron,
De que el término del mundo
No pasaba del Estrecho.
Hércules! De tus columnas
Borra el rótulo soberbio,
Del non plus ultrá, pues ya
Rompió mi timon el sello,
Que Avila y Calpe cerrado
Tuvieron tan largos tiempos.
Y vosotros, mis felices
Animosos compañeros,
De tan dilatados mundos
Descubridores primeros,
Con los clarines y cajas
Publicad en dulces écos,
Que hay mas mundos, que hay *plus ultra*,
Y que ya venis de verlo.

4 Tomado de una Loa para el auto intitulado. "El Mártir del Sacramento, San Hermenejildo."

Y porque todos lo escuchen,
Diga el militar estruendo:
“La tórrida es habitable
A beneficio del cielo,
Plus ultra, mas mundos hay,
Y ya venimos de verlos.”

A un Capitan discreto y valiente.

Tus plumas, que índice infiero
Del valor y discrecion,
No determino si son
De celada ó de tintero;
Bien muestran en el cimero,
Que tu discrecion armada
Con tu osadía letrada,
Para hacer de todo suma,
Tu espada cortó tu pluma
Tu pluma mide tu espada.

Epigramas.

(A UNA PRESUMIDA DE HERMOSA)

Que te dan en la hermosura
La palma, dices Leonor;
La de virjen es mejor,
Que tu cara lo asegura.
No te precies con descoco
Que á todos robas el alma,
Que si te han dado la palma
Es, Leonor, porque eres *Coco*^s

^s El coco es una de las palmeras tropicales indígenas de América; ser ó parecer un coco, dice un diccionario español, significa ser muy fea, muy horrible una persona”.

A un borracho linajudo

Porque tu sangre se sepa,
Cuentas á todos, Alfeo,
Que es de Reyes y yo creo,
Que eres de muy buena cepa:
Y que, pues á cuantos topas
Con esos reyes enfadas,
Que, mas que reyes de espadas
Debieron de ser de copas.

Venganza contra un soberbio

El no ser de padre honrado,
Fuera defecto, á mi ver,
Si como recibe el ser
De él, se lo hubiera yo dado.
Mas piadosa fué tu madre,
Que hizo que á muchos sucedas,
Para que entre tantos puedas
Tomar el que mas te cuadre.

**Arguye de inconsecuentes el gusto y la censura de
los hombres, que en las mujeres acusan lo que
causan.**

[REDONDILLA]

~ Hombres necios que acusais
A la mujer sin razon,
Sin ver que sois la ocasion
De lo mismo que culpais:
Si con ánsia sin igual
Solicitais su desden;
Por qué quereis que obren bien
Si las incitais al mal?
Combatis su resistencia,
Y luego con gravedad,
Decís que fué liviandad
Lo que hizo la dilijencia.

Parcer querere el denuedo
De vuestro parecer loco,
Al niño que pone el coco
Y luego le tiene miedo.

Quereis con presuncion necia,
Hallar á la que buscais,
Para pretendida Thais⁶
Y en la posesion Lucrecia.

Qué humor puede ser mas raro,
Que el que falto de consejo,
El mismo empaña el espejo,
Y siente que no está claro?

Con el favôr y el desden
Teneis condicion igual,
Quejandoos si os tratan mal,
Burlandoos si os quieren bien.

Opinion ninguna gana,
Pues la que mas se recata,
Si no os admite es ingrata
Y si os admite es liviana.

Siempre tan necios andais,
Que con desigual nivel,
A una culpais por cruel
Y á otra por fácil culpais.

Pues como ha de estar templada
La que vuestro amor pretende,
Si la que es ingrata ofende,
Y la que es fácil enfada?

Mas entre el enfado y pena
Que vuestro gusto refiere,

6 Famosa cortesana ateniense en cuyas redes cayó Alejandro poco despues de sus primeras victorias en Asia. Voluptuosa y destemplada en todos los placeres influyó, en medio del calor de un festin, para que Alejandro entregase á las llamas la magnífica ciudad de Persópolis. La historia señala al desprecio de la jente honesta, muchas otras mujeres livianas y faustosas que llevaron el mismo nombre de *Thais* en la antigüedad.

Bien haya la que no os quiere
Y quejaos enhorabuena.

Dan vuestras amantes penas
A sus libertades alas,
Y despues de hacerlas malas,
Las quereis hallar muy buenas.

Cuál mayor culpa ha tenido
En una pasion errada,
La que cae de rogada
O el que ruega de caido?

O, cuál es mas de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga
O el que paga por pecar?

Pues para qué os espantais
De la culpa que teneis?
Queredlas cual las haceis,
O hacedlas cual las buscais.

Dejad de solicitar
Y despues con mas razon,
Acusareis la afición
De la que os fuere á rogar.

Bien las muchas armas fundo
Que lidia vnestra arrogancia,
Pues en promesa é instancia
Juntais diablo, carne y mundo 7.

7 Esta bella composicion parece inspirada por la "apologia de las mujeres" del poeta Alarcon que hemos publicado en la página 28 de este libro. Sin embargo, en las sensatas y agudas redondillas de la monja hay tanto conocimiento de causa y tanta observacion propia, que pueden considerarse como un estudio serio de moral bajo una forma graciosa y hasta cierto punto juguetona.

La naturaleza⁸.

Yo soy quien hago que el mundo
Tenga ser, haciendo atenta
El que las especies vivan,
Que los individuos mueran.
Y porque á la corrupcion
La jeneracion suceda,
Hago caducar las cosas
Para que rejuvenezcan.
Oh, qué torpe que discurre
Quien mi grande poder niega,
Pues no vé que cada especie
Es Fénix que de las muertas
Cenizas nace, porque
A morir y nacer vuelva!
No soy quien hago, acaso,
Que lo vejetable crezca,
Qué lo racional discurra,
Qué lo sensitivo sienta?
Que ni el mar crezca una gota
Ni mengüe un punto la tierra;
Ni al aire un átomo falte
Ni al fuego sobre centella;
Sino que con tal concierto
Eslabonados se vean,

8 Este trozo está tomado de una *Loa* representada en un convento de jesuitas de Méjico, en el cumple años de un Padre de campanillas. Figuran en ella la Ciencia, el Agrado, el Discurso, el Entendimiento, como en las composiciones de igual jénero en que el prodijioso talento de Calderon de la Barca hizo ostentacion de una fuerza superior á la capacidad del hombre; sin embargo, en las Loas y Autos que hemos podido leer de este estupendo pensador, no hallamos á la *Naturaleza*, sino bajo el aspecto humano, no como madre comun de las cosas materiales ni como laboratorio de los principios de conservacion del mundo creado. A este respecto nos parece orijinal Sor Ines quien, si no nos equivocamos, dá prueba de que conocia las verdades de la ciencia, tal como se reconocen en nuestros dias por las mejores escuelas.

Que, con esférica forma,
A la tierra, el mar rodea,
Al agua el aire circunda
Y al aire el fuego contenga,
Haciendo sus cualidades
Ya hermanadas y ya opuestas,
Por mí adornados de escamas,
Y armadas como guerreras,
Los peces el mar habitan,
Moran el monte las fieras.
Si el bosque vive es por mí,
Por mí si el prado se alegra,
Con rosas y flores este,
Aquel con plantas y yerbas.
Por mí, elevado lo grave
Cediendo su porcion térrea,
Naves de pluma, las aves
Golfos del aire navegan.
Mas la mayor maravilla,
La ostentacion mas suprema,
De que me jacto gloriosa,
Y me alabo satisfecha,
No es el ser fecunda madre,
De tanta alada caterva,
De tanta turba de peces,
De tanto escuadron de fieras,
De tanta cópia de flores,
De tantas plantas diversas,
De tantos mares y rios,
De tantos montes y selvas;
No de que digan que soy
A quien debe la riqueza
De sus piedras el ocaso,
Y el oriente de sus perlas;
Sino el que entre tanta cópia
En fábrica tan inmensa,
En tan dilatado espacio,
Y en multitud tan diversa,

Todo esté con tal mensura,
Todo con tal orden sea,
Un círculo tan perfecto,
Tan misteriosa cadena,
Que á faltar un eslabon
De su circular belleza,
Todo acabára, y el orden
Universal pereciera.



EL P. JUAN BAUTISTA AGUIRRE

(Poeta guayaquileño del siglo XVIII.)

.....
Mas nunca el jénio muere.

OLMEDO.

Las escasas noticias que podemos comunicar acerca de la persona de este poeta ecuatoriano, las hemos deducido leyendo sus composiciones, que existian manuscritas, no ha muchos años, en poder de una persona curiosa avecindada en Guayaquil. El manuscrito, que tiene toda la apariencia de un autógráfo, por las variantes y correcciones que en él se notan y que no pueden provenir sino del autor mismo, forma un volúmen in 4° de 140 fólíos completos, con este título: “Versos castellanos, obras juveniles, misceláneas”. Hay en esta coleccion cópias duplicadas de unos mismos versos, y composiciones á medio hacer, como por ejemplo un “Poema heroico á San Ignacio de Loyola”, en silva, que no quiso concluir el autor, segun consta de una nota marjinal, por “no tener gana ni tiempo”. Ambas razones son poderosas y muy en armonia con el carácter franco y despreocupado que el P. Aguirre descubre en sus escritos lijeros.

No sabemos si se habla ó no de este poeta en un “Ensayo sobre la historia de la literatura ecuatoriana”, que solo conocemos por el título, publicado en Quito por el Dr. D. Pablo Herrera, en el año 1860.¹

El autor de la “Geografía del Ecuador”, Dr. D. Manuel Villavicencio, en una breve reseña que hace de los escritores antiguos y modernos de aquel país, califica de *festivo* al poeta que es objeto de la presente noticia.²

El P. Juan Bautista Aguirre, nació en la ciudad de Guayaquil, cuna de Dávila,³ de Roca Fuerte, de Olmedo y de otros hombres célebres por sus talentos y producciones literarias. Destinado desde niño á la carrera de las letras, envióle su familia á Quito, cuya universidad y colejos se hallaban bajo la direccion esclusiva de la Compañía de Jesus. Durante los estudios que allí hizo tuvo por Rector al R. P. Pedro Tobar, segun se infiere de una nota al pié de una de sus composiciones poéticas. Al término de sus tareas de estudiante, trocó la beca por el hábito, y sentó plaza para toda su vida en la activa milicia de San Ignacio. Parece que en ella desempeñó

1 Sobre esta obra se ha publicado un juicio crítico de el T. V. y ultimo de la Revista del Pacifico [1861] firmado por P. Moncayo. En uno de los fragmentos del Ensayo que se copian en el artículo del Sr. Moncayo, se menciona al P. Aguirre como profesor de filosofía en la universidad de Quito y como introductor en esta ciencia de las doctrinas combinadas de Bacony Leibnitz.

2 Un vol. New York: 1858. páj. 177 y 178.

3 Director y fundador del Real Gabinete de historia natural de Madrid.

Era tan rica la coleccion de objetos naturales que poseía el mismo Dávila que se formó un catálogo científico de ellas y se publicó en lengua francesa con este título *Catalogue systematique et raisonné des curiosités de la nature et de l'art composent le cabinet de M. Davila. Paris 1761.*

el empleo de maestro de filosofía, mostrándose en sus lecciones partidario de doctrinas en armonía con el siglo diesiocho en que vivía, en cuanto le era permitido como miembro de un cuerpo que no se señala como innovador en materia de principios filosóficos.

Una sola fecha nos suministra el libro manuscrito del P. Aguirre. Hallamos en él una elegía á la muerte de Felipe V, y otra motivada por el temblor de tierra que por entonces consternó á los habitantes de la capital del Perú, (año 1746). Veinte años mas tarde, en 1767, el poeta ecuatoriano descendía las aguas del Guayas con muchos otros de sus compañeros, en cumplimiento de las órdenes que espulsaban, de todos los dominios de España, á los miembros de la Compañía de Jesus. El P. Aguirre, se asiló en Roma, como tantos otros jesuitas americanos, y allí buscó su subsistencia dando lecciones de las ciencias que le eran familiares. Aun hay quien crea que fué maestro del personaje conocido entre los Pontífices con el título de Pio VI, quien, reconocido á la memoria del profesor guayaquileño, dispensó gracias y recompensas á un sacerdote de la familia Aguirre que residia en Guayaquil y existió hasta por los años de 1826.⁴

La inclinacion á versificar debió ser poderosa y temprana en el P. Aguirre; y como se deduce del título mismo *in extenso* de su coleccion manuscrita, tan dóciles le fueron los endecasílabos castellanos, como los exa-

⁴ Tenemos esta noticia escrita de puño y letra del Sr. D. J. J. Olmedo en una carta confidencial. Pero, comparando fechas, nos resulta que el P. Aguirre habia encontrado algo crecido á su dignísimo discípulo. Bien es verdad que hay ciencias que pueden aprenderse tarde, y que hombres hay que estudian hasta la víspera de la muerte.

tros latinos. Es esta inclinacion muy propia de la juventud, especialmente en aquella que se educa empapándose en las letras antiguas y en las humanidades. Pero en el P. Aguirre pudo influir tambien el estímulo del ejemplo en su propia casa, pues debian llegarle á la mano con frecuencia, tentándole á la gloria por el camino del Parnaso, las “Flores Poéticas” impresas en Madrid en 1676, cultivadas y reunidas por el maestro Jacinto de Evia.⁵ Su entonacion es digna del libro por escelencia, de la Biblia, en cuyas páginas bebe de preferencia, sus pensamientos é imágenes, ya cante “La Caída de Luzbel”, ya se echa á soñar por las rejiones del Apocalipsis, pintando á la reina de los ángeles, en un canto místico simbólico á la “Concepcion de Nuestra Señora”, con el ardiente pincel del inspirado de Patmos.

Es lástima que estas dos composiciones, valientemente delineadas, rayen con frecuencia en una especie de majestad enfática que las desluce. A veces la robustez de la dición no anda á la par con la dignidad del pensamiento, y el verso desmaya en ocasiones en que debiera sonar tanto mas lleno cuanto es mas encumbrado el asunto, ó mas audaz la imagen. Disgusta tambien en estas composiciones el encontrar asociadas las figuras del antiguo testamento con los mitos del paganismo; confundidos en uno el infierno católico y el Báratro, Luzbel y Facton. Pero estos defectos mas son del tiempo en que

5 Ramillete de varias flores poéticas recojidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años. Por el maestro Jacinto de Evia, natural de la ciudad de Guayaquil en el Perú etc. etc. En Madrid; en la imprenta de Nicolás Xamares, mercader de libros, año de 1676, 1 vol. in 4^o de 406 páginas.

escribía Aguirre que de su juicio propio: cedía al torrente de las usanzas de su época, y mientras en su conciencia y en su corazón no daba cabida sino al amor á un Dios único, acariciaba en su imaginación á todos los de la antigüedad, presentados con aspectos tan halagüeños por los poetas antiguos.

El título de la composición “La rebelión y caída de Luzbel y de sus secuaces” deja esperar un largo poema; pero el autor ha limitado tan vasto asunto á las dimensiones de un cuadro reducido, cuyas figuras, aparecen rápidamente para dar una lección de escarmiento á aquellos que, por orgullo, se condenan á aposentar durante toda la vida el infierno en sus corazones. Luzbel, coronado de estrellas, vestido de resplandores, perfecto en todo, esclárecido entre los querubines sus iguales, enorgullecióse al contemplarse en tanta altura, colmado de tantas perfecciones y dejóse arrebatar de la ingratitud y la envidia. En las primeras estrofas se promete ahogar al sol dentro de su misma cuna, trastornar el orden del universo, convertir los astros en pavesas, y continúa en las siguientes con la valentía de versificación que vá á verse

Falsear haré con ira fulminante
Del alto cielo en un vaiven ruidoso,
La azul muralla y subiré triunfante
A ser Señor del reino luminoso:
Si son estorvo á mi ímpetu arrogante
Aire, mar, tierra ó firmamento hermoso,
Haré que sientan mi furor violento
El mar, la tierra, el aire, el firmamento.

Ignal á Dios seré, pues se dilata
Mi poder tanto, y sellaré mi huolla
Donde el ártico polo en hielos ata
Al Aquilon perezas de su estrella.
Dijo y al punto en iras se doata
De celestes garzones tropa bella,
Que marchando con breve bizzarria
Luz, por guerrero polvo, daba al dia....

Con rábia estraña, con coraje horrendo
De Lucifer los lúgubres pendones,
Seguian, de sombras su escuadron vistiendo,
Prófugos de la luz, ciegos dragones.
Con tal soberbia, confusion y estruendo
Marchaban estos hórridos campeones,
Que del antro al cenit el polo helado
Tembló confuso, palpité turbado....

Del testamento sobre el monte ardiente
Luzbel estaba respirando saña,
Dos hogueras por ojos, y por frente
Negra noche, que en sierpes enmaraña:
Altivo aturde al mundo fieramente,
Este bastardo horror de la montaña,
Pues trueno el silbo, el éco terremoto,
Confunde al orbe en hórrido alboroto.

El divino Miguel espiritoso,
Que fiel se opone al ánjel atrevido,
Las rubias hebras apremió garboso
Al yelmo de oro en soles guarnecido:
Y al encuentro primero pavoroso,
Al caos le arroja, donde el fermentido,
De espirante tizon eterna llama,
Blasfemo truena y corajudo brama.

No tan furioso nubes desparrama
El sulfúreo turbion, no tan violenta
Con ráfagas de luz montes arrasa
Del huracan la rápida tormenta;

Como arrojado de la eterna casa
Luzbel cayó con ira tan sangrienta
Que en humo envuelto y en furor eterno
De espíritus de luz ondeó un infierno. . . .

¿Viste nocturna llama presurosa
Encendida ilusion, que en pronto vuelo
Rasgo de luz, exhalación hermosa
Con brillante destello arjenta al cielo;
Y que al correr la esfera luminosa,
Desliz lucido, con fogoso anhelo,
Tan presto acaba luces y carrera
Que no mira lo que es sino lo que era?

Asi Luzbel, planeta rutilante,
Que á la madre de amor dió lucimiento,
Lucero hermoso entre ánjeles brillante,
Del sol envidia, de beldad portento;
Fanal celeste que intentó arrogante
Establecer al aquilon su asiento,
Fué en el estado de su luz primera,
Llama que pasa, exhalación lijera.

.....

Esta composicion, de la cual hemos suprimido algunas octavas, no es inferior en nada á algunas de las que reimprimen aun los españoles, pertenecientes á sus poetas antiguos. El autor de la Caída de Luzbel, no puede temer el paralelo con el Maestro José de Valdivielso, ni con D. Alfonso de Acevedo, recientemente rejuvenecidos por el distinguido literato D. Cayetano Rossel, en el tomo segundo de los "poemas épicos" publicados en la Coleccion de autores españoles del tipógrafo Rivadeneira.⁶ Ni por el asunto, ni por el lenguaje, ni por la nobleza de

⁶ Biblioteca de autores españoles, desde la formacion del lenguaje hasta nuestros dias.

las ideas, ni siquiera por la fantasía [á parte la estension] superan en nada “la Muerte del Patriarca San José” y la “Creacion del Mundo”, á la “Rebelion de Luzbel” del poeta sud-americano.

El capítulo xii del Apocalipsis le inspira un canto, en octavas tambien como el anterior, á “la Concepcion de María”. La madre coronada de estrellas, amenazada por el Dragon de siete fauces, á quien debelan los batallones de espíritus anjélicos, es la tela sobre la cual la valiente imaginacion de nuestro poeta ha bordado un cuadro cuajado de piedras preciosas que reflejan luz hasta ofuscar la vista. Pero en esta produccion, á causa, probablemente, de lo levantado del asunto, ha incurrido el autor en los vicios de la ponderacion, y de la oscuridad metafórica de la escuela que predominaba en sus dias. El espíritu de “las Soledades” se apodera de la ardiente imaginacion del hijo del Ecuador, sin poderse desasir de él, y sin que acierten á valerle las reminiscencias de mejores modelos. Vémosle solicitado, por decirlo así, por dos fuerzas: la una le lleva á la corriente del culteranismo, la otra tiende á retenerlo en la esfera racional y templada que le ofrecen los modelos de la antigüedad, representados dignamente, en el estilo y en las formas, por el creador de la “Jerusalem libertada.” En esta lucha no hay sino una victoria á medias, una especie de transacion en que se mezclan las calidades de ambas escuelas, como puede notarse por la siguiente invocacion que nos parece digna de ser conocida:

Oh musa! Oh tú, que en la canora fuente
Por desdenes frondosos del Parnaso,

En jiros de zafir das á tu frente
Cercos de estrellas y al coturno lazo:*
Tú que calzas la luna, y al rujiente
Dragon oprimes al primero paso,
Inspirame; será mi dulce canto,
Del Erébo terror, del cielo encanto.

Ahora vamos á ver cómo reune el P. Aguirre en una misma composicion, las galas poéticas y las lecciones de *ética*; la razon y el sentimiento; la orijinalidad de su propia inspiracion y la seductora influencia de las formas de Calderon de la Barca. Los versos que vamos á leer trascienden en su idea fundamental á moral escolástica, aguda, ingeniosa, sutilísima. Pero envuelta en la amenidad de las flores de una rica y séria poesia, imprime con su ritmo una leccion sana para el ánimo, que conforta y levanta. Así es como el arte ennoblece nuestro ser y le aconseja encantándole.

**Carta á Lisardo persuadiéndole que todo lo nacido muere
dos veces para acertar á morir una.**

Ay! Lisardo querido
Si feliz muerte conseguir esperas,
Es justo que advertido,
Pues naciste una vez, dos veces mueras;
Así las plantas, brutos y aves lo hacen,
Dos veces mueren y una sola nacen.
Entre catres de armíño

*O Musa, tu, che di caduict allori
Non circondi la fronte in Elicono,
Ma su nel Cielo infra i beati cori
Hai de stelle immortali aurea corona,*

GERUSALEMME LIBERATA.

Canto primo.

Tarde y mañana la azucena yace,
Si una vez al cariño
Del aura suave su verdor renace:
Ay flor márchita! ay azucena triste!
Dos veces muerta si una vez naciste.

Pálida á la mañana,
Antes que el sol su bellonácar rompa,
Muere la rosa, vana
Estrella de carmin, fragante pompa,
Y á la noche otra vez; dos veces muerta:
¡Oh, incierta vida en tanta muerte cierta!

En poca agua muriendo
Nace el arroyo, y ya soberbio rio
Corre al mar con estruendo,
En el cual pierde vida, nombre y brio:
Oh cristal triste! arroyo sin fortuna!
Muerto dos veces, porque vives uná.

En sepulcro suave
Que el nido forma con vistoso halago,
Nace difunta el ave
Que del plomo es despues fatal estrago:
Vive una vez y muere dos. Oh suerte!
Para una vida duplicada muerte.

Pálida y sin colores
La fruta de temor difunta nace,
Temiendo los rigores
Del Noto que despues vil la deshace:
Ay fruta hermosa, qué infeliz que eres!
Una vez naces y dos veces mueres.

Muerto nace el valiente
Oso que vientos calza y sombras viste,
A quien despierta ardiente
La madre; y otra vez no se resiste
A morir; y entre muertes dos naciendo,
Vive una vez y dos se vé muriendo.

Muerto en el monte el pino,
Sulcó el Ponto con alas, vajer ó ave,
Y la vela de lino
Con que vuela el batel altivo y grave,
Es vela de morir: dos veces yace
Quien monte alado muere y pino nace.

Asi el pino, montaña
Con alas, que del mar al cielo sube;
El rio que el mar baña;
El ave que con plumas vital nube;
La que marchita nacé flor del campo,
Púrpura vejetal ó florido ámpo:

Todo clama ¡Oh Lisardo!
Que quien nace una vez dos veces muera:
Y asi jóven gallardo,
En rio, en flor, en ave considera,
Que dudando quizá de su fortuna
Mueren dos veces porque acierten una.

Y pues tan importante
Es acertar en la última partida,
Pues penden de este instante
Perpétua muerte ó sempiterna vida;
Ahora, ¡o Lisardo! que el peligro adviertes,
Muere dos veces porque alguna aciertes.

El P. Aguirre cantó tambien de amores profanos, como muchos otros sacerdotes que no por esto han desme-
tecido en el concepto de honestos y relijiosos. Es verdad
que tuvo la precaucion de advertir en una nota, que si
escribia versos eróticos, era por pura diversion y ejerci-
cio, y que debian considerarse (añade con gracia) como
requiebros inocentes de D. Quijote á la impalpable Dul-
cínea. No hay tampoco que fiar en los títulos de esas
composiciones, porque quien llevado por ellos creyera
encontrar pábulo á la pasion, podria muy bien sacar por

única cosecha una amonestacion ó un desengaño. Tal acontece con unas hermosas y bien redondeadas octavas que tienen por objeto describir el “mar de Venus”. Sus aguas no bañan las márgenes de aquella isla que los ver-sos de Camoes pintan con tanta voluptuosidad, y que la Diosa hija de las espumas, dispuso y pobló con seductoras ninfas para solaz de los esforzados lusitanos que peregrinaban por un oceano “nunca de antes navegado”. El mar de la Venus del jesuita ecuatoriano, es un lago de martirio en donde reman, atados á cadenas de espinosas flores, los esclavos de aquella deidad y de su traviesísimo hijo, diestro en ardidés como en el manejo del arco.

Oh cuántos nécios, el mentido halágo
De este mar enamoran sin sosiego!
Y mariposas de su mismo estrago
La muerte beben en un dulce fuego.
Oh cuántas naves de este obsceno lago
Despojos fueron al impulso ciego!
Revelando su ruína á las orillas,
Sangrientos trozos de deshechas quillas. . . .

En esta pues galera de Cupido,
Se miran muchos del amor forzados,
Que en dulce llanto y apacible ruido
Jimén al remo de una flecha atados:
Y del númen rapaz, terror de Gnido,
Siendo azote su cuerda, amenazados,
Con éco alterno, 'con clamor profundo,
Juran á Venus por deidad del mundo. . . .

A estos cautivos cada ninfa ingrata
Círce hechicera, brinda dulcemente
En manos de cristal prision de plata,
Y en lábios de carmin ponzoña ardiente:

Cadena de oro con que amor los ata
Es el pelo, desden de ofir luciente:
Que en las costas de amor de estas sirenas
Son causa hermosa de un Argel de penas. . . .

Difícil era que un hijo de Guayaquil no cantara por sí, ó como apoderado de algun amigo sensible, la hermosura de los ojos de sus celebradas compatriotas. Però, la composicion que consagra á este objeto, no participa del fuego de aquellas pupilas abiertas al resplandor del dia de los trópicos. El injénio del poeta se aviva y se aguza ante ellas; pero su corazon no se resiente de las impresiones que ha recibido su cabeza, la cual conserva entera libertad para juguctear, alegre y desembarazada, con los ojos de la mujer como con dos niños inocentes. Admira, comprende la gracia y el poder de esas estrellas, de esos anjeles, de esos espíritus réprobos, que son y no son como el fuego, como el agua, como la muerte, segun sus propias espresiones; però no se deja cautivar, ni seducir, ni atraer siquiera por el iman irresistible de la mirada de “los ojos hermosos”. Para el poeta el alma no se asoma á ellos; ni son el reflejo de la sinceridad de los afectos escondidos; ni espejos fieles sobre cuya tersura se retrata el carácter. Aguirre no descubre en ese rasgo animado de la fisonomia femenina, mas que el órgano de la vista, y el lazo en que caen, al poder de la astucia y la gracia, las aficiones puramente sensuales. El moralista, no se muestra con esto ni filósofo, ni poeta, ni tan jeneroso de espíritu como Luis de Leon, quien conformándose con el parecer de “los sábios,” ha dicho, “que son los ojos en donde mas se descubre la belleza ó torpeza

del ánimo interior, y por donde, entre las personas, mas se comunica y enciende la afición.”⁷

Sin embargo la composición á que aludimos es un fruto notable, desprendido en sazón del frondoso talento de quien le ha escrito, y una página que no palidece colocada al lado de otras muchas, análogas á ella, en que la escuela *conceptuosa* del parnaso español, reflejo del italiano, ha derramado á torrentes chispas de injénio, que si no incendian, brillan al menos agradablemente.

A unos ojos hermosos.

Ojos cuyas niñas bellas
Esmaltan mil arboles,
Muchos sois para ser soles
Pocos para ser estrellas.

No sois sol aunque abrais
Al que por veros se encumbra,
Que el sol todo el mundo alumbraba
Y vosotros le cegais.

No estrellas, aunque serena
Luz mostrais en tanta cópia,
Que en vosotros hay luz propia
Y en las estrellas ajena.

No sois lunas á ni ver,
Que belleza tan sin par,
Ni es posible en sí menguar
Ni de otras luces crecer.

No sois ricos donde estais,
Ni pobres donde yo os canto;
Pobres no, pues podeis tanto,
Ricos no, pues que robais.

⁷ Declaracion del Cantar de los Cantares.

No sois muerte, rigosos,
Ni vida cuando alegráis;
Vida no, pues que matais,
Muerte no, que sois hermosos.

No sois fuego aunque os adula
La bella luz que gozáis,
Pues con rayos no abrasáis
A la nieve que os circula.

No sois agua, ojos traidores
Que me robáis el sociogo,
Pues nunca apagáis mi fuego
Y me causáis siempre ardores.

No sois cielos ojos raros,
Ni infierno de desconuelos,
Pues sois negros para cielos,
Y para infierno sois claros.

Y aunque ángeles parecéis,
No merecéis tales nombres,
Que ellos guardan á los hombros
Y vosotros los perdeis.

No sois dioses aunque os deben
Adoracion mil dichosos,
Pues en nada sois piadosos,
Ni justos ruegos os mueven.

Y en haceros de modo
Naturaleza echó el resto,
Que no siendo nada de eso
Parece que lo sois todo.

Del mismo jénero que los anteriores versos son los que copiamos á continuacion. Vamos á ver en ellos cómo se le presentaba á nuestro poeta la mujer en todo el conjunto de sus atractivos. Allí retrataba solo los ojos, aquí bosqueja un cuadro de cuerpo entero; pero siempre con la misma levedad de tintas y sin pasar de las formas esternas, agraciadas con el barniz del talento.

A una dama imaginaria.

Esos tus hermosos ojos
Son en tí, Divina ingrata,
Harpones cuando los flechas,
Puñales cuando los clavas.

Esa tu boca traviesa,
Brinda entre coral y nácar,
Un veneno que dá vida
Y una dulzura que mata.

En ella las gracias viven;
Novedad privilegiada,
Que haya en tu boca hermosura
Sin que haya en ella desgracia.

Primores y agrados hay
En tu talle y en tu cara,
Todo tu cuerpo es aliento,
Y todo tu aliento es alma.

El licencioso cabello
Airosamente declara,
Que hay en lo negro hermosura,
Y en lo desairado hay gala.

Arco de amor son tus cejas,
De cuyas flechas tiranas,
Ni quien se defiende es cuerdo,
Ni dichoso quien se escapa.

Qué desdeñosa te burlas!
Y que traidora te ufanas!
A tantas fatigas firme,
Y á tantas finezas falsa.

Qué mal imitas al cielo,
Pródigo contigo en gracias,
Pues no sabes hacer una
Cuando sabes tener tantas.

Al P. Aguirre le ha cabido igual suerte que á muchos otros escritores de injenio vivo y de talento robusto. La fama de su nombre, que se conserva tradicionalmente en el Ecuador, no está fundada en sus obras sérias, en sus composiciones morales, jeneralmente escritas con entonacion y maestría, sino en algunas composiciones lijeras y epigramáticas, de esas que mas fácilmente se guardan en la memoria y halagan el paladar del mayor número. Para el pueblo de Guayaquil, el P. Aguirre es el poeta decidor, mordaz, chistoso por excelencia, y se recitan de él uno que otro juguete, uno que otro epígrama, sin sospechar que quien los produjo era un espíritu sério, y suficiente para honrar por sí solo la literatura de todo el Reino colonial de Quito.

Esta manera poco equitativa de estimar su mérito, no es un cargo contra su posteridad únicamente: ya sus contemporáneos caian en el mismo estravio á juzgar por la indignacion con que dirijiéndose “á un Zoilo”, prorrumpe en un apóstrofe cuya arrogancia puede servir para medir el tamaño del agravio que en su concepto se le inferia, negándosele la capacidad de subir á las gradas mas altas del templo de las Musas:

No sabes que ha sonado
Mi dulce voz en uno y otro polo,
Y que he sido envidiado
De los cisnes talvez, talvez de Apolo?
No sabes, Zoilo, que produce, en suma,
Sublimes partos mi fecunda pluma? . . .

Y efectivamente, si no nos equivocamos, el jesuita ecuatoriano, precursor de Olmedo, ha rayado á veces en lo sublime y ha acertado á producirse en un estilo digno de los mas árduos asuntos á que podia contraerse en su

tiempo y en el seno de la sociedad en que vivia. En un certámen abierto en la Academia fundada en Quito con el nombre de *Pichinchense*,⁸ y al cual concurrió con unas *Liras*, mostró el P. Aguirre cuán atrevidas eran sus concepciones, pues pudiendo limitarse al trillado asunto propuesto, que era, el *nacimiento del niño Jesus*, él se presentó ante sus jueces cantando el arrepentimiento de la naturaleza humana, al sentirse caída por el delito de nuestro primer padre. El poeta personifica á esa entidad multiforme y sellada en cada uno de sus infinitos miembros con el sello de la sabiduría de donde emana, y la coloca, ruborosa y deshecha en llanto, á la sombra del árbol de la muerte. Su mal es infinito y sin embargo acrece cada día; su único alivio es el llanto, la única esperanza la resignacion á las voluntades de la Providencia....

Yo fuí aquella dichosa
Formada á esfuerzos de un milagro, aquella
Criatura venturosa,
Cópia de Dios y cópia la mas bella:
Yo fuí ¡ay dolor! aquella peregrina ..
Centella hermosa de la luz divina.

8. La Academia Pichinchense (nombre alusivo al del volcan *Pichincha* á cuyas faldas orientales está situada Quito) era una reunion de literatos y sábios ecuatorianos fundada por los PP. Jesuitas en el siglo XVII. Pertenecieron á ella todos los hombres distinguidos de aquellos tiempos y de aquel pais. Se cuenta entre sus miembros á los PP. viajeros Maguín y Rodriguez; al jeógrafo Maldonado, "quiteño ilustre [segun el Redactor del *Museo de ambas Américas*] que despues de abrirae paso por los Andes al oceano, de haber puesto los fundamentos del Gobierno de *Esmeraldas*, levantó la carta de su provincia nativa, dejando con ella el mas bello monumento de su ilustracion y patriotismo".⁹ De esa academia fueron miembros los historiadores Velasco, y Echevarria; el orador Escobar; el economista Espejo; y varios poetas, entre los cuales ocupó Aguirre un lugar distinguido.

Yo fui la que al esmero
Del mas sublime númen delincada,
En mi instante primero
De mil prodijios me miré formada
Mas ¡ay! que si esto fué; todo ha pasado
Y solo de mi ser sombra ha quedado.

Mi antigua llamarada,
Tan breve se apagó, con tal presteza,
Que convertida en nada,
Antes que llama se miró pavesa;
Pues solo ardió mi luz aquel instante
Que á dar ser á mi nada fué bastante. .
.....

Lloraré eternamente
La antigua dicha de que fui halagada,
Aun mas que el mal presente;
Pues porque fui feliz soy desdichada.
Dijo y rendida al grave sentimiento,
En el dolor se destempló el acento.

Las perlas del libro manuscrito, cuya cópia tenemos á la vista, son en nuestro concepto, los sonetos *A una Tortola* y *A una Rosa*. Esta flor es la imájen comun de la fragilidad de la belleza humana; y el contraste entre el atractivo de su perfume y la repulsion de sus espinas, ha dado motivo para escribir mil moralejas poéticas, que "han vivido como las rosas—el espacio de una mañana"* La afamada *silva* de Rioja termina con un concepto vacío, helado y sutil como neblina de una madrugada de invierno:

* Merecen excepcion de este juicio algunos antiguos como Ausonio. por ejemplo, de quien es aquella famosa oleja que concluye así:

*Collige virgo rosas, dum flos novus, et munda pubes,
Et memora esto ævum sic properare tuam.*

*Tan cerca, tan unida
Está al morir tu vida,
Que dudo si en sus lágrimas la aurora
Mústia tu nacimiento ó muerte llora.*

Si uno que otro resabio de la enfermedad de su tiempo se nota en los sonetos indicados, hay en ellos, en cambio, novedad en la observacion, como que el autor contempla el objeto que le inspira bajo la influencia de un sol de fuego desconocido en las latitudes que habitan los poetas europeos. Los catorce pies se mueven armoniosos para llegar á un fin moral, es cierto. Pero los consejos del cenatoriano no se derivan de la vida pasajera de la hija mimada de Flora, sino de la imprudencia con que el esplendor de esa misma vida se compromete. Él muestra el ejemplo de la rosa de la *sábana*, y dice que la mujer no debe aspirar anhelante á ostentar sus hechizos, á agotar en un dia la fuente de donde mana su hermosura, si quiere que permanezca y sea durable. Asi comprendemos la moral que se encierra en los tercetos de las dos composiciones que copiamos á continuacion, escritas en presencia de las rosas que sedientas de una luz que comunica esplendores, se abren enteras á sus rayos y son devoradas en un relámpago.

I.

En cuna de esmeraldas nace altiva
La bella rosa vanidad de Flora,
Y cuanto en perlas le bebió á la aurora
Cobra en rubís del sol la luz activa:

De nacarado incendio es llama viva
Que al prado ilustra en fé de que la adora;
La luz la enciende, el sol sus hojas dorá
Con bello nácar de que al fin la priva.

Rosas escarmentad, no presurosas
Anheleis á este ardor; que si antoriza
Aniquila tambien el sol ¡oh rosas!

Naced, huid lentas: no en la prisa
Os consumais floridas mariposas,
Que es, anhelar á arder, buscar ceniza.

II.

De púrpura vestida ha madrugado
Con presuncion de sol la rosa bella,
Siendo solo una luz, purpurea huella
Del matutino pié de astro nevado.

Mas y mas se enrojece con cuidado
De brillar mas, y la encendió su estrella
Y esto la eclipsa sin ser ya centella
La que golfo de luz inundó al prado.

No te bastaba ¡oh Rosa! tu hermosura?
Pague eclipsada, pues, tu jentileza
El mendigarle al sol la llama pura;

Y escarmiente la humana en tu belleza,
Que si el nativo resplandor se apura,
La que luz deslumbró para en pavesa.

III.

A una tórtola quejosa.

Por qué, Tórtola, en cítara doliente
Haces que el aire jima con tu canto?
Si alivios buscas en ajeno llanto
Mi dolor te lo ofrece; aquí detente.

Al verte sola de tu amante ausente
Publicas triste en ayes tu quebranto;
Yo tambien ¡ay dolor! suspiro tanto
Por no poder gozar mi bien presente.

Pero cese ya ¡oh Tórtola! el jemido,
Que avnque es inmenso tu infeliz desvelo
Mayor sin duda mi tormento ha sido:

Pues tú perdiste un terrenal consuelo
En tu consorte; pero yo he perdido
En mi adorado bieh la luz del cielo.

Este soneto es de mano de maestro: puede rivalizar con los mejores de Lopez y de Góngora, y acércase mas que los de Garcilaso mismo al estilo y al sentimiento de Petrarca: á tal punto, que el último terceto, por el periodo y por la idea, pudiera considerarse como una traduccion feliz de esos llantos de catorce lágrimas métricas que corrieron, con tanta abundancia como armonia, sobre la tumba de Laura. Este soneto nos dá á conocer las fuentes en que estudiaba el P. Aguirre el arte de versificar en castellano. Y por cierto que las escogia con discernimiento, puesto que su maestro fué nada menos que el divino Herrera, en los comentarios que este escribió con prodijiosa erudición, sobre las obras completas de Garcilaso. Compárense las condiciones que segun este exige, “la mas hermosa de las composiciones y la que requiere mas artificio y gracia”, y se verá que todas las ha satisfecho el P. Aguirre en este y en los anteriores sonetos.º Piensa Herrera que el soneto ocupa en los tiempos modernos el lugar de los epigramas y odas griegas y latinas, y que hasta cierto punto se acerca á las antiguas elejias, siendo capaz de todo argumento y de abrazar en sí “todas aquellas partes de la poesía.” El soneto, añade, requiere mas que ninguna otra combinacion de versos,

pureza y esmero en la lengua, templanza y decoro: en él es grande culpa cualquier error pequeño, y no se permite licencia alguna ni cosa que ofenda los oídos; y la brevedad suya no sufre que sea ociosa ó vana una palabra sola. Por esta razón su verdadero sujeto y materia debe ser principalmente alguna sentencia ingeniosa, aguda ó grave, descripta de suerte que parezca propia y como nacida en aquel lugar. . . . “Por esto afirmo ser difícilísimo el estilo del soneto.”

En el molde de estas ideas están vaciados los tres sonetos que acaban de leerse: un pensamiento que comienza á desarrollarse desde el primer verso, camina enriqueciéndose con bellos accesorios, y á manera de una cadena artísticamente labrada que muestra adherida á su último eslabon la joya que mas la dá precio, aparece aquel pensamiento claro, inesperado, incisivo, impresionando el espíritu con su novedad y agudeza, en los tres versos finales. El mismo Herrera y en el mismo lugar, critica la costumbre monótona de “acabar la rima”, es decir, de cerrar el sentido y la duración de la frase con cada endecasílabo, haciendo así que el estilo sea humilde y demasiado simple. Con lo cual aconseja se “procure desatar los versos para apartarlos de la vulgaridad.” Hasta en este precepto le sigue el P. Aguirre, con sumo acierto de ejecucion, como se nota en el terceto último del soneto á la Tórtola, en el cual suena con tanta armonia y hasta sentimiento, aquella frase que comprende un endecasílabo entero y las cinco sílabas del siguiente:

*Pues tú perdiste un terrenal consuelo
En tu consorte; pero yo he perdido
En mi adorado bien la luz del cielo.*

El injenio de nuestro poeta es de una ídole que inte-

resa: hay en él un fondo moral sin estoicismo, un desden sin enojo por todo lo que es vano, un espiritualismo no afeado por la vulgaridad de la mística, que le dá una fisonomía respetable y simpática al mismo tiempo. Su injénio ejerce un sacerdocio que inclina al bien, castigando los vicios sin irritacion, sin voces de amenaza, y presentando los consejos y la doctrina entre flores llenas de atractivo. No siempre se mantiene á la altura de pensamiento y de estilo en que le hemos visto rayar hasta aquí. Ese injénio es el de un hombre impresionable y de talento, amigo del trato de sus semejantes. Mezclado con los intereses honestos de la sociedad, se siente, como es natural, movido por el viento mutable de las cosas del mundo, y tentado á reirse de las vanidades y defectos ridículos del orgullo humano. Asi le vemos, so pretexto de cantar la inconstancia del mar, soberbio y amenazador como un monetroo, en un momento dado, y manso adulador, poco despues, de las playas y de los peñascos que lame, mostrar cuán frájiles son las fábricas del orgulloso y cuán voltaria la fortuna en la rueda social en que pesamos los hombres nuestra existencia de fuego de artificio. Son muy discretas é ingeniosas las décimas que ha consagrado á este asunto el P. Aguirre: estaba de buen humor cuando brotaron de su pluma; pero poseido mas que nunca de un profundo desden hácia los poderosos que se ostentan altaneros, para arrastrase en seguida, vencidos por obstáculos que á veces la mas deleznable arena les o pone.

Pero hagamos conocimiento cuanto antes con esas *pinelas* escritas en el corazon del Continente nuevo y en la latitud de *cero grados*. Todo vive y refleja luz en aquellos climas:

A la inconstancia del mar.

[HABLA UN NÁUFRAGO.]

Ayer en rocas de nieve
Dragon de plata te ví,
Tan soberbio que temí
Ser sorbo á su ondæ leve;
Y hoy tan humilde se mueve
Tu resaca que dudé,
A ese peñasco que vé
De tu soberbía la mengua,
Si lo lames como lengua
Si lo adoras como pié.

Bien tus engaños espresas,
Mar, que dividido en cascós,
Ayer bravo herias peñascos,
Y hoy humilde arenas besas:
A qué mudables empresas
Te espones, monstruo arrogante!
Hoy callado, ayer bramante,
Advirtiéndome así al prudente,
Que jamás hubo creciente
Que no parase en menguante.

Para qué fué amenazar
Con tantas furias ayer,
Si tu soberbio crecer
Ha sido para menguar?
Bien te pudiste acordar
(Cuando sierpe embravecida
Amenazabas mi vida)
De este cobarde reposo:
Pero cuándo el poderoso
Se acuerda de su caída!

Si no es que tu engaño intenta
Dar mentirosa esperanza,
Disimulando bondanza
Para crecer en tormenta,

Piadoso se representa
Tu golfo á aquel que lo mira,
Hasta verlo de tu ira
Un despojo lastimoso:
Que siempre es del ambicioso
Propio centro la mentira.

Ea, pues, golfo inconstante,
Altivo mar impaciente,
O volverte á tu creciente
O quedarte en tu menguante.
Cierra el paso al caminante
Tu cólera enardecida,
Mas no lo harás, que advertida
En tu condicion variable,
Imájen de lo mudable
De las cosas de esta vida.

Y nace esta conjetura
De la esperiencia mayor,
Pues ayer vi tu furor,
Y hoy admiro tu blandura:
Aquella y esta pintura
Tan diversas en ornato,
Te hacen con diverso trato
(Aunque no son en tí unas)
Un teatro de fortunas
Y de Fortuna un retrato.

Qué me canso en persuadir,
Oh monstruo de vanidad!
Que firme estabilidad
Mudes tu instable vivir;
Si aunque me puedes oír
El bien á que te provoco,
Está tu discurso poco
Sujeto á variar fortuna,
Pues quien anda con la luna
No puede ser sino loco.

No nos es dado sacar toda entera á' luz una composición de nuestro autor con la cual quedaria corrido, en chiste y en vigor, el peruano Caviedes. Es una invectiva contra un médico de quien se burla de la manera mas cruel, y á quien condena, al menos dentro del territorio ecuatoriano, á una celebridad equivalente á un Sambenito constante y á una vergüenza eterna:

Doctor Vidales, Doctor
Esqueleto ó badulaque,
Doctor chiguete 'en latin;
Doctor guadaña en romance.

Escúchame por tu vida
Que vá la segunda parte,
Y hay para cebar tu ciencia
Harta materia en mis males. •

A consultártelos vengo,
Mas si verdad he de hablaste,
Por ser ellos muy de atras
Los considero incurables. . . .

Los epigramas de que podemos dar muestra, no están á la altura de las esperanzas que el P. Aguirre hace recibir en este jénero, en vista de las anteriores cuartetas y de la fama de *festivo* y satírico que conserva entre sus compatriotas. Los dos que van á continuacion son dirigidos á un criticastro en quien la peor condicion que moteja es la de respetar poco la verdad.

A Zollo.

I.

Zailo, ayer tarde por chiste
Un quidam te dijo tonto,
Y tú por vengarte pronto
Adulador le dijiste:

Y á la verdad que lo era
El que tonto te llamó,
Pues tú no eres tonto, nó,
Sino la misma tontera.

II.

Tus mentideras estiras
Con progresos tan felices,
Que en dos palabras que dices
Dices Zoilo mil mentiras.

Por eso admirados todos
Juzgan con razon no poca,
Que hablas solo por la boca,
Y que mientes por los codos.

Entre las compcsiciones del P. Aguirre, solo hallamos una que pueda llamarse descriptiva y es la que consagra á “diseñar” la ciudad de su nacimiento. En presencia de grãdes montañas sobre cuyos picos se levantan columnas de humo y de fuego; hollando un suelo sacudido y trastornado mil veces por los terremotos, surcado por valles amenos y por corrientes de agua que alimentan una vejetaion espléndida; nuestro poeta no se tienta á tomar el pincel para copiar paisajes tan hermosos y conmovedores. Solo para su Guayaquil hay una escepcion; bien es verdad que este verjel de la costa peruana lo merece por sus atractivos naturales y por la amenidad del trato de sus habitantes. Situada en el fondo de un golfo, bañada alternativamente por las mareas del oceano y por las aguas de un rio que viene desde las sierras interiores formando redes de canales, parece una sirena que ha huido de su elemento para guarecerse á la sombra de los mangles y de los tamarindos, y vivir constante

mente coronada de pasionarias de esquisito y desconocido perfume.

Un hijo de aquella antigua y galana ciudad debo amarla mucho, y llorarla amargamente, si como en el caso del P. Aguirre piensa en ella desde un lugar apartado.

Breve descripción de la ciudad de Guayaquil. 10.

(FRAGMENTO.)

Guayaquil ciudad hermosa,
De la América guirnalda,
De tierra bella esmeralda,
Y del mar perla preciosa:
Cuya costa poderosa,
Abrija tesoro tanto,
Que con suavísimo encanto,
Entre nácares divisa,
Conjulado en gracia y risa,
Cuanto el alba vierte en llanto.
Ciudad que es por su esplendor
Entre las que dora l'ebor,
La mejor del mundo nuevo,
Y aun del orbe la mejor:
Abunda en todo primor,
En toda riqueza abunda;
Pero es mucho más fecunda
En injénios, de manera
Que siendo en todo primera,
Es en esto sin segunda.
Tribútale con desvelo
Entre singulares modos,
La tierra sus frutos todos,
Sus influencias el cielo:

10 Extracto de una carta joco-séria escrita por el autor á su cuñado D. Jerónimo Mendiola, describiendole á Guayaquil y Quito.

Hasta el río que con anhelo
Soberbiamente levanta
Su cristalina garganta
Para tragarse esta perla,
Deteniendo su ira al verla
La besa humilde la planta.

Los elementos de intento
La miran con tal agrado,
Que parece se han formado
De todos un elemento:
Ni en ráfagas brama el viento,
Ni son fuego sus calores,
Ni en agua y tierra hay rigores;
Y así llega á dominar,
En tierra, fuego, aire y mar,
Peces, aves, luces, flores.

Los rayos que al sol repasan
Aquí sus ardores frustran,
Pues son luces que la ilustran,
Y no incendios que la abrasan:
Las lluvias nunca propasan
De un rocío que de prisa,
Al terreno fertiliza,
Y que equivale en su tanto,
De la aura al tierno llanto,
Del alba á la bella brisa.

Templados de esta manera
Calor y fresco entre sí,
Hacen que florezca aquí
Una eterna primavera.
Por lo cual si la alta esfera
Fuera capaz de desvelos,
Sin duda tuviera celos
De ver que en blason fecundo,
Abriga en su seno el mundo
Este trozo de los cielos.

Tanta hermosura hay en ella
Que dudo, al ver su primor,

Si acaso es del cielo flor,
Si acaso es del mundo estrella.
Es, en fin, ciudad tan bella,
Que parece en tal hechizo,
Que la omnipotencia quiso
Dar una señal patente
De que está en el occidente
El terrenal paraíso.

Esta ciudad primorosa
Manantial de jente amable,
Cortés, discreta y afable
Advertida é ingeniosa,
Fué mi patria venturosa,
Pero la siempre importuna
Crueldad de mi fortuna,
Rompiendo á mi dicha el lazo,
Me arrebató del regazo
De esta mi adorada cuna....

Nos cabe la suerte de haber presentado al público americano, las obras desconocidas del P. Aguirre. Podemos decir con propiedad del libro manuscrito que las contenia: *habent sua fata libelli*, puesto que no es poco caprichoso el destino que le cabe, viniendo á ver la luz publica, á los ciento veinte años [cuando menos] despues de escrito, y en una de las ciudades americanas mas apartada de aquella en donde nació el autor y en donde éste ensayó el talento poético que ha rescatado su nombre del olvido.

PEDRO DE OÑA¹

Poeta épico de fines del siglo XVI y principios del siguiente.

—
Nuevo son, nuevo canto, nuevo Homero.
(Francisco de Figueroa.)

“Donde ha habido tanta *bravosidad de armas*, no faltará la suavidad y belleza de las letras en sus propios hijos.”

1 El presente estudio sobre el épico chileno, apareció impreso en Valparaíso en el año 1848 para que sirviera de prospecto al ARAUCO DOMADO, poema de que dimos allí una edición, valiéndonos del ejemplar que existía en la rica biblioteca pública de Lima, y que nos facilitó jenerosamente el Ministro del gobierno del Perú D. Felipe Pardo, aventajado literato de aquella república. Como nuestro prospecto no sacó á luz nuestro nombre y apellido, sino bajo el velo de sus tres modestas iniciales, fué para cierto escritor de Madrid, una especie de arca abierta en que metió la mano cometiendo el feo pecado de plájio. El hecho es que bajo el título de “literatura chilena” y firmado por el tal escritor, apareció nuestro juicio crítico sobre Oña, en el acreditado periódico, SEMANARIO PINTORESCO ESPAÑOL, según lo supimos no ha mucho tiempo leyendo el N^o 4^o del T. 1^o de la Revista de Sud América, en donde se hace justicia al verdadero autor y al que se atribuyó el trabajo ajeno. Mas tarde supimos también por la prensa literaria de Chile, que el editor de Oña, en la colección de clásicos españoles de Rivadeneira, se había aprovechado de nuestra labor sin dar á conocer la fuente en que bebía algunas de sus ideas. Esta aceptación indirecta alcanzada ante el juicio de literatos de nota, ha hecho que estimemos en algo á nuestro artículo, y que le reconozcamos al fin como á hijo lejítimo reproduciéndole con nuestro nombre en un periódico de nuestro país, como lo verificamos ahora.

Habia corrido la mayor parte del año 1611, cuando estampaba estas palabras el autor de los *Comentarios Reales del Perú*, al enumerar lo mucho que tenían que decir los que escribiesen los sucesos del reino de Chile; teatro de porfiada lucha entre españoles y araucanos.

Ignoraba el buen Inca, que en los orígenes del Bio-bio, entre las murallas mal seguras de un fuerte avanzado en el desierto, había nacido uno de los historiadores de su patria. Y no solo había nacido, sino que corría ya desde seis años atrás, la segunda edición de la obra de aquel á quien queremos llamar historiador.

Es este, el Licenciado Pedro de Oña: su obra el poema *Arauco Domado*, escrito en estancias de ocho endecasílabos, en diezinueve cantos y dirigido á Don Hurtado de Mendoza.

Pedro de Oña nació en la ciudad de los *Confinés*, última de las siete que fundó Valdivia en el territorio araucano, á la márjen oriental del Biobio, veinte leguas distante de Concepcion. Conservó su nombre aquella ciudad, apesar de que al cambiar de situacion, mediante el gobierno de D. García [1560] debía denominarse ciudad de los Infantes, por órden de aquel gobernador. Pedro de Oña devotísimo de la casa de Mendoza, y orgulloso del romántico destino de su nacimiento, se llama, al frente de su poema, *natural de los Infantes de Engol en Chile*, desvaneciendo así toda duda acerca de su oríjen.

Fué su padre el capitan Gregorio de Oña el cual *murió peleando en la guerra de Chile en las filas del ejército de D. García de Mendoza*. No puede leerse sin emocion la estrofa que el hijo le consagra en el canto nono, (al fólío 153 vuelto de la edicion de 1605.)

Y tú mi padre caro; mas perdona,
Que no he de dar motivo con loarte,
A que, diziédo alguno que soy parte,
Ofenda mi verdad y tu persona:
Por esto callaré lo que pregona
La voz universal en toda parte,
Y perderás, por ser mi padre amado,
Lo que por ser tu hijo, yo he ganado.²

El apellido de Oña no es oscuro en América, particularmente en los primeros tiempos de la dominación española. Un Oña, del mismo nombre de nuestro poeta, fué Maestre de Campo de D. Diego de Almagro, durante las guerras civiles del Perú; y el primer provincial de la orden religiosa de San Francisco en aquel mismo reino, fué fray Luis de Oña, por los años de 1553. En el antiguo reino de Quito existió también una villa de Oña, en la latitud de 3° 21', no sabemos si denominada así en recuerdo de su fundador ó de los lugares de España que tienen igual nombre.

Segun el testimonio del abate D. Juan Ignacio Molina, fué siempre muy estimada en Chile la ciencia de las leyes; y muchos jóvenes chilenos pasaban á instruirse al Perú, donde aquella facultad se enseñaba con particular aplauso. De este número debió ser el Licenciado Pedro de Oña, pues al frente de su poema se dá el título de *colejial del Real Colejio mayor de San Felipe y San Marcos de Lima*. No sabemos de qué edad era cuando pasó al Perú; pero se infiere que no debia ser muy niño, entónces, puesto que habia podido adquirir, de los propios indios, el conocimiento de sus costumbres, de sus prácticas relijiosas y de su idioma:

² Se ha conservado la ortografía de la segunda edicion.

Helo sabido yo de muchos dellos,
Por ser en su país mi patria amada,
Y conocer *su frasis, lengua, y modo,*
Que para darme crédito, es el todo.

La primera labor literaria que salió de sus manos, fué el *Araneo Domado*, impreso por primera vez en la ciudad de los Reyes el año de 1596. Trece años despues, publicó en la misma ciudad otro poema en un sólo canto en octavas con el título: *Temblo de Lima en el año 1609.*³

A mas de estos escritos, conocemos del mismo autor una *Cancion Real*, impresa al frente de un libro consagrado á los méritos y milagros de San Francisco Solano: en esta cancion se recojen las *escelencias del Santo derramadas por aquel docto libro*, haciendo el autor que las refiera el rio de Lima al Tiber de Roma. Un soneto de Oña á la Universidad de San Marcos de Lima, se halla á la cabeza de la primera publicacion de las "Instituciones y Ordenanzas" de aquel cuerpo, año de 1602.

En la silva segunda del *Laurel de Apolo*, Lope de Vega atribuye á Oña un

"Poema heróico, armonioso, suave
Del Patriarca Ignacio de Loyola;"

el cual le hallamos incluído en el catálogo de poemas épicos que trae el Sr. Gil y Zárate en su *Manual de Literatura*, bajo el título del *Ignacio de Cantabria*, sin indicar, ni el metro, ni el número de cantos, ni el lugar y fecha de la impresion. La lista de poemas de este manual, está

formada con una precipitacion reprehensible, desde que lleva la intencion de servir al estudio de los jóvenes. Entre sus febs descuidos se halla el de dar por anónimo el poema titulado *Elocuencia del Silencio*, cuando es escrito por el Sr. Reina Ceballos, natural de Méjico, como terminantemente se dice al frente de la edicion de Madrid de 1788.

En el canto segundo del *Arauco Domado*, en una de las veces en que se dirige el autor al gobernador Mendoza, le promete *vestir en traje pastoril* sus venturosos lances en la corte: palabras con que promete, sin duda, otra obra poética sobre los hechos civiles de su héroe, ensayando en ella otro jénero de estilo y de composicion.

De los escritores que se hallan en las circunstancias de Oña, por el lugar y época del nacimiento, son poquísimas las noticias que se tienen: esas mismas se hallan diseminadas en libros escasos, oscuros y faltos absolutamente de método. Quién podrá creer que en una obra que tiene por título el *Sol del Nuevo Mundo*, y por asunto las virtudes y trabajos de un santo Arzobispo, se hallen las noticias mas precisas que conocemos sobre los escritores de esta parte de América?

Así que, no podemos asegurar si en la anterior noticia se han mencionado ó nó todas las obras del autor. Nos inclinamos á creer que no, y que menos fructuoso ha sido el empeño de nuestras pesquisas que la vena poética del Licenciado.

Cinco poemas sobre la guerra araucana menciona el abate D. Juan I. Molina en la lista de los libros que le sirvieron para componer su historia. Ercilla, á la cabeza de los autores de aquellos poemas, con el éxito feliz de

sus bellísimas octavas, les indujo á la tentacion de poetizar sobre tan nueva como interesante materia. Fué Oña de este número, y á nada ménos aspiró que á reparar la tibieza con que D. Alonso se condujo en su poema con el gobernador Hurtado de Mendoza, el *mozo capitán acelerado*.

Pensó callando así, dejar cerrada
De vnestra gloria y méritós la puerta,
Y la dejó de par en par abierta,
Dejando su pasion descerrajada:
Sin vos quedó su historia deslustrada,
Y en opinion quicá de no tan cierta....

Quién á cantar de Arauco se atreviera
Despues de la riquísima Araucana?....

Pero, aun cuando Oña hubiese quedado vencido en la justa que se atrevió á abrir con D. Alonso de Ercilla, no por eso quedaria deslucido, pues fueron nobles los motivos de aquel intento. Eran glorias de su patria las que debia cantar; el suelo de su nacimiento el que debia describir, y era ambicioso de la fama como suelen ser los corazones elevados. Apesar de haber dicho:

El vulgo fácil es el mar hinchado,
Es la barquilla frágil mi talento....

soltó la vela á su injénio, desafiando todos los temporales, á precio de conquistar un nombre. Sin dejar de ser modesto, cedió á la mas irresistible de las tentaciones, al canto de esa sirena que oye el poeta en las vijilias de sus noches:

“Por ser el popular aplauso un viento
Que entra sutil al corazón mas santo.”⁴

La acción del poema *Arauco Domado*, empieza por la pintura del Estado de Chile,

Quando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
Teniendo tan en poco lo del suelo,
Para con el rigor de sus espadas:
Y cuando sobre picas levantadas
[O lúgubre espectáculo, y señuelo,]
Andaban las católicas cabeças
Cortadas de sus troncos hechos piezas.

Dé blancos huesos, blanca parecfa
La verde superficie de la tierra,
Y à las corrientes claras de la sierra
La derramada sangre enrojecía.

La tierra Tucapel y Rengo espanta,
Brama Lincoya, y muéstrase valiente;
Por ver su fuerza idólatra crecida,
Y la del fiel ejército perdida.

Diezisiete cantos se consagran á la relación de los hechos que empiezan en 1557 con el desembarco de las tropas de Mendoza, y terminan con la batalla naval que D. Beltran de Castro dió al pirata ingles Hawkins; apellido que siendo rudo para los oídos del poeta, somete á una especie de disfraz armopioso, escribiendo *Aquines*. Algunos otros, á mas de este episodio final, interrumpen de cuando en cuando la relación de los trabajos militares y de los horrores de la guerra terrestre.

⁴ Cancion á San Francisco Solano.

Promete Oña al terminar su poema una *segunda parte* escrita

“*Con pié mas lento y mano mas fecunda*”;

pero nunca la publicó, estando al testimonio de las *Bibliotecas* mas acreditadas.

El Aranco Domado, como los otros poemas sobre la misma materia, pierden de su mérito por el paralelo que han de sostener con la Araucana. Infinita es la distancia entre este y aquel poema, mas no por eso son merecedoras de olvido, ni desden las sencillas estancias de Oña. Su libro es precioso, no solo por lo raro que se ha hecho en el mundo, sino porque es una de las fuentes á que se ocurre á empaparse en la verdad cuando se ha de escribir sobre ciertos periodos de la primitiva historia de Chile.

Para este pais milita una razon especial de aprecio hácia Oña, pues de él puede decirse como de Ercilla:

Que en el heróico verso fué el primero

Que honró á su patria

Nosotros no elojaremos ni haremos crítica de las imperfecciones de este poema. En cuanto á su estructura, seria injusticia exigirle la armazon épica cuando su autor (como dice Quintana con propósito análogo al nuestro) no se propuso hacer una epopeya sino una *narracion* verídica de los acontecimientos acaecidos mediante el gobierno de Mendoza, *algun tanto amenizada con los halagos de la versificacion y del estilo, y con algunos episodios*. El autor mismo dice en varios de sus primeros cantos: particularmente en el IV:

No es fábula ni poética figura,
Dicción artificiosa, ni ornamento,
Sino verdad patente, la que cuento,
Que es de lo que se precia mi escritura. . . .

Nos limitaremos por lo tanto á dar algunas muestras del estilo y del mérito poético de este poema, copiando uno que otro pasaje, uno que otro pensamiento, para no ser prolijos. Si puede servir de excusa á las faltas de un escritor la precipitacion con que trabaja, debemos advertir que Oña producía con rapidez sus estancias, aguijonado por amigos ó por jente importuna.

Cuando á mas de mediado el canto octavo, ha escrito ya unas *seis mil* versos, entónces dice parodiando uno de los mas conocidos aforismos médicos:

Es el discurso largo el tiempo breve,
Cortísimo el caudal de parte mia,
Y danme tanta prisa cada dia,
Que no me dejan ir como se debe. . . .

No tenía nuestro poeta por rémora de su impaciencia, el precepto de trabajar con reposo á pesar de toda urgencia y de cualquier mandato, pues probablemente ya no podía oír las voces del mundo quando Boileau publicaba su *Arte poética*. Parece por otra parte, que bajo el cielo que inspira á Oña, sazonan en menos tiempo los frutos literales, y que por consiguiente no es allí donde haya de hacerse caso del *nonum propter in annum*. Bastarón al Dr. D. Pedro de Peralta Barnuevo, diez y ocho meses, *interrumpidos*, para relatar en *mil ciento cuarenta octavas*, no solo la conquista del Perú y fundacion de Lima por el marqués de los Atabillos, sino el elogio de los virreyes y arzobispos; santos y varones ilustres de

aquel vasto imperio. Y por cierto que ni carece de bellezas el poema, *Lima Fundada*, ni los resabios de culteranismo desvirtuan del todo la discreción de las palabras con que su autor se defiende del cargo de apresurado que pudiera hacérsele: *es cultura enfadosa, dice, gastar muchos años de riego para no ser palma; y risible trabajo, pintar eterno para no ser Zeuxis.*

El poema de Oña salió en la 2ª edición, de la imprenta de Juan de la Cuesta, bajo el patrocinio de los elogios y aprobaciones laudatorias que encabezan todo libro español de aquellos tiempos. El famoso Francisco de Figueroa, cuando ya habia conseguido fama de denodado guerrero y de poeta *divino*, no tuvo á menos dedicar una sonora cancion al héroe, y al poeta

..... "que en la rica
Bárbara, fértil Chile, el metal toma,
Y entre las manos lo quebranta y doma;
Y forja tal la trompa
Como ni el tiempo la consume ó rompa.

El licenciado Juan de Villela, alcaldé de Corte de la real audiencia de los Reyes, dice que en este libro "de mas del nuevo modo en las correspondencias de las rimas... descubre su autor muchas lumbres de natural poesía, tanto mas dignas de estimacion en un hijo de estos Reinos, quanto (por la poca antigüedad de la nacion Española en ellos) tienen menos de cultura y arte." El nuevo modo de la correspondencia de las rimas, debió ser cosa que llamara entonces la atencion, pues el mismo Figueroa alude á ello en el verso que sirve de epigrafe á este artículo. Efectivamente la estancia de Oña, no es la octava real de ocho versos endecasílabos, inventada

por los italianos, en la cual riman entre sí los pares é impares de los seis primeros versos, y los dos últimos son pareados. La estancia de Oña tiene la disposición del soneto en sus cinco primeros versos y con el sexto riman el segundo y tercero, quedando en ella, como en la octava real, pareados los dos versos finales.

El P. Estevan de Avila de la Compañía de Jesús,

.... “jénio luciente,
Tan claro en el rigor de las censuras,”

como lo llama el Dr. D. Pedro de Peralta, dice en su aprobación, que el libro que se intitula *ARAUCO DOMADO*, es libro que tiene “muchas y grandes sentencias, muy importantes para la vida humana: y es muy aparejado para incitar mediante su levantado estilo, los ánimos de los caballeros á emprender hechos señalados y heróicos... Todo lo cual arguye el grande injénio de que Dios dotó al autor.”

Injenioso le llama fray Antonio de la Calancha en su crónica de San Agustín; y M. Ternaux-Compans, que se muestra demasiado severo al juzgar el mérito literario del Arauco, lo considera *precioso* por las *noticias* que dá de las *costumbres* de los indios chilenos *que el autor conocia perfectamente.*

Después de tan envidiables testimonios de aprecio, todavía puede aspirar el autor á otro aun mas glorioso. Treinta y cuatro años llevaba ya de vida pública el poema del Arauco Domado, cuando Lope de Vega, llamaba *grave* á la lira del autor, cuyas sienes cañía con el ambicionado Laurel de Apolo.

Dos centurias y media han pasado sobre el poema de

que vamos hablando, y en consideracion á sus años tiene derecho á que le sean perdonados sus dejos de mal gusto, la afectacion de sentencioso, las flaquezas de entonacion, el desgreño y poca cultura que á veces empañan sus estancias.

Pero si este poema que no carece de bellezas, no se recomendase por su valor literario tendria para nosotros el mérito que proviene de la patria que cupo en suerte á su autor, de la consideracion que goza como monumento histórico, y de lo raras que se han hecho sus ediciones en el comercio de libros.

De los ejemplares de la primera, impresa en Lima en 1596—sesenta y un años despues de fundada aquella ciudad—puede asegurarse que será muy raro el que se encuentre en el mundo: talvez sea el único el que parece poseer en su famosa biblioteca el Sr. Ternaux—El exacto y erudito D. Nicolas Antonio, al poner en duda la patria del autor, deja conocer que nunca vió su libro, pues al frente de él la espresa terminantemente, como dijimos al principio.⁵

Esta escasez de una obra que completa toda coleccion de historiadores sobre América, y que es á mas una curiosidad literaria, hace que en hoy excesivo el precio de los escasos ejemplares que circulan entre poquissimos estudiosos y aficionados á libros no comunes.

D. Vicente Salvà, en su catálogo de Paris, al anunciar

5. Pedro de Oña, probablemente oriundo de Chile, escribió un poema histórico intitulado "Arauco Domado" que se imprimió en Madrid en 1596 en 4º y en 1608 en 8º. Es tambien autor de otra obra poética con el título de "Teñidor de Lima del año 1619," que se publicó en la misma ciudad y en el mismo año. Nicol. Ant. Bibliotheca hispana nova t. 2º

en venta un ejemplar de la edicion española, le fija el precio de *treinta francos*, [seis pesos fuertes] dando por razon que *ha llegado á ser imposible hallar este poema á no ser en un número reducido de bibliotecas.*

“En el Manual del librero y el aficionado á libros” de M. J. Ch. Brunet (4.^a edicion) se vé que un ejemplar del Arauco Domado forrado en marroquí se vendió en Paris en cincuenta francos. Este hecho parece comunicado por M. Ch. Nodier, no ménos señalado por su injénio que por su conocimiento en el valor material de los monumentos raros de la literatura española. Diremos de paso; que el artículo de M. Brunet sobre Pedro de Oña, está plagado de errores, citando á Nicolas Antonio. Llama por ejemplo, edicion de Madrid á la de 1596;—edicion que salió de las prensas de *Antonio Ricardo de Turin, primer impresor* de los reinos del Perú.

Pasemos ahora á mostrar algunas de las bellezas de nuestro poema, como lo hemos prometido arriba.

Al llegar á Chile Mendoza, trataban muy mal los encomenderos á sus indios y les recargaban de terribles trabajos en el laboreo de las minas (sin esceptuar á las madres ni á las doncellas). A este propósito habla así el poeta:

Hermosas dueñas, vírjenes apuestas
Que era contento y lástima el mirallas,
Llevaban el sustento y vituallas
(Por mas que fuesen débiles) acuestas: . . .

Así cargadas víerades algunas
Los encolmados vientres á las bocas,

Y fuera deste número, no pocas,
Con sus recién nacidos en las cunas: . . .⁶

.....
En vez de las diademas y guirnaldas
Iba el pesado yole⁷ y grave cesta,
Y en trueque de la llíqueda compuesta,
El enchiguado⁸ trigo á las espaldas;
En cambio de las perlas y esmeraldas,
Llevaban la inclinada frente honesta
Bordadada de un licor aljofarado
A fuerza de fatigas destilado.

Cant. III.

Esta conducta usada con los *pobres naturales*, le hace
esclamar al poeta contra la avaricia:

O siempre viva hambre del dinero
Disimulada muerte de mortales,
Polilla de las almas gastadora,
Hinchada sanguisuela chupadora!

No muy distante de estos versos, hallamos otros sobre
la vanidad de las glorias terrestres:

O cuán de vidrio que es la gloria tuya,
Caduco mundo, báculo cascado,
A donde bien lo paga quien se arrima,
Pues dando al fin en vago se lastima!
Qué de horas malas das por una buena,
Por un granillo de oro cuánta escoria,
Por el adarme y átomo de gloria,
Qué bien pesado vá el quintal de penal

Cant. III.

⁶ Cunas de tal hechura que las pueden llevar á cuestras donde quiera que van.—(N. del autor.)

⁷ Una canasta tejida de bejuços —(N. del autor.)

⁸ Chigua es á modo de fardal armado sobre aros de caña verde y trabados de tomisas de paja.—(N. del autor.)

No hoy en estas reflexiones subilidad y sencillez? A mas de ingenio y sentimiento, debia tener el que las escribió predileccion especial por los grandes maestros latinos é italianos, cuyo sabor deja sentir en este como en otros muchos pasajes.

Lrs sentencias siguientes son tomadas sin eleccion entre las muchas que se encierran jeneralmente en los pareados finales de las estrofas:

Pues es costumbre propia de los buenos
Que vayan siempre á mas y nunca á menos.

Cant. I.

Virtud está en el medio como en quicio
Y siempre en los estremos anda el vicio.

Cant. III.

Pues mas abiertamente que en la palma
Se suele por el cuerpo ver el alma.

Cant. III.

..... dónde no hay filosofía,
No puede haber lejítima poesía.

Cant. XIV.

Reflexiona sobre la inestabilidad de la fortuna comparándola con una de las penas del infierno de los antiguos:

Tiene fortuna varia la costumbre
De la pesada piedra sisifea,
Que el su ventura Sísifo rodea
Con fatigada prisa hasta la cumbre
De donde con su misma pesadumbre
Hácia lo bajo súbito voltea,
Y sin que de parar ella se acuerde,
Apénas toma pié cuando lo pierde.

Cant. II.

La comparacion en todos sus diferentes modos está aplicada en este poema, y á veces la naturaleza del asunto hace que aquella tenga novedad y mucho atractivo. La presteza en acudir al llamado de D. García para la expedicion á Chile, ha sujerido á Oña la siguiente estrofa:

No acuden á la voz del padre vivo
Por muerto en larga ausencia reputado,
La madre, la mujer, el hijo amado
Con paso tan ligero y sucesivo:
Ni al reclamar del pájaro cautivo
Tan presto llega el otro libertado,
Como al reclamo y voz de D. García,
Jente de todas partes concurría.

Cant. I.

Habla de los gallardetes de una armada dados al *amor de la corriente* del viento:

Bien como si el arroyo cristalino
A su raudal entrega la ramilla,
Que estaba remirándose en la orilla
Sin ver por dónde ó cómo el agua vino:
Vereis que por llevarla de camino
El hace su poder por desasilla,
Y ella segun se tiende y se recrea,
Parece que otra cosa no desca.

Cant. I.

Entre todas las anteriores, nos parece sobresalir la siguiente comparacion, por lo remoto de los símiles entre sí, por su aire sin afeite, y por su mucha precision:

... Pues cuento bien parece la llanada
En la sublime cumbre del collado,
Parece la humildad allá en la cima
Del hombre que es tenido en mas estima.

Cant. III.

La serenidad y el disimulo de las impresiones del peligro en los grandes conflictos, les pinta de esta manera:

Es un profundo abismo de cordura
En tales ocasiones ser callado,
Y estando el corazon alborotado,
Finjir tranquila y mansa la figura:
El rio miéntras tiene mas hondura
Vereis que vá mas sesgo y sosegado,
Disimulando á causa de su fondo
Aquel raudal que lleva por lo hondo.

Cant. XIV.

Concluamos estas citas, copiando algunas de las estancias del episodio del canto V, en que se pintan los solares de Caupolican y de Fresia, y el sitio donde tenian lugar.

Este trozo tiene la gloria de haber inspirado bellisimas escenas dramáticas al afamado Lope de Vega.⁹

Estaba á la sazón Caupolicano
En un lugar ameno de Elicura,
Do por gozar del sol en su frescura
Se vino con su Pulla mano á mano:
Merece tal visita el verde llano,
Por ser de tanta gracia y hermosura,
Que allí las flores tienen por floreo
Coimalle las medidas al deseo. . . .

.....
En todo tiempo el rico y fértil prado
Está de yerba y flores guarnecido,
Las cuales muestran siempre su vestido
De trémulos aljófares bordado:

⁹ Alude á la primera jornada de la comedia *Arauco Domado*: con el mismo título hay otra escrita por nueve ingenios, impresa en 1622. Lope trató otro asunto chileno en su comedia *El Marqués de Cañete en Arauco* segun Pinelo no se ha impreso. El teatro español cuenta varios otros dramas sobre la misma materia.

Aquí vereis la rosa de encarnado,
Allí el clavel de púrpura teñido,
Los turquesados lirios, las violas,
Jazmines, azucenas, amapolas.

Revuélvese el arroyo sinuoso
Hecho de puro vidrio una cadena,
Por la floresta plácida y amena,
Bajando desde el monte pedregoso;
Y con murmurio grato sonoro
Despacha al hondo mar la rica vena,
Cruzándola y haciendo en varios modos
Descansos, paradillas, y recodos.

Vense por ámbas márgenes pobladas
El mirto, el salce, el álamo, el aliso,
El sauco, fresno, nardo y cypariso,
Los pinos y los cedros encumbrados,
Con otros frescos árboles copados
Traspuestos del primero Paraiso,
Por cuya hoja el viento en puntos graves
El bajo lleva al tiple de las aves.

Tambien se ve la yedra enamorada
Que con su verde brazo retorcido
Ciñe lasciva el tronco mal pulido
De la derecha haya levantada:
Y en conyugal amor se ve abrazada
La vid alegre al olmo envejecido,
Por quien sus tiernos pámpanos prohija,
Conque lo enlaza encrespa y ensortija.

..

La fuente que con saltos mal medidos
Por la frisada, tosca y dura peña
En fujitivo golpe se despeña,
Llevándose de paso los oídos,
En medio de los árboles floridos,
Y crespos de la hojosa y verde greña

Enfrena el curso oblicuo y espumoso
Haciéndose un estanque deleitoso.

.....

Los árboles se ven tan claramente
En la materia líquida y serena,
Que no sabreis cual es la rama viva,
Si la que está debajo ó la de arriba.

Aquí Canpolicano caluroso
Con Fresia (como dije) sesteaba
Y sus pasados lances le acordaba
Por tierno estilo y término amoroso:
No estaba de la guerra cuidadoso,
Ni cosa por su cargo se le daba,
Porque do está el amor apoderado
Apénas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca,
La ociosidad por otra le convida
Para comunicar á su querida
Palabra, mano, pecho, rostro y boca;
Y al regalado son que amor le toca,
Le canta, dulce gloria, dulce vida,
¿Quién goza como yo de bien tan alto
Sin pena, sin temor ni sobresalto?

Descienden al estanque juntamente
Que los está llamando su frescura,
Y Apolo que tambien los apresura
Por se mostrar entónces mas ardiente:
El hijo de Leocan gallardamente
Descubre la corpórea compostura,
Espalda y pechos anchos, muslo grueso,
Proporcionada carne y fuerte hueso.

.....

Desnudo al agua súbito se arroja,
La cual con alboroto encanecido
Al recibirle forma aquel ruido
Que el árbol, sacudiéndole la hoja

Su regalada Fresia que lo atiende
Y sola no se puede sufrir tanto .
Con ademán airoso lanza el manto,
Y la delgada túnica desprende:
.....

Descúbrese un alegre objeto hermoso
Bastante causador de muerte y vida,
Que el monte y valle viéndolo se ufana
Creuyendo que despunta la mañana.

Es el cabello liso y ondeado,
Su frente, cuello y mano son de nieve,
Su boca de rubí graciosa y breve,
La vista garza, el pecho revelado:
De torno el brazo, el vientre jaspado
Columna á quien el Paro parias debe,
Su tierno y albo pié por la verdura
Al blanco cisne vense en la blancura.
.....

Va zambullendo, el cuerpo sumerjido,
Que muestra por debajo el agnâ pura,
Del cándido alabastro la blancura
Si tiene sobre sí cristal bruñido:
Hasta que dá en los pies de su querido,
A donde con el agna á la cintura
Se enhiesta sacudiéndose el cabello,
Y echándole los brazos por el cuello.
.....

Alguna vez el ruido se desata,
Y ella se finje esquiva, y se escabulle,
Mas el galán siguiéndola zambulle
Y por el pié nevado la arrebatâ:
El agua salta arriba vuelta en plata,
Y abajo la menuda arena bulle,
La tórtola ambiciosa que los mira,
Mas triste por su pájaro suspira:
.....

Estos juegos amorosos de dos hijos de la naturaleza, descriptos con tanta verdad y tanta gracia, son interrumpidos con la súbita aparición de un mensajero infernal,

La disfrazada furia de Mejera,

que reprueba la molición del Cacique y le llama á la guerra y á la venganza. A los versos embriagados de amor se suceden otros coléricos, robustos, graves, que pueden servir de muestra de la alta entonación que alcanza Oña cuando quiere producir los efectos en que ella es necesaria.

No es tiempo agora, príncipe Araucanó,
De darte á pasatiempos y placeres,
Ni de rendirte al pié de las mujeres,
Pendiendo todo el Reino de tu mano:
No ves el nuevo ejército cristiano,
Que sin respeto alguno de quien cres,
Su huella imprime ya en la tierra tuya
Con vana presunción de hacerla suya?
Quedó Caupolican alborotado
Oyendo novedad tan espantosa,
Y Fresia despulsada y pavorosa,
Su blanco velo en pálido trocado:

.....

La Furia toma dos vívoras de las que forman su cabellera y las introduce en el pecho de los amantes.

Deslízanse revueltas por los pechos
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rabias y despechos:
Conque en furor diabólico deshechos
Ya los infelices ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan
Ya del veneno, hinchándose, revientan.

Mejera entonces, viéndolos dispuestos,
Prosigue: Toma en tí Caupolicano,
Que ser señor del mundo está en tu mano
Si sabes acudir con pasos prestos:
Sabrás que cien cristianos descompuestos¹⁰
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Penco un flaco muro
Donde los tiene un jóven¹¹ mal seguro.

.....
De qué te sirve ó gran Canpolicano
Lo mucho que en tu gloria tienes hecho,
Si agora que subida está en el techo,
Sufres que den con ella por lo llano?
Y que apesar del crédito araucano,
Un mozo advenedizo tenga pecho,
Para que solo en fé del tierno suyo,
Se ponga al duro encuentro de ese tuyo?

Cómo? qué? tu soberbia frente altiva
Podrá sufrir agora ver delante
Que con desprecio della la levante
Uno que en verdes años solo estriba?
Y que con poca jente apénas viva
Ose salir á puesto semejante,
A tiro de ponerse, en tierra firme,
Contigo rostro á rostro, y firme á firme?

Cant. V.

Entre las muchas bellezas que habíamos anotado en la
lectura jeneral de este poema, hemos tomado sin mayor
detenimiento aquellas de poca estension que se nos ve-
nian á las manos. Espresamente no hemos querido co-
piar nada acerca de costumbres de los indios, ni de bata-

10 La jente de D. Garcia que habia tomado puerto en Talcahuauo des-
pues de una tormenta.

11 D. Garcia contaba 22 años de edad cuando vino á Chile.

llas, ni de alardes, ni de reseñas militares, ni de retratos de guerreros, ni de sus combates singulares; porque siendo todo esto de la materia y tejido jeneral de la obra no era fácil presentarlo en miembros desligados: por otra parte hemos querido hacer mas vivo y nuevo el placer presentando muestra de aquello que talvez no se esperaba en un poema que se titula Arauco Domado, y que debe suponerse todo él escrito con sangre.

Queda lo principal y mas granado
De lo que sólo á Chile pertenece. . . .

Canto XIX y último.

El estudio que acabamos de hacer de un libro desconocido, no es un trabajo emprendido sin cálculo, ni la satisfaccion de uno de esos apetitos caprichosos que á veces experimenta el espíritu vagabundo.—Creemos que los pueblos, á manera de las familias, deben conservar piadosamente las efijies de sus mayores y la leyenda de sus hechos: no por vana ostentacion ni por lujo aristocrático, sino para estimularse al bien y al heroismo con el recuerdo de lo bueno que aquellos practicaron en vida. La América ha producido hombres eminentes: en el foro y en la erudicion á Pinelo; en la historia á Clavijero, á Molina, á Funes; en la letras á Ruiz de Alarcon; en las ciencias á Sigüenza y Góngora, á Caldas, á Unanue. . . . En santidad y buenas costumbres se han levantado tanto algunos americanos de ambos sexos, que la mano de los Pontífices ha puesto sus imágenes en los altares y sus nombres en las sagradas páginas de la liturjía.

Fundida la América en una misma y gran nacion con su metrópoli, pasaron como cosas de España los hombres

americanos y tambien sus obras. Las glórias de nuestro continente no han empezado á ser nuestras, sino desde principios de este siglo.—Y no son tan pequeñas aquellas glorias que no merezcan reivindicarse.

Donde nadie creyó que hubiese mundo,¹² estaban destinados á nacer nada ménos que los inspiradores, si no los maestros, de dos portentosos injenios europeos.

Si el mejicano Ruiz de Alarcon no hubiese escrito la *Verdad Sospechosa*, no contaria el teatro frances, entre sus bellezas clásicas al *Mentiroso* del gran Corneille. Si Pedro de Oña, no hubiese escrito el *Arauco Domado*, es muy probable que Lope de Vega, tampoco hubiera escrito el drama de igual título, ni el canto de amor y las escenas al borde del agua, entre Caupolican y su querida que embellecen su primera jornada.

12 *Valbuena*—Grandeza mejicana.



D. PABLO DE OLAVIDE
PERUANO DEL SIGLO XVIII.

1725—1803.

Il fut victime du fanatisme des moins et de quelques prêtres ignorants aux yeux de qui c'était faire profession d'impiété que de ne pas vanter leurs maximes qu'ils appelaient religieuses, pieuses et dévotes; et surtout de se montrer l'ennemi de celles qu'ils cherchaient à répandre avec le plus de soin pour faire passer entre leurs maîtres les offrandes et l'argent d'un peuple mal instruit.

(HIST. ORIT. DE L'INQ. D'ESPAGNE, par el Secretario de la misma, canónigo D. Juan Antonio Llorente, T. 2º, páj. 544—Paris 1817.)

En muchas y notables obras, sin contar los diccionarios biográficos, se halla consignado el nombre del personaje á quien damos cabida hoy en la galeria de los poetas americanos anteriores al siglo presente. Coxe y del Rio, al escribir la historia del reinado de Cárlos III

de España, Llorente revelando las sombrías y misteriosas escenas de un tribunal célebre, Villanueva trazando el cuadro de la vida literaria de su época, los Franceses Burgoing y Didier como viajeros estudiosos en la península, nos han dejado las páginas sueltas que tratamos de reunir en esta noticia biográfica reduciéndolas al menor espacio posible. El encuentro de estos autores con la persona de nuestro poeta, era indispensable. Ella resalta como ~~de~~ bulto entre las mas notables del reinado del único Borbon de la rama española cuya memoria infunda algun respeto. Olavide es el representante genuino de su siglo en el seno de la sociedad mas apegada á lo vetusto entre cuantas se conocen. No sueña solamente, como alguno de los filósofos de su tiempo, con la felicidad de la especie humana, sino que intenta hacerla práctica, y se esfuerza por presentar el modelo real y vivo de una asociacion de hombres, vinculados á la vida en comun y social, por medio de los jenerosos eslabones de la libertad, de la dignidad personal, de la tolerancia, de la emancipacion de la conciencia y de la inclinacion al bienestar material conquistado por trabajos viriles é inteligentes. Olavide reunia a un amor ardiente por las ciencias y las bellas artes, dotes personales que le atraian la simpatia de cuantos le conocieron. Nadie era mas que él ameno y elocuente; ni mas gallardo de apostura, ni de modales mas delicados. La fortuna le habia sonreido desde su primera juventud, dotándole de bienes abundantes, que son como el barniz del mérito y auxiliares poderosos para dar eficacia á las nobles propensiones del corazon y de la intelijencia. Pero esa misma fortuna no le fué siempre fiel. La mano del fatalismo

volcó la instable rueda y hundióle en la humillacion y en las miserias del cuerpo y del alma, convirtiéndole en una de las víctimas mas notables en la lucha que sostiene el espíritu nuevo.

Cortesano opulento, magistrado de primera clase, administrador de grandes empresas, amigo y corresponsal de los personajes mas notables de su tiempo, literato, poeta, tambien fué un dia huésped humillado de las cárceles de la Inquisicion, mendigo, espatriado y blanco de encarnizada persecucion hasta en territorio extranjero. Es lástima que la fortaleza de su carácter no guardase nivel con la magnitud de su desgracia, y que diera indirectamente razon á sus perseguidores por su conducta en la adversidad. Pero sus mismas debilidades contribuyen al interes que despierta en las almas tolerantes. Estas no podrán menos que disculpar las vacilaciones de un espíritu probado duramento, y que educado en el seno de la sociedad antigua española, fué arrebatado por la tormenta social mas deshecha que han presenciado los siglos. Sean cuales fueran los errores de nuestro poeta, su nombre será por siempre una gloria para la América que le cuenta en el número de sus hijos.

D. Pablo Antonio José de Olavide y Jauregui, nació en la ciudad de Lima el dia 25 de enero del año 1725, de padres acaudalados y de antiguo é ilustre linaje. Allí, en los claustros del colejio de San Martín, estudió con notable aprovechamiento y con suma facilidad, la filosofía, las matemáticas elementales, la jurisprudencia y la teología, graduándose en esta última ciencia el dia 3 de setiembre de 1742, cuando contaba apenas diecisiete años de edad. Tanta aplicacion y precocidad de talento

atrajeron sobre el jóven Olavide no solo la atencion de sus compatriotas sinó tambien la de la Corte; como puede inferirse del nombramiento que en su persona hizo Felipe V, en el año 1745, de Oidor de la Real Audiencia de Lima y Auditor jeneral de guerra del Vireinato del Perú. En el desempeño pasivo de este cargo puramente judicial, se habrian esterilizado las aptitudes brillantes de gobierno y de administracion que poseia el jóven Oidor, si un suceso extraordinario no hubiese venido repentinamente á proporcionarle un teatro de accion digno de su talento y actividad. La ciudad de Lima, cuya atmósfera es tan voluptuosa y serena, está asentada sobre un suelo que frecuentemente se sacude hasta en sus entrañas: en semejantes ocasiones el mar vecino sale á veces de madre y se lleva consigo, como una ráfaga de viento los granos de polvo, los edificios conmovidos ó arruinados. Los moradores heridos de súbito por tan espantosa calamidad cierran el oido á los ayes de las víctimas; el egoismo y el miedo pánico los entorpece, rompen con todas las consideraciones sociales y presentan el espectáculo de la mezcla monstruosa del fervor relijioso mal comprendido, del desórden y el crimen. Una de estas tristes perturbaciones esperimentó la capital del Perú al sonar las diez y media de la noche del 28 de octubre de 1746, hora en que segun los hábitos de aquel entonces, se reunian las familias acomodadas á saborear la cena. En esta disposicion, al ménos, se encontraba el testigo que nos es dado interrogar y á favor de cuya relacion sabemos hoy el papel que cupo al jóven oidor Olavide en aquella dolorosa tragedia. Nnestro testigo es nada ménos que el señor marques de Obando jefe de escuadra y comandante.

jeneral del apostadero del Callao, hombre sereno en los conflictos y de un espíritu despreocupado. Este caballero acostumbraba despreciar los primeros asomos de los terremotos; pero aquella noche salió apresuradamente de su comedor tan luego como sintió que el techo se movía “con poco y sutil ruido,” y apenas llegó á un descubier- to donde había “un rancho construido de palos y cañas para refugio de terremotos,” se vinieron al suelo las ha- bitaciones principales y fachada de su casa. Viéndose allí sin mayor riesgo, pudo con “ánimo tranquilo ob- servar los terribles movimientos de la tierra que parecía, según sus testuales palabras, una bestia robusta sacu- diendo el polvo de su lomo.” Notó que el mayor impetu traía la dirección del Noroeste y que seis minutos de tiempo habían bastado para desplomar los principales techos y paredes de todas las salas y aposentos de su hermosa morada. Mientras tanto los clamores de las voces que se lamentaban entre las nubes de polvo que cubrían el espacio, dieron á comprender á Obando cuál debía ser la extensión del daño y la necesidad de socor- rerlo, y haciéndose acompañar de tres personas robustas de su servicio doméstico, á quienes cargó con algunos frascos de “agua de la Reina de Hungría,” salvados mi- lagrosamente en una alacena, se dirigió á socorrer á las religiosas Mercénarias descalzas que eran sus vecinas. En seguida hizo otro tanto con las de Santa Clara, que estaban más distantes, y regresó á su casa cansado de trepar montones de ruínas. Por una casualidad feliz, los caballos y mulas de su servicio no habían guardado pesebre aquella noche y andaban en libertad en los cor- rales, salvos y sanos. Hizo ensillar un caballo para él.

y una mula para un criado de su entera confianza, y volvió á salir á la calle, llevado de su caridad que se habia exaltado considerando que la Providencia habia salvado á todos los vivientes, racionales é irracionales de su dependencia, incluso las gallinas, con la única escepcion de un negrillo herido en la frente. En esta segunda excursion fué cuando Obando, recorriendo una á una las casas mas notables de Lima, nos pinta la desolacion en que encontró á la familia de Olavide, sorprendida por el terremoto en la calle, regresando de casa del conde de Villanueva del Soto con quien estaba estrechamente emparentada. Pero dejemos hablar al mismo testigo. “Finalmente, dice, encontré la mayor desgracia en las casas de los señores condes de Villanueva del Soto y de don Pablo de Olavide, cuyo parentesco les consideraba de la misma familia, por ser la mujer del primero hermana de la madre del segundo, y todos se hallaban juntos en la casa del conde. Pero habiendo sucedido el terremoto á tiempo de retirarse, les cojió en la calle y fueron los mas sepultados entre las ruinas, donde perecieron padre, madre y una hermana de D. Pablo y por fortuna sacaron viva á la condesa, á doña Micaela con una pierna rota y á doña Josefa sin lesion alguna; pero las tres sin sentido, quasi mortales. Eran las dos, hermanas de D. Pablo, y de gallardo parecer y espíritu, *en que se distinguia esta numerosa familia*, que se vió á un tiempo á punto de extinguirse; y fué necesaria la animosidad de D. Pablo para moderar la tragedia, socorriendo á las que daban señales de vida, cuando llegué á tiempo de contribuir con la agua de la Reina que llevaba conmigo, y sirvió bien apropiadamente.

to.¹ Vamos á ver ahora como la *animosidad* de Olavide no solo vali6 á los miembros de su familia, sino tambien á todos sus conciudadanos. Mas para que pueda medirse la importancia de sus servicios, á pesar de su situacion personal, condenado á llorar la súbita pérdida de sus excelentes padres, consignaremos algunos de los rasgos de aquella afligente escena, tomándolos de la relacion de Obando y de la del virey que por entonces gobernaba al Perú. La ciudad sin templo y sin casas, dice este último, quedó hecha un lugar de espanto, á la manera que suele verse en una guerra los lugares en que entra el enemigo á sangre y fuego y convierte en montones de tierra y piedras los hermosos edificios. . . . Las panaderias ni podian amasar ni tenian qué, porque las harinas con el polvo de las ruinas se convirtió en tierra. El miedo hizo que los empleados abandonasen sus puestos. Los vecinos huian despavoridos á la voz de que el mar levantándose de su centro se acercaba hácia la capital y llenaban el aire con clamores y lamentos.² La poblacion en masa corria hácia los cerros; las campañas se veian pobladas de mujeres de toda edad y condicion, desamparadas de los suyos y abatidas y desmayadas de hambre y de cansancio. La maldad aprovechaba á su vez de aquella coyuntura para mostrar su faz siniestra. Un hombre de mala traza, dice Obando, en su citada relacion, puesto

1. Carta que escribi6 el Marquez de Obando á un amigo suyo sobre la inundacion del Callao, terremotos y estragos causados por ellos en la ciudad de Lima. [Semanarie Erudito. . . . de D. Antonio Vailadarez, T. XVI, páj. 239—Mad. 1769.]

2. Relacion del Conde de Superunda. (Memorias de los Vireyes que han gobernado el Perú—T. 4^o—Lima 1769.)

á caballo, llevaba una religiosa á las ancas: partió en su alcance; pero perdió el camino y se le cansó el caballo en medio de la oscuridad de la noche que le asaltó en la persecucion del raptor.

El mismo testigo señala sencillamente la causa principal de la duracion del desórden. Faltaban allí autoridades serenas y avisadas que confiasen mas en los resortes de una buena policia, que en la misericordia del cielo, que no viene jamás en ayuda de los mortales indolentes. "Todos contribuian con medios espirituales, ningunos políticos y propios al remedio personal." "Veíanse mezclados entre muertos, heridos y sanos, sobre las ruinas y plazas, tantos misioneros como vivientes, apelando todos á librar las vidas en fuerza de milagros, sin el auxilio de sus propias diligencias.⁸

Tal era el estado de cosas que, Olavide, por movimiento propio, se propuso remediar. A este fin, reunió bajo su direccion un gran número de hombres habituados á trabajos duros y al manejo de herramientas de hierro, y se echó á recorrer las calles, removiendo los escombros para estraer de entre ellos, los heridos y los cadáveres. Tambien desenterró de entre las ruinas las alhajas preciosas y demas objetos valiosos, en que se cebaba la codicia de la jente sin educacion, abandonada á sus bajos instintos.

Así, el celo ilustrado de Olavide, no solo salvó un número considerable de víctimas, no solo evitó la perversion del aire sepultando los cuerpos corrompidos en pocas horas bajo la influencia de un clima tropical, sino que preservó de sustracciones indebidas, considerables valores y sumas crecidas de dinero. El acierto de sus medidas fué tanto y tan grande el agradecimiento

que despertaron sus servicios, que su nombre fué el mas popular en Lima en aquellos dias de duelo, á tal punto que el Virrey, aconsejado por la voz jeneral, y llegado el momento de acudir administrativamente á la reparacion de los males esperimentados por la inesperada catástrofe, nombró á Olavide como principal encargado para proceder á la reedificacion de la ciudad y al restablecimiento en ella de la policia de seguridad y de aseo. Fué tambien encargado de guardar y distribuir entre sus dueños lejitimos los objetos de valor y los caudales salvados, á lo que dió cumplimiento, resultando una considerable suma que nadie reclamó y sobre cuya insercion consultó á las autoridades. Tanto el Virrey como la Municipalidad, resolvieron levantar con esos fondos una suntuosa iglesia bajo la advocacion de Nuestra Señora del Socorro; pero consintieron, á indicacion de Olavide, en que al mismo tiempo se construyese un teatro público, y ambas obras se pusieron bajo su intelijente direccion. Nada mas acertado que proporcionar ocasiones de diversiones honestas á una poblacion cuyo espíritu acababa de ser herido, con un espectáculo tan funesto; pero la idea de un teatro, de un templo consagrado á los engaños y mentiras del arte profano, era demasiado hija del siglo para que no escandalizase á aquellos que en el reciente sacudimiento de la tierra miraban un castigo del cielo, por culpas que era necesario purgar con oraciones y abstinencias.

Olavide sostuvo con empeño, apoyándose en demostraciones científicas y filosóficas, que el terremoto esperimentado, tenia su orijen en causas naturales, é insinuó el pensamiento de dar al público una teoria falso-mate-

mática sobre aquel fenómeno, escrita por un individuo versado en estas ciencias, en las cuales se distinguía el mismo Olavide como discípulo del cosmógrafo D. Pedro Peralta y del académico francés M. Luis Godin que sucedió á aquel en la enseñanza de las ciencias de observación en Lima¹. Estas opiniones que Olavide trataba de popularizar, no solo en obsequio de la verdad sino tambien para tranquilizar los espíritus y libertar á la conciencia de los limeños de la horrible idea de que eran con especialidad, entre todos los habitantes del globo, el blanco de la ira de Dios, disgustó amargamente al R. P. Provincial de la Observancia y al señor Arenaza, inquisidor jeneral; y este disgusto mas que ningun otro motivo trajo la desgracia del hombre que acababa de prestar servicios de tanta trascendencia á aquella sociedad aflijida. Muy luego comenzaron á circular rumores desfavorables á la honradez y á la ortodoxia del jóven Oidor. Decíase que habia malversado los caudales confiados á su delicadeza, que los distraia en dar pábulo al lujo del ajuar de su casa y de su persona; que con mayor esmero y á mas costo atendia á la construcción del teatro que á la del templo del Socorro, y que, por último, era un impío y un ateaista. Estas acusaciones, dice uno de sus biógrafos, eran de todo punto absurdas; pero así absurdas como eran, fueron hábilmente explotadas por sus enemigos, y abultadas por la calumnia llegaron al gabinete de Madrid formidables y terribles, hasta el punto de presentar como amenazante á la seguridad de la dominación española en el Perú, la permanencia de

1 La Gondamine: Diario de viaje—Paris 1751.

Olavide en su patria, por su carácter enérgico, activo y emprendedor y el inmenso prestigio y popularidad de que disfrutaba en esta, por su talento, riqueza y jenerosidad.² Estas calumnias surtieron el efecto deseado por aquellos que las inventaron y esparcieron contra quien “era mas despreocupado de lo que permitia el fanatismo, siempre en acecho,”³ y la víctima se vió forzada por el año 1749 á trasladarse á Madrid á sincerar su conducta ante los tribunales ó mas bien ante la corte del tétrico monarca Fernando VI. “El jóven filósofo, dice M. Carlos Didier, perdió su pleito, ó por mejor decir su empleo. Condenado á pagar las crecidas costas del proceso que equivalian á una disimulada confiscacion, vióse obligado á contraer deudas á favor de individuos poco sufridos que le llevaron á una cárcel.” Los sinsabores y la falta de ejercicio influyeron sobre su salud en términos que los jueces no pudieron menos que concederle permiso bajo de fianza, para trasladarse al pequeño pueblo de Leganes distante dos leguas de la capital. Por uno de esos caprichos de la suerte tan frecuentes en la vida de los hombres dotados de calidades poco comunes, no solo encontró allí Olavide un clima propicio á su salud, sino

2 J. A. de Lavalle—D. Pablo de Olavide. Apuntes sobre su vida y obras. Lima 1859.

Estos apuntes laboriosamente reunidos y redactados bajo formas literarias muy elegantes, carecen de buena crítica, por cuanto su autor, al parecer muy jóven, se ha dejado llevar al mismo tiempo y con igual calor, por su predileccion natural hácia su ilustre compatriota, torpemente calumniado segun el mismo S. Lavalle por sus enemigos, y por una simpatia tiernísima y smartelada por esos mismos calumniadores, por el viejo régimen colonial y hasta por el estinguido Santo Oficio.

3 Del Rio—Hist. del reinado de Carlos III. T. 3°.

tambien una mujer hermosa llamada doña Isabel de los Rios, la cual puso á su disposicion su corazon, su mano de esposa y sus crecidos caudales. En posicion de una gran fortuna, pudo cumplir con sus compromisos pecuniarios y obtener completa libertad y reparacion de su honra, por medio de una sentencia definitiva en el pleito que le habia amargado la vida y parecia conde- narle á una existencia oscura.

Olavide pensaba como el frances mas espiritual de su tiempo. Yo procedo, decia este, al revés de los filósofos de la antigüedad: por amor á la independencia desprecian ellos los bienes temporales, y yo quiero llegar á poseerlos para conseguir el mismo fin. Activo y emprendedor, por otra parte, necesitaba ocupar sus facultades en empresas en grande escala, y ya que le estaba vedada la accion en el teatro de los empleos públicos, se dió, en sociedad con dos fuertes capitalistas, á especulaciones comerciales sobre las plazas mercantiles de España y Francia, teniendo así ocasion de trasladarse á Paris, centro de la cultura intelectual, y mas desenvuelta allí que en ninguna otra de las capitales europeas, en aquellos dias. Contrajo particular amistad con D'Alembert, con Diderot, y con las célebres damas Geoffrin, Duffand y otras que como estas reunian en sus salones bajo la proteccion de su amabilidad cortesana y de su devocion á las letras, á los hombres que mas se señalaban por sus talentos en la literatura y en la filosofia. Voltaire, en algunos pasajes de su correspondencia, se expresa en términos sumamente lisonjeros para nuestro limeño, á quien escribió una vez las siguientes palabras, que debian figurar mas tarde en otro proceso de mas funestas consecuencias

para la suerte de Olavide que el primero de que acabamos de hacer mencion: *seria de desear que en España hubiese cuarenta hombres como vos.*

Olavide introdujo en su palacio de Madrid las modas francesas, pobló sus salones con muebles del estilo conocido con la denominacion de Pompadour, y decoró sus galerias con cuadros de los mejores maestros de todas las escuelas. Construyó un teatro elegante y espacioso dentro de su suntuosa habitacion, con objeto de reformar la declamacion española bajo el modelo de la nacion vecina, y de poner en escena las tragedias de Zaira y de Merope y algunas óperas cómicas de los maestros Duni y Grétry, traducidas al castellano por el mismo dueño de casa. La vida del esposo de la opulenta doña Isabel corrió así, elegante y voluptuosa, en armonia con los usos de una corte en donde el principal favorito era un tenor extranjero, sin mas mérito que la esclencia de su garganta. Pero tan pronto como los dolores de la viudez llevaron al panteon de sus mayores al hijo de Gabriela de Saboya, y le sucedió en el trono su hermano el rey de Nápoles, el antiguo oidor de Lima recobró su jenial enerjia, su conocido amor por el bien público, su anhelo por dar aplicacion en la patria á las ideas y principios que habia bebido en la escuela de Choiseul y de Quesnay. Una reforma jeneral venia aparejada para la España con la elevacion de Carlos III, y Olavide no podia menos que aplaudir un movimiento social que comenzó por encararse con los abusos envejecidos. Los ministros del nuevo monarca, Grimaldi, Squillace, Wall, italianos los dos primeros é irlandes el último, fueron las primeras víctimas del espíritu innovador, derribados de sus puestos por una açonada

popular. El populacho madrileño se levantó en masa contra las pragmáticas gubernativas que abolían el uso de las capas largas y de los sombreros chambergos é introducían el alumbrado público y el aseo de las calles de la capital, que eran por entonces verdaderos muladares. ¹ A la influencia caída de aquellos ministros extranjeros sucedió la del conde de Aranda, descendiente de una casa ilustre de Aragón, grande de España y acandalado. Renia en sí este notable personaje, las virtudes que se atribuyen jeneralmente al carácter español de los buenos tiempos de la Península, y era jeneroso, noble y suavemente firme en sus resoluciones. A este respecto cuéntase la siguiente anécdota. Despues de cierta discusion acalorada entre él como Presidente del Consejo de Castilla, y el rey, díjole éste: Conde de Aranda, eres mas porfiado que un macho aragones. Dispéñeme V. M. le replicó éste: conozco cierto sujeto que es mas testarudo que yo, y ese sujeto es nada menos que S. M. Carlos III rey de España y de sus Indias. Aranda, á mas de ser un militar intelijente y valeroso, poseía la instruccion que dan los estudios regulares y los viajes, pues habia visitado la Prusia de Federico segundo y la Francia de los enciclopedistas. Aranda era un filósofo de su siglo, y fiel á su escuela hasta su muerte dejó consignado su nombre en las mejores pájinas de la historia del mas ilustrado de los reinados que haya tenido la Península. La comunidad de ideas y de miras fué el vínculo de la amistad que se profesaron Aranda y Olavide, y la causa mas

¹ Véase nuestra noticia sobre el virrey Vertiz, en la Revista de Buenos Aires núm. 25

poderosa de la confianza que el conde depositaba en este último; confianza que se manifestó públicamente cuando entrando en Madrid á la cabeza de 20,000 hombres de tropa, comenzó á dictar medidas eficaces y apoyadas en esta fuerza respetable, para apaciguar del todo el tumulto popular, el cual llegó á tomar, bajo la direccion de algunos sacerdotes, dimensiones tan serias, que el rey mismo creyó prudente abandonar su palacio y huir de la capital. Oigamos al mismo Olavide cuáles fueron las medidas á que acabamos de referirnos y la parte que á él le cupo para que fuesen ejecutadas: “Al principio se creyó, dice Olavide, que los que habian dado mas crédito y fomento al alboroto eran los vagos y mendigos, de que estaban las calles infestadas, y que convendria encerrarlos á todos en una casa fuerte, donde estuviesen recojidos y *donde aplicados á fábricas se convirtiesen en hombres útiles*. Esta confianza pareció en aquellas circunstancias difícil y de mucha importancia. A mí me la dieron, y *yo he tenido la fortuna de desempeñarla á satisfaccion del rey y del gobierno*. Se creyó tambien que la falta de víveres y sus altos precios eran la causa de los tumultos y que esto pendia de la infiel y poco ilustrada administracion. Para cuyo remedio se creyó preciso que cada año elijiese el mismo público un hombre de confianza con el nombre de *Personero* cuyo objeto fuese pedir y representar todo lo conveniente al pueblo. En efecto se juntaron á votar y elijieron al duque de Frias por setenta y seis votos; á mi me hicieron el honor de darme setenta y dos. Y habiéndose escusado el duque por estar enfermo, *recayó en mí la eleccion*, sin que bastasen mis escusas, pues á instancia del pueblo y de los electores, el rey me mandó

que aceptase. . . .²

No podía presentarse de una manera mas airosa el nuevo cooperador en las reformas que distinguen la administración del rey D. Carlos. Véase por la primera vez en España atacadas en su raíz las causas mas frecuentes de los delitos, que son, la indijencia, y la ignorancia, curados estos males sociales por medio de la instrucción y el trabajo, y atendidos los derechos que tiene el pueblo para hacerse oír contra los abusos de los funcionarios que deben desvelarse por su bienestar.

Pero, por meritorios que sean estos trabajos de Olavide, quedan completamente eclipsados con otros que solo su capacidad y celo pudieron llevar á cabo en España. Esta parte de la Europa, á causa de los errores y de la incuria de sus gobernantes, de las persecuciones religiosas, de las emigraciones para América y de la pereza que la confianza en el oro colonial habia inspirado á los brazos, estaba casi despoblada y la tierra apenas ocupada con algunas labranzas mal dirigidas y con escasos ganaderos vagabundos cuyos rebaños contribuian á yermar los mejores campos. Distinguíase por su soledad y abandono aquella parte del territorio español llamado Sierra-Morena, tan conocido de nombre por cuantos han leído el Quijote, y que se encontraba al entrar el último tercio del siglo xviii en la misma condicion en que nos la pinta el autor del ingenioso hidalgo. Espesos matorrales, escasísimos caseríos, ventas desaseadas cuyos ainos iban á partir en los robos con los salteadores que acechaban en

² Carta de Olavide datada en Madrid á 20 de Junio de 1767, que existe original en poder del señor Lavalle, de Lima, autor de la biografía ya citada.

los malos caminos los caudales y los pasajeros que se trasladaban de Madrid al frecuentado puerto de Cádiz, —tal era el aspecto y el estado de aquella soledad peligrosa. Convertirla en un jardín, en modelo de la mas adelantada industria rural, y en mansion de jentes laboriosas gobernadas por instituciones liberales y humanas, fué la tarea que se encomendó á Olavide, dándole al efecto el título de Superintendente de las poblaciones de Sierra-Morena y el importante empleo de Asistente de Sevilla, uno de los primeros de la monarquía. “La Asistencia de Sevilla, por sí sola (decia el agraciado en una carta confidencial) y la intendencia del ejército de Andalucía, han sido el premio de cuarenta años de servicios ó la colocacion de un señor de la primera esfera. Y yo, sin saber cómo, me hallo un personaje tan grande, que despues del conde de Aranda y los ministros soy el mayor de España. No hay ejemplo de vasallo que haya merecido nunca tanta confianza. Yo puedo librar en todas las tesorerias del reino todo lo que quiera: tengo á mi disposicion todos los bienes de los jesuitas de la mitad de España y soy dueño de dar muchos millares de empleos.”¹

Bien se comprende por el espíritu de estas palabras el entusiasmo y la gratitud que rebosaban en el corazón de aquel hombre jóven, y cuánto no debia ser su anelo por comenzar á dar realidad á sus jenerosos ensueños de filósofo. Era el mes de agosto del año 1767, cuando Olavide se trasladó de Madrid á Sierra Morena, escoltado de ingenieros, agrimensores y operarios para trazar

1 Carta citada de 20 de Junio de 1767. Ib.

cuanto antes el plan de los nuevos establecimientos. El superintendente dividió la tierra en suertes rectangulares, divididas entre sí por calles espaciosas, y dispuso que cada colono construyese su casa en el lugar mas alto y mejor apropiado de su pertenencia, á fin de que las habitaciones alegrasen el paisaje y gozasen aire mas libre que el que proporcionan los pueblos. Sin embargo se formaron once feligresias y trece pueblos, cuyos nombres sería enfadoso enumerar.

En los años que median entre 1767 hasta 1775, introdujo y acomodó el superintendente diez mil familias agricultoras de oríjen suizo y frances, distribuyendo entre ellas terrenos de labranza en los campos, y solares en los centros de poblacion. En el corto espacio de ocho años, cambió completamente la faz de una considerable superficie del suelo español, desmontándola, desecando pantanos, trazando vias rectas y amplias. Ciudades alegres y de nombres gratos al oido, como Carlota, Luciana, Palmera, ligadas entre sí por buenos caminos con albergues aseados y provistos de cuanto es necesario para la comodidad del transeunte, contenian fábricas de paños, de sederia, de relojes, para cuya planteacion y manejo llevó Olavide maestros tejedores y dibujantes de Holanda, de Suiza y de Lyon. En ocho años en fin, y por la industria de un sud-americano, se creó en el país mas atrasado del mundo, un modelo de colonizacion extranjera segun mejores condiciones, talvez, que las que presiden en Estados Unidos á la formacion de sus famosos planteles de aclimatacion humana.

Pero estas bellas y útiles creaciones estaban condenadas á morir como plantas exóticas en clima donde no

reinaba el aura de la libertad. Si la España oficial entraba un tanto en el camino de aquel siglo, la verdadera España permanecía estacionaria, devota á las viejas ideas, y arraigada en su instintiva aversion por todas las novedades. Una conspiracion sorda existió constantemente contra todas las reformas y mejoras que concibieron los Aranda, los Florida Blanca, los Campomanes, los Jovellanos, y demas hombres superiores á su tiempo que rodearon, ilustrándole, al trono de Carlos III. Todo el progreso de su reinado fué efimero á inconsistente, y bastaron algunos pocos años á los cortesanos de su inmediato sucesor, para echar por tierra las instituciones creadas con tanta fé y tan santos propósitos por aquellos sabios prohombres. A la elevacion de Carlos IV y del petulante y vulgar príncipe de la Paz, se vieron salir en tristecidos y humillados de la Corte los que habian querido transformar la España é incorporarla socialmente á la Europa de la que la apartaban, mas que los Pirineos, lo rancio de las ideas y de las preocupaciones. ¿Cómo era posible que en pais sujeto á semejantes condiciones pudieran subsistir los verjeles hospitalarios plantados por Olavide? Apenas el valimiento de Aranda menguó en los consejos del gobierno, y un destierro disimulado le arrojó á la embajada de Paris, advirtió ya el intendente de Sierra Morena que su obra querida comenzaba á desmoronarse, mientras que sus enemigos cobraban nuevos bríos. Quienes eran estos, fácil será advertirlo, por el instrumento de que se valieron para perseguir á Olavide y causar su completa ruina. Ese instrumento fué un fraile.

A pesar de la prohibicion existente en los estatutos de a Colonia de no permitir en ella sacerdotes regulares,

la burló sin embargo (so pretesto de asistir á sus compatriotas y autorizado por su jeneral que lo declaraba Prefecto de las nuevas misiones) un capuchino alemán, fray Romualdo de Friburgo. Olavide á pesar de su repugnancia al sayal, lo acogió y aun lo admitió en su intimidad: pero el fraile alentado por la indulgencia que con él se usaba, afectó una autoridad ilimitada en todo lo que aun de lejos tocaba á las cosas relijiosas, desplegó una conducta arrogante, se injirió en los negocios seculares, y se condujo de tal modo que el superintendente tuvo que oponerse á sus avances y poner coto á sus demasías: por lo que, fray Romualdo, engañado en sus ambiciosas esperanzas, le declaró guerra abierta.

Por aquellos tiempos una enfermedad epidémica invadió las nuevas poblaciones, haciendo terribles estragos en ellas, y Olavide para evitar que sus habitantes se desalentasen, conociendo el número de los que perccian, ordenó que se suspendiese el toque de campanas que lo revelaba tristemente. De esta circunstancia se aprovechó el capuchino para denunciar á Olavide á la Inquisición, como irreverente en las ceremonias del culto, propagador de principios irrelijiosos y poseedor de libros próhibidos; y acompañó su denuncia con una memoria dirijida al consejo de Castilla por varios colonos compátriotas suyos, á quienes habia seducido, para que sirviesen de instrumento de una venganza de la que el mismo fraile no era quizás mas que un agente subalterno.¹

1 Del Rio y los biógrafos de Olavide atribuyen á este mismo origen inmediato, la caída y persecucion de Olavide; pero seguimos testualmente el señor Lavalle, á quien no puede tachárselo de los defectos que el padre Romualdo echaba en rostro al poblador de Sierra Morena.

La Inquisicion era todopoderosa y hasta el monarca la obedecia temblando. Así fué, que apenas solicitó la entrega de la persona del acusado, se le hizo venir á éste á Madrid en donde fué encerrado en las cárceles del Santo Oficio en un dia del mes de noviembre de 1776. Olavide recibió este golpe cuando menos lo esperaba, cuando estaba entregado mas empeñosamente que nunca en llevar á cabo el vasto pensamiento con que contaba ilustrar su nombre y prestar un señalado servicio á la patria. Al verse transportado como por encanto, desde la ciudad risueña del Guadalquivir en donde mas jeneralmente residia, rodeado de objetos de estudio y de arte y de una escogida sociedad, á la lobreguez de un calabozo dos veces horrible, hubo de entregarse á la desesperacion. Pero recojiendo sus fuerzas y confiando sencillamente en la razon que militaba de su parte, dirigió á uno de los ministros del rey una carta en su defensa, que no puede leerse sin dolor ni con los ojos enjutos. En ese documento resalta la impostura del delator y la nobleza de los sentimientos de la víctima de la impostura. “Yo no conozco los usos de este tribunal, lo decia al ministro Roda, y por eso recurro á V. E. pidiéndole un consejo, sobre lo que debo hacer en este caso. . . . En mis discursos no creo haber dicho nada que merezca censura, porque nadie dice sino lo que piensa. Es verdad que yo he hablado muchas veces, y con el mismo fray Romualdo sobre materias escolásticas y teológicas, y que disputábamos sobre ellas; pero todas católicas, todas conformes á nuestra santa relijion. Él podrá interpretarlas ahora como su necedad, le sujiera; pero aun dejando aparte mi relijion ¿qué prueba hay de que yo fuera á

proferir discursos censurables delante de un religioso que yo sabia ser mi enemigo, que escribia contra mí á todos y que hasta en las cartas que incluyo me tenia amenazado con la Inquisicion? Pero, muy lejos de esto, el padre Friburgo es muy supersticioso, como lo han probado sus hechos y manifiestan sus discursos; y me parece que en todos casos tomaba yo el partido de la verdadera y sana religion, que él degradaba con sus ideas. . . . Me parece tambien que, así en esta comision como en las otras que el rey se ha servido de poner á mi cuidado, le he servido con celo, desinterés y acierto. . . . Yo no me sustraré al castigo si lo merezco; pero quiero ser oido, y si puedo, como creo, convencer en una sesion tanto mi inocencia como la malicia de mi delator, quiero que se corte y aniquile una causa que ella sola me deshonra para siempre.”

Estas palabras llenas de verdad solicitando siquiera *ser oido*, no tuvieron éco, y en esta vez como en otras se mostró la cobarde flojedad del monarca, incapaz de oponerse á la injusticia y de patrocinar á sus servidores mas leales, cuando en ello corria riesgo de comprometer su persona. A la puerta de los calabozos inquisitoriales estaba escrita la famosa inscripcion del infierno dantesco, y Olavide perdió la esperanza de sincerarse ante un tribunal cuyo modo de enjuiciamiento era un tejido absurdo, una trama misteriosa, sin audiencia del reo, á quien se negaba el derecho de contradecir á sus testigos adversos y hasta de defenderse. Llamado á escuchar la lectura de su causa y su sentencia, permaneció sentado cuatro horas en un estrecho banquillo teniendo en la mano una vela verde apagada. Por un favor especial se

le dispensó la humillacion de permanecer en pié durante el acto, y de cargar la sogá al cuello y de llevar el *San Benito* que era una especie de gran escapulario con dos aspas, traje indispensable, segun el ritual del santo oficio con que humillaba á sus víctimas. Acusóle el Fiscal de ciento sesenta y seis proposiciones heréticas, no dejando de ser reparable, dice el presbítero Villanueva, que uno de los cargos que se le hicieron fué haber defendido el sistema planetario de Copérnico.¹ La sentencia fué digna de aquellos implacables jueces. Condenáronle á vivir ocho años encerrado en un convento, lejos de Madrid, de Sevilla y de Lima; á la pérdida de todos sus bienes, á no poder usar alhajas, ni montar á caballo, y á no vestir sino de barchilon. Cuando Olavide escuchó esta sentencia, estando rodeado de sesenta personas respetables é ilustradas que para intimidarlas habian sido llamadas á presenciar aquella escena, no pudo mantener su serenidad. Las lágrimas corrian por su rostro empalidecido, cayó desmayado pronunciando algunas palabras sobre la integridad de sus principios relijiosos y desmintiendo las conclusiones que acababa de deducir el fiscal.

Esta terrible sentencia y las formas y circunstancias que la acompañaron, produjeron una profunda sensacion tanto dentro como fuera de España. La hoguera del temido tribunal de la fé que se consideraba casi estinta, levantaba de nuevo sus llamaradas, y el *auto* de Olavide era una amenaza contra las personas mas adelantadas y visibles de la sociedad española, pues entre las sesenta y tantas que fueron invitadas á presenciar la humillacion

1 Vida literaria, T. I, p. 18.

del poblador de Sierra Morena, se contaban, segun el testimonio del presbítero Villanueva, grandes de España, títulos, jenerales, consejeros, caballeros de las órdenes militares, empleados de alto rango, todos amigos de la víctima y tenidos por partícipes en las ideas que lo condujeron al banquillo de la vergüenza. Los de espíritu firme resistieron, aunque en silencio, á los efectos del miedo y se condujeron como hombres de convicciones arraigadas. Pero no faltó quien cediese ante el aparato de un poder invisible, cuyos agentes disfrazados bajo todas las formas, podian penetrar hasta en el santuario de las intenciones y de los pensamientos. Fué de este número *D. Felipe Samaniego*, quien, advirtiéndole que le iban á los alcances por sospechas de *filósofo moderno*, se delató á sí mismo y pidió absolucion *ad cautelam* de las censuras en que podia haber incurrido leyendo las obras de Voltaire, Rousseau, Hobbes, Espinosa, Bayle, y otras prohibidas. Y no contento con presentarse espontáneamente como acusador de sus actos personales mas reservados, quiso arrastrar consigo á varios de sus antiguos relacionados, delatando en un difuso escrito á casi todos los hombres doctos de la corte, como el duque de Almodovar, los condes de Aranda, de Oreilly, de Lacy, de Ricla, al jeneral Ricardos, y otros personajes eminentes por su nacimiento y por su ilustracion. Abrióseles en consecuencia un proceso, en el cual corrieron peligro de ser envueltos hasta los prelados que con el conde de Aranda compusieron el consejo extraordinario en que se trató del estrañamiento de los jesuitas y de la abolicion del Santo Oficio.¹

1 Véase á Villanueva.—Vida literari

Olavide fué encerrado en cumplimiento de la sentencia inquisitorial en un convento situado en los desiertos de la árida provincia de la Mancha, en el cual pasó naturalmente, dias tan amargos como oscuros. Hay quien haya querido encontrar en las primeras pájinas del *Evanjelio en Triunfo*, obra de que hablaremos mas adelante, la historia de sus hechos y sentimientos, mientras permaneció en compañía de los frailes compatriotas de Sancho Panza. Supónenle, por lo tanto, bien avenido con estos y consolado de sus trabajos en el seno de la paz hospitalaria del claustro. Pero si así hubiera sido en realidad, habria permanecido gozando de esa quietud de espíritu, en el mismo lugar y por el tiempo señalado por los jueces en la condena. Mientras que lo que hay de cierto es, que hizo cuanto pudo por escaparse de las paredes de aquel recojimiento de aldea, y que hasta se finjió enfermo para conseguir este fin. Bajo pretexto de una enfermedad que habia desarreglado enteramente su sistema nervioso, dice uno de sus biógrafos, obtuvo el permiso de tomar baños minerales en las inmediaciones del convento; pero como estos no fuesen bastante apropiados para sus dolencias, obtuvo tambien despues el de pasar á buscarlos en Cataluña. Allí, cerca de la frontera, engañó, como sin duda lo habia esperado, la vijilancia de sus guardianes; y diciendo, ó creyendo decir un último adios á su patria, pasó á Francia, donde su reputacion le habia precedido y en donde fué acogido como á mártir del espíritu intolerante. Esta evasion tuvo lugar en el año 1780.

La repentina aparicion del ilustre perseguido, produjo en Paris la sorpresa é indignacion que se convirtieron

naturalmente en interes hácia la víctima de un sistema de ideas que tan de atras venia combatiendo la parte ilustrada del pueblo frances. La sociedad entera saludó respetuosa y á porfia al huésped antiguo que no era extranjero, ni para la nobleza, ni para los filósofos, ni para los literatos; y los poétas en especial se propusieron vengar los ultrajes inferidos en la persona de Olavide contra la libertad del pensamiento, derramando sobre él el brillo de sus versos que contrastaban con la oscuridad del claustro y del calabozo. La sentencia dictada bajo las bóvedas sombrías de la inquisicion de Madrid, fué derogada por el talento y las gracias de la musa, en los salones risueños del instituto de Francia. Allí, en el seno de una reunion brillante, en el dia en que se hacia el elogio de Voltaire en la academia de las letras con motivo del recibimiento en ella de su sucesor M. Ducis, leyó M. de Marmontel un discurso en verso cuyo asunto era ese sentimiento propio de las almas nobles, que consiste en aspirar á recomendarse para la posteridad, haciéndose dignas de la buena fama. La intelijente concurrencia aplaudió con entusiasmo el siguiente pasaje de ese discurso, en el cual se alude tan visiblemente á la persona y circunstancias de Olavide. . . .

Helas! puisse de même, au comble de l'outrage
Se sentir revêtu de force et de courage,
Le citoyen flétri par l'absurde fureur
D'un zele mille fois plus affreux que l'erreur!
Au pied d'un tribunal que la lumiere offense,
Acusé sans témoins, condamné sans défense,
Pour avoir méprisé d'infâmes délateurs
En peuplant les déserts d'heureux cultivateurs;

Qu'il regarde ces monts où fleurit l'industrie,
Et fier de ses bienfaits, qu'il plaigne sa patrie.
Le temps la changera comme il a tout changé:
D'une indigne prison Galilée est vengé.¹

Bajo esta atmósfera lisonjera debia palpar satisfecho el corazón del desterrado. Pero eran demasiado mezquinos sus perseguidores para no encelarse con esas manifestaciones de estima, y trataron de obtener de la corte de Francia la extradición del que consideraban como á un delincente evadido al cumplimiento de su condena. En vano procuró Olavide eclipsarse ante su propia gloria, huyendo de Paris y asilándose en Tolosa bajo el amparo de su amigo el síndico jeneral de los Estados del Languedoc. Hasta allí mismo fué á perseguirle el implacable tribunal de la Fé, valiéndose de la acción oficial cerca de las autoridades francesas. Y fué tan eficaz esta acción, que des- empeñando el cargo de embajador, nada menos que el conde de Aranda, cuyo liberalismo de ideas y afición á Olavide conocemos, exigió por la via diplomática, el representante del rey de España, en cumplimiento de órdenes terminantes de su gobierno, que su antiguo colaborador y amigo fuese entregado á sus jueces, alegando al efecto los tratados vijentes entre las dos naciones dividi-

1 *Ay! pueda tambien en el colmo del ultraje, sentirse animado de valor y de fuerza el ciudadano vilipendiado por el impetu absurdo d: un zelo mas horrible mil veces que el error! A los pies de un tribunal á quien la luz ofende, acusado sin testigos, condenado sin defensa, por hab. r despreciado á infames delictores y poblado desiertos con labradores felices. Que vuelva la vista á esa, montañas en donde florece la industria, y orgulloso con sus dentefleios, compá. deza á su patria. A ella tambien la cambiará el tiempo como ha cambiado todo. Vengado está Galileo de la indignidad de sus prisiones.*

das por los Pirineos. El ministro de Luis XVI, M. de Vergennes á cuyo cargo corria esta negociacion, estadista de carácter humano y despreocupado, no pudiendo comprender el rigor que desplegaba el gobierno español contra un hombre cargado de servicios y de méritos, contestó amistosamente al embajador Aranda, que, en su concepto, los delitos por los cuales habia sido condenado Olavide, no eran de la naturaleza de aquellos á que se aplica el principio de estradicion entre los Estados civilizados. Pero esta contestacion tan fundada como caritativa, no satisfizo á la corte española, en el ánimo de cuyo monarca imperaba, al traves de la reja del confesionario, el atrabiliario padre Eleta, y se insistió de nuevo y con mayor empeño hasta obtener el consentimiento del gobierno frances en la entrega del refugiado español. Por fortuna, el síndico jeneral del Lauguedoc que tenia escelentes relaciones en la capital, pudo saber oportunamente el nuevo riesgo á que estaba espuesta la libertad de su amigo y huésped, y aprovechando este del aviso, huyó sin demora desde Tolosa en direccion á los Cantones Suizos, bajo el nombre del conde de Pilos. Siete horas despues de su ausencia, fué asaltado su domicilio por un alguacil y un comisario de la inquisicion, quienes pudieron disimular su despecho á favor de la oscuridad de la media noche, hora que habian escogido para apoderarse mas fácilmente de la presa que se les escapaba.

El conde de Pilos se asiló en Ginebra, en donde fué tratado con aprecio por los literatos y por la jente instruida, quienes reconocieron bien pronto el mérito del huésped, escondido bajo un incognito que la fama le hacia difícil conservar. Pero el antiguo amigo de Voltaire

y de D'Alembert, se sentia mas fuertemente atraido por la capital de la Francia que por la austera ciudad de Calvino. Así que supo que el gabinete español [si no sus enemigos] se hallaba dispuesto á soportar su residencia en el seno de su sociedad predilecta, tomó el camino de Paris, y se entregó de nuevo en esta ciudad al cultivo de las letras y de las artes, y al frecuente comercio de un reducido número de amigos á toda prueba. La afamada residencia de la Malmaison, poseida entonces por el señor Carsteulx Dumolay, abria sus puertas, en el estio principalmente, á un grupo escogido de sábios y de artistas, y allí era considerado Olavide no como huésped sino como persona de la familia. En aquellas temporadas de campo ligó estrecha relacion en el cantor de los jardines y el traductor de Virjilio, relacion que tuvo gran influencia sin duda en la nueva direccion que dió á su antigua aficion á versificar.

La edad y los trabajos comenzaban ya á enseñarle el precio real de las cosas humanas, y á estimar como el mayor de los bienes la quietud del espíritu concentrado en sí, gozada en medio mismo de una sociedad afanada y bulliciosa. El aire de los salones que en otro tiempo aspiraba con toda la capacidad de su pecho abierto á la sensualidad y á las ambiciones, ahora le oprimia; ya era para él mas hermoso el cielo abierto y el verde húmedo de la grama campestre, que los artesonados de oro y las alfombras de las habitaciones del rico; la fragancia de las flores del bosque, mas suave y mas grata que la que despiden los sahumadores del tocador. Ya no le halagaban las discusiones ardientes de la filosofía: la elocuencia fervorosa que los destinos futuros de la humanidad habia:

dictado tantas veces á sus labios, en los círculos de los enciclopedistas, se habia refugiado á lo secreto de su alma, y allí rebosaba aun, pero hablándole de intereses personales y de otros aspectos de la filosofía mas en consonancia con las indelebles impresiones de su primera educacion.

Movido por estas impresiones se encontraba el espíritu de de Olavide cuando estalló la Revolucion. Él no pudo menos que saludarla como el nacimiento de aquel dia luminoso para la Europa, por el cual habia aspirado tantos años, y sin duda tuvo á mucha honra el verse distinguido con la corona cívica y con el título de "ciudadano adoptivo de la República francesa," que le dispensó la Convencion nacional en una de sus sesiones mas solemnes. Pero la aurora de la libertad tomó bien pronto el rojo color de una hoguera. En ella fueron devorados no solo los hombres y las cosas del antiguo régimen abusivo, sino los hombres nuevos mas jenerosos y las instituciones amoldadas ya á las necesidades de la sociedad ávida de plantear las reformas aconsejadas por los pensadores de aquel siglo tan fecundo en ideas. Semejante espectáculo no podia ser encarado con suficiente impavidez de corazón por nuestro amable limeño. No era su mente de aquellas que se adelantan á su tiempo y ven claro en lo futuro por entre los hechos discordantes de lo presente. Él no pudo advertir que bajo un terrible monton de cenizas humedecidas con lágrimas, labraba la mano de la destruccion el cimiento del mundo civil moderno, nacido como todas las grandes cosas entre dolores y estremecimientos. La guillotina, delante de la cual no titubeó la firmeza ni la fé de los jirondinos, á cuyas

gradas cantaba Chenier la libertad futura anatematizando á los tiranos y á los legisladores perversos, y Condorcet encontraba y desenvolvía la fórmula del progreso humano, con la iluminación del mártir; puso espanto en el corazón de Olavide, y huyendo de este instrumento de la venganza de un pueblo tratado como niño esclavo durante largas centurias, se asiló en una casa de campo á las márgenes risueñas del río Loire.

Pero la revolución era implacable, y no valían para ampararse contra la persecución á los *aristócratas*, ni la distancia de la capital, ni el aislamiento, ni la calculada indiferencia por los acontecimientos políticos. El perfume de elegancia y de cortesía que exhalaba la persona de Olavide, guió hasta su asilo á los agentes del terror, y asaltado allí por un piquete de soldados, en la noche del 16 de abril de 1794, fué conducido á la cárcel de su Departamento, por orden de la Junta de salud pública.

“El tiempo siempre es largo en una prisión y la ociosidad lo haría eterno” ha dicho el mismo Olavide; y para aligerar esas horas tediosas que traen consigo la inacción del cuerpo y la pérdida de la libertad, recurrió al expediente que hallan siempre á mano las inteligencias cultivadas. Tomó la pluma, y la labor literaria le distrajo de las penas de la incomunicación con la sociedad y á imitación de Quevedo, de Cervantes y de tantos otros ingenios que se hallaron en idéntico caso que el suyo, pobló el calabozo con seres ideales que reemplazasen á los amigos de que le apartaba la fuerza de la auto-

ridad. Y como desde años atras su conciencia le arrastraba rápidamente hácia sus creencias primeras, divorciándolo con los pensadores libres en cuyas filas habia militado con tanto brillo, combinó y trazó el plan de una obra en la que presenta en lucha las doctrinas filosóficas y el racionalismo independiente, con los dogmas religiosos que tienen por base la revelacion, la divinidad de Jesu-Cristo, y la completa abnegacion del juicio individual ante la decision de la iglesia católica.

Antes que Chateaubriand intentara vestir con los encantos de la imajinacion y del sentimiento, las malparadas creencias de sus mayores, Olavide tuvo ya el pensamiento de interesar á los lectores de una obra de controversia religiosa y dogmática, con las formas solo permitidas hasta entonces á los escritos profanos. Los nombres del ilustre autor del *Jenio del Cristianismo* y el de Olavide, deben repetirse á la par, toda vez que se recuerden los esfuerzos literarios, hechos inmediatamente despues que se moderó la revolucion francesa, para restablecer los altares, la influencia desvirtuada del sacerdocio y la devocion al culto de Roma, por medio del aliciente, de los recursos y resortes del arte. Hay sin embargo, entro ambos escritores una diferencia esencial. El primero propúsose cautivar con el colorido y el aroma de las flores de su prodijiosa elocuencia, demostrar la grandeza de Dios, cantando la magnificencia de sus obras, y obrar la conversion de los incrédulos ó indiferentes hiriendo las cuerdas mas sonoras de la sensibilidad, y colmándoles el corazon de armonía, de paz y de esperanzas infinitas. El segundo, menos ático, por defecto de los modelos literarios que formaron su gusto juvenil,

aterrado con las escenas lúgubres de la Inquisicion, con los cuadros espantosos de la eterna condenacion dibujados por los ascéticos, oprimido por la atmósfera monacal que respiraron siempre los pueblos de oríjen castellano, comienza por pedir á su fantasía la creacion de un verdadero melodrama, igual á esos que ideó V. Ducange para hacer mella en el populacho parisiense.

El personaje principal, es un malhadado *filósofo* á quien Olavide concede algun talento; pero de poca instrucción en el catecismo y sin mas ideas acerca de la religion revelada que las que habia bebido en los escritos inícuos y sofisticos que la calumian.¹ Era, por consiguiente un perverso abandonado al delirio de las pasiones, y un modelo acabado de todas las malas costumbres, cuyos excesos le conducen al fin, de precipicio en precipicio, hasta la cima del infortunio. Llegó para él un momento en que las consecuencias de sus delitos acudieron en tropel y todas juntas á castigarle cruelmente arrojándole de la sociedad de sus amigos, del seno de su familia, del hogar de sus padres y hasta del suelo de su nacimiento. Un extranjero arrogante le desafia durante el juego de una sobremesa licenciosa, y acepta el reto. Mientras llega la hora de la cita de honor, que era la de la madrugada, se acumulan sobre la cabeza del filósofo todas las penas y disgustos imaginables. Llegale la noticia de la muerte súbita de uno de sus mas caros amigos, el fuego devora su habitacion, y para ennegrecer mas el colorido de esta lúgubre tela, ha querido el pintor que estalle una tormenta y que el cielo hable al crim-

1 Ib. páginas VIII i IX.

nal con voz tempestuosa, que los relámpagos le amedrenten y las nubes fulminen rayos sobre su cabeza.² El lance con el extranjero tuvo un fatal resultado: bravo é impaciente se abalanza sobre la espada del filósofo y cae al suelo sobre un lago formado de la sangre que arrojaba de una herida mortal. El favorecido por la suerte se considera el mas desgraciado de los hombres en presencia de aquella víctima que él hubiera querido evitar, y entregando su bolsillo á un paisano que accidentalmente pasaba á la sazón por el sitio en donde el lance habia tenido lugar, le pide que socorra al herido y le proporcione un cirujano de la ciudad vecina. Huye en seguida, y recorriendo con la vista la campaña descubre en los límites remotos de ella, las torres de un convento hácia el cual se dirige apresuradamente y pide en él un asilo á sus moradores.

Las fatigas del cuerpo y la inquietud del ánimo del prófugo, encuentran una tréguu en los desiertos corredores de aquella mansion. Algunos sacerdotes se le presentan ofreciéndole la hospitalidad de sus celdas, y poco despues traba relacion con el mas sábio de entre ellos, y tambien el mas caritativo. A las pláticas amistosas é indiferentes se suceden pocos dias despues las controversias de carácter moral y relijioso y se traba la discusion entre el filósofo que sostiene sus doctrinas y el sacerdote que las refuta en desempeño de su ministerio, con el propósito de hacer digna aquella alma de la misericordia divina, volviéndola al seno de la iglesia católica, fuera de la cual no hay salvacion.

Las intenciones del ministro del culto se cumplen al fin. El filósofo se reconoce vencido, se arrodilla delante de su triunfante contendor, hace una detenida abjuración de sus errores, se arrepiente compunjado de sus pecados y se entrega á la práctica de todas las devociones y preceptos católicos, ponderando la dicha de su alma bajo la influencia de las creencias á cuyo seno volvía despues de sus peregrinaciones de hijo pródigo por los torcidos senderos del sentido comun, de la razon y de la filosofia. Este largo debate, abierto y sostenido en el silencio de un claustro, y relatado en largas cartas, constituyó la materia de la obra que tiene por título: “El Evangelio en Triunfo” ó Historia de un filósofo desengañado”, que se publicó por la primera vez en España por los años 1794.

Inmensa fué la sensacion que esta obra produjo en el mundo relijioso y literario [dice un biógrafo católico de Olavide]. El nombre de su autor que de hereje *positivo y formal* se habia colocado de un solo paso al lado de los más esclarecidos defensores de la iglesia, y convirtiéndose en uno de sus mas firmes y sólidos apoyos, se enaltecio en sumo grado. La buena aceptacion del Evangelio en Triunfo está comprobada por el número y la frecuencia de sus ediciones. Tenemos á la vista la 6ª y la 7ª, publicadas con buenos tipos y esmeradas láminas grabadas por Enguidanos, en la imprenta madrileña de D. José Doblado, y corresponden á los años 1800 y 1802; de manera que hasta esta última fecha contó aquella obra voluminosa casi tantas reimpressiones como años habian trascurrido desde su aparicion.³

³ Fué traducida á varios idiomas y en Lyon se hicieron dos ediciones francesas en 1805 y en 1821, segun el acreditado bibliografo M. Brunet.

El mérito de esta obra ha sido estimado de muy diversa manera segun los sentimientos de sus jueces. En España y en sus colonias, ha sido exaltada hasta las nubes, mientras que en otros pueblos fué considerada como “una mala novela”, segun la espresion de Didier, y como el fruto de un espíritu quebrantado por la edad y los padecimientos de una persecucion tenaz. Pero decidiendo con equidad entre estos extremos de la crítica, y juzgando por nuestras propias impresiones recibidas en una lectura somera, nos parece escrito el Evangelio en Triunfo con animacion, con elocuencia, en estilo fácil y claro, aunque con frecuencia se eche de menos en el lenguaje aquel esquisito sabor puro y castizo que hace que aun en el dia se lean con agrado las producciones misticas de la antigua literatura española.—El siguiente trozo de la carta primera del filósofo, justificará talvez el juicio que acabamos de emitir sobre la obra en prosa mas notable de D. Pablo Olavide: “Si, Teodoro, todo se desvanece, todo pasa. El tiempo devorador, con su paso tardo pero seguro, ha destruido hasta las ruinas de los tronos, ha borrado hasta los vestijios de los monumentos de su gloria; pero la duracion del imperio divino, tan eterno como indestructible, no está comprendida como la de los Estados y potencias de la tierra, en periodos que se dividan y se puedan medir. Su oríjen y su término se pierden en aquel mismo insondable infinito en que se pierde nuestra imaginacion cuando quiere considerar lo que habia antes de que existiera el mundo, y se estienen y prolongan en la perpetuidad de la esencia divina y de su esplendor inaccesible; de suerte que la historia de la eternidad absorve y se traga la de todos los reinos

y sucesos humanos, como el océano se bebe las gotas que las nubes destilan en los aires.”

Pero puesto que no es como prosador que debamos considerar á este linero célebre, nos apresuraremos á bosquejar el resto de su biografía para ocuparnos en seguida de sus producciones en verso.

El triunfo de los terróridoriantos corrió los cerrojos de la prisión de Olavide. Desde ella pasó á la casa de un amigo, situada en las inmediaciones de Blois, y allí dió la última mano á los manuscritos de su Evangelio en Triunfo. En cambio de opiniones, la compasión que inspiraban su edad y sus padecimientos, y mas que todo la fama que su obra le habia conquistado, le allanaron el camino del regreso á la península y pudo pisar de nuevo el suelo de la patria á fines del año 1798. Era ministro por entonces de Carlos IV, un antiguo amigo del proscrito, como él aficionado á las letras y traductor en mejores dias de algunas tragedias del moderno teatro frances. Este personaje tomó bajo su proteccion á Olavide y le acercó á la corte y á las personas de los reyes y en especial á la del favorito Godoy, quien se precia en sus “Memorias” apolojéticas, de la buena acogida y de la proteccion que dispensó al filósofo arrepentido y al escritor á la moda. Pero ya era otro el blanco de las aspiraciones del alma entristecida del antiguo cortesano: sus heridas morales le pedian silencio y retiro, y la debilidad de sus fuerzas físicas el arte puro de los campos. La última gracia que solicitó de su rey fué que le permitiera establecerse en una hacienda que poseia en las cercanias de Baeza, no lejos de su querido Guadalquivir á cuyas márgenes habia gozado y soñado tanto en la época de su intenden

cia de Sevilla y de Sierra Morena. Pero todo habia cambiado allí para los ojos y el corazon del desterrado. Su antiguo palacio de campo no estaba ya poblado sino de recuerdos melancólicos. Todos los objetos de su cariño habian desaparecido: apenas si en una enferma y anciana parienta de su esposa, halló lábios que le refiriesen cómo y por qué se habian despoblado las alquerías amenguado los rebaños, desaparecido los numerosos criados, deslustrándose los suntuosos ajuares y derrumbándose lo mejor de aquel sitio tan frecuentado y ruidoso pocos años antes. Aquella generosa mujer que le habia hecho señor de su mano y de su pingüe fortuna, ya no le hablaba sino desde la tumba, ni se le mostraba sino en los reflejos de los empañados espejos que repitieron sus gracias en los dias de auge y de hermosura.

Para hacer llevaderas estas tristezas, tenia el buen Olavido dos recursos, á saber: la compañía de las musas y la inclinacion á hacer el bien. El amor á la humanidad del filósofo habia tomado la forma de la caridad cristiana, y su facilidad para producir endecasílabos asonantados, aplicada en su juventud al drama heróico y á la comedia, sirvióle en la vejez de instrumento para trasladar á nuestra lengua los cánticos del Rey profeta y para dar atractivo á la demostracion de los dogmas cristianos por medio de la armonía de los periodos métricos. Los actos de su vida en Baeza fueron una constante preparacion á la muerte [que le asaltó en el año 1803], y sus últimos pensamientos el canto de un cisne.

II.

Invertiremos el orden de las feclias en el exámen de las obras métricas del autor del "Evanjelio en Triunfo", comenzando por las de su vejez y dejando las de su tiempo de verdor para terminar con ellas las preschtes pájinas. De esta manera quedará en el espíritu de quienes las lean una impresion mas simpática hácia este Injenio americano que se eclipsó entre las tristezas del ascetismo.

Olavide no era un versificador numeroso ni elevado; pero sí facilísimo. Brótaban los endecasílabos de su pluma, como hilos de agua de una fuente natural, claros, fluidos, casi sin ruido y medianamente monótonos. Estos defectos ó calidades los exajeró á sabiendas en sus obras místicas, por razon de humildad cristiana y con el objeto de que estendiéndose, por llana, su lectura, fuese mayor el fruto espiritual y el número de almas convertidas; pues tales eran sus únicas aspiraciones como autor de los "Poemas cristianos" y como traductor de los Salmos:

Segun él mismo nos lo dice, no tuvo por designio hacer versos correctos y brillantes, y por eso no invoca á las Musas en el encabezamiento de sus poemas ni ha pretendido que la poesia le prestara sus hermosos colores, sus imágenes atrevidas ni "sus eruditas alusiones."

Las importantes verdades de la religión, no necesitan, en su concepto, mas que de sencillez suma para presentarse engalanadas é irrisistibles. Habria escrito sobre ellas en prosa, si no hubiera advertido que empleando el metro, las entendia mejor y las fijaba en la memoria, pues mientras buscaba la consonancia y la medida, repasaba las ideas y las grababa en el corazon.¹

Pero es tan difícil desasirse de las redes del mundo, y tan quisquilloso el amor propio literario, que á pesar de estas injenuas declaraciones, no deja Olavide de dudar por la llaneza de su estilo, con el precepto del mas profano de los vates, ante cuya fórmula han bajado la cerviz los mas orgullosos versificadores. Horacio, dice, preferia en sus composiciones *carmina sermone propiora*. Y entrando á comentar esta sentencia, tan traquada con opuestísimos designios, outiende que el maestro de los Pisones, se referia á los versos que mas se acercan al estilo corriente y son mas acomodados á la inteligencia comun. Si este ingenio, *en la literatura latina*, añade Olavide, escojia para sus epístolas, *la mayor parte frívolas*, el estilo mas claro, cuánto mas debe hacerlo el cristiano que se propone verdades tan sublimes, y cuya inteligencia es tan util á todos?²

La oveja mas delicada del redil de la iglesia, no podrá

1 Prólogo del Editor á los Poemas cristianos, cuyo título en estand es el siguiente: "Poemas Cristianos, en que se esponen con sencillez las verdades mas importantes de la Religión por el autor del Evangelio en Triunfo. Publicados por un amigo del autor. Segunda edición. En Madrid: en la imprenta de D. Joseph Doblado: 1 v. in 4.^o de 378 págs.—Bella impresión, sin data.

2. Ib. pá. IX.

menos que deleitarse en pacer la abundante y blanda yerba con que le brindan los poemas de Olavide. En sus veinticuatro asuntos diversos, encontrará otras tantas praderas místicas con frescos abrevaderos en que saciar la sed y el hambre de contemplación, acerca del pecado mortal, de los veniales, de las aflicciones del justo, de la paz del alma, de la gracia santificante, y de la muerte.

Y si experimenta la necesidad de espaciarse por regiones en que estas materias, jeneralizándose, remontan hasta la fuente de lo creado, podrá satisfacer esa aspiración con la lectura de los capítulos consagrados á la Providencia, á la inmortalidad del alma, al fin del hombre, y á la Esperanza. Siguiendo nuestra metáfora, podríamos decir que el pastor que guía al alma creyente por estos ejidos de la gracia, no aparece vestido con toscas pieles, ni arroja piedras con la honda como los del antiguo Testamento. Por el contrario hay en él algo de aquella galanura afeminada que recuerda á los zagales de las églogas del clasicismo moderno de la escuela de Garcilaso; cuyo cayado y caramillo son de ébano y de marfil y se abrigan con pellicos de arminio ferrados con telas de seda. El lenguaje corresponde perfectamente al aspecto del que le emplea; así siempre manso y cortesantemente sencillo, se adapta con estas calidades á todas las materias. Hé aquí, por ejemplo, las formas con que establece la comparación entre dos opuestas situaciones del alma;—cuando está inquieta y desasosegada por el escozor de los placeres, y cuando rebosa de satisfacción y consuelo en la lejanía de los rumores y vanidades del mundo.

Los que atados con ríjidas cadenas
en sus torpes placeres desreglados,
buscando las delicias hallan penas
y sudan para hacerse desdichados,
no se imaginan que en oscuro asilo,
donde no hay resplandor ni nacen flores,
pueda habitar un ánimo tranquilo,
que no envidia tan frívolos errores, . . .
De la virtud el plácido semblante
á su vista es muy triste y desabrido,
y siempre la calumnia el que ignorante
su placer interior no ha conocido.

Pero anda á preguntar al alma pura,
qué en su cabaña oscura
sin galas, diversiones ni paseos
habita sin temor y sin descos;
al alma simple, al corazón derecho,
que amando todo lo que Dios ha hecho,
y mas que todo á Dios, viviendo justo,
le sirve con placer, le ama con gusto. . . .

Podria decirse que este fragmento es el *Beatus ille*. . .
horaciano vertido á nuestra lengua por una pluma cató-
lica. El poeta antiguo enumera entre las satisfacciones
del “apartamiento de los negocios”, la de tributar en
ofrenda á los Dioses los primeros pintados frutos de la
heredad cultivada, y el moderno hace consistir la felici-
dad suma en amar las obras de Dios, y á éste sobre todas
sus obras.

Discurriendo sobre la Providencia, pondera su sabidu-
ria y su poder:

Dijo que un mundo se haga, y se hizo un mundo.
Y paseando en seguida los sentidos por la hermosura de

la naturaleza, admira su estructura magnífica, y dirige los ojos á esas luces de las alturas que han sido y seran por siempre mares de inspiracion para el sentimiento del poeta.

Quién no mira con plácido consuelo
esos astros que jiran en el cielo
con veloz movimiento tan seguro?
¿A quién no asombra un esplendor tan puro?

Hemos visto á nuestro D. Pablo seguir las huellas del lírico de Venuso en un pasaje anterior. Ahora vamos á verle rivalizando con el Maestro Leon, que él tambien quiere cantar su “noche serena,” no dirijiéndose solo á D. Loarte sino á toda la cristiandad española de ambos mundos:

Quando en tranquila y sosegada noche
en que el céfiro plácido respira,
dejando todo amargo pensamiento,
yo levanto la vista al firmamento;
quando echando los ojos por la esfera
con tanto placer miro
esos globos de luz, que hacen su jiro
con tan reglada y rápida carrera. . . .
fuera de mí mi espíritu se halla,
y me digo mirando esta armonia,
una mano divina es la que os guía.

Quando veo esos astros luminosos
que con benigna luz y sin ardores
por esos campos vastos y espaciosos
parecen como flores,
que han sido por el cielo derramadas,
digo con ansias tiernas y asombradas,
viendo que cada una brillante luce,
Una mano divina en vos reluce. . . .

También el mar le ofrece materia de admiración en el cuadro que contempla:

Qué espectáculo grande y poderoso! . . .
 cuánto el hombre orgulloso
 debe á su vista parecer pequeño! . . .
 ¡Oh mar! monstruo del mundo, y en gigante . . .
 cuando te miro quieto y apacible,
 que blanda calma tu inquietud contiene,
 tu tez plácida, tersa, inaccesible
 me parece la imájen mas sensible
 de aquel Ente infinito que no tiene
 término, ni principio, fin ni orilla,
*y me figuro que en tu seno brilla
 su inalterable faz, dulce y serena.*

.....
 Colérico y airado,
 me haces temblar, porque me representas
 con iras violentas
 á ese mismo Señor, que ya irritado
 es tanto mas terrible,
 porque ha sido mas tierno y apacible . . .
 Obedeces á aquel que ya te dijo,
 "¡Llega hasta aquí, pero de aquí no pases" . . .
Pocos granos de arena te detienen,
 tus irritadas olas se contienen,
 y á besar vá su pié con reverencia . . .

Estos rasgos muestran al poeta descriptivo y sentimental: veámosle ahora como moralista pintando las amarguras y desencantos del mundo. No es vulgar ni carece de filosofía el pensamiento que sigue:

¡Ah! si oírse pudieran los gemidos,
 los lamentos, los tristes alaridos,
 de tantos infelices como lloran,
que el mundo hace sufrir, y al mundo adoran;

el universo entero no sería
más que un grito de angustia y agonía,
un concierto de penas discordante,
y solo en los lamentos concordante.

Estos poemas están aquí y allí salpicados de brillantes chispas de ingenio entre cenizas apagadas: mencionarlas todas no es de este lugar, pero es indispensable presentar algunas,—las primeras que nos saltan á la vista hojeando el volumen en que se encuentran diseminadas. En el poema segundo hallamos la siguiente idea del alma:

Así el alma inmortal no es solamente
obra de Dios, como otra criatura,
sino también su imagen viva y pura,
espiritual como él, inteligente,
un rayo de su gloria refulgente,
y una vislumbre al fin de su hermosura....

En el poema tercero sobre “la inmortalidad” se leen estos cuatro versos dignos del más hábil metrificador:

Desde que el hombre á la región sublime
de la inmortalidad, fiel se avanza,
la placentera luz de su esperanza
hace, que al punto intrépido se arrine....

Allí mismo nos llama la atención la manera cómo, en medio de la abnegación á que se entrega el autor, se muestra movido por el sentimiento más poderoso que existe para mantenernos dignos de nuestro origen, de nuestra razón y de nuestros fines como criaturas sociales,—el sentimiento de nuestra nobleza propia.

Entienda el hombre, porque mas se estime
y que á su alma inmortal nada le asombre,
*que en él nada es tan grande, tan sublime
como la propia dignidad del hombre.*

En fin; la tendencia de los "Poemas cristianos" está señalada con los dos siguientes versos, los cuales reasumen al mismo tiempo la ocupacion y propósitos de Olavide en la última mitad de su existencia:

*Lo que manchó el pecado, lave el llanto,
y el que fue pecador, que sea santo.*

Esta *santa* intencion de nuestro arrepentido limeño, es la misma que dejan traslucir esos innumerables volúmenes de toda mena que sobre moral mística corren en *lengua vulgar*, no diremos que con daño de la sana moralidad de los ánimos y pensamientos, pero sí del sentido común á veces, y siempre del buen gusto. Los hay entre ellos que hacen verdaderos estragos entre las mujeres, y aun entre los hombres de índole crédula y apocada, porque las personas así formadas por la naturaleza ó por la educacion, son las mas dispuestas á servir de pábulo á la llama fatal de la devocion mal entendida.

¿Cómo es, pensamos nosotros, que no ha habido hombres verdaderamente piadosos é ilustrados, dispuestos á propender á la circulacion de los "Poemas cristianos", vulgarizándolos por medio de ediciones baratas, que cayesen en manos mal ocupadas con el "Temporal y eterno," y le reemplazasen?

Los poemas de Olavide no oprimen el corazón como este libro celebre, ni hacen desesperar al alma. Reprenden los estravios del pecador, ponderan la deformi-

dad del pecado; pero abren siempre á la conciencia aflijida el horizonte de la esperanza, mostrándole fácil el perdón y grande é inagotable la misericordia divina. El estilo es llano, fácil, claro para todas las inteligencias, y suena á los oídos con el agrado del agua que corre. La persona mas culta no podrá menos que complacerse con él, porque Olavide no creia que los asuntos que se tocan con Dios, con el alma, con la existencia futura, fuese de necesidad, y como de ordenanza, tratarlos en lenguaje lugareño y con formas desnudas de alifio y estudio.

El libro de Olavide no ha podido descender hasta el pueblo, porque este no tiene oportunidad para adquirir volúmenes in 4° impresos en magnífico *florete* en la excelente tipografía matritense de don *Joseph Doblado*. Su destino no ha debido ser otro que el de aliviar las horas de fastidio, en la vejez de seres regalones, que al sentirse flaquear en la carne, se apoyan en el confesonario ó sobre la pasta de un libro que les prueba que nada vale todo aquello de que ya no les es dado abusar.

La jeometria y la gramática han alucinado mas de una vez á los que conocen sus reglas elementales y los han espuesto á acometer empresas superiores á sus talentos. Un arquitecto desocupado, á quien nadie confiaria la construccion del mas sencillo edificio civil, armado de una cinta métrica, de una escuadra y una plomada, se aventura á explorar las ruinas de las Termas imperiales de los romanos, ó á remover el polvo de lo que fué Babilonia, para *restaurarlas* sobre el papel. Pero la averiguacion del destino y de la forma arquitectónica de los aposentos misteriosos de los señores de Roma, y de la maravillosa torre de Belo, no són problemas cuya reso-

lacion dependa de la capacidad de mensurar y de trazar ángulos de noventa grados. Depende del sentimiento profundo del arte y de la comprensión de la antigüedad remota, bajo todos sus aspectos sociales. Por consiguiente, las resurrecciones geométricas á que aludimos por vía de ejemplo, darían por único resultado, representaciones infieles y frías de esos prodigios de la inventiva humana.

De una manera análoga y con éxito igual, procedieron aquellos que con el pobre auxilio de Nebrija y de Calpino, pretendieron vertir á nuestra lengua *vulgar*, las obras maestras de las literaturas hebrea y griega, y no pudiendo comprenderlas en sus originales, se vieron obligados á valerse de traducciones latinas más ó menos libres.

En el número de estos mal preparados intérpretes, tenemos desgraciadamente que contar á Olavids, como traductor del Salterio de David, libro bíblico compuesto de ciento cincuenta odas ó himnos religiosos, considerados por todos los críticos como la obra mas sublime de poesía lírica que hasta ahora se conozca.¹

Los Salinos pueden considerarse como el alma del pueblo hebreo exhalada hácia Dios en todas sus situaciones,—después de la victoria ó de la derrota, en el abatimiento del dolor público ó de la familia, en las festividades y asambleas, ya en el desierto, ya bajo las tiendas de la peregrinación. Su poesía es sublime y sencilla á la vez; elocuente, apasionada, patética; siempre expresada

1 Boasnet, capaz como pocos de comprender á David, le declara superior á Homero y á Virjilio.

don la dignidad requerida por la grandeza de los asuntos que la inspiran. Todo es en ella imágenes, arranques primitivos del corazón desnudo de todo disfraz y miramientos, presentados bajo la forma más expresiva y breve que puede imaginarse. Cada versículo de David es como una gota, como un grano de condensadas esencias y mirras vírgenes, que nos imaginamos verle arrojar en el fuego del sacrificio en holocausto al Dios de las batallas. A estas preciosas calidades, hay todavía que añadir los encantos de la armonía que halaga á un tiempo al oído y al espíritu, porque el ritmo de la poesía hebrea, según un eminente intérprete moderno del libro Job, consiste en el corte simétrico de la frase y en una especie de *consonancia de pensamientos*, de que las traducciones no pueden dar idea.

Este libro de David, como parte de las sagradas Escrituras, es considerado por Olavide como “escrito primero en el cielo,” y animado por el fuego sobrenatural del eterno amor, emanado del seno mismo del Espíritu Santo; como las páginas en que con mayor dignidad y emoción se habla de Dios, y como las más apropiadas para inflamar con su lectura el corazón humano en “afectos devotos.” Considerando á los salmos bajo este último aspecto, se propuso vertirlos á la lengua castellana, “no para los sábios ni para los que quieran serlo, sino para las jentes sin estudio,” despojando al efecto su versión de todo aparato científico y erudito. “Aunque yo he hecho

2. No conocemos la primera edición del Salterio español de Olavide; pero sí sabemos que es anterior al de Carbajal que apareció en 1819. La que tenemos á la vista es nueva, hecha en París el año 1845, 1 v. 8°.

cuanto he podido para conservar su fuerza, [dice en el Prólogo]² su dignidad y sobre todo la reverente y decorosa majestad de sus conceptos, creo que me he quedado muy abajo de mi orijinal. Quién puede declarar lo infame ni dar colorido con su estilo á conceptos que se pierden en las alturas, ó se esconden en sus profundidades? Cuántas veces la pluma, avergonzada del paralelo, se me ha caido trémula de la mano!!”

Estas sinceras declaraciones descargan al devoto traductor de toda responsabilidad ante la crítica docta. David y su libro no pueden ser á sus ojos, anublados con el llanto de la contrición del confesonario, lo que son por ejemplo, ante los del alemán Herder en sus estudios sobre la poesia de los hebreos, ni para los demás críticos de una escuela de exegesis filosófica y libre. Olavide no quiere apartarse ni por un momento, ni en lo mas mínimo, del sentido atribuido al libro sagrado por aquella iglesia á cuyo seno había vuelto por un sendero tan lleno de escarmientos. Por el contrario, él como su imitador y paisano Valdez,³ encuentra alusiones á María Santísima en aquella tierra que dará frutos bajo las bendiciones del Señor, de la cual habla el Rey Profeta en su salmo 84: *et terra nostra dabit fructum suum.*

Baste lo dicho para poner en conocimiento del lector el espíritu y los medios con que nuestro poeta emprendió una de las mas arduas tareas que pudo acometer

3 El Dr. José Manuel Valdez trajo los salmos de David en buenos versos castellanos y los publicó por la primera vez en Lima en 1833. Tres años despues se reimprimieron en Paris en 2 elegantes tomos de formato pequeño. Véase la "América Práctica" pág. 781.

como aficionado á las bellas letras. Réstanos mostrar prácticamente su desempeño como versificador. Y como las poesías americanas del siglo pasado son tan poco conocidas, raras las ocasiones de estudiarlas, y tan escasas en nuestros estantes las obras de Olavide, creemos que no serán mal recibidas las dos composiciones siguientes, diversas por el asunto y célebres ambas entre las mas hermosas del salterio hebreo.

Salmo XCII.

DOMINUS REGNAVIT, DECOREM INDUTUS EST.⁴

Reina el Señor en todo el universo
y en cualquier parte de él reina triunfante,
rodeado del decoro y de la gloria
y vestido de fuerza inexpugnable.

Fundó la tierra, y la fundó de modo,
y con una firmeza tan constante,
que jamas podrá verse conmovida,
sino cuando su mano la tocase.

Magnífico tambien estableciste
tu trono en el émpirico que criaste,
en él reinas desde antes de los siglos,
Y reinarás en él despues que acaben.

Paréce que los rios exultalosos
para cantar tu gloria la voz alzan,
y que las olas de sus muchas aguas
son lenguas con que todos os ensalzan.

⁴ Algunos piensan que David compuso este salmo por celebrar la creación del Universe; pero con jodo celebra con bellas y vivas alegorias la gloria y la inmortalidad del reino de Jesucristo. (Nota del traductor Olavide.)

Admirable es el amor, muy grande es todo;
pero nada es más grande y admirable,
que la magnificencia de los cielos,
y el que desde ellos luces nos reparte.

¡Ay Señor! los testigos de tu gloria
muy luminosos son, son muy brillantes;
para que todo el mundo no te adore,
y no venga en amor á tributarte.

Salmo CXXXVI.

SUPER ILLUMINA BABYLONIS. . . .

Sentados á la orilla de los rios,
que á la soberbia Babilonia bañan,
vertíamos un llanto dolorido
con la memoria de Sion amada.

Ya pendian colgados en los saucos
nuestros órganos, laudes y guitarras,
todos los instrumentoss que otras veces
Con tan dulce placer nos deleitaban.

Porque los mismos que nos han traído,
y que á nuestra nacion han hecho esclava,
querian que cantásemos por fuerza
nuestras canciones dulces y sagradas.

1 La palabra *guitarra*, parecerá baja ó demasiado humilde empleada por Olavide; pero la encontramos en Beauan que la emplea en casos análogos traduciendo los libros bíblicos directamente del idioma hebreo: *ils jouent de l'instrument de la guitarras*, *le monument de Sion* es "libro de Job"—Paris 1880, pág. 82.

Los misinos que del suelo natalipio
nos arrancáron con violencia tanta,
nos decian: cantadnos los cantares
que se suelen cantar en vuestra patria.

Pero ¡cómo cantar con tantas penas,
cómo cantar tampoco en tierra estraña,
cómo cantar los himnos relijiosos
en rejion tan infiel y tan profana?

Oh tú Jerusalem! que otra vez fuiste
del templo del Señor la mejor arca,
si de tí me olvidáse ni un momento,
que mi mano derecha quede manca.

Si de tí no me acuerdo de continuo
con memoria tan viva como grata,
y si no me propongo que tú sola
de todos mis pláceres seas causa;

Que en la boca mi lengua se me seque,
y que á mi paladar quede pegada,
á fin de que otra vez cantar no pueda
de nuestro culto las canciones sacras.

Acuérdate, Señor, de la violencia
de los hijos de Edom y de su saña,
de todo lo que hicieron en el dia
en que Jerusalem quedó arrasada.

Y de como decian destruidla
echadla por el suelo y destrozadla,
arracád hasta el último cimiento,
que caiga todo, y que no quede nada.

¡Oh miserable, ó pérfida, ó infame
hija de Babilonia desdichada!

dichoso aquel que logrará pagarte
los males que nos hizo tu vil rabia!

Dichoso aquel que con su propia mano
coja las criaturas que en tí nazcan,
las tome por los pies, y luego pueda
contra tu mismas piedras estrellarlas.

Hemos visto ya que Olavide, en sus tiempos de gran señor y de hombre mundano, ensayó sus talentos poéticos en el arte dramático, traduciendo algunas tragedias y comedias del repertorio frances. También escribió dos tragedias originales, segun el testimonio de Moratín en sus estudios sobre el teatro español, tituladas *Celmira é Hipermenestra*, la última de las cuales tenemos á la vista.¹ Las otras piezas nos son enteramente desconocidas (á escepcion de la comedia en cinco actos, *el Desertor*, escrita por Mercier y traducida en verso español por Olavide, segun el mismo Moratín)² y apenas si podemos formarnos idea del mérito de la version de Zayra, por la crítica que le consagra don Antonio Alcalá Galiano, en su historia de la literatura del siglo XVIII. Esta crítica no es en manera alguna favorable al talento poético de Olavide, pero descubre que este sacrificó su crédito literario en obsequio á la propaganda filosófica

1 Apelandos á testimonio ajeno en cuanto á la paternidad de esta tragedia, que está en nuestro poder, porque está anónima como casi todos los escritos de Olavide que se dieron á la prensa durante su vida. La edicion es de Ibarra, en 8°, 96 páj. tipo y papel excelente.

2 Comedia *El Desertor*, escrita en frances por M. Mercier, traducida en verso español por D*** é impresa conforme se representa por la compañía de Eusebio Rivera. Con licencia. Madrid, año de 1793. Se hallará en la librería de Quiroga calle de la Concepción: 27 páj. in 4°, 2 columnas.

de que se había encargado con ardor en los dominios del habla castellana. "Como la poesía dramática en aquellos días en que llevaba el cetro de la literatura Voltaire (dice Galiano) era uno de los vehículos por donde se comunicaban las nuevas ideas, Olavide admirador apasionado del poeta filósofo francés, quiso darle á conocer al público español en su calidad de autor dramático, eligiendo para el intento una de sus mas célebres tragedias." El traductor, según el mismo crítico, se ciñó á poner los pensamientos y aun las palabras del original francés en líneas castellanas de unas sílabas cabales que solo por la cantidad merecian el nombre de versos. De donde inferimos nosotros que la intencion principal del traductor fué dar á conocer en España la índole verdadera del sistema dramático de Voltaire, y las ideas testuales, sin alteracion alguna, que con tanto atrevimiento como novedad, sabia colocar en boca de sus personajes, aquel gran removedor de la razon dormida. El señor Alcalá, no toma en cuenta, como descargo, esta consideracion que él mismo hace indirectamente, y se contrae á demostrar la servilidad con que el testo francés fué transplantado, comparando los dos primeros versos de la Zaira original con los correspondientes castellanos:

Je ne m'attendais pas, jeune et belle Zaire
aux nonveaux sentiments que ce lien vous inspire.

.....
Hermosa Zaida, extraño los afectos
que de improviso esta mansion te inspira.

El *Deserto* es una comedia larga, urdida sobre una trama estremadamente común. Un frances jóven lleno

de buenas prendas, ha cautivado el corazón de la hija única de una viuda virtuosa. En el momento en que vá á ser feliz realizando un matrimonio que le llena el corazón y el bolsillo, le prende, como á desertor del ejército francés, una compañía de soldados en tránsito por la ciudad alemana en donde pasa la escena. Por uno de aquellos resortes de teatro que allanan imposibles, escápase el desertor de la pena de muerte á que le condena la ordenanza y entra lejitimamente en el pleno goce de la felicidad anublada un momento por aquella catástrofe. Hacemos mencion de esta pieza, no por el mérito de su concepcion, ni por la estina que merezca su autor orijinal, sino porque nos proporciona la única muestra que tengamos de la manera como manejaba Olavide el verso octosílabo, que es el que adoptó para esta traduccion. Vamos á verlo, copiando unos cortos pasajes del principio del acto segundó. En una escena en que dos militares, uno alegre y casquivano y el otro comedido y circónspecto, razonan sobre el mejor modo de conducirse con las mujeres, dice este último:

*Discurres que las bellezas,
son como flor en el campo
que la logra el que la encuentra?
No amigo, no, es menester
que haya tiempo y ellas quieran.
No persigas las mujeres,
en un país donde es fuerza
el pelear con los hombres. . . .*

El compañero le contesta:

*Tomá: así los venceremos
mejor, porque las finezas*

de las damas, me transforman
en Marte. Di, mientras llega
el trance de una batalla,
¿qué imitación de la guerra
hallarás como el amor?
Hay baterías, hay flechas,
bombas, (y algunos amantes
¡qué disformes que las echan!)
hay emboscadas, asaltos;
y cuando los celos queman,
hay un fuego que parece
que todo el mundo se incendia.
Finalmente, en el amor
hay plazas y fortalezas,
que unos las toman por grado
y otros las dejan por fuerza....

El matrimonio de una de las Infantas de España, con el Archiduque Pedro Leopoldo, allá por los años de 1764, dió ocasion á grandes fiestas en el palacio del Embajador de Austria en Madrid, y Olavide contribuyó al esplendor de ellas con la tragedia *Hipermenestra* que escribió de propósito para aquellos desposorios. El sabria porque elijió semejante asunto, en presencia de los novios reales, en los primeros dias de su luna de miel, pues *Hipermenestra* es un mundo de horrores y un mar de sangre á propósito de un casamiento, como vamos á mostrarlo tan rápidamente como nos sea posible.

Danao, rey de Argos, despojado por su hermano de la parte que le cabia en el trono de Ménfis, tuvo que aceptar despues de una reñida lucha, para colmo de humillacion y como prenda de paz, la mano de sus sobrinos como esposos de sus hermosísimas hijas. Pero en el

momento en que llegan á Argos los mancebos para unir se á sus prometidas, el tal Danao, devorado secretamente por los resentimientos y la venganza, concibe el bárbaro plan de armar á sus hijas con puñales bien afilados, para que cada una y á su vez, asesinase á su esposo en la primera noche de las nupcias, antes de entrar al tálamo. Parece imposible; pero todas á escepcion de una sola, Hipermenestra, se dejan seducir por la elocuencia con que el padre les pinta los agravios que ha recibido de su hermano, y se resuelven á complacerlo derramando sangre de una manera tan traídora.

La resistencia de Hipermenestra, dió lugar á que semejante barbarie premeditada, se dejase traslucir en el ejército y en el pueblo, y amotinándose estos, contra el monstruo que los gobernaba, le arrojaron del trono y colocaron en él á Hipermenestra y á su esposo Linceo, que era jeneroso, bello y valiente. Tal es la trama de esta tragedia horrible, que termina, como se vé, á la usanza de las comedias mas llanas é inocentonas.

El Rey revela sus miras de esterminio en el siguiente diálogo que sostiene con uno de sus favoritos:

Danao—Idas.

DANA0.

Idas quédate aquí. Todo lo espero
De tí, querido amigo: ahora es forzoso
Que sirvas á tu Rey.

IDAS.

Mi ardiente celo
Os debe ser, señor, muy conocido.

DANAÓ.

Ya viste que de aquí salió Linceo;
¡Pero sabes qué suerte le preparo
A él y á sus hermanos?

IDAS.

 Mi respeto
Solo sabe que al templo se encaminan.

DANAÓ.

Sí—mas van á la muerte desde el templo.

IDAS.

Qué, señor! . . . Esta union . . . Este tratado.
Esta paz . . .

DANAÓ.

 Esta paz, acá en mi pecho
Es una tregua, pero muy terrible.
Yo quiero ensangrentarla y que sus fuegos
Escedan los furoros de la guerra. . . .
Prometí conformarme á sus intentos,
Mas todo fué para mejor vengarme. . . .
Destrozar en sus hijos al perverso;
Y sólo negras fúnebres antorchas
Ha de tener para ellos Himineo;
Y esta funesta noche en que se casan
Les servirán de túmulo sus lechos. . . .
Pero, Idas, porque logre mis designios,
Sin temor de quedar espuesto al riesgo,
Es necesario que mi astucia logre
Mas que á mis hijas engañar al pueblo.
Muestra aquí tu lealtad. *Un sacerdote*
Que sirve á mis ideas en secreto,
A mis ruegos y ofertas ha vendido
Su voz, su honor y hasta sus Dioses mismos.
Piensa tú en ayudarle y que mañana
Se diga en Argos que su Rey supremo
Se ha vengado por fin . . .

Cada uno de los personajes principales de esta tragedia tiene su confidente, y *Ejina* que lo es de Hiparmonestra, trata de inclinarla á favor de los deseos del Rey, refiriéndole los presajios funestos para sus bodas que acaban de revelarse á los sacerdotes durante un sacrificio á los Dioses. La réplica de la enamorada princesa es digna de tener un lugar en una página de la primera Enciclopedia francesa:

Anda querida *Ejina*, nada temo,
 Nada á mi corazón le causa espanto.
 Crédulo el vulgo se figura objeto,
 De que concibe mil errores vanos.
 Lo demás se ha ofrecido á nuestra vista,
 Con tan inciertos y dudosos rasgos,
 Que ni turbarme ni entibiarme deben.
 A decir la verdad, estos presajios
 Los observé muy poco. Yo iba, *Ejina*,
 A unirme con mi amante en tierno lazo,
 Y mi amor lo creyó todo propicio;
 Pero cuando otro nudo, menos grato,
 Y que embargára meus mis potencias
 Me llevara al altar, ya, sin espanto,
 Ni miedo, hubiera visto esos objetos,
 Que el pueblo erije crédulo en presajios.
 El acaso á mis ojos jamás debe
 Por prodigio pasar. *Nunca he pensado*
Que pueda interrumpirse por nosotros
La inmutable constancia de los hados.
 A los Dioses tampoco hago la injuria
 De pensar, que en tan fútiles acasos
 Descubran del destino los secretos,
 Ni que usando de medios tan errados,
 La verdad abandonen al prestijio,
 Y la tierra al error.

La misma Hipermenestra, cargada de cadenas y temblando por la suerte de su prometido que está bajo el poder del implacable padre, sabe hablar ante éste el lenguaje de la pasión que mejor comprende su sexo:

Señor yo vengo á echarme á vuestras plantas.

Que noticia he escuchado! ¿Será sueño?

Qué, señor! Es verdad que por vuestra orden

Se suspendió el suplicio! Vuestro pecho

Mas aplacado ya no está tan sordo

Al clamor de mis miseros lamentos?

¡Qué Dios tan favorable, y tan propicio,

Calmando vuestra cólera, me ha vuelto

A un tiempo mismo á un padre y á un esposo!

Pero qué! vengo aquí por orden vuestro.

Estoy á vuestras plantas, y aun airado

Los ojos apartais de mí con ceño?

Perdonadme, señor: estoy temblando,

Pues cuando nos oprime el hado adverso,

Con el temor se turba la esperanza.

Pero en fin, ya mis males fenecieron?

Perdonais á mi esposo?

DANAO.

Hipermenestra!

Qué me osa preguntar tu vil afecto? . . .

Ahora vá á perecer . . .

HIPERMENESTRA.

Ahora vá á perecer? Pues bien, mis ruegos

Despreciad. Qué pereza. De vuestra alma

Desterrad el voraz remordimiento,

Y consumad mis miseros destinos.

Pero vos que ahora amenazais severo,

Por vos mismo temblad. Estais ansioso

De derramar la sangre de Linoco;

Pero temed; temed vuestro peligro
Si su muerte ordenais. Aunque estais cierto
De que no tiene apoyo ni esperanza,
De su destino está pendiente el vuestro.
Temed que comparezca á vista de Argos
Que por él se interesa con afecto.
Temed que todo el pueblo se amotine.
Yo os lo debo advertir; pero á Linceo
Debo mi fé guardar. El es mi osposo,
Y es cuanto hay para mí en el universo,
Vos no sois ya mi Rey; no sois mi Padre....

Terminaremos con estas citas. No las hemos presentado para mostrar al autor de *Hipermenestra* bajo el aspecto de un dramático de nota, sino de un escritor en verso de suficiente talento para amoldarse á todos los géneros. Y en cuanto á la importancia del personaje, queremos despedirnos de él copiando el cuadro que de sus merecimientos traza el mencionado Alcalá Galiano al estudiar las relaciones entre el teatro español y el francés durante el último siglo. “Olavide fué un hombre singular, del cual, tratando de los dias de Carlos III, es imposible dejar de hacer mención, aunque en la literatura no tuvo el mérito ni adquirió la celebridad á que aspiraba. Fué discípulo fogoso de la filosofía francesa de su siglo, hasta en sus yerros, é intentó introducirla en España hasta con sus doctrinas irreligiosas. El pueblo español le es deudor de señalados beneficios, pues poblando los ásperos desiertos de Sierra Morena, convirtió un terreno escabroso y una guarida de salteadores de caminos en uno de los parajes, si antes de los mas peligrosos, ahora de mas seguro y agradable tránsito en el suelo de

toda España. Persiguióle la Inquisicion, castigando en él algunas culpas, *no pocas imprudencias*, y hasta acciones dignas de alabanza, en un acto solemne, en el cual si no se le aplicó la mas dura pena, se le trató con una multitud de bárbaros rigores, dando un espectáculo indigno del siglo y casi el último de su clase." Esta es la voz de la posteridad, aunque pudiera ser menos severa y mas justa, si la boca que la pronuncia no estuviera un tanto amordazada por consideraciones de *prudencia*. Cada época ejerce su parte de tiranía sobre la verdad para que esta no reverberé repentinamente, sino se muestre poco á poco, segun la capacidad de nuestras débiles pupilas.



INDICE

ADVERTENCIA PRELIMINAR:.....	III
FRAY JUAN DE AYLLON Y EL GONGORISMO—Recuerdos de viaje por el Perú.....	1
D. JUAN RUIZ DE ALARCON Y MENDOZA—Poeta mejicano del siglo xvii.....	19
D. JUAN MANUEL DE LAVARDEN—Licenciado, del Consejo de S. M. y su Oidor honorario de la Real Academia de la Plata, Teniente Jeneral y Auditor de guerra de la Capitanía jeneral del Rio de la Plata, etc. etc.....	35
D. JUAN CAVIEDES—Fragmentos de unos estudios sobre la literatura poética del Perú.....	129
SOR JUANA INES DE LA CRUZ—Escritora americana del siglo xvii—Su orijen, su vida, sus obras en prosa, sus poesías místicas y profanas...	149
EL P. JUAN BAUTISTA AGUIRRE—Poeta guayaquileño del siglo xviii.....	237
PEDRO DE OÑA—Poeta épico de fines del siglo xvi.....	269
D. PABLO DE OLAVIDE—Peruano del siglo xviii. (1725—1803).....	239

